

*Selecta*

VICTORIA MAGNO

Por siempre  
a tu lado

Por siempre a tu lado

Nuevos caminos 3

*Victoria Magno*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

## Nota editorial

*Selecta* es un sello editorial que no tiene fronteras. Es por eso que en esta novela que está escrita por una autora latina, en este caso mexicana, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedas darle una oportunidad. Y ante la duda, el Diccionario de la Real Academia Española siempre está disponible para consultas.

*Para Marian, Sofía y Andrea.  
Ustedes son lo mejor que me ha pasado en la vida.  
Las amo con toda mi alma.*

*«Quiero hacer contigo  
lo que la primavera hace con los cerezos».*

Pablo Neruda.

Fragmento Poema 14.

20 POEMAS DE AMOR Y UNA CANCIÓN DESESPERADA

## Prefacio

Jason observó su reflejo ante el espejo, el traje negro le otorgaba una imagen elegante, pero también dura, muy similar a la de su padre... Sus ojos, de un azul oscuro, brillaban a causa de las lágrimas no derramadas. Nunca en su vida había sentido tantos deseos de llorar, pero no se lo podía permitir, no ahora que su padre ya no estaba.

Ahora era su turno de ser fuerte. Ser el pilar de su familia.

Se lo había prometido al viejo antes de morir. Cuidaría a su madre y a sus hermanos. Debía ser el soporte que los sostuviera en ese momento de dolor y en los futuros que vinieran. No podía permitirse derrumbarse, a pesar del inmenso dolor que sentía. Y si lloraba, si dejaba salir las lágrimas, sabía que esa máscara de dureza con la que aparentaba una fortaleza que no sentía, se derretiría igual que el hielo bajo el sol en un día de verano, y dejaría al descubierto sus verdaderos sentimientos, la debilidad que ocultaba en su interior, el miedo a tener que enfrentar lo que vendría: el dolor, el terrible dolor que sentía ahora que su padre se había marchado para siempre.

Y no tenía idea de cómo afrontar la vida ahora sin su mejor amigo, su gran héroe, su maestro y mentor, su amado padre.

—Jason... —lo llamó Jared, su hermano un año menor, desde el umbral de la puerta de su habitación.

Se forzó en inspirar hondo para apartar el nudo que yacía en su garganta antes de girarse para encararlo y lo que vio le devastó el corazón. Jared, por

lo general alegre y de sonrisa fácil, lucía demacrado. Las lágrimas habían dejado huella en su rostro y en sus ojos, hinchados y enrojecidos. Como no tenía un traje propio, estaba usando uno de su padre, que le iba un poco grande. De su cuello colgaba una corbata, también negra, que contrastaba con el blanco immaculado de la camisa que llevaba puesta, también de su progenitor.

Tanto su porte como su mirada delataban una aflicción tremenda que le estaba siendo difícil sobrellevar.

—¿Podrías ayudarme con el nudo? —le pidió su hermano, hablando con voz apagada—. Llevo una media hora intentando darle forma a esta corbata y solo he conseguido arrugarla.

—Eso es porque nunca aprendiste a anudarla, era papá quien siempre lo hacía por ti —dijo Jason, esbozando un asomo de sonrisa al tiempo que se aproximaba a su hermano para echarle una mano.

—El viejo debió preferir eso a continuar perdiendo el tiempo. Nunca pude entender el secreto de sus nudos de corbata.

—En realidad, es porque él disfrutaba teniendo esos minutos contigo para atenderte como si aún fueras un niño pequeño —confesó Jason, pasando una mano por el cabello de su hermano y alborotándolo.

Jared sonrió, derramando un par de lágrimas al tiempo que examinaba el nudo que su hermano acababa de hacer.

—Creo que de ser por papá, nunca nos habría dejado crecer. Él habría intentado protegernos del mundo toda la vida, incluso cuando llegáramos a ancianos... Claro, de haber conseguido vivir para hacerlo... —musitó, bajando la voz con tristeza.

Jason posó una mano sobre el hombro de su hermano, guardando un silencio colmado de aflicción, el dolor que ambos compartían en ese momento tan duro en sus vidas.

Escucharon el sonido de vidrio rompiéndose, seguido de un llanto inconsolable. Ambos corrieron hacia la habitación de su hermana, desde



donde provenía el alboroto.

—¡Jackie! —gritó Jason, abriendo la puerta de golpe—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

Su hermana, arrodillada en el suelo llorando a lágrima viva, le devolvió la mirada desde abajo, sosteniendo entre sus manos lo que parecían ser trozos de vidrio y madera, los restos de una foto enmarcada que había estado colgada en su pared.

A su lado se encontraba su mejor amiga, una chica regordeta, con una melena rizada rubia que le cubría la mayor parte de su redondo rostro. Sus grandes ojos grises, ocultos bajo el marco de unas enormes gafas, también estaban llenos de lágrimas, mientras ella intentaba consolar a Jackie, abrazándola muy fuerte al tiempo que luchaba en vano para apartar los trozos de vidrio de las manos de su amiga. Pero Jackie los sostenía con tanta fuerza, que solo había conseguido hacerse sangre.

Jason sintió una punzada de dolor atravesarle el pecho al ver a su hermana en ese estado. Sin pensarlo, se aproximó a ella y la alzó por la cintura, intentando apartarla de los trozos de vidrio que se empeñaba en volver a unir.

—Jackie, ya basta. Por favor, tranquilízate... Lo que intentas hacer es imposible —luchó por razonar con ella.

—¿Qué ha ocurrido? —escuchó que Jared le preguntaba a la chica rubia, ayudándola a ella a ponerse de pie.

—Jackie quería llevar al funeral la foto que tenía en su pared, en la que salen su padre y ella de pequeña, pero al intentar cogerla, el clavo se ha soltado y el marco ha caído contra la baldosa y se ha roto —explicó la chica, observando a Jackie con los ojos bañados de lágrimas.

—¡Soy tan torpe! —gritó Jackie, entre sollozos, siguiendo en su intento de volver a unir los trozos rotos—. ¡Lo rompí! ¡Lo rompí...!

—¿Pero qué es lo que te pasa, Jackie? —le preguntó Jared, intentando razonar con ella—. Deja de hacer eso, te estás lastimando las manos. ¿Que no puedes volver a unir el vidrio, mujer?

—Está teniendo una crisis nerviosa —explicó Jason, arrastrando a su hermana hasta la cama—. Jared, trae las pastillas de mamá. Las que le recetó el médico ayer en el hospital.

Jared no lo dudó, salió corriendo de la habitación tan rápido como le permitieron las piernas.

—Necesito que me ayudes...Tú... Pequeña —Jason llamó a la niña rubia, un poco avergonzado porque no recordaba su nombre, a pesar de que la había visto al lado de su hermana desde que era una cría de parvulario. La chica había sido siempre tan tímida que nunca había sobresalido entre la multitud de amigos que solían rodear a su hermana menor.

—Me llamo Amy —dijo la muchacha, sin mirarlo, hablando con una voz suave y un poco rota, a causa de la emoción.

—Amy, ven aquí y ayúdame un poco, ¿vale? —le pidió, intentando mantener a su hermana sujeta a la cama—. Corre a la cocina y trae un poco agua.

La chica asintió y salió corriendo de la habitación.

En pocos segundos volvió Jared, y pisándole los talones entró Amy, llevando el agua con ella.

Jason sacó dos pastillas del frasco y se las metió en la boca a su hermana, enseguida la ayudó a tragar un poco del contenido del vaso, para pasarlas.

Jackie empezó a relajarse poco a poco, aunque continuó llorando, envuelta entre los brazos de su hermano mayor y de Amy, que parecía reacia a apartarse de ella. Ella mantenía la foto, ahora sin marco, pegada contra su pecho, como si intentara abrazar a su padre otra vez, a través de ella.

—Mamá se ha quedado preocupada al escuchar que Jackie se ha puesto mal —contó Jared, nervioso y apurado—. Iré a llevarle las pastillas de vuelta y a explicarle lo que ha pasado.

—No le des detalles —le pidió Jason—. Solo dile que Jackie necesitaba calmarse un poco para el funeral. Y cuando vuelvas, trae el botiquín de primeros auxilios y el equipo de sutura de papá. Lo tiene guardado en su estudio, en la gaveta de...

—Sé donde lo tiene, ¿pero crees que Jackie necesite suturas? No la veo tan mal.

—Jackie no, pero Annie sí.

—Amy, se llama Amy —lo corrigió Jared, girándose hacia la mejor amiga de su hermana. Entonces notó la sangre en su mano, que prácticamente había dejado un charco en el suelo.

—Oh, por Dios, ¡Amy! Lo siento tanto... —sollozó Jackie —. Mira tus manos, te has lastimado así al intentar ayudarme —musitó. Ya volvía a ser la de antes, y tras escuchar la conversación de sus hermanos, parecía sumamente preocupada por su amiga—. Ahora te quedará una cicatriz horrible por mi culpa.

—Está bien, no es nada —Amy sonrió, intentando ocultar la mano herida para no afectarla más.

—Amy, vamos a curar esa mano —le pidió Jason, tomándola por la otra mano para llevarla consigo, pero al hacerlo, ella soltó un gemido de dolor, y entonces se percató de que, aunque menos que la otra, también la tenía herida —. Pobre pequeña, cantidad de batallas de combate que te has ganado —le dijo, con sentida aflicción.

—Vale la pena pelear si luchas para proteger a tu mejor amiga —contestó la chica, con total sinceridad, y sin asomo de tirarse al drama ni darse toques de grandeza.

Jason se sorprendió con su respuesta, por lo general, las chicas de su edad no poseían tal temple ni madurez...

Ella lo acompañó al cuarto de baño y permitió sin rechistar que él le limpiara la herida. Debió ponerle un par de suturas, y ciertamente agradeció el temple que esa joven demostraba. No tenía mucha experiencia poniendo puntos, y el que ella se hubiese mostrado tan alterada como su hermana, habría significado un gran problema para él.

—Es hora de irnos a la iglesia —le comunicó Jared, de pie en la puerta—. Mamá y Jackie ya están esperando en la limusina.

—Vamos en un segundo —contestó Jason, terminando de vendar las manos de Amy—. Siento que tengas que usar esto, aún no soy un experto con los vendajes y no tengo nada más para cubrir las heridas, pero será solo por un par de días, ¿de acuerdo?

—Está bien, parecen un par de guantes blancos. Como los de las damas de antes...

Amy abrió los ojos como platos cuando él se inclinó y le dio un beso en cada mano, como uno de esos galantes caballeros de las películas antiguas que tanto adoraba.

—Ya está lista, señorita —le dijo cortés, y sonrió al notar el rubor que cubría por completo el rostro de aquella chica que lo observaba con esos grandes ojos grises como el océano en un día de tormenta.

Él le ofreció el brazo y la condujo hasta la limusina donde esperaban los demás miembros de su familia, listos para partir a la iglesia donde se llevaría a cabo el servicio en honor a su padre.

Una hora más tarde, la familia se encontraba sentada en la primera fila de la iglesia. El lugar estaba tan abarrotado de gente que había personas escuchando el sermón desde afuera. Así de querido había sido su padre.

Jason subió al estrado para dedicarle unas palabras a su padre. El féretro abierto yacía en el centro, a la vista de todos, rodeado de infinidad de arreglos florales que la familia, amigos y una gran cantidad de desconocidos para ellos, entre colegas, pacientes y personas agradecidas con él por su trabajo, con su enorme generosidad, habían llevado para homenajearle ese día.

Jason habló en nombre de su padre, ocupando el lugar de vocero de su familia. Su madre, sentada en el primer banco ante él, lloraba en silencio, escuchando sus palabras con el corazón afligido. Jackie, a su lado, también lo hacía, abrazada por Jared, que mantenía la mirada baja, fija sobre sus zapatos.

Llegó el momento en que Jackie debía pasar a cantar un himno para su padre. Ella lo había solicitado al párroco, pues a su papá siempre le había gustado

que ella cantara, y había decidido darle ese último regalo en su funeral.

Sin embargo, cuando Jackie subió al estrado y se acercó al micrófono, comenzó a llorar de forma imparable.

Al notarlo, Amy corrió a su lado, a pesar de su timidez y al temor a ser el centro de atención, como lo sería al subir a su lado. Pero no le importó, ni siquiera lo notó, su amiga la necesitaba.

—Estoy aquí —le dijo, y la abrazó por los hombros, intentando infundirle ánimos. Pero Jackie no dejaba de llorar, incapaz de pronunciar palabra, mucho menos cantar—. Tranquila, no tienes que hacerlo —le susurró, intentando calmar a su amiga—, él lo habría entendido.

—Pero debe haber un himno... Él debe escuchar la canción que era su favorita cuando venía a misa, cada domingo —Jackie consiguió decirle entre sollozos—. No puede irse para siempre sin haberla escuchado una última vez...

—La cantará alguien más...

—Hazlo tú —le pidió, alargándole el micrófono—. Él te quería mucho, como a una hija. Por favor, hazlo tú, Amy. Nadie canta más bonito que tú, a él le gustará oírte cantarle...

—Pero Jackie, no puedo... —Amy recorrió la enorme iglesia con una mirada de pavor. Estaba a rebosar de gente, muchos de ellos alumnos de su escuela, que habían acudido por respeto a la familia. Después de todo, Adam Zivon había sido uno de los tres dueños del colegio privado adonde asistían.

Y también había sido el hombre que le permitió estudiar en su colegio cuando muchos otros se negaron a recibirla, a causa de su condición «especial». El que le otorgó la beca a Amy cuando su familia no pudo seguir cubriendo su colegiatura. El hombre que le había dado la aceptación y el cariño de un padre postizo, en cada ocasión que ella se lo topó durante las incontables visitas que hizo a la casa de sus vecinos, para ver a su mejor amiga.

Se lo debía.

Por encima de su miedo, del autismo, de lo que fuera que la paralizaba siempre cuando tenía que estar en público, esto era mucho más grande que ella. Y lo haría. Por Jackie. Por su padre, ese maravilloso hombre al que le habría gustado también llamar padre.

—Lo haré —dijo, tomando el micrófono de la mano de su amiga.

Sus manos, cubiertas por los vendajes que Jason le había colocado, apretaron con fuerza el micrófono, a la vez que tomaba una honda bocanada de aire.

Y con el mismo cariño que le habría dedicado de haber sido su verdadera hija, cantó... Cantó con el alma misma, dejando ir en cada una de las palabras de la canción *Over the Rainbow*, la canción favorita de Adam Zivon, todo el cariño que por años no se atrevió a pronunciar en palabras. Y que esperaba, ahora, que él supiera lo mucho, mucho, que ella lo había querido y la gran importancia que él había tenido en su vida.

Jason escuchó cantar a esa chica de hoyuelos en las mejillas y rizos alborotados con el corazón en vilo. Jamás, en toda su vida, había oído una voz más hermosa, o con más sentimiento.

Las lágrimas acudieron a sus ojos al escuchar la canción favorita de su padre dedicada con tal maestría por esa chica, de la que hacía un par de horas no podía ni recordar ni el nombre.

Notó por el rabillo del ojo, cómo varias personas discretamente la grababan, seguramente reporteros de la prensa que habían acudido a atender el evento. Tal vez hicieran una mención de ella en los periódicos.

—Tiene una voz increíble, ¿no te parece? —le preguntó Jared en voz baja—. Quién hubiera dicho que la tímida Amy podía cantar así.

—Es un gran logro para ella, considerando su condición —añadió su madre, que había escuchado lo que Jared decía.

—¿Qué condición? —quiso saber Jason, intrigado.

—Tiene autismo —le explicó su madre, acercándose a su oído para asegurarse de que nadie más la escuchaba—. Asperger, según lo que me contó

tu padre el día que la admitieron. La pobre criatura ha sufrido toda su vida por ello, le cuesta bastante relacionarse con la gente, es por eso que resulta asombroso que ahora haya sido capaz de pararse ante todas estas personas y cantar. Es una muchacha extraordinaria.

Jason frunció el ceño y volvió a dirigir la mirada hacia Amy. ¿Asperger? ¿Autismo? Nunca lo habría imaginado... Era poco lo que recordaba de ese tema, en la carrera de medicina no era algo a lo que le prestaran mayor atención para su enseñanza. A lo más, podía recordar algunos personajes de películas que decían tener autismo, no obstante, Amy no se parecía a ninguno de ellos...

Y esa voz... Dios, esa voz era sublime.

En ese momento, Amy alzó la mirada y lo miró por una fracción de segundo a los ojos, antes de desviar la vista, y en ese momento, en ese instante fugaz, Jason sintió como si le atravesara el alma.

—Extraordinaria —musitó Jason, asintiendo levemente con la cabeza—. Ciertamente, es extraordinaria.

## Capítulo 1

*Un año y medio después...*

—Jackie, necesitamos dos correas para perro —le dijo Amy, llegando a la carrera hasta el almacén que su amiga estaba ordenando en ese momento.

Ese día se llevaría a cabo un evento de caridad en el refugio local con el fin de recaudar fondos para los animales desamparados. Jackie era la organizadora de todo y Amy había acudido para ayudar en lo posible, así como sus hermanos.

La atracción principal de esa noche sería un concierto que Amy daría. Jackie se lo había pedido de forma especial, asegurando que con la venta de las entradas ganarían lo suficiente para solventar los gastos del refugio durante el próximo año y ella no pudo negarse, no solo por los animales, sino también porque era importante para su amiga. Jackie había estado muy triste durante el último año y medio, primero tras la muerte de su padre y luego por culpa de un hombre que le había roto el corazón.

Lo último que quería era decepcionar a su amiga y si ayudarla a recaudar fondos para el refugio la hacía feliz, haría todo cuanto estuviera en sus manos por complacerla.

Pero antes debían poner todo a punto, ordenar y limpiar el lugar, además de alistar a los animales en caso de que llegaran adoptantes interesados en ellos.

—¿Van a sacar a pasear a los perros? —preguntó Jackie, dejando a un lado un saco con croquetas para dirigirse a una estantería en la pared de la que



colgaban varias correas.

—Solo a Preston y a Porter, que se están portando muy mal. Si queman un poco de energía, puede ser que se porten mejor y alguien los adopte hoy.

—Eso espero, o ese par de diablillos terminarán viviendo en este refugio hasta viejos —comentó su amiga, entregándole un par de correas de cuero.

—Gracias. Iremos al bosque, no tardaremos más de media hora... —Amy se interrumpió cuando unos brazos fuertes y grandes la rodearon desde atrás y la alzaron al vilo.

—¡Allie, qué bueno volver a verte!

—¡Me llamo Amy! —gritó ella, enojada por haber sido tomada por sorpresa.

—Jason, bájala, la estás mojando toda —lo reprendió Jackie, adelantándose para ayudar a su amiga.

Amy se encontró pronto de vuelta en el piso, con la mitad de su vestido mojado. Fue entonces que vio a Jason, alto y fuerte, como lo recordaba, completamente empapado, de pie detrás de ella.

Había estado los últimos meses lejos de casa, estudiando en la facultad. Sabía que había adelantado algunos cursos y pronto terminaría la carrera. Pero claro, era un genio y no esperaba menos de él.

Un genio que no era capaz ni de recordar su nombre, claro.

—Lo siento, Andy, esto es lo que pasa si te ponen a bañar gatos —se disculpó, esbozando una sonrisa torcida al tiempo que se quitaba la camiseta por la cabeza.

La boca de Amy se secó al ver los perfectos abdominales marcados en su piel morena y se apresuró en apartar la vista, antes de que el color se le subiera al rostro.

Aunque dudaba que lo hubiese conseguido. Siempre que estaba cerca de Jason, terminaba tan roja como un tomate.

—¡Su nombre es Amy! ¡Y no te desvistas aquí! Estás dejando todo el piso mojado, ve al baño a cambiarte de ropa, Jason —le ordenó su hermana,

aunque no dejaba de reír ante la pulla de su hermano, que en ese momento le exprimía la camiseta en la cabeza.

—Lo haré después de pasarme un poco de desinfectante por los brazos. Esos gatitos, tan inocentes según tú, me dejaron muy clara su opinión acerca del baño. Además de un recuerdo físico que seguro será permanente.

—Unos cuantos rasguños no matan a nadie —replicó Jackie, haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—¿Tú qué dices, *Ricitos*? Te has quedado muy callada, ¿crees que esos gatos son realmente tan inocentes después de hacerme esto? —le preguntó Jason a Amy, estirando los brazos hacia ella para que pudiera ver las heridas.

—Algo debiste hacerles, a veces eres muy molesto.

Jason soltó una carcajada y la abrazó, esta vez por enfrente, antes de alzarla nuevamente en vilo.

—Por eso me caes tan bien, Aby, eres siempre sincera. Nada de máscaras contigo.

—¡Bájala ya, la estás mojando! —le pidió Jackie—. ¿Quieres que salga a cantar toda empapada?

—¡Oh, es cierto! —exclamó Jason, observándola de forma renovada—. Lo había olvidado por completo, hoy vas a cantar para recaudar fondos para el refugio. Eso es muy amable de tu parte, Annie, considerando lo famosa que te estás haciendo últimamente —le dijo él, volviendo a dejarla sobre sus pies y observándola de forma tan intensa que ella tuvo que apartar la vista.

Llevaba años trabajando el mantener la mirada, uno de los mayores problemas que el autismo había traído en su vida. Sin embargo, cuando se ponía demasiado nerviosa, le era imposible ver a los ojos a alguien. Más si ese alguien era Jason Zivon medio desnudo viéndola fijamente.

—No soy famosa... —musitó ella, al tiempo que sus mejillas se encendían al sentir todavía sus ojos azules sobre ella.

—Sí lo eres, es por eso que han llamado de varias revistas para venir a verte, incluso un par de canales de radio y televisión que no se habían

interesado en el refugio hasta que les dije que tú estarías aquí. Ahora recaudaremos mucho dinero para los animales, y todo gracias a ti —aseguró Jackie, abrazando a su amiga.

—No es nada, te lo he dicho ya. Me gusta mucho más estar aquí contigo que en los compromisos a los que me lleva mi madre.

—¿Es que te obliga a seguir participando en esos shows desagradables? —le preguntó Jackie, frunciendo el ceño, muy molesta—. Pero ¿hasta cuándo vas a continuar permitiéndole hacer contigo lo que le dé la gana?

Jason frunció el ceño, molesto, y su enojo creció cuando Amy agachó la cabeza, visiblemente apesadumbrada.

—Ella dice que es la única forma en que me daré a conocer, que ganaré fama y mundo... Por cierto, Jackie, el lunes que viene saldré de viaje, mi madre ha concertado varias entrevistas y no podré volver sino hasta dentro de dos semanas, así que no podré despedirme de ti cuando te marches de vuelta a la universidad.

—¿Eso quiere decir que tendremos que suspender el viaje de chicas que teníamos planeado?

Amy asintió y Jason notó que había lágrimas en sus ojos.

—Lo siento, Amy... Sé cuánta ilusión te hacía, como sé lo mucho que odias esos compromisos a los que tu madre te obliga a asistir.

—Lo que más me duele es no poder pasar más tiempo contigo, después de todo, apenas nos hemos visto el último año, desde que tú te marchaste a la universidad y yo teniendo tantos compromisos y viajes con mi madre...

—Amy, no llores. Ya habrá otro momento, lo prometo —la consoló Jackie, abrazándola con fuerza.

Jason sabía que debía dejarlas a solas para que pudieran continuar hablando con libertad, pero simplemente no pudo marcharse. Le tenía aprecio a esa chica.

Había conocido a la mejor amiga de su hermana desde que era pequeña, de preescolar, y ambas niñas jugaban haciendo tartas de barro en el patio trasero

de su casa.

Realmente no le había prestado mucha atención con el paso de los años y difícilmente conseguía recordar su nombre o distinguirla entre las otras amigas de su hermana. Sin embargo, todo cambió desde ese día en la iglesia, cuando Amy lo dejó impactado con su voz al dedicarle a su padre tan hermosa canción. Fue entonces cuando comenzó a fijarse en ella. Y no tardó mucho en descubrir a una chica encantadora, sumamente tímida, pero con una especie de aro angelical que nunca dejaba de envolverla.

Y es que todo parecía angelical a su alrededor. No conocía a otra persona más ingenua o directa, pura y sin mentiras que enturbiaran su ser. Incluso su rostro era como el de un querubín, de mejillas redondas y sonrosadas, además de esa maraña de rizos rebeldes que le daban tanta personalidad.

Una imagen que a él le parecía encantadora, pero que poco a poco iba desvaneciéndose...

Después de que un video de Amy cantando en la iglesia se hubiera filtrado en internet, y cientos de miles de personas comenzaran a preguntar por ella, encantados con la grandiosa voz que poseía, la tímida joven que había sido su vecina, de pronto saltó a la fama.

Personas de todo el país preguntaban sobre la misteriosa jovencita de extraordinaria voz, deseando saber su identidad. Entonces hicieron su aparición los periódicos que le habían tomado fotos en el funeral, hablaron de ella como «la chica de los guantes blancos», pues habían asumido que los vendajes que llevaba eran guantes, y desde entonces se hizo famosa bajo ese nombre.

No tardaron en buscarla varios agentes de música, con los que Nadya, su madre, estuvo más que encantada de firmar un contrato millonario. Amy no parecía tan encantada con la idea de ser famosa como con la de agrandar al fin a su madre, quien siempre la había rechazado y tratado en menos, debido a su condición «especial».

Ahora era Nadya quien dirigía su vida, la llevaba de gira, a entrevistas en

programas con conductores demasiado altaneros y personas del espectáculo con las que nunca habría imaginado llegar a ver a Amy, una joven demasiado sencilla y dulce como para soportar esa clase de vida.

Sabía que Amy no era feliz, porque Jackie se lo había contado en varias ocasiones. Y aunque le hubiera gustado ayudarla, no tenía mucha idea de cómo podría hacerlo. Amy era, sin duda, poseedora de una grandiosa voz y merecía todo el éxito del mundo. Sin embargo, nada valía la pena si ella tenía que sacrificarse a sí misma, a su propia esencia, por conseguirlo. O para agradar a su madre...

Ahora era famosa y Jason estaba seguro que llegaría el día en el que sería considerada como una de las más grandes artistas del mundo. Y se admiraba en gran medida de que ella continuara siendo la misma chica sencilla y tímida que tan encantadora le resultaba, la amiga de su hermana pequeña, a la que todavía podía hacerle bromas como si se tratase de su propia familia.

—¿...y te ha obligado a llevar ese bikini hortera que tanto odiabas en la playa de Chile? —le preguntaba Jackie en ese momento—. ¡Pero es que no tiene sentido! ¡Si eres cantante, no modelo! ¿Y qué va a hacer tu madre si te da una pulmonía por ir semidesnuda por una playa fría en pleno invierno sureño? ¿A ver de dónde se consigue otra gallina de los huevos de oro, esa recontra...?

—¿Por qué te obliga a hacer algo como eso? —le preguntó Jason, metiéndose en la conversación justo antes de que Jackie bautizara a Nadya con una letanía de improperios.

—Ella dijo que el videoclip quedaría mejor, estábamos rodeados de hielo y el bikini era blanco —explicó Amy, encogiéndose de hombros—. Pero lo único que yo sentía es que cantaba como una oveja, por temblar tanto de frío.

—¡Esa hija de la gran...!

—Ya cuántos años tienes, ¿diecinueve? —intervino Jason, tapándole la boca a su hermana con una mano—. Eres mayor de edad, ella no puede obligarte a hacer nada.

Jackie se removía entre los brazos de Jason, intentando soltarse, pero él no

se lo permitió, demasiado concentrado en Amy.

—Jason, no es tan fácil... Es mi madre, le debo mucho y ella sabe lo que es mejor. Mucho más que yo —comenzó a decirle Amy, pero él la detuvo.

—Es tu vida, Amy, no deberías permitir que otros la manejen a su antojo. Ni siquiera si se trata de tu madre... ¡Jackie! —gritó, cuando ella le pasó la lengua por la palma, para que la soltara, igual que cuando eran niños.

—Él tiene razón —convino Jackie—. Ya va siendo hora de que la enfrentes y le digas lo que piensas acerca de las giras, las entrevistas y esa ropa demasiado extravagante que te obliga a usar. Consigue una verdadera mánager, no permitas que ella siga decidiendo tu vida... ¡Por Dios, Jason!, ¿te lavaste las manos después de bañar a los gatos? —añadió, sacando la lengua con asco.

—Sí, pero no después de limpiar los areneros.

Jackie soltó una exclamación de asco que él ignoró, demasiado preocupado por Amy.

—Mira, Agnes, es importante que entiendas que en tu vida tú eres la única que manda. Al fin y al cabo, la que tendrá que lidiar con las consecuencias de sus actos, eres solo tú. No tu madre. Deja que ella viva su vida y tú vive la tuya, que no están pegadas, mujer.

—Y aunque así fuera, de todos modos es tu vida y tu madre nada tiene que mandar en la ella... —añadió Jackie, pasándose un pañuelo por la lengua—. Que incluso las siamesas tienen más independencia.

Amy agachó la vista, sabía que ellos tenían razón pero nunca había podido imponer sus deseos a los de su madre.

Unas risas acompañadas de una conversación interrumpieron su charla. Al escucharlas, Amy se apuró en secar sus lágrimas al reconocer las voces.

—...Jared, me voy a sonrojar. Ni lo menciones, por favor —decía Kimmy, su hermana tres años menor.

—Te has lucido hoy, Kimmy. Esas jaulas nunca han estado más limpias, los perros van a estar encantados.

Jared entró en ese momento en el almacén, acompañado por una Kimmy sonriente de oreja a oreja.

Amy se sintió contenta al verla, su hermanita siempre había tenido un flechazo por Jared, al grado de que se había ofrecido a participar en esa campaña de ayuda al refugio de animales, a pesar de que odiaba ensuciarse y a los animales.

—¿Han terminado ya con las jaulas? —preguntó Jackie, tomando la tablilla de tareas para enviarlos a otra labor. Como organizadora del evento, estaba a cargo de distribuir las tareas entre los voluntarios—. Podrían apilar los sacos de alimento, cortar el césped o acompañar a Amy a pasear a los perros.

—Lo siento, prometí ir a buscar a mamá para traerla al concierto de esta noche. Está ansiosa por ver a Amy en el escenario, y yo también —añadió Jared, dirigiéndole a Amy una amplia sonrisa.

—Gracias, Jared, eres muy amable.

—No agradezcas nada, es la verdad. No existe una mejor cantante que tú.

—¿Mamá no puede venir sola en su auto? —preguntó Jackie.

—No, está en el taller. Y aunque no lo estuviera, igual me marcharía a casa, necesito con urgencia una ducha, apesto a mil demonios muertos, ¿o tú qué opinas, hermanita? —cuestionó, abrazando a su hermana.

—No necesitas una ducha, te urge —convino Jackie, apartándose entre risas—. Vale, ve a casa a asearte y vuelve a tiempo con mamá. Entonces Kimmy puede ir con Amy...

—Gracias, pero no, ya estoy cansada, me duele todo el cuerpo y también necesito una ducha. ¿Jared, podrías llevarme a casa?

—Por supuesto, peque. Vamos, mientras antes nos marchemos, antes llegaremos al concierto de tu hermana.

—Sí, qué emoción, otro concierto de Amy —comentó Kimmy sin el mayor atisbo de entusiasmo, saliendo del lugar sin siquiera despedirse.

—Creo que alguien está celosa —comentó Jason, observando a Amy con detenimiento.

Ella parecía dolida por la actitud de su hermana, sin embargo, no dijo nada... ¿Por qué esa chica tan dulce tenía una familia de mierda?

—Para ella ha sido difícil, mamá no le ha prestado mucha atención últimamente, concentrada como está en conseguir los contratos de la disquera y programar los viajes de las giras... —la disculpó Amy—. Después de todo, es comprensible que esté enojada, tiene que pasar la mayor parte del tiempo sola en casa o en el internado.

—¿El internado? —preguntó Jason—. ¿Desde cuándo asiste a un internado?

—Solo tiene dieciséis años, no puede quedarse sola en casa mientras estamos de viaje.

—Ese es otro motivo por el que debes insistirle a tu madre para que te deje en paz —reafirmó Jackie, posando una mano en el hombro de su amiga—. Supongo que tendré que ir yo a pasear los perros contigo.

—De eso nada, iré yo —intervino Jason, tomando las correas de la mano de su hermana.

—¿Es que tú no necesitas una ducha? —inquirió su hermana, mirándolo de arriba abajo con la nariz arrugada.

—Ya me he dado un buen baño con los gatos, puedo soportar otro rato. Eso sí a Ally no le molesta que sea yo el que la acompañe.

—¡Que se llama Amy...!

—No me molesta —la interrumpió Amy, para sorpresa de su mejor amiga—. Es decir... yo también estoy medio mojada ahora y... No pasa nada si vamos juntos...

—Bien, dense prisa —Jackie salió en ayuda de su amiga—. Recuerden volver temprano, o Amy no tendrá tiempo de arreglarse para el concierto.

—Ella estará bien, siempre se ve hermosa —aseguró Jason, tomando de la mano a la chica para llevarla consigo fuera de la bodega, sin notar lo roja que ella se había puesto con su comentario.

Camaron por el bosque, por los diversos senderos y por entre los árboles,



esperando cansar a ese par de canes que parecían inagotables. Finalmente, fueron ellos los que terminaron sudando la gota gorda y jadeando por aire en lugar de los perros, que aún tenían energía para rato, por lo que decidieron sentarse a la sombra de un árbol a esperar a que los dos hermanos perrunos corrieran a su antojo, solos por un rato, esperando que eso terminara por fatigarlos.

—¿Quieres un poco de agua? —le preguntó él, después de tomar un sorbo de su botella.

Amy asintió y bebió un par de tragos, agradecida de poder aliviar su sed.

—Este día está haciendo demasiado calor —comentó, devolviéndole la botella—. Espero que pronto termine el verano.

—¿No te gusta el verano?

—No mucho... Me gustaba de niña, cuando significaba vacaciones, jugar en los jardines e ir a la piscina. Pero ahora que debo trabajar... —negó con la cabeza—. ¿Sabes lo difícil que es mantener este cabello en orden cuando hace calor y hay humedad?

Ella hizo un gesto con las manos, señalando su cabeza como si midiera tres veces más ancho y él soltó una carcajada, pasando una mano por uno de sus rizos rebeldes.

—Pues a mí me gusta así, no importa dónde estés, siempre puedo distinguirme entre la multitud por tu cabello.

—Eso no es algo bueno —replicó ella, aunque también reía.

—Claro que lo es, si mi intención es encontrarte.

Los ojos de ella se abrieron de forma desmesurada al escuchar sus palabras, al tiempo que su corazón comenzaba a latir con rapidez, amenazando con salirse de su pecho.

De pronto él se puso muy serio, y acercando su rostro al de ella, le dijo:

—Amy, quiero que hablemos de una cosa.

—Me llamaste Amy...

—Siempre he sabido tu nombre, Ricitos —aseveró, divertido, pasando una

mano por su cabellera, con un gesto de hermano mayor—. Quiero que sepas que si necesitas a alguien para cuidarte, yo siempre estaré ahí, igual como lo estoy para Jackie o para Jared. Has estado en nuestras vidas desde siempre y te considero como otra hermana pequeña, a la que debo proteger.

La ilusión se desvaneció del rostro de Amy, que no pudo ocultarlo como habría deseado.

—No te preocupes, no seré un hermano mayor molesto —afirmó, asumiendo qué era lo que le molestaba—. Solo quiero que sepas que si necesitas hablar con alguien, o cualquier otra cosa, puedes contar conmigo, ¿de acuerdo?

—Gracias, Jason. —Ella asintió, esbozando una sonrisa sincera—. Significa mucho para mí.

—Y también si quieres tratar el tema sobre tu madre... —él comentó, y entonces ella supo que era lo que había intentado decirle—. No puedo marcharme sabiendo que tú no estás bien, que te están haciendo sentir mal. Quisiera protegerte, Amy, y si me necesitas, aquí estoy, solo tienes que decirlo. Pero quiero que sepas que en esta vida, la primera que debe salir en tu defensa eres tú misma. Así que, Amy, ¡hazlo! Hazlo, que no hay nada más importante en esta vida que proteger tu libertad, tu dignidad y tu voluntad —le dijo, tomándola por los hombros—. Si quieres cantar, ¡perfecto! Pero hazlo bajo tus reglas. No permitas que nadie te robe ese derecho.

Ella lo miró a los ojos por primera vez, sintiéndose más conectada con él como nunca se sintió con nadie.

—¿Y qué le diré a mi madre? ¿A los agentes? ¿A la discográfica?

—Que tú eres tú, tienes un modo de pensar y de actuar, y si no les gusta, se pueden ir a tomar por culo todos los contratos y dejarte en paz.

—Me despedirán... Ya nadie me contratará...

—¿Y realmente vale la pena aguantar todo eso, perderte a ti misma y dejarte pisotear por esa gente, a cambio de un poco de fama? —le preguntó él, sinceramente.

Ella agachó la vista, meditando sus palabras.

—No, no lo vale.

Jason asintió, como si estuviera orgulloso de su respuesta.

—Pues claro que no, nada vale tanto como la propia dignidad.

—Gracias, Jason... Cuando explicas las cosas de ese modo, parecen más claras.

—Es que lo son, la cosa es poder mirarlas en perspectiva, y desde tu lugar debe ser bastante difícil con tu madre y toda esa gente presionándote al mismo tiempo. Pero tú serena, mujer, que eres fabulosa y tienes un talento endemoniado. Y si esa gente tiene dos dedos de frente no te van a dejar ir solo porque les pongas un alto a toda esa sarta de estupideces que te estaban obligando a hacer. Y si es así, te vas con la cabeza en alto y tranquila, porque te aseguro que habrá otros cien esperando en la puerta por tenerte y ofrecerte un contrato. Ah, pero eso sí, ahora lo firmas tú y bajo tus términos, que lo que ha hecho tu madre ha sido...

—Sí, tienes razón. Haré las cosas tal como me dices, Jason, que ya estoy bastante cansada de tener que seguirles el juegucito a todos los demás.

—Así me gusta oírte hablar, Alondra... Oye, ese nombre sí que te va bien, la alondra cantadora de la mañana —le dijo, abrazándola por los hombros y haciéndola reír—. Y bueno, si llegaras a necesitar a alguien para hablar, para coger fuerzas si sientes que no soportas más o simplemente para darle una paliza a alguien, no dudes en llamarme, ¿de acuerdo?

Ella rio más fuerte, haciéndolo sonreír.

—Te tomaré la palabra, te lo aseguro.

—Perfecto. Así me gusta, Ricitos, sonrío, que cuando los haces tus ojos brillan y se ven más bonitos.

Amy se sintió sonrojar y apartó la vista, apenada.

—Se hace tarde, será mejor que regresemos o Jackie me matará si llegas tarde a tu concierto. Pero antes de irnos, dame tu teléfono.

Ella le dio su celular, y vio que él anotaba su número en él.

—Lláname cuando lo necesites, incluso cuando esté fuera del país, te

contestaré la llamada, ¿de acuerdo?

—¿Es que te vas a ir de viaje?

—Me uní a la Cruz Roja Internacional, iré a ayudar a una comunidad en zona de guerra durante el próximo año.

—Pero eso es muy peligroso, podrías morir...

—Mejor morir haciendo algo bueno por los demás, que desperdiciando mi vida sin haber movido un dedo por nadie.

—Eso es muy altruista por tu parte...

—No... Creo que solo tengo un complejo de héroe. O eso asegura mi madre —bromeó, pero no había risa en su rostro—. A ella no le gusta mucho la idea de que me vaya, pero es mi decisión. Mía y solo mía.

—Sí, entiendo qué quieres decir.

Él estiró la mano y estrechó la suya, provocando que su respiración se atorara en su garganta.

—Me alegro de que sea así, Amy Taylor.

El concierto fue un éxito.

El pequeño lugar destinado para el concierto de Amy se llenó en su totalidad, la gente comenzó a amontonarse en las gradas improvisadas, las puertas y los alrededores del recinto, esperando poder escuchar a la nueva artista de su comunidad, que iba ganando tanta fama últimamente.

Jackie estaba que no cabía de alegría después de que la gente ovacionara a su amiga, pidiéndole salir otra vez y otra vez, hasta que tuvieron que dar el concierto por terminado.

Jason, por otro lado, sentía un regusto amargo al verla asediada por tantas personas, en especial varios hombres que parecían dispuestos a obtener de ella algo más que un simple autógrafo.

Decidió acompañarla cuando, al terminar el concierto y mientras se preparaban para marcharse a casa, Amy se sentó sobre un tronco a firmar autógrafos y vender algunas camisetas y tazas que habían hecho por motivo del

evento de recaudación.

Los sentidos de Jason se pusieron en alerta cuando, después de que la fila para los autógrafos al fin hubo terminado, un grupo de jóvenes se acercó a la chica. Se notaba que habían estado bebiendo y estaban más animados de la cuenta.

—¡Amy Taylor, al fin podemos verte! —exclamó uno de ellos, sentándose a su lado en el tronco.

Ella se removió un poco, claramente incómoda con la cercanía del extraño.

—Te has lucido esta noche —dijo otro chico, más amable, y extendiéndole una de las camisetas con la imagen de un perro rescatado en ella; le preguntó —: ¿Podrías darme tu autógrafo?

—Por supuesto —asintió ella, tomando la camiseta para firmarla.

—¿Y qué tienes planeado hacer después de salir de aquí, preciosa? — insistió el primero, acercándose más a ella e intentando rodearla con un brazo.

—Iremos a tomar unas copas, ¿no te gustaría venir con nosotros? —preguntó otro, que no dejaba de mirarla como si intentara quitarle la ropa con los ojos —. Pareces una chica que sabe divertirse.

Jason apretó los dientes, molesto. Esperaba que Amy hablara pronto con su madre y arreglara el tema del guardarropa para sus conciertos. Nadya había llegado justo antes de iniciar y la había obligado a ponerse ese vestido *strapless* demasiado corto y ajustado, con el que Amy se notaba muy incómoda, además de que incitaba a esa clase de hombres a hacer comentarios fuera de lugar, como ese.

—Gracias, pero ya tengo planes —contestó de forma seca.

—¿Saldrás con la chica alta y morena con la que te vimos hace un rato? — preguntó otro, con la intención de acercarse a ella por el otro lado—. Porque si es así, ella puede venir también.

Jason no fue capaz de soportar quedarse más tiempo al margen. Tomó al chico por el hombro y lo apartó antes de que pudiera acercarse a Amy.

—Ella saldrá conmigo —espetó, furioso—. Su novio.

Amy abrió mucho los ojos, sorprendida, pero no lo contradijo

—¿Eres su novio? —preguntó el chico que seguía sentado al lado de Amy, con voz asustada.

Amy sonrió discretamente, Jason podía ser muy amenazante cuando quería.

—Ya lo dije y no tengo intención de repetirme, así que más te vale que le hables con más respeto a mi novia si no quieres que te parta la cara —lo amenazó, fulminándolo con la mirada.

—No te molestes, hombre, que solo estábamos bromeando.

—Aquí nadie se está riendo. Y si ya terminaron con sus firmas, tomen sus cosas y márchense.

—Lo siento —se disculpó el único que había sido amable, tomando su autógrafo—. Has estado genial, Amy...

Los chicos se marcharon rápido, dejándolos a solas. Amy se giró hacia Jason, sin saber qué decir.

—Entonces... ¿eres mi novio?

—Para fines prácticos, sí, lo soy, y en lo que respecta a esa clase de tipejos, estamos comprometidos y con fecha para casarnos, ¿me has oído?

Amy soltó una risita, asumiendo que esa sí tenía que ser una broma.

Ya que toda su vida le había costado entender el doble sentido y las bromas, a causa del Asperger.

—Lo siento si me he metido en tus asuntos, Amy, pero no podía permitir que te hablaran de ese modo —se disculpó Jason, pasándose una mano por el cabello, en un gesto nervioso.

—Está bien, me ha gustado la idea. Serás mi novio secreto de ahora en adelante... Claro, de mentiras, porque tú y yo no somos más que amigos en la vida real, ¿no es verdad?

Jason sonrió, notando la ilusión en su pregunta, pero no podía mentirle. Para él, ella era como otra hermana pequeña, no la veía de ese modo.

—Es verdad, Andie, seré tu novio falso hasta que te canses de mí o encuentres a un novio real que sea digno de reemplazarme.

Ella agachó la vista, claramente desilusionada.

«*No creo que haya nadie que sea digno de llegarte a los talones*», habría querido decirle. Pero en lugar de eso, solo replicó:

—Me llamo Amy.

Jason soltó una carcajada y la abrazó, rodeándola con un brazo por los hombros.

—Eres un encanto, Ricitos.

## Capítulo 2

*Catorce años después...*

—**V**amos, Jason, es tarde —lo apuró Jackie, su hermana menor, intentando pasar entre varias personas que iban en su misma dirección.

—Aún falta para que empiece el programa —replicó él, mirando su reloj.

—Amy quiere que la veamos en su camerino antes de que empiece el show —le explicó ella, evadiendo por un pelo a una mujer que pasaba a toda carrera con un enorme cartel pintado a mano con letras de colores que decían: ¡Te amamos, Amy! ¡Eres la mejor!

—No tenía idea de que habría tanta gente, es solo un programa de televisión.

—¿Solo un programa de televisión? —repitió Jackie, deteniéndose de golpe y encarando a su hermano con los brazos en jarra—. Es el mejor programa del país, y además estará Amy en él. Que no te sorprenda que encontremos cientos de personas más intentando entrar cuando llegemos a la puerta principal.

Jason soltó un resoplido, molesto. No iba a admitir que se sentía incómodo acudiendo a un programa de televisión para ver a Amy, aunque así era. Con el paso de los años había dejado de verla con la misma frecuencia que antes, sin embargo, se había enterado de su éxito gracias a su hermana y a su madre, que la consideraba casi como una segunda hija y algunas veces parecía tenerle más cariño que a sus propios vástagos.

Además de verla continuamente en los medios, ya fuera en algún programa de televisión o un comercial anunciando un próximo concierto, o escuchar sus



canciones en la radio.

Amy ahora era una mujer famosa, exitosa y fabulosa en todos los sentidos. De no haber sabido que eran la misma persona, dudaba haberla podido reconocer.

—Cálmate un poco, hermanita, no intentaba insultarte o a tu amiga... ¿Has visto la ropa que lleva esa mujer?

—No es una mujer, es un hombre vestido como Amy... ¡No te le quedes mirando fijamente! Vas a ofenderlo.

—Lo siento, señor... señora... Discúlpeme usted —Jason esbozó una sonrisa tensa, antes de que su hermana tirara de él.

—Tampoco le sonrías tanto o va a pensar que te gusta.

—Nunca hago nada bien para ti —replicó Jason, fingiéndose ofendido—. Y aún no entiendo por qué tenía que acompañarte hoy, ¿es que no podías tomar un avión a California tú sola?

—No, si puedo contar con la superprotección de mi hermano mayor, ¿has visto la cantidad de personas que hay aquí?

—Eres cinta negra en karate, son ellos los que deberían cuidarse de ti.

—Y tú sabes boxear, eso es sexy. Quizá encuentres a una chica linda por aquí a quien echarle el ojo. Ya es hora de que sientes cabeza y dejes de andar de mujeriego, igual que los colibríes, picando de flor en flor —comentó en forma pícaro, haciéndose la interesante.

—¿Picando de flor en flor? —repitió él, riendo divertido—. ¿De dónde sacaste ese término? ¿Es que fuiste poseída por la abuela?

—No seas pesado conmigo, Jason Zivon. Estás aquí para cuidarme y se acabó la discusión.

—Ok, eso contesta mi pregunta... ¡Jackie! —gritó, deteniendo a su hermana por el cuello de la camisa, justo antes de que un hombre que iba cargando con varios carteles, se estrellara contra ella—. ¡Oye, ten cuidado o te enseñaré a caminar de cero! —le gritó, adelantándose y colocándose frente a su hermana, como una especie de escudo humano.

—Disculpe, señor —el hombre dijo con total sinceridad, mirando con temor a Jason.

Y Jackie tenía que admitir que no le hubiera gustado estar en su lugar. Jason podía ser muy intimidante cuando se enojaba.

—Y también discúlpeme usted, señora. Por favor, no permita que su esposo me golpee...

—¡Yo no soy su esposa! —gritó Jackie, enojada—. Y si me vuelves a llamar señora, seré yo quien te golpee.

—Jackie, ya cálmate o harás un escándalo, y ambos terminaremos en la cárcel antes de siquiera ver a tu amiga.

—Lo siento —Jackie bufó y continuó avanzando, pasando muy molesta junto al hombre.

—Siento haber molestado a su señora...

—No juegues con fuego, amigo.

Jason rio al ver la expresión de furia de su hermana, que parecía a punto de darle un par de puñetazos al hombre, por lo que se dio prisa en tomarla por el codo y alejarla de él.

Para llegar a la puerta principal del estudio necesitarían avanzar entre más personas de las que hubiera imaginado. Jason caminó por los pasillos del estudio, al lado de su hermana, que se abría paso entre la gente para poder pasar. Ese día el lugar donde se realizaba el famoso programa de Ellie, un *talk show* de alcance mundial, estaba a reventar. Por lo general el lugar se saturaba, pero en esta ocasión había rebasado los límites, pues en cuanto se hubo corrido la voz de que Amy Taylor estaría como invitada, las entradas se habían agotado. Aun así, cientos de personas se aglomeraban en la calle, en las aceras afuera del recinto y, algunas más habían conseguido colarse al interior, todo con la intención de poder echarle un vistazo a la famosa cantante.

—Es increíble que todas estas personas estén aquí solo para ver a Amy —comentó Jason por encima del bullicio de los fans, que coreaban a gritos el nombre de la cantante.

—No veo lo increíble, ella es fantástica... Mira, es aquí —exclamó Jackie, señalando una puerta doble de metal, resguardada por varios hombretones de seguridad, tan enormes e imponentes, que supuso que algo de sangre de gorila debía de correr por sus venas.

Por encima, sobre el alto muro del edificio, colgaba una gigantesca fotografía de su mejor amiga.

Jason observó la imagen con detenimiento, ya poco quedaba de la chica regordeta con gafas y esos rizos revueltos, a lo Anita la huerfanita. No, la imagen que tenía delante era la de una mujer hecha y derecha, de finas facciones, cabello perfecto y figura escultural. Aunque los ojos... Esos ojos grandes y grises que podían atravesar el alma con una sola mirada, esos continuaban siendo los mismos.

Y para él, eran y siempre serían su máxima belleza.

—Guapa, ¿eh? —le dijo Jackie, arqueando las cejas de forma pícaro al notar que su hermano mayor no apartaba la vista de la fotografía—. Ni siquiera la han tenido que retocar, Amy es así de linda en la vida real.

—Un poco flaca para mi gusto... —Jason carraspeó, y se obligó a apartar la mirada—. ¿Tienes las entradas? Estoy cansándome de este gentío.

Y no era para menos, a cada segundo se aglomeraban más personas delante de las puertas, y al intentar colarse pasaban tan cerca de ellos que, en más de una ocasión, les dieron un empujón.

—Sí, aquí las tengo, se habían ido hasta el fondo... ¿Pero cómo haremos para pasar entre toda esa gente?

—Eso déjame a mí.

Jason sonrió, al tiempo que movía el cuello y los hombros, preparándose para avanzar, de la misma forma en que Jackie lo había visto hacer cientos de veces antes, cuando jugaba al fútbol americano en el colegio y luego en la universidad.

Sin mediar palabra, él rodeó a su hermana por los hombros, protegiéndola como si fuese el balón, al tiempo que con el otro brazo se abría camino entre

el gentío, al tiempo que gritaba «¡Patriots!», desde lo más hondo de su garganta.

—No puedo creer que sigas haciendo eso —comentó Jackie entre risas, corriendo a su lado mientras se abrían paso entre las personas.

«¡Patriots!» era el grito de su padre, en honor a su equipo favorito. Jason solía imitar el grito de niño cada vez que jugaba, y luego continuó haciéndolo en honor a su papá, el hombre que le había enseñado a jugar.

—Qué puedo decir, es divertido —declaró Jason, una vez que llegaron ante la puerta.

La gente los miraba con ojos abiertos como platos, unos extrañados, otros molestos, y más de uno riendo divertido.

Uno de los hombretones que custodiaba la entrada les salió al paso. Antes de que pudiera echarlos, Jackie le enseñó las entradas y él, luego de revisarlas, arqueó las cejas con sorpresa y los dejó pasar enseguida.

—Alguien los guiará al interior —les anunció, cerrando la puerta tras ellos.

Ambos tuvieron que entrecerrar los ojos para acostumbrarse al cambio de luz, el lugar estaba bastante más oscuro que afuera, donde el sol irradiaba con fuerza.

Los recibió una mujer joven, elegantemente ataviada con un traje sastre blanco, tan immaculado como su cabello rubio platinado, atado en una coleta bajo la nuca.

—La señorita Taylor los está esperando —anunció, después de escuchar a través de su auricular, tomando sus boletos e intercambiándolos por un par de pases que ambos se colgaron al cuello.

La siguieron por una serie de pasillos, esquivando a personas del *staff* que pasaban a toda prisa llevando con ellos enormes jarrones de flores, micrófonos, luces, bandejas repletas de comida, entre otras cosas, hasta llegar a una puerta al final de un corredor, con el nombre de Amy escrito en ella.

La mujer iba a tocar la puerta para anunciarlos, cuando Jackie la detuvo.

—¡Espere! —le pidió, adelantándose para abrir—. Quiero sorprenderla.

—Pero...

—No se preocupe, le encantará la sorpresa. Ella creía que no iba a poder venir, ¿entiende?

La mujer frunció el ceño, dejando claro que no entendía nada.

—Es su mejor amiga desde que eran unas crías de kínder —le explicó Jason a la carrera—. No se moleste en tratar de entenderlas, solo ellas pueden hacerlo, y si Jackie cree que será mejor sorprender a Amy, es que así será.

—De acuerdo... Pero si se enojan conmigo...

—Yo me hago responsable, no se preocupe —aseguró él.

La mujer asintió y se marchó, aunque él notó que revisaba una vez más los nombres escritos en sus entradas. Seguramente para tomarle la palabra si es que llegaban a reprenderla por haberles permitido pasar al camerino sin llamar antes.

Jason entró tras su hermana a lo que parecía ser una *suite* de lujo, en lugar de un sencillo camerino. Nada más pasar, se encontraron en un enorme recibidor con toda clase de objetos y regalos desperdigados por doquier. Una bonita mesa redonda con un enorme jarrón de flores en ella, había sido la decoración central, hasta que la inmensa cantidad de arreglos florales, canastas de frutas, osos de felpa, cajas de regalo, tarjetas y cartas, globos y obsequios de todo tipo, le robaron el protagonismo.

—¿Es acaso eso un anillo de compromiso? —preguntó Jason al notar la joya dentro de una caja de terciopelo con el sello de *Tiffany* afuera.

—Shhh... —Jackie lo hizo callar y pasó de largo, sin hacerles el menor caso, acostumbrada como estaba a que su mejor amiga recibiera esas cosas. Jason, por otro lado, observó los objetos al pasar, sorprendido de que algunos de esos presentes vinieran envueltos en cajas de finas joyerías famosas en el mundo.

Llegaron a un amplio salón con enormes ventanales, por los que no entraba luz, pues las persianas estaban echadas. El mobiliario constaba de unos largos sofás de imitación de cuero negro, una mesa de centro de vidrio, una gran

pantalla de televisión que abarcaba poco menos que la pared completa. Más allá se alcanzaba a ver una especie de mini cocina-bar, con toda clase de galletas, pastelillos, bocadillos y otras delicias, además de una gran selección de bebidas de gas, cafés *gourmet* y jugos naturales.

A su derecha había una sola puerta entornada, desde donde se alcanzaba a escuchar la voz de Amy, hablando al teléfono. Y por su tono, se notaba que estaba muy molesta.

—...te haré la transferencia esta noche... Mamá, siento mucho que no puedas pagar el crucero en este instante, pero ya te dije que estoy ocupada y... No, Mónica no puede hacerlo... Porque soy yo quien maneja mi dinero, mamá, y ya te dije que cuando quieras pedirme algo, lo veas directamente conmigo, no con mi asistente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jason.

—Su madre, como siempre intentando exprimir a Amy para sacarle los millones... —bufó Jackie—. Desde que Amy le puso un alto, no deja de hostigarla y hacerla sentir culpable, como si fuera su deber mantenerla, ¡y mantenerla mejor que a la reina de Inglaterra! Ha hecho todo lo posible por sacarle dinero, incluso mentir. Es por eso que Amy ahora maneja sus cuentas. Esa bruja manipuló a la pobre de Mónica, la asistente de Amy, para transferirle cincuenta mil dólares, en lugar de los cinco que le había pedido en un principio, ahora es ella quien maneja sus cuentas y así se asegura de que su madre no la robe —Jackie le explicó a Jason, negando con la cabeza, muy molesta—. Fue la gota que derramó el vaso. Nadya le ha robado tanto, que de no haberle puesto un alto, Amy ahora estaría en la calle.

—Esa mujer nunca va a dejar de sorprenderme —espetó él, recordando lo mucho que Nadya había hecho sufrir a Amy.

—Detesto a esa mujer, trata a Amy como su banco personal. Nunca va a verla, no la visita en su casa ni asiste a sus presentaciones. Jamás la verás por aquí, apoyándola como una madre decente. A menos, claro, que haya prensa después y ella pueda lucirse. Nadya solo utiliza a Amy para mantenerse como

una reina, viviendo a su costa y haciéndola sufrir con sus arrebatos, cada que se aburre, y tiene que buscarse alguna forma de matar el tiempo. —Jackie apretó los puños—. Amy debería sacarla de su vida, pero sé que nunca lo va a hacer. Es demasiado noble.

Jason negó con la cabeza, sinceramente perturbado. ¿Cómo una persona tan buena como Amy, podía tener una madre que era una basura de ser humano?

—Pobre Amy...

—Nunca vayas a decir eso delante de ella —le previno su hermana—. Amy odia que le tengan lástima.

—No es lástima, es solo que me parece injusto que tenga que soportar a una madre así.

—Lo sé, pero ella es muy sensible con esa palabra... Ya sabes que ha tenido que enfrentarse a mucha gente que la miró con lástima por tener autismo. Ser *asperger* no la define, es algo por lo que ella ha luchado toda su vida para dejarle claro a la gente.

Jason no tuvo oportunidad de contestar, cuando la puerta se abrió de lleno y por ella apareció Amy, ataviada con un albornoz blanco que le llegaba hasta los tobillos.

Los ojos de Amy, brillantes a causa de las lágrimas, se alzaron y se posaron sobre los hermanos, al tiempo que una sonrisa profunda y sincera aparecía en sus labios.

Y el corazón de Jason se detuvo por una fracción de segundo al mirarla.

Quien fuera que había puesto lágrimas en esos hermosos ojos, merecía la horca.

—¡Jackie, estás aquí! —exclamó Amy, corriendo a su encuentro.

Ambas amigas se abrazaron con fuerza, contentas por volver a verse.

—Jason me acompañó, de lo contrario no habría podido venir. Sabes que detesto volar.

—Te agradezco tanto, Jason. Has sido muy amable en acompañar a Jackie, sé que debió ser difícil, ella odia volar. Cuando no pudo acompañarme en el

vuelo, como siempre suele hacer, porque le salió esa operación urgente en el zoológico, asumí que ya no vendría. Ha sido una sorpresa maravillosa encontrarlos aquí —le explicó, dedicándole una sonrisa radiante que lo paralizó—. Voy a tener que hacer algo especial para ti, para agradecerte.

Jason asintió, sintiéndose un poco cohibido. La verdad es que no había querido venir y Jackie había tenido que ocupar todas sus cartas de hermana menor para convencerlo.

Ella le había contado que Amy se ponía muy nerviosa en sus presentaciones y esperaba verla como apoyo. Por lo que Jackie siempre que podía, le daba el gusto. Después de todo era su mejor amiga y, para ella, su hermana del alma. Sin embargo, esta vez la presentación sería en California y para llegar, Jackie tendría que tomar un avión. Por lo que le había rogado a Jason que la acompañara. Y él, como siempre que ella le pedía algo, no pudo negarse. Era el mal del hermano mayor sobreprotector.

—No te preocupes, que de agradecerle, ya me encargo yo —le informó Jackie a su amiga—. Me ha costado un mundo convencerlo, eso y una tonelada de alitas picantes del *Wings*, pero vale todo la pena con tal de poder acompañarte hoy.

La sonrisa de Jason se transformó en una mueca.

—Esa parte no era necesario que la contaras, hermanita —gruñó.

—Yo habría hecho lo mismo si me hubieran arrastrado a verme —le aseguró Amy, riendo divertida—. De todas formas, muchas gracias por haberla traído, Jason. ¿No te dejó marcas en el brazo, de casualidad?

—Durante el despegue creí que me atravesaría el brazo con las garras que tiene por dedos —se quejó él, haciendo reír a Amy.

—No seas quejica, que no fue para tanto. Y Amy, con un abrazo basta, que él es de corazón entregado y sencillo.

—Por supuesto —Amy se adelantó y lo abrazó, diciéndole al oído—: Cuando Jackie me dijo que no podría venir, me puse muy triste. ¡Ha sido una sorpresa encantadora encontrarlos aquí! Gracias, Jason, por traerla y por estar



tú también, significa mucho para mí.

—No es nada, te lo aseguro...

Jason se intimidó un poco al tenerla entre sus brazos sintiéndola tan frágil y menuda, casi etérea... El aroma de su perfume invadió sus fosas nasales, era exquisito, como a rosas silvestres y campos abiertos.

Duró lo mismo que un pestañeo, o así lo percibió él. Amy se apartó y una vez más estaba delante de Jackie, tomándola de la mano para llevarla con ella hasta la sala.

—Por favor, siéntense y pónganse cómodos, hay mucha comida, tomen todo lo que deseen. ¿Quieren algo de beber?

—No es necesario que nos atiendas, somos familia.

—Sí, son familia, pero también mis invitados y me encanta atenderlos — Amy contestó, abriendo el refrigerador para que pudiera echar un vistazo a su interior—. Entonces, ¿qué te apetece?

—Me gustaría una *ginger ale* —contestó Jackie, después de echar una mirada a las latas y botellas dentro del frigorífico.

—De acuerdo, ¿y tú, Jason?

Jason, que aún seguía sintiéndose un poco fuera de lugar, se encontró tomado por sorpresa a causa de su pregunta. Hasta ese momento se percató de que no había despegado la vista de Amy, como si fuese incapaz de dejar de observarla.

—¿Eh...? Lo mismo.

—¿Y desde cuándo te gusta a ti la *ginger ale*? —le preguntó Jackie, sonriendo divertida.

—Desde ahora —contestó él, en voz baja—. Y más te vale que no digas más al respecto.

Jackie alzó las manos en señal de paz.

—Vale, vale, no te enojés, hermanito.

—Aquí tienen. —Amy trajo un par de vasos con hielo en los que había vaciado las bebidas. Los colocó en la mesita de café, delante de ellos, con sus

respectivos portavasos. Amy era muy cuidadosa con los detalles.

Al hacerlo, la manga de su bata se levantó, dejando a la vista un moretón en su antebrazo.

—¿Qué es eso? —preguntó Jason, frunciendo el ceño al notarlo.

—¿Qué cosa...?

Amy se sorprendió por la pregunta, y él tuvo que indicar con el dedo el lugar del morado.

—Oh... Últimamente estos aparecen por todas partes, ni siquiera recuerdo cómo me hice este moretón... —Amy se interrumpió cuando alguien llamó a la puerta.

—Amy, ¿estás visible? —preguntó una voz femenina.

Una mujer regordeta, de cabello oscuro que contrastaba con su piel blanca, se asomó en ese momento.

—Pasa, Mónica —le pidió Amy—. Te presento a Jackie, mi mejor amiga de toda la vida, y a Jason, su hermano mayor.

La mujer saludó a ambos y luego volvió a dirigir su atención sobre Amy, que en ese momento estaba ocupada sirviendo más bebidas.

—¿El agua mineral te gustaba con o sin limón, Mónica? No puedo recordarlo...

—Amy, soy tu asistente, se supone que yo te sirvo las bebidas... Y también se supone que yo sirvo a tus invitados —añadió, mirando horrorizada los vasos que ella les alargaba a sus amigos.

—No seas tonta, que no me cuesta nada. —Le alargó el vaso que acababa de servir para ella—. ¿Has traído el vestuario?

—Gracias, cielo, eres un ángel como siempre. —La mujer bebió un trago rápido antes de seguir hablando—. Te he traído varias prendas, para que selecciones lo que te pondrás en el show. ¡Lina, pasa ahora!

Una chica entró en ese momento, después de que Mónica le hiciera la señal, llevando uno de esos percheros con ruedas con varias prendas colgadas de él.

—Teresa quiere que elijas algo un poco más... llamativo —Mónica buscó la

palabra, algo temerosa por lo que tenía que decir—. ¿Quizá este vestido?

Amy arrugó la nariz al ver el vestido dorado que la mujer le enseñaba, era tan corto que estaba segura que su ropa interior haría su propia aparición en el programa.

—La próxima vez que mi mánager quiera hacerme una sugerencia sobre mi vestuario, dile que lo hable conmigo personalmente —le pidió Amy en tono firme, pero manteniendo su habitual amabilidad.

Recorrió con una mano las perchas colgadas y sacó un par.

—Usaré esta blusa y estos pantalones.

—Enseguida.

La chica tomó una blusa blanca sin mangas, con algunos volantes que le daban un aspecto vaporoso, y unos pantalones negros de mezclilla, y los llevó a la otra habitación.

—No tardaré —Amy le anunció a sus amigos—. Si necesitan algo, Mónica los atenderá.

La mujer asintió con vehemencia, como si quisiera darle mayor énfasis a sus palabras.

—Tómate tu tiempo, nosotros estamos bien —le aseguró Jackie, alzando el control de la televisión para encenderla.

Jason observó por el rabillo del ojo a Amy, sintiendo algo similar al orgullo creciendo en su interior al verla tan segura de sí misma, comportándose como una persona sencilla, a pesar de la fama y la fortuna que ahora tenía en su vida, y a la vez manteniendo su esencia.

A pesar del maquillaje, la ropa fina y los miles de personas que la seguían, en el fondo parecía ser la misma chica dulce que hacía años había conocido en su casa, cuando tan solo era una chiquilla regordeta, de melena rebelde y con grandes gafas cuadradas.

La presentación fue fantástica. Ellie era la presentadora de uno de los *talk show* más afamados del mundo y conocía a Amy desde sus inicios. Amy era

una de las invitadas favoritas de Ellie y, como tal, le daba protagonismo en varias actividades que planeaba para ella. Ambas se divertían a lo grande cada vez que Amy tenía una aparición en su show y, con ellas, el numeroso público que las veía.

Ellie había conocido a Amy hacía muchos años, cuando, al poco tiempo de ser descubierta, la llevaron a su programa de televisión con la intención de satisfacer la curiosidad de la gente que la había visto en internet cantando en una iglesia, y todo lo que sabía de ella era que la llamaban «la chica de los guantes blancos».

La producción la había invitado en un inicio como una novedad, una más de esas que pasan fugazmente por el mundo del espectáculo. Pero Ellie supo ver en Amy a una estrella que ganaría fama mundial.

La había visto cantar en las redes sociales y había seguido su carrera, como los otros, pero ella había notado en Amy algo especial, esa especie de ingenuidad que tan poco se veía en la farándula, y desde entonces se había visto invitándola continuamente, como si intentara integrarla, protegerla de alguna forma bajo su ala.

Ambas se habían caído muy bien, y desde entonces mantenían el contacto. Ellie había sido un pilar importante para la chica, la mujer no solo fue una parte importante en el impulso que tomó la carrera de Amy, sino que también se convirtió en su amiga. Había sido ella quien más la había apoyado cuando Amy decidió apartar a su madre de su carrera, la había aconsejado (pues había pasado por una situación similar de joven) y brindado su ayuda, además de su amistad. Desde entonces se llevaban de maravilla, y cada vez que podían hacer coincidir sus agendas, se reunían para hacer algo juntas. Por lo general, algún acto benéfico para niños huérfanos o animales desamparados, que eran los temas en común que más les apasionaban a ambas.

Ese día, después de la entrevista regular, algunos juegos, recibir llamadas del público y que Amy cantara un par de canciones de su nuevo disco, Ellie se preparó para despedir el show.

—Entonces, Amy ¿nos tienes una noticia importante antes de irnos?

—Así es, Ellie —contestó ella, con naturalidad, hablándole a la audiencia con una sonrisa franca—. Este próximo noviembre, como todos los años, realizaremos una campaña masiva para reunir fondos para los animales que viven en la calle. Quiero pedirles a todos que participen, pueden hacerlo desde ahora, reuniendo latas y sacos de alimento, mantas, camas, en fin, todo lo que pueda servir para los animales, y lo lleven al refugio local de su comunidad. Este año hemos conseguido que nuestro pedido de ayuda alcance más voz que nunca, y nos hemos unido todos para ayudar.

—Así es, y no olviden que también pueden hacer donativos en su cuenta de banco —añadió Ellie—. En pantalla aparecerá el número de cuenta. Y chicos, los esperamos este noviembre, Amy estará allí y yo también, ¡ah! Y su amiga veterinaria, que hoy nos acompaña en el programa, ¿no es así, Amy?

—Sí, ella es Jackeline Zivon, la mejor veterinaria del país, y tenemos la fortuna de contar con su apoyo. ¡Ven aquí, Jackie!

Jason vio a su hermana enrojecer hasta las orejas cuando una cámara la enfocó, ella corrió hasta llegar al lado de Amy, cuidando de no tropezar en el camino. Con torpeza saludó a Ellie con un beso en la mejilla y luego hablaron de los animales, y esta vez, Jackie habló con mayor fluidez que nunca.

El tiempo se agotó y Ellie dio por finalizado al fin el programa. Jason se acercó a ellas cuando ambas le hicieron señas para que se acercara.

—¡Estuviste estupenda! —le anunció Jackie a su amiga, todavía muy emocionada por haber salido en televisión.

—Sin duda estuviste genial y te veías preciosa —le dijo Jason, a su lado—. Cautivaste a todos desde el inicio.

—Gracias —contestó Amy, apartándose un rizo bien cuidado de la cara, para disimular el color rojo que sentía encender sus mejillas.

Jason sonrió; a pesar de todo, parece que aún quedaba algo de la antigua Amy.

—Ellie, quiero presentarte a Jason Zivon, el hermano mayor de Jackie y el

mejor oncólogo de la ciudad.

—Familia de médicos —Ellie sonrió, estirando la mano para estrechar la de Jason—. Un placer. Espero que también nos acompañes el día del evento de recaudación, todas las manos son bienvenidas.

—Por supuesto, cuenta conmigo —asintió Jason.

—Ellie, ¿puedo tomarme una foto contigo? —le preguntó Jackie, sacando su celular.

—Claro que sí, ven aquí —Ellie la llamó con su habitual jovialidad y comenzaron a hacerse varias *selfies*.

Jason rio, divertido, hasta que notó que Amy lucía muy pálida, a pesar de que intentaba disimularlo con una sonrisa.

—Amy, ¿te encuentras bien?

—¿Eh...? Sí... solo me mareé un poco —comentó ella, llevándose una mano a la nariz.

Al apartarla, vio sangre.

—Espera, te ayudo —Jason sacó un pañuelo de tela de su bolsillo y se lo tendió, al tiempo que la acompañaba fuera del set, a un sitio más privado donde nadie la viera.

—No quiero estropearlo...

—No lo harás. —Él lo tomó de su mano y con suma gentileza, lo colocó sobre su nariz—. Lleva la cabeza hacia atrás y aprieta para detener el flujo.

—No te preocupes, ya estoy acostumbrada.

—¿Es que te pasa a menudo?

—Desde hace un tiempo para acá, con bastante regularidad. —Ella se encogió de hombros—. Debe ser que me falta hierro; el médico de mi equipo dijo que estaba un poco anémica y me mandó vitaminas.

—¿Cuándo fue eso?

—No lo recuerdo... Será cosa de un mes, tal vez un poco más.

—¿Y no has ido con ningún otro médico, a pesar de continuar sintiéndote mal?

—No he tenido tiempo... Pero no me mires así, es solo cansancio. Ya me tomaré unas vacaciones y entonces me sentiré mejor.

—¡Amy, ven aquí! —la llamó Jackie.

Varias personas se les habían unido y ahora intentaban tomarse una *selfie* grupal entre todos.

—Debo ir, no me gusta hacer esperar a la gente... ¿Mi rostro está bien?

—Estás perfecta.

—Gracias —contestó ella, intentando evitar que el rubor le cubriera la cara.

Al alejarse, notó la mirada de Jason fija en ella, observándola con una gravedad que le hizo estremecer el alma...

## Capítulo 3

Jason bebió un sorbo de la copa de champaña que acababa de tomar de la bandeja de uno de los camareros que se paseaban entre los invitados de la boda de Jared y Jenny, su hermano y nueva cuñada, deseando zampársela completa de un solo trago, quizá así podría apaciguar un poco la cantaleta de su madre, que llevaba quejándose desde que terminó la ceremonia religiosa por la ausencia de su hija menor.

—Te juro que voy a matar a esa niña, ¿cómo es que se le ocurre faltar a la boda de su hermano? ¡Su hermano! —repitió, alzando la voz más de lo deseado y despertando miradas curiosas a su alrededor—. Es un momento que no volverá a repetirse... Esta vez estoy segura.

Jason ocultó una sonrisa tras su copa. Su madre había jurado que la primera mujer de su hermano sería la única, y debió tragarse sus palabras después de que esa bruja le rompiera el corazón a Jared.

Aunque en esta ocasión coincidía con ella. Estaba seguro que ahora Jared había elegido bien y su matrimonio sería para toda la vida. Nunca le había agradado Joana, la ex de su hermano. Era una mujer frívola y egoísta que no se interesaba en nadie más que en sí misma. Jenny, por el contrario, era una persona sumamente dulce y generosa, amaba a Jared tanto como él a ella, y juntos formaban una familia idílica.

—Jenny es una mujer fantástica, siempre lo he dicho —expresó su madre, tomando otra copa de un camarero.



—Sí, siempre —comentó Jason, sarcástico, esta vez sin poder evitar reír bajito.

Su madre había detestado a Jenny en cuanto se enteró de su existencia, asumiendo que se trataba de una cazafortunas. Por fortuna, Jared había sabido plantarle cara a su progenitora y defender el amor que sentía por la mujer que le había robado el corazón.

—¡No te rías de mí, Jason Zivon! Estoy hablando en serio —lo reprendió, quitándole la copa de la mano para bebérsela ella.

—Madre, ten cuidado con el alcohol...

—Soy sincera de corazón, Jason —continuó ella, sin hacerle caso—. Admito que me equivoqué en un inicio y pienso enmendarme. Es verdad cuando digo que me alegro por la felicidad de Jared y Jenny. No tienes idea de la dicha que abarca mi corazón al saber que mi dulce niño ha encontrado a una mujer digna de estar a su lado. Ojalá tú contaras con la misma suerte... Aunque tú te pareces demasiado a tu padre, estás casado con el trabajo —le dijo su madre, mirándolo con gesto triste—. Pero estoy segura de que allá afuera hay alguien perfecta para ti, y ya me ocuparé de ayudarte a buscarla después... Ahora es el turno de tu hermana...

La mujer sonrió de forma misteriosa, dirigiendo una mirada cómplice a un hombre que aguardaba junto a la mesa de bocadillos.

—¿No es ese Dash, el exnovio de Jackie de la secundaria? —preguntó Jason, frunciendo el ceño al verlo. Llevaba años queriendo darle una paliza a ese malnacido por lo que le había hecho a su hermana.

—Tranquiliza esos genes de cavernícola que heredaste de tu padre, que no vas a hacer un escándalo en la boda de tu hermano. Dash es mi invitado y está aquí porque yo se lo pedí.

Jason no podía creer lo que acababa de escuchar. Dash había sido novio de Jackie mientras ambos iban a la escuela, y él la había tratado de forma vil, engañándola con una de sus amigas. Su hermana había terminado muy mal con él, y Jason dudaba mucho que ella se alegrara de volver a verlo.

—Mamá, Jackie no puede ver a ese tipo ni en pintura. ¿Cómo pudiste traerlo? Ella se va a enfadar muchísimo.

—Eso no importa, porque tu hermana parece no tener ganas de hacer acto de aparición... ¡Oh, ahí está! —exclamó, cambiando su semblante adusto por uno colmado de emoción—. ¡Al fin ha llegado! ¡Y Amy ha venido con ella! ¿No se ve preciosa? —añadió, dándole a su hijo un codazo en las costillas.

Jason siguió la mirada de su madre y se quedó con la boca abierta. Amy estaba bellísima. No había otra palabra para describirla.

Caminaba con gesto elegante entre la gente, sabedora de las miradas que despertaba. La chica apocada, que se ocultaba bajo camisetas anchas y pantalones sueltos, y que escondía el rostro tras un par de gruesas gafas cuadradas y la melena rizada, había desaparecido para dar paso a una mujer glamorosa, de escultural figura ataviada en un elegante vestido negro de diseñador que resaltaba sus curvas. Sus rizos revueltos habían desaparecido, sustituidos por un intrincado peinado que dejaba sueltos en un simulado descuido algunas ondas rubias sobre su rostro, de belleza exquisita, donde, sin duda, sus grandes ojos, de un raro color azul grisáceo, eran lo más destacado. Y lo único que no había cambiado en ella: aún era capaz de ver la misma pureza en ellos, a pesar de los años...

—Vamos a saludar —lo incitó su madre, tomándolo por el codo.

—Ve tú, no quiero escuchar otra vez la misma cantaleta, cuando empieces a fastidiar a Jackie...

—Yo no fastidio a nadie —replicó su madre, con voz ofendida, alejándose de él a paso rápido.

Amy caminaba al lado de Jackie por el elegante salón de eventos donde se llevaba a cabo el festejo de la boda de Jared y Jenny, intentando hacer caso omiso de las miradas que sentía sobre ella. Podrían pasar años, pero nunca se acostumbraría a ser el centro de atención.

Por lo general, podía disimular bastante bien quién era en realidad y salir a

la calle sin ser reconocida si se vestía con ropa de tallas más grandes y se dejaba el pelo suelto, sin peinar. Pero ahora, con el vestido de diseño y bien arreglada para la boda, se parecía bastante a «ella», como solía llamarse a sí misma cuando estaba metida en el papel de ser una gran cantante.

Porque eso era para ella esa parte de su vida, un papel, no la vida real.

Y en el mundo real, eran pocos quienes la conocían de verdad, y sabían lo tímida e insegura que podía llegar a ser, a pesar de la máscara de confianza que se forzaba en mantener como un escudo para enfrentar al mundo.

A su lado, Jackie comenzó a moverse de forma extraña, intentando acomodarse el vestido que le había prestado para la ocasión. Había sido una verdadera faena conseguir que su mejor amiga dejara a un lado sus deberes como veterinaria y se arreglara para la fiesta, y no iba a permitir que estropeará su trabajo. Gracias a su esfuerzo, ahora Jackie lucía como una verdadera princesa.

—Deja de moverte así, parece que traes hormigas en el cuerpo —le dijo Amy en voz baja, sonriendo elegantemente cuando uno de los invitados la reconoció y la saludó con la mano.

—Es por culpa de estas gelatinas, creo que me las he colocado mal.

Amy aguantó una risita al ver a su amiga intentar colocarse discretamente las copas que le había dado, para suplir el viejo sujetador que llevaba puesto, que nada tendría que hacer con ese hermoso vestido de fiesta.

—Te ves bien.

—Tengo una teta más alta que la otra.

—Jackie, en serio, te ves bien... Disimula, ahí viene tu madre.

—Qué alegría, cuando pensé que las cosas no podían ir mejor... —se quejó Jackie, levantándose el escote del vestido una vez más.

—Quédate quieta. —Amy le dio una palmada en la mano—. Hola, señora Zivon, hermosa recepción, ¿no le parece?

—Gracias, preciosa. —Bárbara le dio un abrazo—. Mírate, cada día más bella. Sin duda, eres una estrella, Amy.

—¿Y qué me dice de usted? Luce estupenda, como siempre —contestó Amy con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pelota —Jackie masculló entre dientes, aunque se sentía orgullosa de su amiga. Debieron pasar años antes de que consiguiera entablar una conversación tan fluida como aquella, fue muy difícil que Amy se llegara a sentir cómoda de recibir y dar elogios. Aunque con Bárbara era casi natural, podía ser que Jackie viera en su madre a una dura figura de autoridad, pero para Amy era una mujer tan dulce y cariñosa como la esposa de Santa Claus, la clase de madre que nunca tuvo en su propio hogar.

—Jackeline, al fin llegas —su madre la saludó secamente.

—Mamá, qué alegría verte —Jackie se inclinó para besarla en la mejilla.

—¿No te da vergüenza aparecer hasta este momento en la boda de tu hermano?

—Oh, mi teléfono está vibrando —Amy alzó su móvil y miró la pantalla en blanco—. Si me disculpan un momento, debo atender esta llamada.

Jackie esbozó una pequeña sonrisa, sabiendo que su amiga mentía, y se preparó para la reprimenda de su madre.

Amy le dirigió una mirada de disculpa por abandonarla. Por lo general, Bárbara se habría esperado a estar a solas para hacerle saber su enojo, pero en esta ocasión era tanta su furia, que no le importaba quién estuviera para presenciarlo.

—¿Champaña, señor? —ofreció un camarero que pasaba junto a Jason en ese momento.

Él aprovechó la oportunidad para tomar otra copa y bebió un largo sorbo, sin dejar de estudiar a Amy con detenimiento. No iba a admitir que le intimidaba un poco... Aunque así fuera.

Nunca había sido un donjuán, se tomaba en serio las relaciones y por ello solo había tenido un par de parejas en el pasado, y ambas lo habían terminado con el pretexto de que para él su prioridad era el trabajo y nunca tenía tiempo para ellas.

Aunque tenía que admitir que tenían razón en eso, no podía justificar su desinterés solo con el trabajo. La verdad es que ninguna de ellas le había resultado cautivadora al grado de sentir que perdía la cabeza por ellas, o el corazón.

No obstante, había algo en Amy que le hacía creer que con ella las cosas serían diferentes. La conocía hacía muchos años, aún podía reconocer en ella a la amiga de su hermana, la chica dulce que había cantado para su padre el día de su funeral. Lo había conmovido hasta las lágrimas con su dulzura, el manifiesto cariño hacia su familia y ese canto que se le había quedado grabado en el alma. Sin embargo, al verla ahora tan cambiada, no iba a negar que eran otros los sentimientos que despertaba en él...

No tenía planeado acercarse a saludarla de inmediato, quería tomarse un par de minutos para armarse de valor antes de hacerlo, a pesar del deseo que sentía de hablar con ella. Mas cuando la vio alejarse de forma apresurada del lado de su hermana, después de que seguramente su madre comenzara a despotricar contra Jackie, y notó la cantidad de hombres que se giraban hacia ella con la clara intención de acercarse a Amy, se encontró avanzando hacia ella, como si sus piernas se controlasen por sí solas.

—Hola —la saludó. Y enseguida se sintió un poco idiota por no haber pensado nada mejor que decir.

Ella, que había mantenido la vista clavada en Jackie, se giró hacia él con sorpresa y al instante sus mejillas se encendieron.

—Hola... —contestó, bajando lentamente un teléfono que había mantenido pegado a su oído.

Él frunció el ceño al notar que la pantalla estaba apagada, y ella, al verlo, soltó una risita divertida.

—Le dije a tu madre que alguien me estaba llamando como excusa para alejarme —le explicó a la carrera.

—Buena idea, lo haré la próxima vez que me encuentre acorralado por ella.

Amy soltó una risita y agachó la vista, apartando con la mano uno de los

rizos rubios de su rostro.

Jason notó por el rabillo del ojo cómo varios hombres mantenían la vista fija en ella, como lobos al acecho de su presa.

—¿Te gustaría bailar? —se escuchó preguntándole, extendiendo una mano hacia ella.

Amy pareció sorprendida por la pregunta, pero asintió, tomando su mano.

Ambos se dirigieron a la pista de baile y comenzaron a moverse con la música, manteniendo un ritmo ligero mientras charlaban.

—Entonces... ¿te costó mucho convencer a mi hermana de venir a la fiesta?

—El problema no era convencerla, Jackie quería venir, sin duda. Pero tiene mucho trabajo: llegan y llegan animales a la consulta y son pocos los veterinarios que aceptan trabajar gratis para salvarlos, como lo hace ella. Hace una hora llegó una perra sin dueño que había sido atropellada y ella no dudó en quedarse para salvarla, es por eso que no pudimos llegar a la ceremonia. Para algunos puede parecer estúpido darle prioridad a un animal ante una boda, pero no para ella. Jackie sabe que se trataba una vida inocente que estaba en peligro de morir y no se lavó las manos por tener un compromiso planeado. Es demasiado noble para permitir que alguien sufra.

—Sí, Jackie tiene un buen corazón —admitió él, enternecido de que ella hablara tan bien de su hermana.

—Sí, es una persona excelente... —Amy se interrumpió, llevándose una mano a la frente.

—¿Te ocurre algo?

—Me siento un poco mareada... —musitó ella.

—Ven a sentarte. —Él la rodeó por la cintura y la condujo hasta una de las mesas cercanas. Entonces corrió por un poco de agua que uno de los meseros llevaba a una mesa y se lo acercó—. Bebe un poco, quizá se te ha bajado la presión, ¿te ha sucedido esto antes?

—Gracias, pero no tienes que preocuparte, Jason. —Amy le dirigió una sonrisa amable—. Seguramente me dio un bajón de azúcar, no he comido nada

en todo el día.

—¿Pero cómo que no has comido nada?! Eso no se hace, mujer, que podrías enfermarse.

—Jason, no exageres, que no pasa nada. He estado muy ocupada y no tuve tiempo.

—Siempre hay tiempo para comer y lugares donde conseguir comida, no hay excusa para hacerle esto a tu cuerpo.

—No para mí, yo no puedo comer cualquier cosa. Debo cuidarme, no puedo andar zampándome una hamburguesa o una bolsa de papas cada vez que tengo hambre. Si cediera a comer comida chatarra terminaría hecha una vaca.

—Qué tontería, ni aunque comieras mil hamburguesas lo serías, y aunque así fuera, seguirías siendo igual de hermosa —zanjó, tan alterado que no notó lo mucho que significaron esas palabras para ella—. Anda, quédate aquí y espera a que te traiga algo para que comas. Y nada de negarte, que comer unas cuantas calorías extra no te hará ningún daño, por el contrario, te hará muy bien —le dijo, alejándose a paso rápido en dirección a la mesa de bocadillos.

Amy lo observó boquiabierta, en una mezcla de asombro, sorpresa y ternura.

Nunca olvidaría a Jason de niño, actuando de hermano mayor. No había momento en que no se preocupase de sus hermanos o su madre, había sido como un adulto en un niño desde que lo había conocido, y siempre, siempre, preocupado por el bienestar de los demás.

Escuchó a Jackie reír en ese momento y la vio con un bebé, debía ser su sobrina. Se acercó a saludar enseguida, le encantaban los bebés, toda la vida había soñado con el día en que al fin se convertiría en madre, aguardándolo con impaciencia.

Sin embargo, Jared se le adelantó y se llevó a su hija antes de que pudiera darle alcance.

—¿Es esa tu pequeña sobrina? —le preguntó a Jackie, sin dejar de seguir con la mirada a la bebita.

—Sí, ¿no es un encanto?

—Ya lo creo, es divina. Me dieron ganas de tener un bebé, es completamente adorable.

—Y espera a ver a la pequeña Felicity, es tan dulce... y parece una muñequita de porcelana de esas antiguas, te la comerías.

—¿Y dónde está ella?

—No la he visto todavía...

Amy notó que Jackie buscaba con la mirada y de pronto se quedó quieta, con la vista fija en un hombre parado al otro lado de la pista de baile, que a su vez la observaba intensamente.

—¿Luke? —musitó Jackie, observando al hombre avanzar hacia ella.

Amy vio a Jason volviendo a la mesa, donde la había dejado y esperaba encontrarla, y sabiendo que lo mejor sería dejar a su amiga a solas con ese hombre al que parecía conocer, se dio prisa en regresar al lado de él.

—Ya estaba temiendo que te hubieras escapado de la comida, como lo hace Jackie —dijo él, dedicándole una sonrisa de oreja a oreja, al verla llegar.

—Jackie solo huye de la comida cuando está deprimida —le informó Amy, defendiendo a su mejor amiga.

—Sí, es cierto... Recuerdo que después de que murió papá, solo tú conseguías hacer que comiera algo.

Amy abrió los ojos, sorprendida antes sus palabras.

—¿Tú te acuerdas de mí? —preguntó, y enseguida se arrepintió de la sinceridad de sus palabras.

—Pero claro, eres la mejor amiga de mi hermana desde que las dos iban al preescolar.

—Y aun así nunca pudiste aprenderte mi nombre.

Él soltó una carcajada.

—Lo siento, mi hermana tenía muchas amigas y yo muy poca paciencia, y lo admito, era un poco borde durante esos años. Pero desde que cantaste ese día en la iglesia, para el funeral de mi padre, nunca volví a confundirte con nadie más.



—Seguiste llamándome Annie, después de eso...

Él rio otra vez, rascándose la coronilla, nervioso.

—Sabía tu nombre, lo hacía para molestarte. ¿Ya aclaré el punto de que era un poco borde en ese tiempo...?

—¿En ese tiempo...? —preguntó, sarcástica.

Él soltó una carcajada y ella también rio con él, compartiendo una intimidad que nunca había experimentado con nadie más.

—¿A dónde va Jackie con Luke? —escucharon a Jared preguntar en voz alta, siguiendo a su hermana con la vista desde la mesa, pues Jenny no le había permitido seguirlos.

Jason, como si el instinto protector lo llamara, se giró en redondo para ver a Jackie, que efectivamente en ese momento salía del salón con el hombre que había sido el otro padrino de su hermano, junto con él. Luke, el mejor amigo de su hermano desde hacía años. Le caía bien, trabajaban juntos en el mismo hospital, pero no lo conocía mucho en realidad. Debía admitir que era cierto que el trabajo era su vida. Se había perdido muchas reuniones familiares y era poco lo que sabía de la vida de sus hermanos, hasta entonces...

—Voy a averiguar qué es lo que pasa —soltó entre dientes, poniéndose de pie para seguirlos.

—Espera, Jason...

Amy se colocó delante de él y le impidió el paso. Al sentir la calidez de su mano sobre su camisa un estremecimiento lo recorrió. No iba a admitirlo, pero ella lo afectaba. Lo afectaba mucho...

Pero entonces él notó que ella no intentaba detenerlo, quería quitarlo del paso.

—¿Es ese Luke?! —gruñó Amy, fijando su atención en el hombre de tez oscura que acompañaba a Jackie—. ¿Ese hombre es el Luke de Jackie...?

—¿Qué pasa con él?

—¡Que lo voy a matar! —exclamó Amy, tan furiosa como él nunca la había visto.

La rodeó por la cintura discretamente, evitando que le saltara al hombre como una fiera salvaje lista para atacarlo.

—Vamos, fierecilla, no te enojés. Salgamos a tomar un poco de aire, ¿quieres? —le pidió, llevándola con él fuera del recinto, eligiendo la puerta contraria para no toparse con ellos.

—¿Pero cómo pudo marcharse con él? ¿Qué pasa con Jackie? ¡Si parece tonta! ¿Cómo puede siquiera aceptar hablar con él, después de todo lo que le hizo? —gritaba Amy, furiosa.

—¿Es acaso ese Luke el chico con el que salió Jackie tantos años atrás? ¿El que le rompió el corazón?

—Es el único Luke que ha habido en su vida... Debería ir a hablar con ella, no debe estar pensando bien, ¿qué espera que él le diga?

—No lo sé, pero ese es un tema que les corresponde a ellos, no a nosotros. Jackie es una mujer adulta, ella podrá resolver esto como mejor le parezca, sin necesitar nuestra intervención.

—¿Es que no estás molesto?

—Mujer, estoy tan furioso por lo que ese tipo le hizo a mi hermana, que quisiera ir a estrangularlo en este mismo instante con mis propias manos. Es mi hermana pequeña, después de todo, y deseo protegerla —confesó—. Pero Jackie me mataría si me entrometo. Es su vida y yo... —suspiró y se encogió de hombros—. Yo nada pinto en la conversación que esos dos deben estar teniendo ahora. Ni tú tampoco, Ale.

—¡Amy! —gruñó ella, haciéndolo reír—. De todas formas creo que debería ir a ver si está bien.

—No vayas, por favor. Déjalos hablar a solas, ¿quieres? Te lo pido...

—¿Es que tú sabes algo...?

Amy lo estudió con la mirada.

—Lo único que sé con certeza es que si vas a buscarlos, iré contigo. Y entonces no tendré el tiempo que necesito para distraerme y no plantarle un puñetazo a ese idiota en la cara por lo que le hizo a mi hermana. Y entonces la

boda de Jared y de Jenny quedaría marcada por ese escándalo, y nunca podría perdonármelo, ni tampoco Jackie.

Amy inspiró hondo y asintió.

—Tienes razón... Ya habrá tiempo de averiguar lo que ellos hablaron. Además, Jackie es cinta negra y si ese tipo se merece una paliza, ella se la podrá dar.

Jason rio con ganas, rodeándola por los hombros, en un gesto familiar.

—Pequeña Amelia, ni yo habría podido expresarlo mejor.

—¡Amy!

Un rato después, y tras calmarse un poco, ambos regresaron a la fiesta.

La verdad era que a Jason no le agradaba en absoluto la idea de dejar a Jackie a solas con ese tipo, pero decidió alejar ese pensamiento de su mente. Después de todo estaba ahí para compartir el día más importante en la vida de su hermano y su cuñada, y su familia lo necesitaba.

Además, estaba disfrutando bastante con la compañía de Amy.

Esa tarde hablaron, comieron y bebieron, bailaron y rieron hasta tarde. Sin embargo, alrededor de las dos de la mañana, su diversión se vio interrumpida cuando ella le dijo que debía marcharse, excusándose porque tenía que tomar un vuelo temprano para acudir a un evento en otro estado.

Fue entonces cuando la realidad de la vida de Amy le hizo recordar a Jason que estaba hablando con una artista famosa y no con la sencilla chica que había conocido años atrás, y que ahora le resultaba tan fascinante. Ella era tan amable, fresca, divertida y... ¡perfecta en todos los sentidos!, que resultaba tan sencillo olvidar que tenía una vida tan diferente a la suya.

Mientras ella se acercaba a su mejor amiga para despedirse (su madre ya se había marchado hacía horas con las niñas, después de la partida de los novios a su luna de miel), él se ofreció a ir a buscarle el abrigo.

Jackie, que en ese momento seguía hablando con Luke mientras bailaban, se disculpó con él al ver acercarse a su mejor amiga para acudir a su encuentro.

—¿Ya te vas? —le preguntó, reconociendo el gesto tan familiar de Amy.

—Sí, lo siento, pero debo estar en el aeropuerto en unas horas y debo alistarme.

—Te admiro, cada vez que debo volar me pongo tan nerviosa que apenas consigo dormir, y aquí estás tú, fresca como lechuga, disfrutando de la fiesta a pesar de saber que debes estar en un avión en unas pocas horas —le dijo Jackie, abrazando a su amiga para despedirse de ella, y aprovechando el momento, le susurró al oído—: Te he visto acompañada por Jason toda la velada ¿está ocurriendo algo entre ustedes?

—Por supuesto que no, solo hemos hablado como amigos... No me mires así, te aseguro que no pasó nada más... ¡Por Dios, Jackie deja de mirarme así! ¡Es tu hermano!

—Sí, el mío, no el tuyo. Y estabas coladita por él en el instituto.

—Eso fue hace siglos... Y hablando de cosas que sucedieron hace siglos, ¿qué está pasando con ese Luke, con el que has bailado toda la noche? ¿Es acaso el mismo Luke que...?

—Calla, ahí viene Jason y no quiero que nos escuche —le advirtió—. Te contaré todo después. Ven a verme cuando vuelvas de tu viaje y hablaremos con calma, pero tendrás que buscarme en casa de Jared, me he ofrecido a ayudar a Gaia a cuidar de las niñas mientras mi hermano y mi cuñada están de luna de miel.

—De acuerdo, pero tendrás que contarme todos los hechos con detalles.

—Eso es obvio, y más te vale que tú también lo hagas... No, mejor no, solo de imaginar lo que mi hermano y tú podrían hacer, se me revuelve el estómago.

—Ya te dije que no pasa nada, ni pasará. Solo hemos hablado como amigos.

—A él no lo has alejado con la mentira del novio imaginario, con la que siempre espantas a todos los hombres que quieren acercarse a ti en estos eventos. Eso me da esperanzas.

Amy se apartó, riendo divertida por el comentario de su amiga, cuando su teléfono comenzó a vibrar en su bolso.

—Disculpa, es mi novio falso... —le dijo a su amiga con un gesto de fastidio en la cara, después de echarle un vistazo a la pantalla, donde salía la foto de un hombre de aspecto atlético y rostro bastante cuidado—. No, Marc, a las nueve de la mañana despegamos el avión, tengo que estar ahí tres horas antes... —comenzó a decir, interrumpiendo la diatriba del hombre al otro lado de la línea—. De acuerdo, nos vemos allá. Cuídate, un beso.

—¿Era Marc, tu estilista?

—Sí, quería saber a qué hora partía el avión. Va a peinarme durante el vuelo... Oh, ahí viene tu hermano. Iré con él, fue a buscar mi abrigo. ¿No es un encanto?

—Lo es —admitió Jackie, sonriendo con picardía, al tiempo que se despedía con la mano y se alejaba deprisa, para permitirles despedirse a solas.

Amy se aproximó a Jason, sonriendo encantada.

—Entonces ¿ahora me engañas con otro novio falso? —le preguntó él, arqueando una ceja en un gesto curioso.

Ella soltó una risita.

—Tú serás siempre mi novio falso, Jason, no temas que nadie te ha quitado el puesto. Pero frente a Jackie no puedo usarte como tal o se daría cuenta enseguida. Por cierto, te agradezco mucho que fueras por mi abrigo —le dijo, al ver la prenda en su brazo—. No tenías que molestarte.

—Es un placer. Espera, déjame ayudarte... —Jason le puso el abrigo con tanto cuidado que Jackie, quien los observaba a la distancia, no tuvo duda de que había algo más ahí de lo que Amy le había dicho.

—Entonces... ¿te veré después? —le preguntó él, y ella notó la calidez de su mano sobre su espalda, como si no quisiera dejarla partir.

Amy lo miró a los ojos, y se sorprendió de que no le costara hacerlo. A pesar de llevar años luchando por dominar esa dificultad provocada por el autismo, todavía debía decirse mentalmente que debía ver a la gente a los ojos y no apartar la mirada. Sin embargo, con Jason parecía salirle de forma natural.

—Sí, eso me gustaría mucho.

Él se inclinó para besarla, pero ella apartó el rostro y le dio un rápido beso en la mejilla.

—Buenas noches, Jason.

Él sonrió, entendiendo que no era el momento.

—Hasta pronto, Annie.

—¡Amy!

—Lo sé, me gusta hacerte enojar.

Ella sonrió, y negando con la cabeza, se alejó de él.

Jason la observó partir con un sentimiento agrisado. Había pasado una velada excelente con Amy. No recordaba haberse divertido tanto con una persona hacía años... En realidad, no recordaba haberse divertido tanto con una persona jamás.

Se despidió con una sonrisa, observándola alejarse como si se tratase de la Cenicienta huyendo a medianoche.

Amy Taylor no sería fácil de conquistar, una mujer como ella, preciosa, talentosa, sumamente dulce, debía tener infinidad de hombres esperando por obtener su atención. Solo recordar la cantidad de regalos —incluyendo joyas y un anillo de compromiso— que le enviaban sus fans, le dejaba claro que pretendientes no le faltaban.

Sin embargo, eso no hizo más que acentuar su decisión. Podía ser que ellos conocieran a la estrella de mundo, pero él conocía a la verdadera Amy, a aquella chiquilla dulce de rizos alborotados que tantos años atrás había llamado su atención. A la mujer fascinante que ahora anhelaba tanto conocer...

—¿Te dijo que tenía novio? —le preguntó Jackie, quien se había acercado a él sin que lo notara.

—¿Qué? ¿Tiene novio?

—No, no lo tiene. Se inventa eso cada vez que algún hombre se acerca a ella con intenciones de conquistarla. La pobre tiene que espantárselos de encima como moscas...

Jason sonrió, recordando que había sido él quien le sugirió esa idea y que era él el novio falso que siempre traía a colación para espantar a esos gañanes. O, al menos, la mayor parte del tiempo...

—¿Es que tiene muchos pretendientes?

—Pfff... Si me dieran un dólar por cada hombre que se le acerca, ahora sería más rica que Bill Gates. Amy puede ser una gran artista y aparentar mucha seguridad, pero en realidad es muy tímida, no le gusta llamar la atención de ninguna forma, ni siquiera de los hombres que la asedian por la fama que la rodea. Creo que es por eso que se ha vuelto un poco ostra.

—¿Ostra?

—Está metida en su concha sin querer conocer a nadie nuevo. Incluso a mí, que soy su mejor amiga, me ha sacado la excusa del novio.

—¿Es que tú... has tenido esa clase de sentimientos por ella?

—¡No seas bobo, por supuesto que no! No tengo nada en contra de las relaciones del mismo sexo, pero Amy es como una hermana para mí y a mí me gustan demasiado los tíos como para siquiera pensarlo. Me refiero a que he intentado emparejarla con... un par de amigos —dijo, en lugar de mencionarlo a él, porque llevaba intentando que esos dos estuvieran juntos desde hacía años—, y siempre se ha negado, sacando la excusa del novio imaginario, que para todo esto, es su estilista y él sí que es gay. Así que si no te ha dicho nada de su novio falso, es porque le agradas.

—Y ella me agrada a mí...

—¡Fabuloso! Tienes que llamarla, que se entere que te interesa, la invitas a cenar...

—No, absolutamente no —le advirtió, hablando con ese tono severo que ella odiaba, tan similar al de su padre cuando se enfadaba—. No te meterás en esto, ¿me has entendido?

—Es mi mejor amiga, podría echarte una mano...

—He dicho que no.

—¿Tan siquiera puedo darte su número de teléfono?

Jason se lo pensó por un segundo, antes de asentir.

—Bien, dame su número... Pero no te atrevas a meter la nariz en nada más.

—Lo prometo, ¡ahora mismo te lo doy! —exclamó ella, sonriendo de forma triunfal, antes de colgarse del cuello de su hermano y darle un fuerte abrazo.

Y él no pudo evitar sonreír también, por más que se hiciera el duro, le encantaba hacer feliz a su hermana.



## Capítulo 4

Esa mañana Amy subió al auto y puso el GPS con la dirección que Jackie le había dado para reunirse con ella en casa de Jared y ayudarla a cuidar a las niñas.

Al fin había vuelto del viaje y se moría de ganas por ver a su amiga y hablar de lo que había sucedido entre ella y Luke. Además, aprovechando su estancia en Nueva York, había visitado varias jugueterías famosas y comprado obsequios para las pequeñas, que esperaba ya estuvieran en casa de Jared, pues le había pedido a su asistente que los enviara por adelantado, con la esperanza de que las niñas se divirtieran con los juguetes, y estaba impaciente por ver cómo los disfrutaban y pasar una tarde agradable jugando con ellas.

Su teléfono sonó justo cuando estaba encendiendo el motor y el auto transmitió la llamada por los altoparlantes.

—¡Hola, Amy! ¿Ya vienes de camino? —escuchó la voz de Jackie al otro lado de la línea.

—Estoy saliendo.

—¡Excelente! Muero por verte. Oye, ¿crees que podrías pasar antes por la casa de Jason?

—¿Ja- Jason...? —Amy tartamudeó, nerviosa—. ¿Por qué quieres que vaya a su casa?

—Fíjate que le di su dirección a tu asistente en lugar de la de Jared. No me hubiera dado cuenta de no ser porque él me llamó ayer preguntándome por qué

había enviado mi ropa a su casa. No tenía idea de lo que hablaba hasta que mencionó un vestido rosado con holanes, un tutú con purpurina y unas alas de hada, y fue entonces que entendí que debían ser los regalos que compraste para las niñas de lo que él estaba hablando.

—Y lo que confundió con tu ropa deben ser los disfraces —comentó Amy, riendo—. Vale, no te preocupes, envíame la dirección y paso de camino a verte.

—¡Gracias, cielo, eres un ángel! Ahora mismo te la envío.

—Por cierto, ¿él sabe que voy para allá? No vaya a ser que esté durmiendo y mi visita lo tome por sorpresa...

—No te preocupes por eso —contestó Jackie, antes de colgar la llamada.

\*\*\*

Jason se encontraba en bóxers, recostado en el sofá del salón viendo el partido que había grabado en la televisión, con una caja de leche en una mano y una rebanada de pizza fría de la noche anterior en la otra. Era su forma de sacarle jugo a la mañana libre, quizá en otro momento habría salido a correr un poco, pero en ese momento todo cuanto quería era echarse a descansar, después de la dura semana que había tenido.

Estaba decidiendo si ya era hora de tirar esa leche, que no olía muy bien, o ignorarlo y terminar lo poco que le quedaba al envase, cuando alguien golpeó a su puerta.

—¡Amy! —exclamó, sorprendido de encontrarla de pie en el umbral de su casa, y una instantánea sonrisa apareció en sus labios al reconocer en ella a la chica que recordaba de antaño.

Amy llevaba el cabello suelto y revuelto en desordenados rizos que caían libremente sobre sus hombros, su rostro era apenas visible bajo una enorme gorra de béisbol azul con el logotipo de los Red Sox en ella y, por supuesto, los entrañables anteojos cuadrados que tan bien recordaba. Eso, además de

que iba vestida con unos pantalones de mezclilla bastante comunes y una camisa de franela a cuadros, hacían casi completamente imposible reconocer en ella a la exitosa cantante de fama mundial que sabía que era.

—Hola, Jason... Perdona haberte despertado tan temprano —Amy lo saludó, nerviosa, apartando la vista de su ropa interior y su pecho desnudo, no sin antes notar que estaba dotado con unos músculos bastante marcados.

—Qué va, si son cerca de las doce del mediodía. Anda, pasa, no te quedes allí parada —le pidió él, sonriendo al notar que ella se había sonrojado al verlo.

—No te quito mucho tiempo, seguramente estás ocupado... —comentó ella, pero las palabras se le fueron al notar el desorden que reinaba a su alrededor, con la televisión del salón encendida a todo volumen, una caja de pizza a medio comer sobre la mesita de centro y varias latas de refresco vacías distribuidas por doquier, además de una caja de leche abierta sobre el sofá.

Eso sin mencionar la ropa de Jason, desparramada sobre el suelo y una silla del comedor. Excepto los calcetines, esos habían terminado encima de la mesa.

—No en realidad —él dijo lo obvio, sonriendo al notar el esfuerzo que ella hacía por no mirarle. A pesar de su gran fama y la experiencia que dan los años, seguía siendo tan tímida como la recordaba—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Por error mi asistente envió una caja de obsequios infantiles a tu casa, en lugar de hacerlo a la de Jared. Quería saber si podrías dármela para llevársela a las niñas.

—Ahora entiendo, me parecía muy extraño que me hubieran enviado una caja llena de juguetes para niña. Por un segundo creí que Jackie se mudaría conmigo —bromeó él, dirigiéndose a un armario junto a la puerta.

Amy rio, negando con la cabeza.

—Le había prometido a Jackie que pasaría a verla a casa de tu hermano y Jenny en cuanto regresara de mi viaje. Como está ayudando a Gaia a cuidar a sus sobrinas, me detuve en un par de tiendas a elegir algunas cosas para las

niñas y le pedí a mi asistente que le pidiera a Jackie la dirección de Jared, para enviar la caja directamente. Pero Jackie debió confundirse y le dio tu dirección en lugar de la de tu hermano.

—Sí, claro, Jackie se confundió... —musitó él, sarcástico, negando con la cabeza. Su hermana ya estaba jugando a hacer de celestina, a pesar de su promesa...

—Me llamó temprano esta mañana para hacerme saber su error y me pidió venir aquí, antes de pasar a la casa. Ella dijo que a ti no te importaría... Espero no haberte importunado.

—Al contrario, me ha encantado verte de nuevo —él confesó y le dedicó una sonrisa que a ella le provocó que se le subieran los colores—. Te he estado llamando, pero creo que no has recibido mis mensajes, a menos que no quieras hablar conmigo.

—¡No, sí quiero! —exclamó ella, con sinceridad y la sonrisa de él se profundizó—. Cuando salgo de viaje le dejo el celular a mi asistente. Ella es quien me pasa los mensajes, quizá los confundió con los de otra persona.

—Algún otro pretendiente, supongo...

—Tú eres mi amigo, no mi pretendiente. Le aclararé eso cuando la vea.

—¿Y entonces, recibes muchas llamadas de pretendientes invitándote a salir?

—No lo sé, en realidad. Le pido a mi asistente que no me pase esos mensajes... Oh, mira, esa es la caja —señaló la caja dentro del clóset, obviamente buscando cambiar de tema.

—Ya la cojo yo —le dijo él, adelantándose para impedirle hacer cualquier esfuerzo, en un gesto bastante caballeroso—. Entonces, ¿vas a ir a ver a Jackie ahora?

—Sí, tenemos mucho de qué hablar —le explicó ella, apartando la vista cuando él se inclinó en el armario, para tomar la caja del suelo—. Cosas de chicas...

—¿Van a hablar de sus novios? —preguntó él como quien no quiere la cosa.

—El suyo, yo no tengo novio, pero muero por saber todos los detalles de... No sé si debería estar diciéndote esto, eres su hermano mayor —se interrumpió, frunciendo el ceño, molesta consigo misma por haber hablado de más.

Él sonrió, comprobando con la teoría de Jackie, que ella no lo estaba alejando.

—Tranquila, no es ningún secreto que mi hermana sale con alguien —mintió. En realidad no tenía idea, los últimos días no había pensado en su hermana, solo en su hermosa mejor amiga—. Oye, ya que vas a ver a Jackie y a las niñas ¿qué te parece si te acompaño? —sugirió, dejando la caja con juguetes encima de la mesa, a un lado de sus calcetines sucios, que se dio prisa en recoger, al igual que el resto de su ropa.

—¿Tú quieres ir a ver a las niñas? —preguntó ella, sorprendida.

—Son mis sobrinas, por supuesto que quiero verlas. Es más, tenía planeado ir hoy también.

—Pero si ni siquiera estás vestido.

—Eso lo remediaré en un minuto, ¿me esperas? Sería mucho mejor si nos vamos en el mismo auto.

—Estabas descansando, no tienes que molestarte, lo digo en serio. Jackie y yo podemos con ellas.

—¿Es que no quieres que vaya contigo? —preguntó, arqueando una ceja.

Ella se sintió incómoda ante su escrutinio y se apuró en negar con la cabeza.

—No, no es eso... Tan solo pensé que te gustaría quedarte a descansar. No pareces uno de esos hombres a los que les gusta jugar con niños.

—Las apariencias engañan, pequeña Adelaida, no lo olvides.

—¡Amy!

—Amy —repitió, esbozando una amplia sonrisa—, estamos hablando de mis sobrinas. Jackie se tomó vacaciones en el hospital para cuidar de ellas, lo menos que puedo hacer es ir a echarle una mano. Después de todo, también son mi familia y no es justo que le deje el paquete a mi hermana solamente.

Como dicen, no hay mejor momento que el presente.

—En eso tienes razón —admitió ella.

—Excelente, entonces iré contigo.

—Sí, sería fantástico... —dijo con voz esquivada—. ¿Vas a vestirte antes, verdad? —preguntó, y el color se le subió al rostro cuando le echó una mirada a su cuerpo.

Él soltó una carcajada.

—Sí, dame un minuto ¿de acuerdo? No demoraré. Siéntete como en tu casa... Y disculpa el desorden, no he tenido tiempo de limpiar.

—No te preocupes, dicen que los genios son desordenados, así que no esperaba otra cosa de ti.

—Espero que eso sea un halago, porque me lo voy a tomar así —le dijo él, sonriendo, antes de alejarse a la carrera.

Amy miró en derredor el enorme desorden que había en la casa y sintió lástima por él. Seguramente con la vida dura de médico que tenía, la cual sabía que era así, pues Jackie se lo había contado en innumerables ocasiones, Jason volvía tan agotado después de las largas jornadas en el hospital, que no le quedaban fuerzas para limpiar.

Amy escuchó correr el agua de la ducha y entonces sonrió, pensando que podría hacer algo bueno por su amigo en lugar de solo sentarse a esperar.

Unos minutos más tarde, cuando Jason volvió vestido y todavía con el pelo húmedo, se encontró con el salón reluciente de limpio. La caja de pizza y las latas vacías habían desaparecido de la vista. Además, los muebles brillaban sin ni una mota de polvo a la vista. Incluso la mesa del comedor relucía, como si le hubieran sacado brillo.

Amy, de pie sobre un banquito, se forzaba por alcanzar los estantes altos con un paño sacudidor y un plumero en cada mano.

Jason sintió deseos de quedarse viéndola, después de todo, tenía una muy buena perspectiva de ella desde esa altura, pero cuando Amy se giró y le sonrió con esa ingenuidad que la caracterizaba, no pudo más que apartar esos

deseos y actuar con aparente inocencia.

—¡Amy, esto se ve fabuloso! —le dijo, acercándose a ella—. ¿Pero es que has cambiado los muebles viejos por unos nuevos?

—No, son los mismos de antes —contestó ella, apartando la vista de la estantería sobre la televisión, a la que le sacaba brillo en ese momento, para dedicarle una mirada confundida.

Jason sonrió, enternecido. Recordaba las palabras de su hermana hacía tantos años: Amy tenía Asperger y por ello muchas veces no entendía el doble sentido de las bromas, se tomaba las cosas de forma literal y por ello se había hecho acreedora de muchas burlas siendo joven.

—Es una broma —aclaró él, sonriendo todavía—. Gracias por hacer todo esto, Amy, eres estupenda. Te debo una, y una muy grande. Este lugar era un desastre.

—No te preocupes, me gusta hacer esto... A veces más de lo que podría considerarse normal. Es un TOC... O eso dice Jackie... Aunque ella es veterinaria y no trata a humanos —comentó pensativa y se encogió de hombros—. De todos modos, no creo que esté equivocada.

Jason rio ante su broma, y tomando el paño de su mano, le ayudó a terminar con las partes altas.

—Ahora entiendo de dónde copió Jackie esa manía de querer ordenarlo todo. Lástima que a ella no se le da tan bien —dijo, recordando el día en que su madre se rompió la pierna y su hermana se ofreció a ayudarla, y tuvo la grandiosa idea de hacer una limpieza general que terminó en desastre.

Nunca olvidaría los quejidos de su madre cuando vio rota la jarra de porcelana china de su juego favorito de té, a la que Jackie había dado fin al intentar sacarle brillo con demasiado énfasis, o su enfado al encontrar su suéter de cachemir de colección encogido y teñido de morado y verde, después de que Jackie lo lavara. Al final había terminado usándolo Rosa, su perra chihuahua.

—En fin, creo que esto ha quedado más que estupendo —dijo él, terminando

de limpiar a la carrera.

—¡Espera...! —exclamó Amy, al notar que no prestaba atención a lo que estaba haciendo. La mano de él chocó con un marco de fotografía que había en una repisa sobre la tele y éste se tambaleó peligrosamente.

Apurada, ella se abalanzó sobre él, alzando la mano para detener el marco en su sitio. Había apoyado su otra mano en su hombro, para no caer y, al hacerlo, sus rostros quedaron tan cercanos el uno al otro que Amy pudo notar el calor de su aliento sobre sus labios.

Jason no desperdició la oportunidad, llevado por un impulso que superaba todas sus fuerzas, rompió la escasa distancia que los separaba y la besó en los labios.



## Capítulo 5

Amy se apartó ligeramente, turbada por aquel sorprendente encuentro. Sin embargo, cuando él buscó sus ojos, fue pasión lo que vio en ellos al devolverle la mirada.

No obstante, ella se recompuso enseguida y, apartándose de él, bajó del banquillo y comenzó a tomar sus cosas, que había dejado sobre una silla.

—Es tarde, será mejor que me vaya. Tengo una junta de trabajo...

—¿Amy?

Ella se detuvo y se giró para mirarlo a los ojos.

—¿No ibas a casa de Jared?

—Llamaré a Jackie para cancelar, quedaré con ella otro día.

—¿Qué hay de los juguetes?

—Mandaré a alguien a recogerlos.

—Son mis sobrinas, puedo llevarlos yo sin ningún problema. Pero creía que tú querías verlas también.

—Nunca dije que no fuera así —replicó ella, con el ceño fruncido—. Las veré después, cuando me reúna con Jackie. Ahora debo marcharme, por favor, discúlpame con las niñas.

—Lo haré... Aunque, antes de que te vayas, me gustaría aclarar algo contigo —dijo, acercándose a paso lento, y al hacerlo, notó que ella apartaba la vista, nerviosa—. ¿Te ha molestado el beso, Amy?

—No...

Él tomó su barbilla entre sus dedos, obligándola a alzar la vista para verlo a la cara.

—¿Y entonces por qué te has apartado?

—Yo... No... No lo sé...

—¿No lo sabes? —preguntó él, inclinándose sobre su rostro para besarla de nuevo. Pero esta vez no alcanzó a hacerlo antes de que ella se alejara de él. Y como si no fuera suficiente, rodeó la mesita de café, dejándola como un obstáculo entre ellos.

—Eres el hermano de mi mejor amiga, no podemos hacer esto.

—¿Por qué no?

—Porque no está bien... ¡Jackie es mi mejor amiga! Mi única amiga de verdad... —soltó ella, hablando muy rápido por la emoción—. Y si todo esto termina mal, y así será, las cosas se volverán raras entre nosotros y ella tendrá que elegir... ¡Y tú eres su hermano, te elegiré a ti!

—Amy, aguarda un segundo ¿quieres? —le pidió él, alzando las manos en un intento de calmarla—. Fue solo un beso, ¿de acuerdo? Jackie no tendrá que elegir entre los dos... ¿Y por qué ese pesimismo al asumir que las cosas saldrán mal entre nosotros?

—Porque siempre es así —contestó ella, a la defensiva—. Tengo Asperger, me cuesta relacionarme con la gente, nunca he tenido una relación que dure más de un par de meses...

—Eso podría ser diferente con la persona adecuada.

—¿Quieres decir contigo?

—¿Por qué no? No perdemos nada con intentarlo...

—Perderíamos mucho... Yo más que tú. Jackie es tu hermana, ella nunca dejará de serlo. Pero puede dejar de ser mi amiga.

—Amy, para Jackie eres mucho más que una amiga, eres la hermana que nunca tuvo —le aseguró, aproximándose a ella y tomándola por los hombros, para evitar que volviera a alejarse de él—. Te aseguro que nada cambiará entre ustedes si llega a haber algo más que una amistad entre nosotros. Incluso

si no termina bien...

—Eso no puedes asegurarlo. Es una insensatez solo pensar que puedes pronosticar la forma en que una persona reaccionará ante una situación.

—Llámame tarado, pero te aseguro que no habrá problema.

—Está bien... te llamaré tarado —bromeó ella, y él soltó una carcajada.

—Pequeña Anabel, eres toda una dulzura, te advierto que si no dejas de flirtear conmigo terminaré cayendo rendido a tus pies.

—Yo no estoy flirteando contigo —contestó, sin entender la broma. Sus ojos estaban fijos sobre sus labios, como si requiriera de toda su fuerza de voluntad para no probarlos de nuevo.

—Me has besado —afirmó él.

—¡Yo no te he besado...! —Amy no pudo continuar hablando cuando él la rodeó por la cintura y la atrajo contra sí, para plantarle un profundo beso en los labios, esta vez mucho más apasionado que el anterior.

Y en esta ocasión, ella no se apartó.

Amy le rodeó el cuello con los brazos, sintiendo que sus pies despegaban del piso. Por años había soñado con un momento como ese, con el día en el que Jason la notara al fin, la mirara como mujer y no solo como a la amiga de su hermana pequeña.

De pronto, la magia se rompió cuando sintió algo familiar bajando por su nariz y se dio prisa en apartarse.

Jason la observó confundido, temiendo que una vez más lo rechazara, pero cuando sus ojos se posaron en el hilo de sangre que escurría por la nariz de Amy y chorreaba por encima de su labio, comprendió el motivo por el que ella se había alejado.

—Lo siento... —Ella se cubrió el rostro con una mano—. Está pasando otra vez... Cómo lo odio.

Él le dio un pañuelo y la ayudó a alzar la cabeza, al tiempo que la conducía al lavabo.

—No te preocupes, no pasa nada. Por aquí. —Jason la guio hasta una puerta

cerrada y la abrió para ella.

Amy se dio prisa en entrar al servicio y Jason la siguió, sin permitirle dejarlo fuera. La ayudó a lavarse la cara y a detener la hemorragia, haciendo presión sobre el puente de la nariz.

—Amy... ¿cada cuánto te sucede esto? —le preguntó él, mirándola con gesto grave.

—No lo sé, algunas veces a la semana.

—¿Una vez? ¿Dos veces...?

—¿Eso importa? —Ella escrutó su rostro, notando por primera vez la preocupación en su mirada.

—Amy, ¿podrías ir a verme mañana a la consulta? —le preguntó, evadiendo responder.

—¿Qué...? Pero ¿por qué?

—Por favor, ¿podrías hacerlo?

—¿Es que crees que sea algo de cuidado?

—No puedo decirte nada si no hacemos más pruebas.

—Jason, ahora no puedo, tengo compromisos acordados desde hace meses...

—Amy, es importante —Jason insistió y la tomó por los hombros. Ella se calló al sentir la imponente presencia de él tan cerca.

No importaban los años que hubiesen pasado, él seguía provocando que su corazón se acelerara y las piernas le flaquearan.

—Te espero mañana, Amy. A la hora que quieras, pero no me dejes plantado, ¿de acuerdo?

Jason siempre había sido una especie de figura poderosa para ella, algo así como un superhéroe que siempre estaba dispuesto a ayudar a los demás. Había estado enamorada de él desde que tenía memoria y se enteró que una chica podía enamorarse de un chico.

A sus ojos, él siempre había sido el más apuesto, el más inteligente, el hombre perfecto. Su figura era imponente al grado que de niña le resultaba imposible pronunciar una palabra delante de él. Con el pasar de los años pudo

controlar un poco su nerviosismo y mantener una conversación coherente. Incluso llegó a soñar que Jason alguna vez podría llegar a tomarla en serio, mirarla como algo más que a la mejor amiga de su hermanita... Hasta que se dio cuenta de que él ni siquiera sabía su nombre.

Desde entonces había intentado borrarlo de su corazón, dejar en él únicamente a la figura del ser humano, el hermano amable de su mejor amiga, al que recordaba con cariño.

Sin embargo, cuando él la miró de esa forma tan seria y tan intensa, al sentir sus manos, fuertes y cálidas, estrechando sus hombros, el calor de su cuerpo tan cercano al suyo de forma que pudo notar su aroma, esa esencia que destilaba fuerza y poder, Amy no pudo evitar sentirse una vez más como la pequeña niña intimidada ante él.

Ni que su corazón latiera tan fuerte que sentía que iba a salirse de su pecho en cualquier momento.

—Sí... Iré, Jason. Lo prometo —asintió con la cabeza, rehuendo su mirada.

Odiaba hacer eso, le había llevado muchos años acostumbrarse a ver a la gente a los ojos. Pero cuando se ponía tan nerviosa, era algo que no podía controlar. Y él la ponía muy nerviosa.

Jason sonrió, complacido, y apartando con delicadeza un rizo dorado de su rostro, le dijo:

—No te preocupes, solo quiero asegurarme de que todo esté bien. Probablemente la anemia te esté dando algunos problemas que tendremos que solucionar. —Él posó una mano en su mejilla, en una tierna caricia—. Hasta entonces, no te preocupes, ¿quieres?

Ella asintió e intentó sonreír, pero apenas lo consiguió.

—Es hora de que me vaya. Te veré después, ¿vale?

—Vale —asintió él, dejándola partir al fin. No quería presionarla más, notaba lo muy nerviosa que estaba.

—No dejes de ir a visitar a las niñas, ¿de acuerdo? Estoy seguro de que les encantará verte —le dijo, intentando animarla.

—De acuerdo —convino ella—. Solo te pido una cosa, no le menciones nada de esto a Jackie ni a nadie.

—Por supuesto, no tienes ni que mencionarlo.

—Gracias —ella le dijo, con gesto ausente, abriendo el chorro de agua una vez más para lavarse el rostro de nuevo.

Jason la observó con detenimiento, intentando disimular la preocupación para que ella no se asustara.

Esperaba que no fuera nada, pero su experiencia y ese sexto sentido que solía acompañarlo en esos casos, le decían otra cosa...

## Capítulo 6

Amy estaba practicando una canción nueva en el estudio de su casa cuando recibió una llamada en su celular, y al ver en la pantalla el nombre de Jackie, se apuró en tomar el aparato de la mesa, a su lado, donde lo había dejado. No había hablado con ella desde la tarde anterior, cuando al fin tuvo valor para disculparse con ella por dejarla plantada. Había prometido ir a verla ese día, sin embargo, no creía poder hacerlo, tenía mucho trabajo, canciones que terminar, alistar las últimas fechas para los próximos conciertos, así como terminar los detalles para la recaudación de fondos para el refugio de Ellie.

—Hola, Jackie... —contestó la llamada, buscando la forma de disculparse por fallarle también ese día.

—Audrie, al fin me contestas —dijo una voz masculina al otro lado de la línea y Amy pegó un gritito, sorprendida al reconocer que se trataba de Jason.

—¿Jason? ¿Qué haces con el teléfono de Jackie?

—No me coges la llamada así que tuve que improvisar. Tomé prestado el móvil de mi hermana anoche, después de llevarle la caja de juguetes que dejaste abandonada en mi casa. Felicity y Shirley estaban muy emocionadas con los regalos.

—Lo siento... Yo... no debí dejarte la caja, iba a enviar a mi asistente por ella, pero...

—No te preocupes, de hecho, no te llamo por eso, sino para recordarte tu cita.

—¿Cita?  
—Quedaste en venir a verme al consultorio.  
—No prometí nada.  
—No estoy jugando, Amy. Te dije que era importante.  
—Lo sé, Jason, pero no tengo tiempo. Tengo la agenda del día repleta...  
—Amy, te espero en mi consulta del hospital en media hora, o le diré a Jackie que nos enrollamos.  
—¡No puedes hacer eso!  
—Puedo, un beso en mi casa es algo completamente inocente, puedo hablar de ello con quien quiera, inclusive con mi hermana menor. Me imagino qué dirá Jackie, ella siempre ha querido que tú y yo tengamos algo, aunque nunca lo diga claramente. Estoy seguro que ella se emocionará...  
—¡Iré! ¿De acuerdo? ¡No le digas nada a Jackie!  
—Sabía que eras una persona razonable, Atenea. Te espero en media hora.  
—Colgó con una sonrisa en los labios.

\*\*\*

—Buenos días, he venido a ver al doctor Zivon —le dijo Jackie a la recepcionista—. Acabo de hablar por teléfono con él y me dijo que viniera...  
—¿Nombre? —preguntó la mujer, apenas desviando la vista del ordenador para echarle una fugaz mirada.  
—Amy.  
—¿Amy qué? —La mujer alzó una ceja, dedicándole una mirada dura.  
—Amy March.  
La mujer lo anotó tal cual sin hacer más preguntas, y ella suspiró aliviada, porque no la había reconocido.  
—Amy March, te estaba esperando —escuchó la voz de Jason en ese momento. Él se había asomado de su consulta y la observaba con gesto divertido.



Amy se dirigió a la puerta que él mantenía abierta para ella.

—No me pases llamadas, Hortensia —le pidió a la recepcionista, que había vuelto a prestar toda la atención en su pantalla.

Amy, de pie junto a la ventana, lo esperaba con gesto intranquilo en el rostro.

—Vaya forma de obligarme a venir aquí —espetó ella, molesta.

—Lo siento si te molesté, pero alguien tiene que preocuparse por tu salud, si es que no te decides a hacerlo por ti misma.

—Solo es anemia, Jason.

—La anemia también es importante tratarla, Amy... Y de paso haremos otros estudios para asegurarnos de que no se trate de nada más.

—Está bien, tienes razón. Hagamos esto de una vez, tengo mucho trabajo —ella asintió, resignada.

—Entonces, Amy March... —Jason le dijo, esbozando una sonrisa, esperando tranquilizarla un poco, pidiéndole con un gesto de la mano que tomara asiento—. Ponte cómoda, por favor.

—Nunca doy mi nombre real, cuando lo hago se vuelve un caos —explicó ella, acomodándose en una de las sillas frente al escritorio—. Por eso uso ese nombre, es de uno de mis personajes favoritos.

—March... ¿Como la familia del libro de Louisa May Alcott, *Mujercitas*?

—El mismo —asintió Amy, sorprendida de que él supiera eso—. Es mi libro favorito.

—También era el libro favorito de mi padre —le explicó él, y ella notó una sonrisa triste aparecer en sus labios, como siempre sucedía cuando él hablaba de su papá.

—Lo siento... No pretendía ponerte triste al hacerte hablar de él.

—No lo hiciste. Fui yo quien sacó el tema de mi padre, no tú. Y no me pongo triste al hablar de él, me gusta mantenerlo presente. Siento que de esa forma él me acompaña cada día, en cualquier momento.

—Es algo muy bonito pensar así. Ojalá yo también pudiera hacerlo...

—¿Tu padre también falleció? —le preguntó, notando por primera vez que

no sabía mucho de la familia de Amy. Jackie nunca lo había mencionado, ahora que lo pensaba.

—No... Es decir, no lo creo... No lo sé en realidad —musitó y se encogió de hombros—. Él nos abandonó cuando yo tenía unos diez años. No he sabido nada de él desde entonces.

—Oh... No tenía idea. Lo siento —se disculpó, sinceramente molesto por haberla hecho hablar de algo así en un momento de estrés como ese.

—No te disculpes, no es tu culpa —Amy le dijo, apartando la vista y fijándola en la ventana—. Entonces... ¿Qué crees que pueda estar pasando conmigo?

—Lo mejor será hacer algunos análisis antes de hablar de posibles resultados, ¿qué te parece si empezamos cuanto antes?

—Está bien. —Ella se puso de pie, siguiéndolo hasta una puerta lateral que él le indicaba, que conducía a un cuarto de baño con armarios.

—Tendrás que ponerte una de esas batas —le pidió, sacando un batín de uno de los armarios para entregárselo—. Una enfermera vendrá a ayudarte en un momento.

—Bien... —Amy asintió, y entró al cuarto de baño con paso tembloroso.

—Amy... —Él posó una mano en su hombro, y ella se giró hacia él, esperando a lo que fuera a decirle—. Todo saldrá bien, ¿de acuerdo? Sea lo que sea lo que descubramos, yo estaré a tu lado en cada momento.

—¿Y si no salen las cosas bien?

—Lo harán. Y si no, haré que así sea —le aseguró, apartando la visera de la gorra de los Red Sox para poder mirarla a los ojos—. Aún me debes una cita.

—¿Cómo que te debo una cita?

—Estoy chapado a la antigua. Espero que, si una chica me besa, al menos me acompañe a una cita.

Ella sonrió y volvió a bajar la visera, para que él no notara el color que le encendía el rostro en ese momento.

—Ya hablaremos de eso después... Como te dije, no quiero que nuestra

amistad se vea enturbiada por una mala experiencia. Ni tampoco la relación con tu familia. No vale la pena arriesgar tanto por algo que podría no durar ni un mes.

Él recordó sus palabras, Amy tenía miedo de que si iniciaban una relación y las cosas terminaban mal entre ellos, eso afectara su amistad con Jackie.

—O bien podría durar toda la vida...

Amy alzó la vista y él notó la sorpresa en ellos.

—Amy, no tienes que poner trabas a todo en la vida, ¿nunca has sentido la necesidad de hacer algo sin medir las consecuencias?

—No, nunca. Y te aseguro que no lo haré ahora, cuando tengo tanto que perder...

—O mucho que ganar —él la interrumpió—. Nunca lo sabremos si no nos das la oportunidad de averiguarlo.

—Jason, por favor...

—Tienes razón en cuanto a que este no es el sitio para hablar de esto. Pero te lo quiero dejar claro; me gustas, Amy, y no me daré por vencido tan fácilmente —afirmó, inclinándose para darle un beso en la mejilla, antes de marcharse, cuidando de cerrar la puerta tras él.

Amy no pudo evitar sonreír. Era verdad que sus palabras la emocionaban. En su juventud soñó por años que él llegase a compartir sus sentimientos. La sola idea de que él le declarase su amor le parecía algo imposible... Aunque en realidad ahora no lo había hecho. Pero si se daban una oportunidad, tal vez...

¡No! Estaba perdiendo el juicio. No podía permitirse hacerse ilusiones con él. Aún recordaba a Tabatha, una amiga de la escuela que se había enamorado de Jared, y después de que ellos rompieron, Jackie no había querido saber nada más de ella.

Claro que Tabatha no era la mejor amiga de Jackie, y su relación nunca fue tan cercana.

No obstante, no iba a arriesgarse. Ella no iba perder a Jackie, era su mejor amiga, su única amiga verdadera... Una hermana, no de sangre, pero sí de

corazón.

Y eso valía más para ella que cualquier enamoramiento.

Por más maravilloso que fuese el hombre.

## Capítulo 7

A la mañana siguiente, Amy recibió una llamada del guardia de seguridad que custodiaba la entrada de su casa.

—Amy, hay un hombre aquí que asegura conocerte y está al tanto de la contraseña.

—Déjame verlo, Daniel —pidió ella.

Enseguida el rostro de Jason quedó a la vista en la pantalla del monitor.

—¿Jason?

—¡Hola, señorita March! Es mi turno de visitarte por la mañana —la saludó él, alzando una bandeja con dos vasos—. Te traje café.

Amy no pudo disimular la sonrisa que se formó en sus labios al verlo.

—Está bien, Daniel, déjalo pasar —le pidió al guardia.

El hombre que, a pesar de estar cerca de los sesenta años, aparentaba poseer la fuerza para detener a un toro con solo sus manos, examinó a Jason con una mirada intimidante, antes de apretar el botón que abría la enorme verja de hierro que custodiaba la casa de Amy.

—Gracias, Daniel —dijo Jason. No se había sorprendido cuando, al llegar a la casa de Amy, la encontró custodiada por todo un sofisticado sistema de seguridad de última generación en tecnología y a un guardia vigilando la entrada.

Había supuesto que una persona famosa como ella debía de estar protegida. De hecho, le sorprendía que no llevara escolta, como otras personas famosas.

Aunque entendía que, cuando lucía esa apariencia sencilla y natural con la que la había visto la vez anterior, sería fácil para ella hacerse pasar por cualquier persona normal, sin ser reconocida como la famosa cantante. Sin embargo, en su casa, era importante estar segura.

El hombre asintió como respuesta al saludo de Jason y se limitó a ponerse unas gafas de sol de aviador, que le impedían verle los ojos, antes de hacerle un gesto con la mano indicándole que avanzara.

Jason estacionó frente a la casa. Se dio prisa en bajar del automóvil y subir los escalones que lo separaban de la enorme entrada de puerta doble de hierro forjado y madera.

Para su sorpresa fue Amy quien lo recibió.

—Entra, por favor. Siéntete como en tu casa —le pidió Amy, abriendo la puerta y dejando al descubierto un altísimo vestíbulo culminado con un inmenso tragaluz.

Jason observó fascinado el interior de la enorme casa de aspecto elegante y moderno, decorada estilo *vintage* con toques femeninos que le daban una apariencia cálida y hogareña, como el florero pintado a mano con rosas blancas, ubicado en la mesa rústica del recibidor, los cojines hechos de retazos de telas de colores pasteles que combinaban con el sofá blanco de tapicería sencilla y las pinturas marinas que decoraban las paredes.

—Tienes una casa espectacular, Anya.

Ella rio, negando con la cabeza.

—Gracias.

—Aquí tienes, café recién hecho y unos bollos... ¿Te agrada el chocolate?

—Me encanta, gracias, Jason. Ven, vamos a la cocina, espero que te guste la fruta para desayunar, estaba cortando un poco cuando llegaste.

—La fruta siempre va bien con el café.

De camino a la cocina, pasaron cerca de unas puertas acristaladas que estaban cerradas. Sin embargo, desde el interior se alcanzaba a escuchar el sonido de un televisor encendido.

—¿Estabas viendo el partido? —le preguntó, curioso, al reconocer el familiar estruendo de un estadio de béisbol.

—Es solo una repetición grabada del último juego de los Red Sox. A Brad le gusta verlo por la mañana.

—¿Brad? —preguntó él, sintiendo nacer algo desconocido en su interior, que otros calificarían como celos, cuando vio aparecer por el pasillo a un enorme perro pitbull blanco y dorado, de mirada asesina y largos colmillos que sobresalían ligeramente por su hocico.

—¡Brad! —exclamó Amy, agachándose para acariciar al perro, que se acercó a saludarla con la alegría de un cachorro—. ¿Has venido a saludar?

—¿Él es Brad?

—Brad Pitt.

—¿Brad Pitt? Ah, entiendo, porque parece la misma muerte en persona, como el personaje de Joe Black.

—¡Claro que no! Se llama Brad Pitt, porque es tan guapo como él, y es un pitbull.

—Ah, Brad Pitbull —comentó, negando con la cabeza—. Supuse que a ti te gustarían esos perros miniatura que caben en un bolsito para llevar a todas partes, como un chihuahua o un pomerania. No esa copia de Cancerbero...

—No lo lames así, podrá parecer intimidante, pero es el perro más dulce del mundo. Sólo míralo, ¿no es un encanto?

El perro fijó sus brillantes ojos verdes sobre Jason, como si lo estuviera retando a contradecir a su dueña.

—No podría negarlo —contestó él, forzando una sonrisa—. Entonces... ¿él es quien ve los partidos?

—Es fanático del béisbol, nunca se pierde un partido de los Red Sox... Creo que en realidad tiene algo que ver con una bola que vuela, le encanta jugar a atrapar —añadió ella, bajando la voz, como si el perro fuese capaz de entender lo que decía.

—Entiendo... —dijo él, aunque realmente no lo hacía. Nunca había sido un

gran fanático de los animales—. ¿Y hay alguien más aquí, viviendo contigo...? —preguntó, tanteando el terreno. No fuera a salir otro perro asesino por alguna parte, o peor, un hombre real esta vez.

—No, somos solo los dos —contestó Amy, reanudando la marcha a la cocina.

Ella le pidió que tomara asiento, mientras terminaba de picar la fruta. Pero Jason no era de los que se sentaba a esperar sin hacer nada, por lo que buscó platos para poner los panecillos y luego exprimió jugo fresco de naranja para ambos.

Se sentaron en los bancos a desayunar, disfrutando de aquella mañana relajada en su mutua compañía. Aunque para Jason habría sido un momento mucho más encantador sin tener que soportar la mirada fija de esa bestia a la que Amy trataba como si fuese un dulce cachorrito.

Una mirada que el duro Daniel, el guardia de seguridad, debía envidiar.

—Jason, ¿puedo hacerte una pregunta? —Amy habló de pronto, sacándolo de sus pensamientos. O de la especie de juego de reto de miradas, para ver quién la desviaba primero, que estaba teniendo con el perro.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Y él fue quien perdió. Ese perro era invencible.

—No te ofendas, por favor... Pero ¿por qué has venido?

—Se me ocurrió que podría visitarte de sorpresa, ¿no es algo que hacen los amigos? Aunque si te molesta...

—No, ya te he dicho que no te fueras a ofender por la pregunta. A veces soy demasiado directa y la gente suele hacerlo... Es parte del Asperger...

—Amy, era una broma —él le dijo con una sonrisa, posando una mano sobre la suya para calmarla.

—¿Lo ves? Otra vez el Asperger... En fin, es un alivio —comentó, lanzando un suspiro—. Entonces, ¿no has venido a darme malas noticias sobre mis análisis?

Él cayó en la cuenta de lo que ella había estado temiendo.

—No, Ricitos, como te dije en la consulta, no tendremos los resultados hasta



mañana. He apresurado un poco las cosas en el laboratorio y pensé que podríamos esperar juntos.

Ella se llevó las manos al rostro, en un gesto de exasperación.

—Estoy tan nerviosa por todo esto. Siento que voy a explotar por la impaciencia.

—Relájate, no podemos hacer nada más que esperar por ahora.

—Lo sé... —asintió, soltando una bocanada de aire.

—Tengo una idea, ¿por qué no vamos a ver a Jackie a casa de Jared? Pasar la tarde con las niñas te hará muy bien. Te despejará la mente de todo esto, eso seguro.

Ella asintió, apartando un mechón de cabello que había caído sobre su rostro, y Jason sonrió, le encantaban esos rizos alborotados que mantenían su rebeldía a pesar de todos los cambios.

—Es una idea excelente, Jason —comentó ella, acariciando la cabeza del perro, que se había acercado a ella en busca de comida.

—No hay nada para ti aquí, colega.

—A él le gusta la manzana —lo contradijo Amy, ofreciéndole al perro un trozo de manzana que él aceptó gustoso—. ¿No te dije que era un encanto?

—Es singular, sin duda —asintió, arqueando una ceja al ver al animal tomar otro trozo de fruta y zampárselo con gusto.

—Llamaré a Jackie para avisarle que vamos para allá.

—No lo hagas, le dije que volvería a ir esta semana, por lo que se ha de esperar que aparezca un día de estos. Estoy seguro que tanto a ella como a las niñas les encantará la sorpresa de verte llegar. Y si avisas antes, no será sorpresa.

—Te refieres, ¿a que iremos a su casa sin previo aviso?

—Vamos, Ricitos, arriésgate a la aventura por una vez —bromeó—. Lo peor que puede pasar es que no haya nadie en casa y tengamos que marcharnos.

—De acuerdo, tienes razón... Pero, por favor, no menciones nada de lo que hemos hecho a Jackie, ¿de acuerdo?

—¿Los análisis o el beso?

Las mejillas de ella se encendieron y Jason pensó que no podía ser más encantadora.

—Nada de nada.

—Como quieras, aunque será difícil engañar a mi hermana, solo basta con verte a los ojos para notar que estás loquita por mí.

—¡Yo no...!

—Es una broma, Amy —le dijo entre risas, abrazándola por los hombros—. Anda, relájate que todo lo que intento hacer es verte feliz. Soy tu amigo antes que nada, no haré algo que pueda ponerte incómoda, te lo aseguro.

—Gracias, Jason.

—No tienes nada que agradecer, lo digo de corazón. Y no lo olvides, si luego cambias de opinión y me quieres besar otra vez, no me opondré en absoluto.

—¡Jason!

—Yo solo digo...

Ella rio, aunque sus palabras se habían quedado grabadas muy dentro de ella. Porque, aunque no lo admitiría jamás, quería volver a besarlo tanto o más que él a ella.

## Capítulo 8

—**S**igue lloviendo a cántaros —comentó Gaia, la abuela de Jenny, mirando por la ventana desde el sillón en el que se había acomodado para observar a Felicity, su bisnieta, jugar a las cartas con Jason.

La pobre niña se había despertado asustada con la tormenta y, para sorpresa de Amy, Jason se había ocupado de ella. De hecho, Jason había pasado la mayor parte del día al lado de Felicity, jugando con la pequeña y atendiéndola cada vez que ella lo llamaba, porque por algún motivo, la niña parecía disfrutar a lo grande de su compañía.

—¿Por qué no te vas a dormir, Gaia? Jason y yo nos quedaremos despiertos hasta que Jackie vuelva —sugirió Amy, levantándose de la cama de la niña, desde donde había estado observando el juego de cartas. Felicity era muy buena y le estaba dando una paliza a Jason en el juego del relojito.

Esa mañana, cuando habían llegado a casa de Jared y Jenny, se encontraron con la noticia de que Jackie había salido, pero en lugar de marcharse, se quedaron a ayudar a Gaia a cuidar de las niñas hasta que ella volviera.

—Creo que te tomaré la palabra —respondió la anciana, poniéndose de pie también—. Estaré en mi habitación si es que me necesitan. Buenas noches.

—Buenas noches —se despidieron ambos.

—Bien, jovencita, tú ya me has ganado suficientes juegos por esta noche. Es hora de ir a dormir —le dijo Jason a Felicity, tomándola en brazos y llevándola hasta su cama, que Amy ya preparaba para ella.

—Descansa, pequeña.

Amy besó a la niña en la frente y luego Jason la imitó, pero cuando él iba a ponerse de pie para seguirla fuera de la habitación, la pequeña lo cogió por la manga, impidiéndole marcharse.

—Creo que no quiere que te vayas.

—Debe de confundirme con Jared, ella quiere mucho a su papá.

—Ella sabe muy bien quién eres, su tío favorito. Quédate un rato con ella, hasta que se duerma. Yo iré a la cocina a preparar un poco de café.

—Está bien, te veré abajo en cuanto esta chiquitina se duerma.

Amy colocó la cafetera y buscó algunos aperitivos en la despensa que pudieran picar. Estaba cortando unas rebanadas de tomate cuando sonó su celular.

—Hola, extraña —saludó, después de ver el nombre de Jackie en la pantalla—. Gracias por aparecerte hoy por casa, ha sido grandioso verte este día.

—Amy, estás siendo sarcástica, te felicito —le dijo su amiga, con sinceridad—. Siento mucho haberte dejado colgada todo el día, ya voy para allá. ¿Cómo han estado las cosas?

—Bien, todo tranquilo. Gaia se fue a dormir ya y yo estoy en la cocina, preparando café y un bocadillo de media noche, ¿quieres que te haga uno también?

—No te preocupes, llegaré allá en un minuto y te ayudaré a hacerlo. Es más, mejor te pediré una pizza con doble queso, para compensarte el que no haya estado en todo el día.

—No como pizza ni queso.

—Entonces te llevaré un poco de helado de pistacho... Pero no creo que pueda ser ahora, todo debe estar cerrado a esta hora.

—No te preocupes, mejor cuéntame: ¿dónde has estado? ¿Tuviste un caso de emergencia en la veterinaria?

—No, en realidad... he estado con Luke.

—¡Con Luke! ¡No me lo puedo creer!

—Amy baja la voz, no quiero que despiertes a las niñas o a Gaia —le pidió su amiga.

—Vale, lo siento. ¿Estás todavía con él? ¿Te ha besado? ¿Qué ha pasado?

—Te contaré todo después, ahora él viene para acá y me da corte que escuche nuestra conversación.

—¿Entonces sigues con él? ¿Han arreglado las cosas?

—¡Sí! —exclamó Jackie, y Amy notó la emoción en su voz—. Amy, me había equivocado con él, Luke nunca quiso marcharse, todo fue una mentira, una treta de mi madre para separarnos.

—¿Qué...? Pero ¿estás segura?

—Sí, lo estoy. Te lo contaré todo en cuanto vuelva, es una historia tan larga que serviría para escribir un libro. Pero te puedo adelantar que me siento feliz, ¡muy feliz!

—Me alegro mucho por ti, Jackie. Y ¿sabes algo? No te preocupes en volver esta noche —le dijo Amy, contenta por su amiga, que tantos años había estado sola—. Me quedaré aquí para ayudar a Gaia, así que no temas, que el fuerte está resguardado, pero mañana tienes que contarme todo a detalle.

—¿Estás segura?

—¡Por supuesto! Hacía años que no te escuchaba tan feliz... Desde que estabas con él, justamente... Como sea, disfruta y no te preocupes por nada, pero mañana no olvides que me tienes que contar todo ¿eh?

—Cuenta con ello —le aseguró Jackie—. Nos vemos pronto, guapa. Te mando un beso.

—Y yo te mando otro a ti —respondió Amy, antes de colgar la llamada

—¿Quién era? —quiso saber Jason, entrando en ese momento en la cocina.

—Jackie. No vendrá esta noche así que me quedaré a dormir para ayudar con las niñas. Tú puedes irte.

—¿Me estás echando? —le preguntó, fingiéndose ofendido.

—No, claro que no. Te estoy dando a elegir, perdona si sonó muy duro lo

que dije. Ya sabes, a veces soy un poco directa... —comentó, apenada—. Me refería a que no tienes que quedarte aquí también...

—Ni hablar, me quedaré con ustedes —aseguró él, dirigiéndose a la cafetera—. Tú duermes esta noche en la habitación que está ocupando Jackie, yo lo haré en el sofá.

—Puedes quedarte en la habitación principal, nadie la ocupa.

—No, gracias, no voy a mancillar la cama de mi hermano y mi cuñada.

—Como tú quieras, pero no creo que ellos piensen eso.

—No, pero yo sí... Por cierto, ¿dónde está Jackie, a todo esto? —preguntó, actuando como el hermano mayor sobreprotector que ella recordaba de su infancia.

—No lo sé, pero está bien. No tienes que preocuparte por nada —le aseguró Amy, sonriendo de una forma pícaro que dejaba claro que había algo oculto que no le iba a decir.

—¿Está con un hombre? ¡No! Espera, no me digas, no quiero saberlo.

Amy rio, negando con la cabeza al tiempo que le alargaba un sándwich de tomate y orégano.

—Falta la proteína en esto.

—Tiene un poco de tofu.

—Me corrijo: falta el sabor en esto.

—No te va a matar probar algo sano por una vez, solo cómelo y deja de quejarte.

—Como ordene, señora —contestó él, ofreciéndole a ella una taza de café que acababa de servir y llevando otra para él a la mesa de la cocina—. ¿No te vas a sentar a comer? —le preguntó, al ver que ella se dirigía hacia las escaleras.

—Voy arriba, por si las niñas despiertan.

Jason sacó un aparato monitor que había llevado colgado del cinturón.

—Estamos cubiertos. Anda, siéntate a mi lado, que no te voy a morder.

—Eso dices, pero nada me lo asegura...

Él soltó una carcajada.

—Amy, si no quieres que te bese de nuevo, no lo haré, ¿de acuerdo? Pero no huyas de mí, siéntate a comer y relájate un rato.

Ella pareció dudar, pero terminó cediendo y se acomodó en el banco a su lado.

Jason estiró la mano para tomar el control remoto, que había quedado a un lado del mesón, junto a un florero. Al hacerlo, rozó el brazo de Amy y notó que ella se ponía colorada, nerviosa por su cercanía.

Una sonrisa apareció en sus labios al tiempo que encendía el televisor, él no le era indiferente.

Jackie tenía razón, por más famosa que Amy fuera, era todavía muy tímida e ingenua, como una perla que se oculta en una concha.

Comieron en silencio, viendo un programa de dibujos animados porque ninguno encontró la manera de quitar el bloqueo para niños. Él estaba pendiente de ella, de cada uno de sus movimientos, de los rizos que caían sobre su rostro, las enormes gafas que no eran capaces de ocultar la belleza de sus ojos... ¿Cómo es que no se había fijado en ella antes? Por años la tuvo frente a él, hermosa, única... Y ahora era como si la viera por primera vez.

Ella se rio en ese momento por algo que hizo uno de los dibujos animados y se giró hacia él, esperando verlo reír también, pero al encontrar su mirada seria fija en ella, la alegría se esfumó de su rostro.

—¿No vas a intentar besarme otra vez, verdad? —le preguntó ella, frunciendo el ceño.

—¿Qué pasaría si lo intentara?

—Podría darte una bofetada.

—Creo que vale la pena... —sonrió, inclinándose sobre ella a modo de juego y Amy se puso de pie de un brinco—. Calma, mujer, que era una broma.

—No me gustan esas bromas... Ni que se burlen de mí.

—¿Por qué crees que me estoy burlando de ti?

—Porque tú... tú no me tomas en serio... —tartamudeó, rodeándose con los

brazos, nerviosa—. La gente se ha burlado de mí toda mi vida, y lo peor es que la mayoría del tiempo no tenía idea de que lo estaban haciendo.

La sonrisa se esfumó de los labios de Jason, notando el dolor que veía en su rostro, que se escuchaba en sus palabras. Lentamente se acercó a ella, buscando su mirada, que ella se forzaba por rehuir.

—Amy, te aseguro que no me estoy burlando de ti —le dijo, tomando su barbilla entre los dedos y obligándola a alzar los ojos para encontrarse con los suyos—. Me interesas... Y mucho.

Ella apartó la vista y se alejó un paso, como si no fuese capaz de continuar manteniendo el contacto.

—Jason, te conozco hace años y nunca te interesaste en mí antes... ¡Ni siquiera te sabías mi nombre!

—Amy, solo intentaba bromear contigo, por supuesto que me sabía tu nombre. Me quedó grabado en el alma desde ese día en el que te encontré llorando en el suelo junto a mi hermana, con las manos llenas de sangre, porque evitaste que ella se lastimara en un momento de profundo dolor.

Ella frunció el ceño, mirándolo de reojo, sorprendida de que él recordara aquello.

—Te recuerdo esa mañana en la iglesia, cuando dejaste a todos boquiabiertos con tu canto. Esa canción que era tan especial para mi padre... Nunca dejaré de estarte agradecido por ese momento.

—No tienes nada que agradecer. Tu padre era importante para mí, él me apoyó toda mi vida.

—Pero ¿sabes cuál es el momento que mejor tengo grabado aquí? —le preguntó, señalando a su pecho, al sitio donde estaba su corazón—. Una noche de primavera en la que te encontré en el patio trasero de mi casa, cantando sola bajo la luna, cuando creías que nadie te veía...

Ella abrió mucho los ojos, sorprendida por sus palabras. No tenía idea de cuándo había sido eso, no podía recordarlo.

—Tú has sido muy importante para mí, Amy Taylor, no solo ahora, lo has



sido desde hace mucho tiempo —continuó él, acercándose un paso más a ella—. La cosa es que nunca había tenido el valor de decírtelo sino hasta ahora.

—¿Decirme qué? —preguntó casi en un susurro, notando que él estaba tan cerca, que el calor de su cuerpo invadía el suyo.

—Me gustas, Amy. Me gustas mucho... —confesó, inclinándose para besarla. Y esta vez ella no se apartó.

## Capítulo 9

Él profundizó el beso, rodeándole la cintura con los brazos y alzándola al vilo. Ella le rodeó el cuello con los brazos, dejándose llevar por el momento, entregada por primera vez a los sentimientos que la embargaban.

Toda su vida había soñado con un momento como ese, que Jason la besara y que lo hiciera de esa forma mágica que solo se veía en las películas. ¡Y al fin estaba pasando...!

Y la magia se rompió cuando el sonido de un llanto de bebé se hizo oír a través del monitor.

—¡Es Shirley! —exclamó Amy, apartándose de él.

—Iré yo...

—No, iré yo. Tengo... tengo que alejarme de ti.

—¿Por qué? ¿Es que beso tan mal? —preguntó él, en un tono jocoso que ella no captó.

—No, lo haces de maravilla, pero no podemos hacerlo otra vez, Jason. Ya te lo dije, eres el hermano de Jackie y ella es muy importante para mí...

—Jackie estará más que contenta si tú y yo salimos juntos.

—Puede ser, pero no lo estará si rompemos y ya te lo dije, la valoro demasiado como para perderla. Mira, ahora no vamos a discutir, la bebé me necesita —le dijo, saliendo a la carrera de la cocina y dejándolo solo con su deseo.

Jason la observó subir las escaleras y entrar en la habitación de Shirley para

consolarla. Desde abajo alcanzó a escuchar su canto. Como era de esperar, la pequeña bebé no tardó en volver a dormir y él también estuvo tentado a hacerlo, arrullado por el dulce canto de su amada.

\*\*\*

A la mañana siguiente, Amy se despertó muy temprano y bajó a la cocina para empezar a preparar algo de comer. Las niñas despertarían pronto y necesitarían sus desayunos.

Mientras se servía un vaso de jugo de arándanos, descubrió a su mejor amiga entrando a hurtadillas por la puerta trasera de la cocina, actuando como una adolescente traviesa temerosa de ser descubierta por sus padres después de una buena noche de juerga.

—¡Mira qué cosa tan bonita nos trajo el sol esta mañana! —exclamó Amy.

Jackie pegó un salto.

—¡Tía, pero qué susto me has dado! —le reclamó, llevándose una mano al pecho—. Si muero de un infarto, que sepas que ha sido por tu culpa.

Amy soltó una carcajada, acercándose a su amiga con una sonrisa pícara en el rostro.

—Anda, cuéntame ¿cómo ha ido todo?

El rostro de Jackie mudó completamente, reflejando una alegría que no recordaba haber visto en su amiga desde hacía muchos años.

—Ha sido increíble, Amy. Luke es tan maravilloso como lo recordaba. ¡No, lo es más todavía! ¡Y adivina qué...!

—¿Qué cosa? —preguntó Amy, bebiendo un sorbo de su jugo.

—¡Voy a casarme!

—¿Vas a casarte? —preguntó Amy después de escupir el trago de jugo que acababa de llevarse a los labios.

Jackie soltó una risita y le acercó una servilleta para que su amiga pudiera limpiarse.

—Vas a necesitar otro pijama. Luces como si te hubiera estallado un absceso encima.

—¡Ewww! ¿No puedes decir una jarra de *Kool-Aid* o algo así? ¿Por qué tiene que ser pus lo que me estalle encima?

Amy arrugó la nariz, pasándose varias servilletas por el camisón de dormir de *La Bella y la Bestia* que le había tomado a Jackie de su maleta.

—Solo era una broma —le dijo Jackie entre risas—. ¿Quieres que te sirva un poco más de jugo?

—Sí, pero no te desvíes del tema, puedes hacer dos cosas al mismo tiempo. ¿Cómo es que vas a casarte? —preguntó, insistente.

—¿Recuerdas que te hablé de Luke?

—Sí, el chico que conociste en el ático, con el que fuiste al viaje a México y resultó ser el padrino de bodas de Jared y su mejor amigo —resumió a la carrera la historia de su vida al lado de Luke, algo sencillo tomando en cuenta que había participado en buena parte de ella.

Amy había estado a su lado cuando se vino abajo, desmoronada por el dolor de la separación. Estaba enterada de todo, y sí, había actuado como una loca cuando lo reconoció en la boda de Jared y Jenny.

Jackie le contó a la carrera lo ocurrido la noche anterior, las revelaciones que ambos compartieron y los malos entendidos que habían pasado entre ellos. Su mejor amiga la escuchó boquiabierta, tan atenta de cada una de sus palabras como si se tratase de la mejor novela.

—No puedo creerlo, pobre Luke... —musitó en voz baja, mirando a su amiga con ojos agrandados y anegados de lágrimas.

—Lo sé, todavía no puedo creer que mi madre haya podido hacer... — Escucharon el sonido de unos pasos pesados bajando por la escalera, y Jackie se sorprendió al descubrir a Jason aparecer en la cocina un instante después.

—Vaya, qué madrugadora. —Él esbozó una sonrisa al verla—. ¿Te has levantado temprano o estás usando la ropa de ayer?

—Eso no te incumbe. —Jackie frunció el ceño—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Vine a ayudar a cuidar a mis sobrinas. —Él se encogió de hombros y se acercó a Amy para quitarle el vaso de jugo de la mano. Sus ojos se posaron con demasiada fijeza en el pijama de dibujos que la cubría, manchado con salpicaduras de jugo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Amy a la defensiva.

—Sexy —musitó él, sarcástico, antes de darle un largo trago a su vaso.

—¡Oye, ese era mi jugo!

—No puedes beber cosas artificiales, Ally. No es bueno para tu salud.

—Soy Amy. ¿Y acaso conoces a tu cuñada? No hay cosas artificiales en esta casa —replicó ella, arrebatándole el vaso de entre sus dedos.

—Tiene razón —le dijo Jackie entre risitas divertidas al verlos pelear como un par de críos por el vaso de jugo—. Jenny se moriría antes de meter alguna cosa artificial en esta casa.

—Oh, sí, la dieta de Felicity —recordó Jason—. Por cierto, ¿no ha despertado todavía? Tengo ganas de echarme un partido de cartas ahora mismo.

—Jason, más te vale que no estés mal influenciando a esa niña... —le advirtió Jackie.

—Jugamos al relojito, Jackie. —Frunció el ceño, llevándose una mano al pecho en fingida mortificación—. Por favor, por quién me tomas. Usamos las cartas de *Frozen* y todo.

—Lo siento. —Le dedicó una sonrisa apenada—. Ve a buscarla, seguramente Gaia ya debe estar despertándola ahora mismo —añadió después de echarle una mirada al reloj de la pared.

—Excelente. —Jason sonrió de oreja a oreja—. Unos días más de relojito y estará lista para aprender a jugar al póker.

—¡Jason! —gritó, lanzándole un paño de cocina que él esquivó a la carrera antes de volver a subir las escaleras.

—No lo dice en serio —le dijo Amy sin notar que Jackie sabía que él solo estaba bromeando—. Le enseñó ese juego ayer a Felicity, cuando se despertó

asustada por la tormenta. Y ella lo captó enseguida, se pasaron horas jugando. Creo que se durmieron como a las once de tanto jugar.

—¿Y qué hacía mi hermano aquí... contigo? —añadió, mirando a su amiga con ojos entrecerrados por la curiosidad.

—Es un bobo. Cuando decidí venir a visitarte, él quiso venir también. Dijo que sabía que tú habías tomado tus vacaciones para ayudar a Jared y cuidar a las niñas, y no se le hacía justo dejarte todo el paquete a ti sola, por lo que había planeado visitarte y a las niñas, y no había mejor tiempo que el presente —rodó los ojos—. Realmente no creo que sea verdad y que solo trataba de molestarme.

—¿Molestarte? —repitió, arqueando las cejas.

—Sí, sabes que a él le gusta hacer eso.

—¿Y se quedó a pasar la noche? —preguntó Jackie, como quien no quiere la cosa.

—Sí, durmió en el sofá del cuarto de televisión. Dijo que no quería mancillar la cama de Jared y Jenny pasando la noche en ella. —Se encogió de hombros—. ¿Qué raro, no?

—Mucho. ¿Y por qué no se fue antes?

—No lo sé, supongo que también quiso quedarse por las niñas. Te dije que él estuvo con Felicity cuando ella despertó asustada por la tormenta.

Jackie suspiró, era difícil sacarle la sopa a su amiga.

—Y Amy, dime... ¿Cómo es que Jason se enteró de que tú vendrías de visita?

—Yo estaba con él... —Amy apartó la vista y la fijó en el vaso de jugo vacío ante ella.

—¿Y eso por qué...? —insistió, notando el rubor encenderse en las mejillas de su amiga.

—¿Qué hace esto en el piso? —preguntó una voz femenina que a Jackie le erizó los pelos de la nuca—. Alguien podría tropezar con este trapo y darse un buen golpe.

—Mamá. —Jackie se irguió en toda su altura, clavando sus ojos azules sobre su madre.

—Hola, señora Zivon. —Amy se puso de pie para acercarse a saludarla—. Qué bonita sorpresa verla aquí.

—Gracias, cielo. —La mujer le dio un abrazo colmado de afecto, y luego miró a Jackie—. Me quise escapar de mis reuniones y pasar a saludar a mis nietas. ¿Cómo se encuentran?

—Bien —contestó Jackie con voz cortante y seca.

Bárbara frunció el ceño, notando la ira irradiando de su hija.

La puerta trasera se abrió en ese momento, y por ella entró Luke cargado con varias bandejas de comida para llevar y vasos con café fresco.

—Perdona la tardanza, había una cola enorme para el café... —Se quedó callado de golpe al encontrar a Bárbara en la cocina.

—Buenos días —saludó la mujer, arqueando las cejas al mirarlo y luego a Jackie, con la clara intención de preguntar quién era él y qué hacía en la cocina de su hijo.

—Mamá, ¿no recuerdas a Luke, el padrino y mejor amigo de Jared? —le preguntó Jackie, esbozando una sonrisa que no le llegó a los ojos—. Y también mi novio, al que apartaste de mi vida sin ninguna consideración.

Los ojos de Bárbara se crisparon. En seguida, una enorme discusión se desató en la cocina teniendo a Jackie y a su madre como protagonistas.

Amy tragó saliva y dio un paso atrás, sintiéndose tan incómoda de permanecer en medio de aquella situación que habría deseado que la tierra se la traga con tal de no estar presente mientras esa conversación se llevaba a cabo.

Lentamente salió de la cocina, tan silenciosa como un ratón, y escapó escaleras arriba, pero al hacerlo casi se dio de frente con Jason, quien, al haber oído los gritos, bajaba a toda prisa, llevando a Felicity en brazos.

—¿Qué está ocurriendo? —le preguntó a Amy, su voz teñida de preocupación.

—Jackie ha descubierto que Luke terminó con ella por culpa de Bárbara.

—¿Qué? —él gruñó, frunciendo el ceño—. ¡Eso no es verdad!

—Es lo que Bárbara dice, pero Jackie no le cree. Parece que tiene pruebas...

—Amy se interrumpió al ver a Gaia, con Shirley en brazos, asomarse por la cima de la escalera, curiosa por lo que sucedía en el piso inferior.

—Amy, hazme un favor, ve arriba con Gaia y las niñas, sigan la rutina, vistan a las niñas y hagan lo necesario para iniciar el día, pronto esto terminará y podrán bajar a tomar el desayuno —le pidió Jason, depositando a Felicity en sus brazos, sin notar que la niña ya era demasiado grande para que Amy la cargara, antes de alejarse a la carrera hacia la cocina.

Amy no pudo hacer lo que Jason le pedía, Gaia la había alcanzado en el descanso de la escalera y le preguntaba qué era lo que ocurría, por lo que tuvo que explicar de nuevo la historia, pero se interrumpió cuando vio a Luke salir de la cocina y encontrarse con Jason.

Amy temió por un momento lo que podría ocurrir entre ellos dos, pero no tuvieron tiempo de decirse nada cuando la voz de Jackie, más enojada de lo que nunca la había escuchado en su vida, se hizo oír por toda la casa, a pesar del evidente esfuerzo que ella hacía para controlar su carácter. Luke y Jason volvieron a entrar en la cocina y ellas se quedaron allí plantadas, escuchando la discusión.

Jason pronto intervino en la conversación, dando la explicación de su parte en aquella historia. Una participación de la que Amy no tenía idea...

—Jackie, al morir nuestro padre, le prometí que te cuidaría. Y lo he intentado hacer desde entonces...

Amy se enterneció al escuchar esas palabras. Era cierto, desde que tenía memoria, Jason había cuidado a Jackie, haciendo todo lo posible por protegerla de todo mal. No dudaba que lo que él decía era verdad.

Escucharon la puerta trasera cerrarse con fuerza y vieron por la ventana a Luke alejarse a paso rápido, dejando tras él la casa en silencio.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Gaia en un susurro.



—Deberíamos llevar a las niñas abajo, Felicity tiene que desayunar. Si ellos quieren seguir hablando, que se busquen otro lugar.

Como si hubieran tenido su misma idea, Jackie y Bárbara salieron al jardín para continuar su conversación afuera. Ambas se veían ya mucho más calmadas, y Amy se relajó, esperanzada de que pronto hicieran las paces.

Al entrar en la cocina, encontraron a Jason de pie ante la estufa, friendo unos huevos en un sartén.

—¿Cómo quieren sus huevos? —preguntó, volviéndose hacia ellas para recibirlas.

Amy deseó acudir a su lado y preguntarle cómo se encontraba, algo le decía en su interior que, a pesar de esa sonrisa y su aparente tranquilidad, él estaba tan alterado como Jackie y Bárbara.

Sin embargo, cuando iba a dar un paso, sintió que las fuerzas la abandonaban, los oídos comenzaron a zumbarle, sintió que el piso se movía bajo ella y la vista se le puso negra.

De alguna forma consiguió depositar a Felicity, a quien había estado llevando todavía en brazos, en el suelo, antes de desvanecerse por completo.

—¡Amy! —Jason corrió a su lado, muy preocupado, y comenzó a examinarla, buscando que no se hubiera golpeado la cabeza o alguna otra parte al chocar con la baldosa.

—Dios mío, pero ¿qué ha sido? ¿Se ha desmayado? —preguntaba Gaia con voz angustiada, abrazando a las dos niñas, para calmarlas, pues ambas se habían asustado y ahora lloraban.

—Amy, despierta —Jason le palmeó suavemente la mejilla—. ¿Me escuchas?

—Sí... —Ella abrió los ojos, observándolo confundida—. ¿Qué ha pasado?

—Te desmayaste —contestó, tomándola por debajo de los brazos y las rodillas.

Notó que él la cargaba en brazos y la llevaba hasta el salón, donde la acomodó en uno de los sofás. Gaia vino corriendo tras ellos, llevando todavía

a la pequeña Shirley en brazos.

—¡Iré a buscar a Jackie!

—No... No es nada, estoy bien —se apuró en decirle Amy—. Jason ya está aquí, no hace falta decirle a nadie más, ya bastante alterados están todos. Además, no es nada importante, me esforcé demasiado cargando a Felicity y se me ha de haber bajado el azúcar.

Jason la miró con gesto grave, pero no la contradijo.

—¡Santo cielo, niña, qué susto! Iré a traerte un poco de jugo, eso te hará bien —le dijo Gaia, partiendo de vuelta a la cocina, después de dejar a Shirley en la cuna de viaje que siempre estaba en el salón—. Vamos cielo, te daré un poco de jugo a ti también —la anciana le dijo a Felicity, llevando a la pequeña con ella de vuelta a la cocina.

Jason se giró entonces hacia Amy y, hablando en voz baja, para que nadie lo escuchara, le dijo:

—Te espero sin falta esta tarde en la consulta del hospital.

—Jason, hoy no puedo...

—Hoy —repitió, mirándola a los ojos con una expresión tan intensa, que ella no pudo volver a negarse—. Y no se te ocurra dejarme plantado o vendré por ti y te llevaré conmigo, aunque deba cargarte al hombro para obligarte a ir.

—Dijiste que los estudios no estaban listos todavía...

—Los apresuraré. Solo no faltes, ¿de acuerdo? No quiero asustarte, pero no debes tomarte esto a la ligera. Algo está pasando contigo y tenemos que averiguar qué es.

## Capítulo 10

Amy se sentó delante del escritorio de Jason, en su consulta del hospital. No creía que fuera algo bueno que él tuviera los resultados tan rápido, suponía que tardarían más después de tantos estudios y análisis que le habían realizado el día anterior y de nuevo esa tarde en el hospital.

Tenía la esperanza de que le dijera que todo iba bien, esperaba que la anemia hubiera sido el problema después de todo, le diera algunas pastillas y la orden de tomarse un par de semanas de vacaciones, lejos del estrés del trabajo; sin embargo, algo en su interior le hacía saber que no sería así. Dudaba que después de la forma tan enfática en que le pidió que fuera esa tarde al hospital, y de la seriedad con la que se había portado esa tarde, ordenando más análisis de último minuto después de obtener los primeros resultados, él fuera a decirle que todo estaba bien.

Y cuando él entró en el despacho y en lugar de tomar asiento en el sillón tras el escritorio que solía ocupar, se sentó en la silla que había a su lado, comenzó a asumir que las cosas no serían tan sencillas como había esperado.

—Amy... No te tengo buenas noticias... —Él pareció dudar de cómo abarcar el tema. Algo difícil de creer, suponiendo que debía de haber atendido a cientos de personas a lo largo de su carrera y, por consiguiente, darles malas noticias a varios de ellos.

—¿Qué es, Jason? —le preguntó ella, queriendo tomar el toro por los cuernos—. ¿Me estoy muriendo?

—¡No! —él exclamó enseguida, casi asustado.

Amy rio con tristeza, negando con la cabeza.

—Solo dímelo, por favor. Es lo que te temías ¿no es verdad? Y ya que eres oncólogo...

Jason asintió, mirándola a los ojos tomó una de sus manos y la estrechó entre las suyas.

—Tienes leucemia, Amy.

A pesar de intentar hacerse la fuerte, Amy no pudo más. Se había esperado esa noticia cuando él empezó a darle tantas vueltas. Un hombre tan fuerte y directo como él no se andaba por las ramas.

Sin embargo, ahora, con la noticia clara y franca, no pudo evitar desplomarse... Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos a borbotones, sin hacer caso de su intento por retenerlas.

—Amy, tranquila... —Jason se estiró por la caja de clínex y se los ofreció—. Vamos a luchar contra esta enfermedad. Tenemos muchas opciones por delante, hemos agarrado el cáncer a tiempo y vamos a patearle el culo.

—Lo siento, no suelo soltarme a llorar por nada... Voy a tener que buscar otro dueño para Brad.

—Esto no es nada, tienes todo el derecho del mundo a llorar en este momento. Pero Amy, no asumas que este es el final, así que no pienses en buscarle otro dueño a tu perro ¿vale? El tipo de leucemia que tienes es uno de los mejores, si es que es posible llamarlo así. Y como te decía, estamos a muy buen tiempo, lo combatiremos y lo venceremos, ya verás —le aseguró, estrechando su mano—. Tienes que luchar y yo pelearé contigo cada batalla, hasta que vencamos esta guerra.

—Te lo agradezco... —Amy inspiró hondo, intentando calmarse—. ¿Y cuál es el siguiente paso que debemos tomar?

—Para empezar, le pediré a la doctora Montevideo que supervise tu caso, ella es la jefa del Departamento de Oncología y la mejor hematóloga oncóloga del país, por lo que sé que en sus manos tendrás la mejor atención.

—¿No puedes tú atender mi caso?

—Ya que tenemos una relación personal, no es ético que yo lleve tu caso. Sin embargo, no voy a dejarte, estaré involucrado, aunque solo sea para darte la mano cuando estés en el hospital.

—Gracias, Jason. Lo aprecio... —musitó con voz temblorosa.

—No tienes que tener miedo, preciosa —le pidió, apartando un mechón de cabello de su rostro—. Verás que lo venceremos, ¿vale? Haré una cita con la doctora Montevideo para mañana, ella ya ha empezado a estudiar tu caso y está ansiosa por iniciar. Lo más probable es que te pida algunos análisis más, entonces podremos programar tu tratamiento.

—¿Se me caerá el cabello?

—Es probable, pero podremos intentar algunos métodos nuevos que han ayudado a algunos pacientes para que no ocurra, aunque no hay garantías. De todas formas, eso no es lo que importa ahora, Amy, sino salvar tu vida. Y como te decía, no debes tener miedo, los nuevos tratamientos son mucho más efectivos que los de antaño. Comenzaremos con una dosis general y luego, conforme tu cuerpo responda al tratamiento, la iremos regulando. Es probable que tengamos que hacer un trasplante de médula, pero eso lo decidiremos conforme veamos tu progreso. Lo primero será internarte para insertarte un catéter... —Jason comenzó a hablar sobre los tratamientos que tendría que llevar a cabo, comenzando por una operación para implantarle una especie de sonda en el pecho por la que ingresarían el medicamento a su cuerpo. Habló de nombres extraños de drogas, posibles resultados y los caminos por los que tendrían que optar, en caso de que las primeras opciones no dieran resultados. También le sugirió acudir con una ginecóloga que estaba en el mismo hospital y que contaba con su aprobación para esos casos. Ella se encargaría de guardar sus óvulos para que en un futuro pudiera ser madre.

—¿Es que voy a quedar estéril?

—Es una posibilidad —él le contestó con sinceridad—. Sin embargo, no sucede así para todos. Es mejor prevenir, eres una mujer joven y es un

procedimiento de rutina en casos como el tuyo, pensando que en un futuro podrías querer ser madre. Sin embargo, a veces el tratamiento hace imposible que incluso con tus óvulos congelados puedas llevar un embarazo. En esos casos, es posible con una madre subrogada...

Amy cerró los ojos y aguantó un sollozo. Toda su vida había soñado con ser madre, la posibilidad de llevar un hijo en su vientre, acunarlo en sus brazos... Y ahora ese sueño se desvanecía entre sus dedos.

No obstante, luchó por aguantar el llanto y mantener el temple. No le gustaba dar una imagen frágil. Toda su vida recordaría los momentos en que la habían pasado por alto por tener autismo, por ello, se había forzado por ser independiente, fuerte, aparentar seguridad a pesar de sentir que se tambaleaba.

—No tengo que tener hijos biológicos para ser madre. Puedo adoptar, hay muchos niños necesitados de amor y siempre ha sido algo que he querido hacer.

—Pienso igual —confesó él, y ella le dirigió una sonrisa nublada por una tristeza que era clara, a pesar del evidente esfuerzo que Amy ponía por intentar mantenerse fuerte y ocultar sus verdaderos sentimientos—. Entonces, ¿qué te parece si vamos a tu habitación?

—¿Es que vas a ingresarme ahora?

—Es lo mejor. Mientras antes comencemos...

—Jason, necesitaré un poco de tiempo para procesar todo esto... No puedo hospitalizarme todavía, tengo una agenda que cumplir...

—Amy, te entiendo, pero debes saber que no puedes perder tiempo ahora. No existe ninguna agenda más importante que salvar tu vida. Ahora estamos a tiempo, pero la enfermedad puede evolucionar de forma inesperada y no podemos dejarnos tomar por sorpresa. Debemos atacar lo antes posible.

Él notó que la mano de ella temblaba bajo su agarre, así como la palidez de su rostro.

—Mira, han sido demasiadas emociones por hoy, vamos a tomarnos un respiro por esta noche y mañana seguimos hablando con calma y la mente más

despejada, ¿te parece? Te llevaré a casa para que te relajes un poco. Tal vez podríamos llamar a Jackie...

—¡No! —Amy alzó la voz y por primera vez él la vio alterada—. No le puedes decir a Jackie, ¡prométemelo, Jason!

—Tranquila, soy tu médico, no puedo revelar información si tú no estás de acuerdo. Pero Amy, ella querría saberlo, estar contigo en este momento...

—Lo sé, pero no puedes decírselo. Ella se va a asustar, la conoces, sabes lo mucho que sufrió cuando su padre se enfermó, no quiero preocuparla por algo que no tiene importancia.

—Amy, siento tener que contradecirte, pero esto sí que tiene importancia. Es transcendental para los pacientes en estos momentos apoyarse de la familia y amigos... —Se calló al recordar la clase de madre que ella tenía.

Amy agachó la vista, parecía demasiado conmocionada como para entender la verdadera gravedad del asunto.

—Hablaremos de eso después. Ahora necesitas un poco de aire, descansar y reflexionar con la almohada —le dijo, poniéndose de pie y tendiéndole una mano para ayudarla a levantarse—. Vamos, te llevaré a casa.

—No es necesario, puedo irme sola. Sé que tienes otros pacientes...

—¿Crees que iba a hacer otras citas cuando tenía que darte esta noticia? —él la interrumpió, dejándola sin palabras—. Amy, esto es una bala de cañón. Que me dedique a esto, no significa que no lo sepa. Eres mi amiga, no te dejaré sola en este momento. Respeto que quieras tomarte un tiempo para contarle a Jackie y a tu familia, pero eso no significa que te vaya a dejarte sola. Así que, vamos —insistió, extendiendo una vez más su mano hacia ella—. No voy a aceptar un no como respuesta. Necesitas a un amigo que te acompañe esta noche, y yo tendré la fortuna de ser ese amigo.

Amy sonrió suavemente, tomando su mano.

—Gracias —musitó, forzándose para mirarlo a los ojos y no apartar la mirada, como cuando era niña y no podía dominar esa parte del autismo que tantas veces la había vencido.

—No me des las gracias... —*Todavía tengo que salvarte la vida*, pensó.



## Capítulo 11

De camino a casa, Amy guardó silencio, manteniendo la vista fija en la ventana. Jason la observaba por el rabillo del ojo, preocupado por ella y por lo que pudiera estar experimentando.

Había dado la mala noticia en cientos de ocasiones, no obstante, el tener que hacerlo a una persona cercana era diferente. Amy no era su familia directa, por lo que no rompía la regla de prohibición de atender a un pariente. Sin embargo, Amy era alguien especial para él, se estaba enamorando de ella, aunque no lo reconociera abiertamente todavía, y eso podría dificultar el mantenerse con la mente despejada para tomar las mejores decisiones. Sin mencionar que ella era como una hermana para Jackie, y eso la convertía en un miembro de su familia.

—¿Te gustaría parar a comer algo antes de llegar a casa? —le preguntó él, rompiendo el silencio.

—En realidad, no tengo apetito. Pero si tú tienes hambre, podemos parar a comprar algo.

—Es natural que no sientas deseos de comer después de recibir una noticia así, sin embargo, debes intentar mantener una mente positiva en este momento. No comer no te ayudará en nada, desde ahora debes pensar que tu cuerpo es tu prioridad, mantenerlo fuerte, bien alimentado y descansado, y no lo conseguirás si dejas de comer.

—Lo sé... Es solo que... No lo sé, todavía no puedo creerlo... —Ella lo miró

con ojos llorosos, haciendo un esfuerzo por sonreír—. Creo que debería asumirlo, pensar en el tratamiento, arreglar mis asuntos, en caso de que las cosas no salgan bien... Pero en este momento, en todo lo que puedo pensar es que tendré que cancelar la gira por Sudamérica y que debí comer más tartaletas de chocolate blanco y frambuesas cuando tuve oportunidad.

—Entiendo...

Para su sorpresa, él marcó la direccional y dio vuelta en sentido contrario.

—¿Qué haces? ¿A dónde vamos?

—Sé de un lugar donde venden unas tartaletas excelentes.

Amy soltó una risita.

—¿Estás hablando en serio? Acabas de decir que debo alimentarme bien.

—A veces una buena tartaleta es justo lo que el cuerpo necesita.

Después de comprar comida para llevar en un restaurante mexicano al que Amy era prácticamente adicta, y pasar por media docena de tartaletas de chocolate blanco y frambuesas en el local que Jason le recomendó, se dirigieron una vez más a la casa.

El guardia salió a recibirlos y al reconocer a Amy, les permitió entrar.

—Gracias, Daniel. Que pases una buena noche —ella saludó al hombre.

—Igualmente —contestó escuetamente el guardia de dos metros, cuidando de cerrar la enorme verja tras ellos.

—¿Te gustaría cenar en el comedor o frente al televisor? —le preguntó Amy, una vez que estuvieron dentro de la casa.

—Donde tú quieras está bien, podemos ir a la cocina, así no desordenaremos otra habitación. No quiero que por los nervios vaya a salir algo de tu TOC y termines limpiando a media noche.

—No te preocupes por eso, mañana viene Winnie, la señora de la limpieza. El día que fui a tu casa te encontré en el sillón frente al televisor, si eso te gusta podemos tomar la cena ahí, por mí no hay problema.

—La cocina está bien, te lo aseguro. Además, puedo escuchar el partido

desde aquí, no quisiera interrumpir a tu pitbull, podría molestarse y querer arrancarme la cabeza.

—Él nunca te haría daño, es todo un angelito.

—Sí, se nota —espetó él en tono sarcástico.

Ella soltó una risita, tomando de su mano la bolsa con comida que él había llevado cargando y encaminándose a la cocina.

Atraído por su conversación, el can salió a recibirlos, meneando la cola, muy contento, al ver a Amy.

A Jason no le dirigió ni una mirada.

—Hola, guapo —lo saludó Amy, acariciándole la cabeza—. No, esta comida no es para ti. Ya sabes que debes comer tus croquetas orgánicas sin sal, orden del médico.

—Supongo que te refieres a mi hermana.

—Por supuesto, Brad tiene a la mejor veterinaria del país para atenderlo. Además, fue Jackie quien me llevó a conocer a Brad al refugio, para que lo adoptara. Sabía que él sería perfecto para mí nada más lo vio.

—Supongo que tener un perro de esa raza es una buena opción para una persona famosa que vive sola, sin embargo, en este momento resulta un inconveniente. Tendrás que buscarle otra casa.

—¿Qué...? —El plato que Amy sacaba de un armario en ese momento, resbaló de sus manos, y de no haber sido por los rápidos reflejos de Jason, habría terminado hecho añicos contra el piso—. ¡Eso jamás!

—Amy, vas a iniciar un tratamiento contra el cáncer, tener un animal viviendo contigo...

—¡Él no irá a ninguna parte! —exclamó indignada, y hablando en un tono de voz más bajo, como si temiera que su mascota pudiera escucharla, añadió—: Jason, antes de que lo adoptara, ese pobre perro había vivido la mitad de su vida en la calle y la otra mitad en un refugio. Cuando lo traje aquí, le juré que tendría un hogar amoroso y una cama cálida por el resto de su vida, que no es mucha, considerando que ya es un anciano, y no voy a romper mi promesa.

—Tal vez Jackie podría cuidar de él...

—He dicho que no. Brad se queda y punto, piensa en otra solución.

—De acuerdo, de acuerdo, no me saltes al cuello —bromeó él, posando ambas manos sobre sus hombros en un intento de calmarla—. Tendremos que implementar algunas normas de higiene, ¿vale? Mantener este lugar impecable y a él bien aseado y lejos de tu habitación.

—No te preocupes por eso, así será —consintió ella, lanzando un ligero suspiro de alivio—. ¿Te gustaría tomar un poco de vino?

—Solo un poco, tengo que conducir —él aceptó—. También hablaré con Jackie para que se asegure de mantenerlo desparasitado y sano. Un perro enfermo no puede estar cerca de ti, ¿me has entendido?

—No te preocupes por eso —le dijo ella, sirviendo una copa para él—. Brad ya lleva un control veterinario estricto, Jackie es muy minuciosa con ese tema. ¿Qué te parece si nos sentamos a cenar? Muero de hambre.

—Vaya, me alegra saber que discutir conmigo te abre el apetito.

—En realidad, haría cualquier cosa con tal de desviar el tema de tu intento de alejar a mi perro de mi lado.

—Vale, prometo no volver a tocar el tema, a menos que sea necesario.

—Te lo agradezco. Brad significa mucho para mí, él es la familia que necesito a mi lado en este momento, y tú dijiste que eso era una parte crucial para sobrevivir al cáncer.

—Cuando hablo de familia suelo a referirme a los humanos, pero sí, tienes razón.

—A veces la familia no la define la sangre ni la especie.

Jason sonrió, soltando un largo suspiro.

—Cada vez entiendo más el que mi hermana y tú estén tan unidas. Me sorprende que no hayan terminado encadenadas a algún árbol para evitar que lo cortaran o plantándose frente a un laboratorio para detener los experimentos con animales.

—Oh, lo hicimos, pero tú nunca te enteraste. Y fue tu padre quien tuvo que ir

a sacarnos de la cárcel.

Jason escupió el sorbo de la copa de vino que acababa de beber.

—¿Quééé?

Amy rio, alcanzándole una servilleta para que pudiera limpiarse.

—¿Y cómo demonios nunca me enteré de eso?

—Tu padre era bastante discreto en esos temas, a mi madre se le habría caído la cara de vergüenza frente a sus amigas de haberse enterado de que su hija pisó una celda. Aunque en realidad no fue tan grave, éramos menores de edad y salimos solo con una advertencia.

—No puedo imaginar a la dulce Amy ricitos de oro encerrada tras las rejas.

—Hay muchas cosas que no conoces de mí.

—Y te puedo asegurar que estoy impaciente por saber más.

Ella le dedicó una sonrisa misteriosa, tomando asiento a su lado en la encimera de la cocina.

Cenaron en calma, acompañados por el inseparable Brad, que permanecía pegado a su ama como una rémora.

Jason empezó a comer su segundo burrito, sin despegar la vista del perro, que a su vez lo miraba fijamente.

—Deja de mirarlo así, que no te va a hacer nada —le aseguró Amy, en tono jocoso.

—Es fácil para ti decirlo, no es a tu burrito de vegetales al chipotle al que le está echando ojitos. ¿No te gustaría cambiar? —bromeó, ofreciéndole su burrito de carne y triple queso.

—Te lo agradezco, pero me quedo con el mío.

—¿Demasiadas calorías?

—Ni para empezar a contarlas, pero no es por eso, yo no como carne.

—¿Eres vegetariana?

—Sí, pero él no, así que date prisa en comer eso antes de que te lo arrebathe.

Jason observó al perro que parecía dispuesto a aprovecharse de un descuido para saltarle encima y robarle la comida, por lo que le dio una buena mordida

a su burrito, apurándose a terminarlo antes de que el pitbull se decidiera a robárselo.

Al verlo, Amy soltó una carcajada y el corazón de él se alegró al verla sonreír de nuevo, a pesar de todo.

Al terminar de comer, Jason la ayudó a poner los platos sucios en el lavavajillas y se dirigieron al salón de televisión, para relajarse.

—¿Qué te gustaría ver? —le preguntó ella, alargándole el control remoto de la pantalla.

—¿No quieres elegir tú?

—En realidad no tengo ganas de ver nada.

—Entonces, no veamos nada —sentenció él, dejando el control sobre la mesita de café.

—¿Y a qué vinimos aquí, entonces, si no vamos a ver nada?

—A hacer algo inesperado, como hablar y relajarnos sentados en estos cómodos sillones.

—¿Y de qué te gustaría hablar?

—De lo que quieras.

—Que no sea nada relacionado con el cáncer, por favor.

—Estoy de acuerdo. Aunque...

—¿Qué cosa?

Él la miró a los ojos.

—Me gustaría saber cómo te sientes.

Amy soltó un largo suspiro, alargando la mano para acariciar la enorme cabeza de su perro, que se había acercado a ella, como si advirtiera que su dueña lo estaba pasando mal.

—Tengo miedo... Miedo de no poder hacer lo que siempre he querido y de lo que siempre me he privado, como comer todo lo que desee sin sentirme culpable, adoptar tantos perros como entren en mi casa, ver la Tierra desde el espacio, saltar de un paracaídas, tomar un crucero, viajar en un safari... —Iba a añadir ser madre, el más grande de sus sueños, pero decidió guardarse ese

pensamiento para sí misma—. Tengo miedo de no vivir lo suficiente... De no haber vivido en absoluto.

—No pienses así, Amy, has tenido una gran vida, y seguirá siendo así.

—Una gran vida que no elegí por mí misma... —comentó con pesar—. Debí haberle puesto un alto a mamá mucho antes... Antes de que tomara tantas decisiones por mí y que marcara el rumbo de mi vida. Debí ir a la universidad, como yo quería; viajar de mochilera por Europa, como habíamos planeado con Jackie antes de que todo esto de ser una gran cantante comenzara... Ahora que lo veo, me arrepiento de tantas cosas, de tantas elecciones que hice. O mejor dicho, que no hice...

—¿Cómo qué?

—Como buscar a mi padre, por ejemplo —su voz se quebró—, él se fue un día, después de discutir con mamá y que ella lo echara de casa, y nunca supe nada más de él. He deseado volver a verlo por años, pero ella siempre dijo que tenía que dejar de pensar en él, porque había sido él quien nos había abandonado y no merecía ni un pensamiento de nuestra parte. Pero ahora creo que me equivoqué en escucharla, debí buscarlo, me hubiera gustado tanto verlo de nuevo... Y ya nunca podré hacerlo.

—Amy, todo va a salir bien —le aseguró, rodeándola por los hombros y atrayéndola contra él, en un abrazo—. Venceremos al cáncer y entonces podrás hacer todo eso y mucho más, viajar por todo el mundo, comer lo que desees, ¡vivir y hacerlo plenamente! No te estás muriendo, estamos salvando tu vida.

—Eso no lo puedes asegurar.

Él la estrechó aún más contra sí, en un cálido apretón.

—Amy, es natural que te sientas así, sin embargo, el cómo tomes las cosas de aquí en adelante es muy importante. La ciencia no lo es todo, si eres positiva, la perspectiva de una recuperación total es mucho más alta. No en todos los casos, por supuesto, pero eso ya no está en nuestras manos. La vida es así, algunos se van y no puedo asegurarte que tú no llegues a formar parte de esa lista, como no te puedo asegurar que mañana me arrolle un autobús o mi

casa se derrumbe sobre mí en un terremoto. La muerte nos llega a todos, a veces súbitamente, a veces después de una larga espera. Si es tu caso o no, no lo decidiré yo. Lo que sí decido hoy es que voy a luchar para curarte. Te doy mi palabra de que haré todo lo humanamente posible para vencer al cáncer, pero necesito que tú hagas lo mismo, ¿de acuerdo? Es importante que tú luches, porque solo con eso, tendremos la mitad de la guerra ganada.

Ella se apuró en secar una lágrima que corría por su mejilla, antes de girarse hacia él. Solo entonces Jason notó que estaba llorando en silencio.

—De acuerdo. Lucharé, seré positiva y haré lo que me digas.

—No basta, necesito que me des tu palabra de honor —insistió él, en un tono juguetón que a ella la hizo sonreír.

—Te doy mi palabra de honor de que lucharé con todas mis fuerzas para vencer al maldito cáncer.

—Así me gusta.

Amy lo miró a los ojos, esbozando una tímida sonrisa cuando él se inclinó sobre su rostro, buscando sus labios... Y fue un lengüetazo de Brad lo que recibió.

—¿Qué te parece si vemos una película? —sugirió Amy, riendo a carcajadas—. Él no nos dejará hacer otra cosa, es un poco celoso.

—Pues tendrá que empezar a acostumbrarse, porque no pienso ir a ningún lado —le aseguró él, entregándole el control remoto para que ella eligiese la película y abrazándola de nuevo contra sí, en un gesto íntimo que a ella la hizo sentir plena, segura como nunca.

Y esbozando una sonrisa en los labios, apoyó la cabeza contra su hombro, sintiéndose de pronto la mujer más afortunada por contar con él en ese momento tan duro de su vida.



## Capítulo 12

Amy se sentó en la cama y tomó una larga bocanada de aire. *Ese era el día en que la guerra iniciaba*, pensó, imitando a las palabras de Jason. Miró con desgano la bata de hospital, no era particularmente fea, pero en ese momento le resultaba horrible.

—¿Se puede? —Jason asomó la cabeza por la puerta, manteniendo los ojos cerrados.

—Entra, ya me cambié de ropa —le dijo Amy, soltando una risita por su broma.

—Hoy es el gran día —anunció él con una sonrisa—. ¿Lista para tener tu catéter venoso central?

—Más o menos. Pero por favor, solo llámalo CVC, suena menos terrorífico. Él soltó una carcajada y asintió.

—De acuerdo. Y dime, ¿qué tal te encuentras hoy?

—Bien, ya he hablado con mi publicista, haremos un anuncio público la próxima semana y disminuiré mis compromisos para dedicarme a luchar contra mi enfermedad. Hemos despejado la agenda durante dos meses, que son los que tendré que permanecer hospitalizada y aislada del mundo. Y ya luego veremos cómo ir durante las siguientes semanas.

—Me parece muy bien, pero ¿cómo estás tú? —insistió, posando una mano sobre su hombro.

Ella sonrió, pero no hubo ni asomo de alegría en sus ojos.

—Bien, lista y dispuesta para dar batalla.

—Eso quería escuchar —dijo él, sacando un paquete que había estado llevando oculto con una mano tras la espalda, para colocarlo sobre su regazo.

—¿Qué es? —preguntó ella, sorprendida.

—Un regalo para después de que salgas de la operación.

Ella abrió la tapa de la caja y encontró dentro una gran tartaleta de chocolate blanco y frambuesas.

—Gracias, eres un encanto. Ahora esperaré ansiosa salir de la operación para poder comerla.

—Eso podrá tardar un poco después de la anestesia. Lo guardaré para que no te tientes —le dijo él, tomando el postre para dejarlo dentro de uno de los armarios—. ¿Te ha gustado la habitación?

—¿Gustarme? Me siento como en un hotel, de no ser por esta bata me habría olvidado de que estamos en un hospital.

Él soltó una risita.

—Solo lo mejor para mi paciente más guapa.

Amy se sonrojó, fijando la vista en sus pies descalzos.

—Entonces... ¿cómo será esto? ¿Dolerá mucho?

—No, no te preocupes por eso. La colocación del catéter es un procedimiento bastante sencillo. Si todo sale bien, podrás irte a casa mañana temprano.

—¿Estarás tú conmigo?

—Por supuesto.

Él miró en derredor y notó que nadie la acompañaba. Su familia, como siempre, brillaba por su ausencia y Amy aún no le había dicho a Jackie la noticia.

Amy inspiró hondo una vez más, intentando controlar el temblor que sentía recorrerle todo el cuerpo. Él posó sus manos sobre las de ella, que resultaron sumamente cálidas y firmes sobre las suyas, heladas y trémulas, tan grandes en comparación, que cubrían las de ella por completo, como un escudo protector.

La puerta se abrió en ese momento y por ella entraron un par de enfermeras y un camillero.

Amy buscó la mirada de Jason, y él se la devolvió con un gesto de confianza.  
—Vamos allá.

Cuando despertó, Amy encontró a Jason sentado en el sillón a su lado. Él revisaba en un iPad lo que parecía ser un expediente, manteniendo el ceño fruncido mientras leía.

—No sabía que usabas gafas —le dijo, su voz sonó muy ronca y le dolía un poco al hablar.

—Te pusieron un tubo en la boca, no fuerces la voz.

Jason dejó a un lado la tableta y se acercó a ella, examinándola con ojo de médico.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó, quitándose las gafas para verla mejor.

—No te las quites, te hacen ver listo.

—Soy listo —la corrigió él, sonriendo divertido—, no necesito unas gafas para aparentar nada.

—¿Y por qué las usas?

—Las uso para leer.

—Entonces sí las necesitas.

—De acuerdo, las necesito para algo —convino él, rodando los ojos—. Ahora, Amy, ¿podrías decirme cómo te sientes? ¿Te duele algo? ¿Subo la dosis de los analgésicos? —preguntó, alargando una mano al aparato que regulaba la vía.

—¿Quién es él? —preguntó Amy, apuntando al tubo metálico que sostenía el aparato.

—¿Él? Este aparato regula la cantidad de medicamento que entra por tu vía...

—¡Es tan apuesto! —exclamó Amy, fascinada.

—No es él, es una cosa, no una persona... Ahora que recuerdo, ¿no eras tú la

que usabas lentes?

—Dejé mis lentillas en el cuarto de baño. —Ella apuntó a la puerta que ocultaba el lavabo—. Dijeron que no podía llevarlas durante la operación—. Y no tengo idea de dónde dejé las gafas.

—Tal vez sería bueno ponértelas otra vez, para que dejes de confundir a un tubo de hierro con una persona, ¿te parece? —bromeó, pero de todas formas fue a buscar las lentillas.

—No quiero, tengo sueño —las rechazó cuando él se las tendía.

—Eso es por la anestesia...

—¡Anastasia! Amaba esa película cuando era niña. ¿Crees que podemos rentarla en *Blockbuster*?

—No, no lo creo.

—¿Por qué no?

—Porque no estamos en 1998...

—¿Dónde están las llaves de mi auto? —preguntó, sin escuchar su respuesta, alargando la mano sobre la mesita de noche.

—Amy, no vas a conducir ahora ¿me entiendes? —Él se apuró a detenerla, antes de que perdiera el equilibrio y terminara cayendo de la cama—. Oye, Anastasia, quédate quieta un momento, ¿quieres? Vas a quitarte la vía.

—Está bien, pero ven aquí.

—Estoy aquí.

—Más cerca —insistió, tirando de su corbata y plantándole un beso en los labios —. Tú eres mucho más guapo que él —le dijo, señalando al tubo metálico al lado de su cama.

Jason se aguantó una risita.

—Sinceramente, eso esperaba.

—Quiero helado.

—En realidad no puedes comer todavía...

—¡Por favooooor! —replicó como una niña.

—Eres una de esas personas que sacan a su Mr. Hyde con la anestesia, ¿no

es verdad?

Ella frunció el ceño, mirándolo con ojos confundidos.

—Si no me das el helado, se lo pediré a él... —señaló el tubo.

—Está bien, te traeré un poco de helado —cedió, dirigiéndose a la puerta—. Pero te advierto que no será más que una cucharada pequeña la que podrás probar... —se calló cuando, al girarse de vuelta hacia ella, la encontró profundamente dormida.

Sonriendo, se acercó de nuevo a ella y la cubrió con la manta.

—Hasta mañana, bella durmiente —le dijo, dándole un beso en la frente—. Descansa, que te lo mereces.

—¿Jason? —musitó ella, sin abrir los ojos.

—¿Sí? —contestó él, expectante de lo que ahora fuera a decir ahora bajo el efecto de la anestesia.

—Gracias por estar aquí... —soltó casi sin voz, quedándose al fin dormida.

Jason la observó fijamente, conmovido por sus palabras.

—No hay ningún otro lugar donde preferiría estar, preciosa —le dijo en voz baja, estrechando la mano de esa chica tan especial, que comenzaba a forjar una marca a hierro en su corazón.

## Capítulo 13

—**V**en por aquí, linda. Toma asiento y ponte cómoda, comenzaremos en un minuto.

Amy tomó asiento en el sillón que la enfermera le indicaba, una amable mujer de tez negra de unos cincuenta años a la que había conocido durante sus primeras quimios, que eran administradas en su habitación, durante el tiempo que tuvo que permanecer hospitalizada para recibir el tratamiento. Aquellas semanas habían parecido eternas, pero gracias al cielo al fin habían terminado, así como el período obligatorio de aislamiento, debido a que sus defensas estaban sumamente bajas y no podía salir, a riesgo de exponerse a alguna enfermedad.

Sin embargo, el duro comienzo ya había pasado y ahora contaba con más libertad, podía recibir el tratamiento de quimioterapia de forma ambulatoria, y al terminar marcharse de vuelta a casa. Por lo que ahora se hallaba en la sala conjunta de quimioterapia, una habitación vasta con varios sillones de aspecto confortable, cada uno rodeado por el ya familiar aparato que administraba las dosis del medicamento. En ella se encontraban algunos pacientes acomodados en sus sillones, leyendo o revisando sus móviles, mientras recibían su tratamiento; algunos solos, otros acompañados por los que debían de ser su familia o amigos.

Amy deseó poder tener a alguien a su lado para acompañarla ese día, pero se apuró en apartar esos sentimientos. No servía de nada sentir lástima por sí

misma y su soledad, las cosas eran así y tenía que afrontarlas.

—Voy a sacarte un poco de sangre antes de comenzar —anunció la enfermera—. Ya conoces la rutina.

Amy se destapó el brazo, odiaba ver a la aguja entrando en su piel, por lo que se giró y su mirada se encontró con la de una anciana que recibía quimio en el sillón de al lado.

—Hola —la saludó la mujer, dedicándole una sonrisa amable mientras seguía tejiendo tan rápido y sin ver lo que hacía, que Amy se preguntó cómo era capaz de hacerlo sin equivocarse.

—Hola —respondió ella, del mismo modo.

—Bien, ya puedes girarte, linda —le dijo la enfermera—. Ahora vamos a comenzar, ¿puedes destaparte para conectarte?

Amy inspiró hondo e hizo un esfuerzo por sonreírle a la mujer. Con cuidado se destapó la zona donde estaba el catéter. La enfermera lo revisó y limpió la zona antes de conectarla al tubo que metería el medicamento a su cuerpo.

—Eso es, preciosa. ¿Te gustaría tomar un poco de jugo?

—Gracias, Margaret, estoy bien.

—Si necesitas algo, llámame —le pidió la enfermera, alargándole el botón para tal fin.

Amy le dio las gracias y la observó alejarse para ayudar a otro paciente que se había quedado dormido y en ese momento la cabeza le colgaba de forma antinatural. Con suma ternura, la enfermera colocó una almohada bajo su cuello, corrigiendo el problema.

—¿No es un sol esa Margaret? —comentó la anciana, sin perder detalle de lo que sucedía a su alrededor a pesar de continuar tejiendo como una máquina.

—Sí, es muy amable —contestó Amy, buscando su bálsamo de labios en su bolso. Últimamente los tenía muy reseco y ni hablar de las molestas yagas que le salían en la boca. Todo gracias a la quimio.

—Cariño, deberías beber un poco de jugo, te hará bien y tus labios te agradecerán la hidratación desde dentro —le recomendó la mujer a su lado—.

Yo siempre traigo conmigo mi vaso. —Le enseñó un cilindro de vidrio con tapa y con tigres pintados a mano en la superficie—. No me gustan los desechables, soy una de esas mujeres que odian contaminar. Algunas personas me suelen llamar *hippie*, aunque en realidad nunca me sentí como tal. O eso creo, la verdad es que no entiendo exactamente cuál es el término para definir a una persona que es considerada *hippie*. Oh, soy Callie, por cierto —finalizó, tendiéndole una mano.

Amy la estrechó sin dudar, mirando a la mujer con ojos agrandados. No recordaba a nadie que hubiera hablado tan rápido en toda su vida. Observó a la mujer, de piel morena, larga cabellera ondulada de tono gris y vestida con una túnica multicolor y sandalias de plástico, y llevando como adornos enormes aretes y collares de semillas. En realidad, parecía ser una *hippie*.

—¿Y tu nombre cuál es, linda?

—Oh, lo siento, soy Amy.

—Amy, es un nombre muy bonito, te va bien —comentó ella, estudiándola con sus grandes ojos negros, demasiado grandes detrás de esas gafas de fondo de botella—. Y dime, querida, ¿es tu primera vez aquí?

—He comenzado la quimio en mi habitación, pero en este sitio es mi primera vez.

—Te va a gustar aquí, es mucho más agradable que estar encerrada en una cama. Nos dejan ver la televisión y podemos tener compañía.

—Igual que en una habitación —gruñó un anciano, sentado al otro extremo del lugar.

—Nadie te pidió tu opinión, Marco —contestó la mujer, sin inmutarse—. No le hagas caso, linda, es un viejo amargado.

—Si tuvieras cáncer en el culo, tú también lo estarías —replicó el hombre.

—Lo tengo, además de en muchas otras partes, y no por eso ando lanzando mala vibra a la menor provocación.

—Así es como habla una *hippie*, ¿lo ves? ¡Te dije que lo eres!

—¡Y ya te dije que no me ofende que me llames así!



—Señores, por favor, no me hagan pedirles una vez más que resuelvan sus asuntos afuera —intervino Margaret, la enfermera.

—Disculpa linda, ya no le haré caso a ese viejo amargado y tonto.

—¡Amargado seré, pero tonta serás tú porque aun así te casaste conmigo!

—¡Y me divorcié de ti!

—Señores, no voy a repetirlo —volvió a hablar Margaret, esta vez subiendo el tono de voz.

El anciano gruñó algo, pero Callie ya no lo escuchaba, enfocada nuevamente en Amy.

—Entonces, linda, como te decía, ¿no crees que es mucho más agradable este lugar que una habitación solitaria?

—Sin duda es mucho más estimulante —Amy asintió, reprimiendo una risita divertida.

Pasaron varios minutos que a Amy se le fueron como agua, gracias a la compañía y la charla amena de Callie. Ella le habló de su familia, de su hija, que era médico en el hospital, de los años que llevaba luchando contra el cáncer y de cómo conseguir un buen hilo para tejer.

—¿Cómo está hoy mi paciente favorita? —preguntó Jason, llegando en el momento menos esperado, llevando un ramo de flores y una bolsa de papel con el desayuno.

Amy abrió mucho los ojos al verlo, sorprendida por su llegada.

—¡Jason! Dios mío, qué sorpresa, ¿qué haces aquí?

—Dije que estaría al pendiente y quise venir a ver cómo ibas.

—Te agradezco mucho, pero ¿no tienes trabajo que hacer?

—Despejé mi agenda para poder acompañarte durante tus sesiones de quimio.

Ella sintió como si un millón de mariposas cobraran vuelo en su estómago.

—Eres tan considerado, muchas gracias por venir a acompañarme, pero te aseguro que no tienes que tomarte tantas molestias por mí.

—No es ninguna molestia, me gusta verte y disfruto a lo grande con tu

compañía —le aseguró, sentándose en una silla libre a su lado—. Oh, Callie, qué sorpresa verla aquí, ¿cómo le va?

—Excelente, Jason. Pronto terminaré esta ronda y podré irme a casa a disfrutar de mis nietos por todo un mes.

—Me alegra mucho saberlo, saludeme a toda su familia.

—Con gusto... Pero no se entretenga conmigo, ha venido a visitar a esta encantadora joven, y yo quiero echarme una siestita antes de terminar mi sesión —sonrió la anciana, guiñándole un ojo.

—Bien, gracias, Callie.

Jason sonrió al ver a la anciana que dejaba a un lado el tejido y cerraba los ojos para dormir.

—¿Tienes hambre? —le preguntó a Amy, abriendo la bolsa de papel.

—No mucha, en realidad.

—Pues el apetito se te abrirá en cuanto veas este delicioso jugo *frappé* de fresas y frambuesas que te he traído —le dijo con una sonrisa, sacando de la bolsa un enorme vaso—. Hecho con fruta orgánica y en recipiente de vidrio. Nada de contaminar, como te gusta.

—Ustedes son de los míos, no nos gusta contaminar... Ups, ya me callo. — La anciana hizo un gesto como si cerrara la boca con un zíper y volvió a intentar dormirse.

—Tú siempre me consientes, gracias, Jason.

—Luego me agradeces, ahora bebe, te hará bien tener algo en el estómago — le pidió, acomodándole la almohada—. ¿Has tenido náuseas hoy?

—Un poco, no mucho todavía.

—Eso está bien, con esta dosis será la última quimio hasta el próximo mes, así que podrás relajarte un poco y recuperar fuerzas. Quizá comer algo un poco más sólido...

—En este momento no creo que pueda volver a comer jamás.

—No te quejes, no ha sido para tanto. Estás respondiendo bien al tratamiento, en unos días haremos nuevos análisis y veremos qué tal ha

funcionado el medicamento.

—¿Entonces podría estar curada ya?

—Eso sería hablando del mejor de los pronósticos, Amy. Aunque ha habido algunos casos que se han curado con la primera quimio, hablando en un sentido técnico, siempre repetimos las dosis para asegurar matar todas las células cancerígenas y, como te expliqué, el tratamiento durará al menos unos dos o tres años. Y ya cuando entres en recesión, deberán pasar diez años hasta que te demos de alta de forma definitiva.

—¿Y qué ocurrirá si no obtengo un resultado tan positivo?

—Entonces, solo serías una persona normal, porque la mayoría de los casos no responden a la primera quimio como uno quisiera, ni mucho menos se curan tan pronto, y tendremos que tratarte más veces y tal vez buscar algunas opciones de tratamiento. Pero mantengámonos positivos, ¿de acuerdo? Entres o no en ese bajo porcentaje casi milagroso, tú estás luchando por tu vida y es eso lo que importa.

Amy inspiró hondo, intentando no llorar y armarse de valor. Había pasado solo unas pocas semanas desde que le dieron la primera quimio y aunque intentaba ser fuerte, la verdad es que se estaba desmoronando. Se sentía sola y débil, vulnerable como nunca le había gustado estar.

—Ánimo —Jason posó una mano sobre la suya—. Es un camino largo, ya lo habíamos hablado, pero no estás sola, Ricitos. Estoy contigo y lo estaré siempre.

—Gracias, Jason. Lo digo en serio... No sé qué haría sin ti en este momento.

—No tienes nada que agradecer. Y dime, ¿qué tal te sientes ahora? ¿Estás más animada? —le preguntó, refiriéndose al miedo que sabía que ella tenía.

—Sigo asustada, supongo... Y nerviosa. Nunca me ha gustado que las cosas no vayan de acuerdo al plan.

—Entiendo, pero no debes pensar en eso. Toma un día a la vez, piensa que no estás sola para atravesar esto. Me tienes a tu lado, no me separaré de ti hasta que hayamos conseguido vencer esto —aseveró—. Y ten por seguro que

Jackie también lo estará.

—Gracias... Aunque...

—¿Cuándo vas a contárselo a Jackie? —quiso saber, intuyendo qué es lo que ella iba a decir—. Amy... ¿ya has hablado con Jackie? Porque no la he visto por aquí y me preguntaba...

—No —Amy negó con la cabeza—. Ella está pasando por mucho ahora, finalmente es feliz y no quiero enturbiar su dicha con mi desgracia.

—No es una desgracia, Amy, es tu vida de la que hablamos.

—No quiero que lo sepa.

—¿Cómo? ¿No vas a decirle?

—No quiero angustiarla. Se lo diré en su momento, pero no ahora. No quiero empañar su felicidad.

—Jackie te quiere como a una hermana, y tú a ella también ¿cómo crees que se sentirá si te llega a pasar algo y no estuvo a tu lado para hacerte compañía? ¿Cómo te sentirías tú si cambiaran lugares?

Los ojos de Amy se llenaron de lágrimas al escucharlo.

—Tienes razón... Moriría de saber que algo le sucedió a ella y no pude estar a su lado —admitió, tomando el pañuelo desechable que él le ofrecía—. Pero no puedo hacerlo ahora... solo dame unos días para pensar en cómo se lo diré. Ella sufrió mucho con la muerte de su padre, no quiero ocasionar que viejas heridas se abran.

Él se conmovió por el gran cariño que ella le tenía a su hermana.

—Entiendo, y te agradezco que seas tan considerada con los sentimientos de mi hermana, Amy. Sin embargo, te recomiendo que no demores mucho. La necesitarás a tu lado, y te aseguro que ella querrá estar aquí.

—Quizá no sea necesario decirle, es decir, podría pasar a través de esto sin que nadie se dé cuenta.

—Eso no sucede con el cáncer, lo siento... Y ella se enterará en algún momento, Amy, eres su mejor amiga. ¿No crees que es mejor que se lo cuentes tú antes de que se pueda enterar por otro lado?

—Prometiste que no dirías nada.

—No lo haré, Amy. No solo porque te lo prometí, no puedo violar la confidencialidad médico-paciente —le aseguró—. Sin embargo, eres una persona famosa, tu vida es de interés público. En algún momento los medios se enterarán y darán a conocer la noticia, ¿no es verdad?

Amy agachó la vista y la fijó sobre el vaso con el jugo de frutas que Jason le había dado, evadiendo su mirada.

—En realidad, no lo había pensado... Supongo que se enterará cuando dé el comunicado al público. Tengo que hacerlo, o la gente se va a extrañar cuando me vean llegar sin cabello para las giras o a los eventos. Porque se me ha empezado a caer a pesar del tratamiento preventivo, la dermatóloga dijo que probaríamos con algo nuevo, pero no hay garantías...

—Amy, eso es lo de menos... —Él ahueca una mano en su mejilla, y ella se vio obligada a levantar la vista y encararlo—. Estás enferma, no podrás viajar ni seguir con tu vida sin hacer algunos cambios... No te voy a mentir, algunos de esos cambios serán importantes.

—Jason, debo continuar trabajando, viajando, cumpliendo con mi agenda... —Su voz se quebró al hablar—. Me ha costado una vida llegar a la posición que tengo ahora, no puedo solo abandonar...

—Amy, ya te lo dije antes, tu salud es primero y lo más importante es recuperarte. Ya habrá tiempo para todo eso después.

—No quiero... no quiero... Esto no puede estar pasando de verdad... —musitó, sintiendo que las lágrimas escapaban de sus ojos.

Él se sentó en el lateral de su sillón y la rodeó en un abrazo, sosteniéndola mientras lloraba.

—Llora todo lo que necesites, Amy. Llora ahora, porque mañana tendrás que secarte las lágrimas y seguir luchando contra esta enfermedad.

—¿Y si no puedo? ¿Si no soy lo suficientemente fuerte para vencerla? —le preguntó aquello que realmente la atormentaba, aquello que había estado intentando guardar en su interior.

—Lo eres —le aseguró él, mirándola a los ojos al hablar—. ¿Sabes lo que me prometí el día que murió mi padre?

Ella negó con la cabeza, incapaz de hablar.

—Que lucharía hasta el último de mis días para erradicar esta enfermedad de la humanidad. Y eso es lo que hago cada día, Amy, me entrego completamente en la lucha contra el cáncer —le explicó, ahuecando una mano en su mejilla—. Es tu turno ahora. Tienes que luchar y yo pelearé contigo cada batalla, no me separaré de tu lado hasta que vencamos esta guerra.

Ella asintió, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Entonces? ¿Podemos invitar a mi hermana a participar en esta lucha? Porque te aseguro que, de saberlo, ahora mismo tendrías su trasero pegado a tu sillón.

Amy rio, asintiendo con la cabeza.

—Ella será un gran soldado en esta lucha, lo sé —convino, secando las últimas lágrimas con su pañuelo—. Hablaré con ella, lo prometo. La llamaré la próxima semana.

—¿Por qué no ahora mismo? —preguntó, tendiéndole su teléfono—. Pídele que venga.

—No, de eso nada. Está ayudando a Jenny con la fiesta de cumpleaños de Felicity. Tu cuñada está muy ocupada y no quiero que Jackie la deje tirada con todo ese trabajo, solo para venirse a sentar a un sillón a mirar cómo me pasa el medicamento por un tubo. Porque conozco a Jackie y en cuanto le cuente lo que sucede, dejará todo para venir a estar aquí conmigo.

—Tienes razón... Bien, se lo dirás la próxima semana, entonces, cuando la veas.

—Lo haré. Hasta entonces debes prometerme que continuaremos manteniendo esto en secreto, incluso si nos vemos en la fiesta...

—No estás pensando en asistir a esa fiesta de cumpleaños.

—Por supuesto que sí, prometí cantarles a los niños.

—¡Amy, no debes hacer esfuerzos!

—Lo prometí, y sabes que cumplo mis promesas.

—¿Y qué hay de la promesa que me hiciste de luchar por tu vida? No puedes andar paseándote por cualquier lado a tan solo unos días de haber recibido tu tratamiento, no sabes cómo vas a reaccionar al medicamento.

—Dijiste que iba muy bien.

—Sí, vas bien, pero eso no significa que vaya a continuar siendo así, mucho menos si no te cuidas y vas actuando como si nada pasara, es muy arriesgado, Amy. Debes cuidar tu salud.

—No me arriesgaré de ninguna forma, Jason. Iré a la fiesta solo el tiempo necesario para dar el espectáculo para los niños y luego me marcharé a casa. Tú estarás ahí, si me llego a sentir mal, te lo diré.

—Es tu decisión, Amy, yo no puedo obligarte a nada. Pero te advierto que no estoy de acuerdo con la idea —sentenció, saliendo de la habitación, todavía molesto.

Amy suspiró con tristeza y echó una mirada a su celular. Había otra persona a la que necesitaba darle la noticia, y necesitaría hacerlo en persona.

Tomando una bocanada de aire para tragarse el nudo que sentía en la garganta y conseguir que la voz le saliera natural, marcó el número de su hermana.

—¡Amy! —contestó Kimmy, al tercer timbrazo—. Qué sorpresa escucharte, ¿no ibas a salir de gira?

—No, todavía no, Kimmy. De hecho, ha habido un cambio de planes... Quisiera hablar contigo al respecto, ¿vas a estar en el país pronto? Me gustaría verte.

—Te escuchas muy misteriosa, ¿está todo bien?

—Todo bien, no te preocupes. Solo deseo verte para hablar contigo de un tema delicado.

—¿Estás embarazada?

—Si lo estuviera, no te lo diría por teléfono. ¿Vas a venir a casa o no?

—Sí, de hecho, estoy en el país, haciendo un documental en Texas. Puedo

tomar un vuelo a casa el sábado, ¿te parece bien?

—Ese día es la fiesta de Felicity, la sobrina de Jackie, y prometí estar con ella para ayudar...

—¡Excelente! Me encantan las fiestas para niños, adoro los payasos y el pastel de cumpleaños.

—Sí, recuerdo que de niña decías que te ibas a casar con un payaso o con un pastel.

—Considerando a los hombres con los que he salido, el pastel me parece la opción más acertada —bromeó, haciendo reír a su hermana—. Entonces nos vemos el sábado, y no vayas a olvidar ese tema importante que tienes que decirme.

Amy inspiró hondo y cerró los ojos, para aguantar unas lágrimas que querían salir.

—Te aseguro que no lo haré.

—Amy... ¿seguro que estás bien? —le preguntó Kimmy, hablando en un tono mucho más serio.

—Sí... O lo estaré. —Hizo un esfuerzo por sonreír y que su voz sonara natural—. Nos vemos pronto, Kimmy, no me sacarás una palabra hasta entonces. Un beso, hermanita, te quiero.

—Y yo a ti, Amy pelos de resorte. Te quiero.

La llamada se cortó del otro lado y Amy se cubrió los ojos con una mano, dejando ir las lágrimas que ya no podía seguir guardando en su interior. Lágrimas de miedo y de soledad, de la terrible incertidumbre que era no saber qué iba a ser de su vida, ni de su futuro...



## Capítulo 14

El día del cumpleaños de Felicity fue muy soleado y caluroso, perfecto para una fiesta infantil.

Los niños pequeños correteaban por todos los rincones del patio trasero de la casa de Gaia. Jared y Jenny lucían sumamente felices y orgullosos de su pequeña hija, que poco a poco iba superando las barreras del autismo, al grado de poder permitirse tener una fiesta bulliciosa llena de niños gritones corriendo por todos lados.

—¡Amy, qué bueno que llegaste al fin! —gritó Jackie, saliendo a la carrera al encuentro de su amiga al verla entrar por la puerta del jardín.

—No iba a perdérmelo... ¿Por qué estás vestida como Blancanieves? —le preguntó Amy, al notar la enorme falda amarilla con la que Jackie estuvo cerca de tropezarse.

—Es una fiesta de disfraces.

—No me lo dijiste, no vine disfrazada.

—No te lo dije porque tengo tu disfraz preparado y esperándote justo aquí —le dijo Jackie, llevándola de la mano dentro de la casa hasta una de las habitaciones superiores. Abrió el armario y sacó un gancho de ropa de donde colgaba una bolsa negra, que ocultaba el disfraz—. Aquí tienes, pónelo y arréglate como esta chica —le pidió, alargándole un recorte de fotografía—. Nos vemos afuera, debo acomodar a los niños para la función.

Amy no tuvo tiempo de responder nada, su amiga ya se había marchado,

dejándola sin elección. Por lo que quitó la funda del disfraz y comenzó a cambiarse de ropa.

La verdad es que no se sentía tan bien como habría deseado. Comenzaba a entender el motivo por el que Jason se había negado tanto a que asistiera a la fiesta, sin embargo, ella había hecho un compromiso y no iba a romperlo. No permitiría que el cáncer se apoderara de su vida.

Así pues, se vistió y se arregló lo mejor que pudo, imitando la imagen de la fotografía, y salió al jardín para reunirse con los demás.

Encontró a Jackie poniendo en orden varias filas de sillas infantiles, donde los niños se sentarían a ver el espectáculo.

Mientras caminaba, Amy notó la mirada de varias personas sobre ella y deseó que su amiga le hubiera elegido un disfraz un poco más discreto.

Buscó con la vista a Jason en derredor, pero no lo vio. Y aunque le decepcionó un poco, dio gracias porque él no la pudiera ver con esa vestimenta o estaba segura que se pondría furioso con ella. Se suponía que debía cuidarse, no andar exponiéndose a una corriente de aire...

Quizá fuera mejor que se cambiara antes de que cogiera un resfriado. Era ridículo jugarse la salud por un tonto atuendo.

—¡Amy, te ha quedado perfecto el disfraz! —exclamó Jackie, abrazándola por sorpresa.

Amy había estado tan preocupada por encontrar a Jason que ni cuenta se había dado de que Jackie se había acercado a ella.

—Te ves fabulosa, eres la más guapa de toda la fiesta.

—¿Por qué me has elegido este bikini dorado como disfraz? —le preguntó Amy, un poco molesta—. ¿Es que quieres que imite un video de Shakira?

—No, tu deber será ayudar a Luke —la informó, llevando a su amiga hasta el escenario—. Serás la asistente del mago.

—Pero... Jackie, espera... —le pidió, pero ella, emocionada como estaba, no la escuchó.

—¡Ahora niños, siéntense en sus lugares! —Jackie llamó a los niños,

señalando las sillitas ante el escenario—. Con un fuerte aplauso den la bienvenida al grandioso mago Luke y su bella asistente, Amy.

Amy no tuvo más remedio que subir a la tarima improvisada que hacía de escenario, y vio a Luke hacer lo mismo desde el lado contrario.

—¿También te metió en esto sin que te dieras cuenta? —le preguntó Luke, esbozando una sonrisa forzada.

—¿Tú qué crees? —musitó Amy, imitando el gesto y saludando con la mano a los niños—. Ni siquiera sé qué es lo que tengo que hacer.

—No te preocupes, solo señálame de vez en cuando y muévete mucho, para que distraigas la atención de los trucos de magia.

—De acuerdo —convino Amy, siguiéndolo hasta una mesa en donde Luke colocó un sombrero de copa.

Jackie se acomodó y a su amplia falda en una de las sillitas de primera fila para ver la actuación de Luke como mago. Era bastante bueno, y con Amy como ayudante, ataviada en ese hermoso bikini dorado, mantenían la vista de todos en la audiencia más que atenta sobre ellos.

Una risita escapó de Jackie cuando al fin encontró a quien quería ver: Jason, de pie cerca del escenario, tropezó con una silla al ver a Amy en su traje y a poco estuvo de aplastar a varios de los niños invitados a la fiesta.

\*\*\*

Desde arriba del escenario Amy pudo ver a Jason, y sintió un escalofrío recorrerle la columna cuando sus ojos se encontraron. Al verla, la sorpresa se reflejó con claridad en su rostro. Ella notó su mirada recorriéndola de arriba abajo y notó que el rubor le calentaba las mejillas. Jason nunca la había visto de aquel modo...

Pero aquello duró tan solo un segundo, porque enseguida los ojos de él se oscurecieron y ella pudo notar con facilidad el enfado en sus facciones.

Lo sabía bien, de niña había pasado meses estudiando las expresiones

faciales en terapia. Esa cara con el ceño fruncido significaba que él estaba muy enojado.

Y con razón...

Él iba a matarla cuando terminara la función.

\*\*\*

Cuando finalmente la presentación de Luke terminó, Amy bajó de la tarima buscando con la vista a Jason con la intención de salir huyendo de allí antes de que él pudiera reclamarle nada.

Sin embargo, a la que se encontró fue a Jackie, quien la aguardaba en la parte trasera del escenario, impaciente por hablar con ella.

—¡Estuviste fabulosa! Eres la mejor asistente de mago del mundo. Y Amy, te veías preciosa con ese disfraz, ¡Jason no te quitaba la vista de encima!

—No entiendo por qué me hiciste usar este traje para la fiesta —le reclamó Amy, preocupada por la reacción de Jason—. Todos están vestidos de príncipes y princesas, ¿por qué yo uso este traje de Sherezada y unos roles de canela en las orejas? ¿Por qué no pude ser también una princesa?

El rostro de Jackie se iluminó al ver a Jason acercándose a ellas, pero no le dijo nada a su amiga, impaciente por ver a dónde llegaban las cosas entre ellos.

—Eres la princesa Leia —le aclaró Jackie, sonriendo encantada al notar que los ojos de Jason se mantenían fijos sobre su amiga.

Había elegido ese disfraz porque sabía que era la fantasía secreta de su hermano.

—Es el fetiche de Jason desde que tengo memoria, ¿no lo sabías?

—¿La princesa qué...?

—Ya te contaré luego. —Jackie la abrazó—. Tú confía en mí, te ves genial.

—De acuerdo. —Ella rodó los ojos, aunque sonrió con su amiga.

—¡Hey, Jackie, mira quiénes acaban de llegar! —le gritó Luke, acercándose

a ellas acompañado por una pareja con cuatro niños correteando a su alrededor.

—Ahora vuelvo. —Jackie la abrazó una vez más antes de alejarse para saludar a sus amigos.

Amy, todavía alterada, se molestó cuando notó que el hombre, un tal Jonathan, se le quedaba mirando de forma descarada

—¡Hola, princesa!

—¡Jonathan! —gritó su mujer, molesta, dándole un codazo.

Aquello fue el colmo para Amy, se dio la media vuelta y se marchó, dejándolo con la mano extendida.

—A ella no le agradan esa clase de bromas —escuchó que Luke le decía a su amigo, en tono de advertencia.

Pero entonces ya no escuchó más, porque fue a Jason a quien se topó de frente. Y por el ceño fruncido que mantenía al mirarla, supo que estaba muy enojado.

—Hola, Jason... —lo saludó, sintiendo que la voz le temblaba un poco. ¿Cómo había hecho ese hombre para acercarse a ella tan silencioso como una pantera?

Aunque el grito de una veintena de niños debió ser de mucha ayuda para él.

—Qué bueno verte al fin, pensaba que ya no ibas a venir... ¿De qué estás disfrazado?

—De médico —señaló su bata y el estetoscopio colgando de su cuello.

—Pero tú eres médico.

—Eso no impide que me pueda disfrazar de mí mismo.

—Es un poco extraño en realidad...

—Amy, deja de darme vueltas con preguntas y contesta: ¿pero en qué demonios estabas pensando para usar eso? —le dijo él en tono grave y bajo—. Te dije que debes cuidarte, tus defensas están bajas, no puedes arriesgarte a contraer un resfriado...

—Lo sé, y no sabes cuánto lo siento. Iba a cambiarme ahora mismo.

—Pues si esa era tu intención, será mejor que nos demos prisa —casi rugió, tomándola de la mano y llevándola con él dentro de la casa.

—Dejé mi ropa arriba, en la habitación de Felicity.

—Bien, cámbiate y te llevaré a casa.

—No puedo marcharme todavía, prometí que cantaré para los niños.

—Amy, no me hagas esto... —Él inspiró hondo, buscando paciencia—. ¿Sabes el riesgo que has corrido? Si te enfermas...

—Jason, por favor, esto es importante para mí. Aún no le he dicho nada a Jackie, si me voy sin haber actuado, sabrá que pasa algo. Yo nunca rompo mi palabra.

—¿Y qué hay de ti? ¿Cuándo empezarás a preocuparte por ti por encima de los demás?

Amy agachó la vista y él notó la desolación en su mirada.

—Está bien... Haz la presentación, pero una vez que termines nos vamos de aquí, ¿entendido?

—Por supuesto —Amy asintió, aliviada.

—Y por favor, quítate eso... —le pidió, señalando el bikini dorado.

—Jackie dijo que a ti te gustaría este disfraz. Supongo que se equivocó.

—No, no lo hizo. Te ves preciosa... —admitió y ella notó el fervor con el que la miraba—. Pero como yo, también lo creen todos los hombres de este lugar, y me está costando bastante reprimir el deseo de darles un puñetazo cada vez que te comen con los ojos. Así que, por favor, por tu salud física y mi salud mental, ¿podrías ponerte otra cosa?

Amy sonrió, no pudo evitarlo, pero sonrió al escucharlo decir que estaba celoso y que la encontraba preciosa.

—Ahora mismo —contestó, poniendo una mano en la cabeza como un soldado al saludar.

Subieron las escaleras y Amy entró en la habitación, dejando a Jason en el pasillo. Buscó en el armario su ropa, que había dejado bien doblada y colgada de un gancho. Entonces sus ojos se fijaron en un disfraz que había sobre la

cama y una enorme sonrisa se dibujó en su rostro.

Unos minutos más tarde, se encontró con Jason en el pasillo. Los ojos de él se agrandaron al verla, recorriéndola con la vista de arriba abajo, con la boca abierta.

—Amy, pero...

—Sé que prometí que me cambiaría, pero no dije que a mi ropa.

—Amy...

—Jason, todos están disfrazados y ahora yo soy una princesa ¡mi princesa favorita! —exclamó con una enorme sonrisa, dando un giro sobre sí misma.

Jason arqueó una ceja,

—¿La princesa Fiona es tu favorita? —preguntó—. ¿Esa princesa Fiona? ¿La princesa de *Shrek*? ¿Justamente luciendo como un ogro verde?

Amy asintió, sumamente contenta.

—¿No es hermosa?

Jason notó que no bromeaba y sonrió. Sin pensarlo, la rodeó por la cintura atrayéndola en un abrazo, y hablándole muy cerca de los labios, le dijo:

—Cariño, tú harías lucir preciosa a una ostra.

—¡Amy! —Kimmy gritó desde las escaleras, subiendo a toda carrera en ese momento, luciendo sumamente contenta, con un plato con un enorme trozo de pastel en la mano—. ¡Al fin te encuentro! Llevo horas buscándote.

Se acercó a su hermana y la besó en la mejilla.

—Veo que encontraste al pastel primero.

—El marido siempre va primero, linda —le dijo Kimmy, llevándose un trozo con el tenedor a los labios—. Oh, Jason, no te vi, ¿cómo estás? ¿Qué haces aquí con Amy...? ¡Oh, no! ¿Interrumpo algo? Ahora mismo me voy para que vuelvan a... ¿Pero qué demonios traes puesto, Amy? ¿No me manchaste de verde la cara, o sí? —Se pasó la mano por la mejilla.

—A veces te falta un poco de atención a los detalles —bromeó Amy—. Mira que no darte cuenta hasta ahora que llevo pintura verde en el rostro... Como sea, ya es hora de mi presentación, vamos afuera.

—Vamos —Jason la tomó de la mano y ella lo observó sorprendida.

Él le guiñó un ojo, apretando cariñosamente su mano mientras bajaban la escalera, con Kimmy precediéndolos al jardín.

Buscaron a Jackie, pero estaba ocupada hablando con Luke, parecían estar tocando un tema muy importante y Amy no la quiso interrumpir.

—Kimmy, ¿crees que podrías hacer de presentadora y anunciarme?

—¿En el escenario?

—Si no te molesta.

—Querida, sabes que siempre he querido robarte los reflectores —le dijo en son de broma, entregándole su trozo de tarta a Jason antes de salir corriendo al escenario.

—No hay que pedirselo dos veces, ¿verdad? —dijo Jason entre risas, balanceando el plato para no tirárselo encima.

—Nos vemos en unos minutos —Amy se despidió de Jason, apartando su mano de la suya, que había estado sosteniéndola todo ese tiempo.

—Aquí estaré.

Ambos compartieron una mirada cómplice antes de que ella se diera la vuelta y se marchara, perdiéndose tras el escenario.

Enseguida Kimmy salió a la vista del público, con micrófono en mano y tan emocionada como si estuviera en el festival de Viña del mar, y no en el patio trasero de una casa, frente a unos niños de seis años.

—Y ahora, señoras y señores, niños y niñas, y extraterrestres si están escuchando, acérquense al escenario, porque el show está a punto de comenzar. —Kimmy, la hermana menor de Amy, había tomado el micrófono y ahora llamaba a la audiencia—: Por favor, démosle un gran aplauso a mi única y querida hermana, ¡Amy Taylor!

Se escuchó una ensordecedora ovación de aplausos y gritos de júbilo al tiempo que padres e hijos corrían al escenario improvisado para observar a Amy subir a la tarima, hecha con cajas viejas de madera, tan diferente a los elegantes escenarios en los que ella solía actuar.



Se había colocado un hermoso vestido verde de terciopelo y una peluca pelirroja. Ahora encarnaba a la princesa Fiona, de *Shrek*. Su favorita.

—¡Hola, chicos! ¿Qué tal la están pasando? —saludó al público, quien estalló en un coro de respuestas y nuevos aplausos. Jackie notó a varios padres sacando sus celulares para comenzar a grabarla en video, luciendo tan o más entusiasmados que sus hijos por la presentación.

—Ahora, niños, vamos a bailar un poco y a animar el ambiente, ¿les parece? —Miró a su amiga, aún abrazada a Luke—. Esta canción va dedicada para una amiga muy especial que pronto va a casarse con el hombre de su vida. ¡Jackie, te deseo todo lo mejor!

Se escucharon varios aplausos, y Jackie le lanzó un beso volado a su amiga, quien comenzó a moverse a medida que la música empezaba a sonar por los altavoces.

—Esta canción va para ustedes, chicos, porque puedo asegurar que desde la primera vez que Jackie te vio, Luke, supo que sería capaz de bailar contigo en el estacionamiento bajo la lluvia y en su mejor vestido... ¡*Fearless!*

La ola de aplausos se intensificó cuando la música subió de volumen y Amy empezó a cantar, conduciendo a ese ambiente de fiesta y alegría a todos sus oyentes. Los niños aplaudían y saltaban en sus lugares, sumamente contentos, mientras sus padres grababan cada detalle del show, como si se les fuera el alma en ello.

—Estos críos sí que aman a Taylor Swift —dijo Kimmy, llegando a su lado con Spiracles acurrucado entre sus brazos.

El gato negro de Gaia ronroneaba dócilmente, encantado con las caricias.

—Aman a Amy —la corrigió Jackie, orgullosa de su amiga que incluso era capaz de cautivar a un público de seis años con su voz.

—Y yo amo la canción. —Luke la abrazó—. Gracias, Jackie. Amy me dijo que era la canción que tú elegiste para nuestro primer baile de la boda.

—Luke, es totalmente nuestra canción —sonrió ella, colgándose de su cuello para abrazarlo, a medida que se movían en un baile íntimo y romántico

llevados por la melodía

—Y como dijo Amy, es lo que siento por ti desde el primer momento en que te vi.

Él se inclinó y la besó una vez más, bailando lentamente en ese jardín envuelto en banderines y globos multicolores de fiesta, completamente inmersos en su burbuja personal, ajenos a todo lo demás.

—Debo ir a presentar la siguiente canción. Gracias al cielo —les dijo Kimmy, alejándose de ellos.

Jackie sonrió, siguiéndola con la mirada, y entonces detuvo sus ojos sobre Jason. Él estaba absorto en Amy, a tal grado que al intentar llevarse un pedazo de pastel a la boca, el bocado se le cayó sobre la ropa y se picó la lengua con el tenedor vacío.

Ella soltó una risita al verlo, pero en ese momento la música se detuvo y todo rastro de alegría desapareció del rostro de Jackie cuando vio a Amy siendo bajada en volandas del escenario por Jared y conducida al interior de la casa.

Jackie entró corriendo a la casa. Jared había ayudado a Amy a acomodarse sobre el sofá; en ese momento le estaba tomando los signos vitales. Jason pasó por el lado de Jackie, adelantándose a llegar junto a la recién desmayada.

—Amy, ¿qué es lo que pasó? —le preguntó a su amiga, arrodillándose en la alfombra a su lado. Luke se instaló tras ella, compartiendo su preocupación por ella.

—¡Rápido, llamen a un médico! —pidió Kimmy, mirando a su hermana con lágrimas en los ojos.

—¿Estás de broma, verdad? —le preguntó Amy—. Hay tres médicos aquí mismo. Cuatro, en realidad, pero no soy un animal exótico —bromeó, estrechando la mano de Jackie a su lado—. Tranquila, Jackie. Estoy bien, no te estreses, ¿de acuerdo? Solo me siento un poco cansada.

—¿Cansada? —repitió incrédula, mirándola con lágrimas en los ojos—. Amy, estás pálida y te desmayaste...

Amy suspiró y miró a Jason a su lado. Como si hubiesen mantenido una conversación silenciosa, él asintió lentamente antes de comenzar a irse de allí, haciendo señas a los otros para que lo siguieran.

—¿Qué es lo que pasa, Amy? —Jackie repitió la pregunta, sentándose a un lado de su amiga en el sofá cuando ella se movió para hacerle sitio—. ¿Y por qué tienes que consultar a Jason el decírmelo? —añadió, dirigiéndole a su amiga una mirada curiosa.

Amy inspiró hondo, como si necesitase darse valor para sacar a la luz lo que fuera a decirle.

—Jackie..., ¿recuerdas esa vez que fui a buscarte a casa de Jared para hablar, y tú no llegaste sino hasta el día siguiente?

—¿Te refieres al día que llegaste con Jason...? —Jackie sonrió, comenzando a atar cabos.

—Sí, y tú me preguntaste por qué había llegado con él.

—Lo recuerdo. —Jackie casi aplaudió—. Amy, ¿es por eso que te desmayaste...? —Su voz sonó aguda a causa de la expectación.

—Jackie, hay una buena razón por la que necesitaba hablar contigo ese día.

—¿Sí? ¿Cuál es...? —preguntó, sonriendo esperanzada de que su amiga tuviera un gran secreto amoroso que contarle.

—Jason es mi oncólogo.

—¿Qué...? —Jackie estuvo cerca de caerse del sofá.

—Jackie, tengo cáncer.

Ella parpadeó, sintiendo que el mundo comenzaba a girar a su alrededor. Eso no estaba sucediendo. Aquello no podía ser real.

—¿Amy...? ¿Tú...? ¿Cómo...? —tartamudeó—. ¿No quieres decir que...?

—Tengo cáncer, Jackie —repitió ella, tomando la mano de su amiga para calmarla—. Leucemia.

—No... ¡No! —Jackie se soltó a llorar como un bebé—. ¡No es cierto...!

Amy la abrazó, pegando su cabeza a su hombro, permitiéndole desahogarse.

—¡No puedes tener cáncer! —sollozó Jackie, incapaz de controlar sus

emociones—. Las personas con cáncer mueren. ¡Mi padre murió de cáncer! Tú no te puedes morir, eres mi mejor amiga, eres mi hermana... ¡No puedes morir!

Amy la estrechó con más fuerza, sintiéndola temblar bajo su abrazo.

—Jackie, tú también eres una hermana para mí —le dijo con voz ahogada por la emoción—. Sé que tú siempre has sido la fuerte en nuestra relación, pero esta vez tú debes tener fe en mí, estaré bien, ¿de acuerdo? Todo va a estar bien. Jason es el mejor, lo sabes bien.

—¿Por qué no me lo contaste antes?

—Estabas tan contenta con lo de Luke... No quería empañar tu felicidad.

—¡Pero debiste decírmelo! Amy, soy tu mejor amiga, en las buenas y en las malas, ¡más en las malas! —sollozó—. Sabes que puedes contar conmigo.

—Lo sé.

Amy sonrió y estrechó su mano con un gesto lleno de afecto.

—Me has apoyado toda la vida, Jackie. Sé que ahora no será la excepción.

—¡Júralo que no! —gritó, abrazando a su amiga otra vez.

—Te quiero, amiga.

—Y yo a ti.

Jackie medio sollozó, medio se rio, al apartarse de ella para mirarla a los ojos.

—Mírame, llorando como un bebé, cuando debería ser yo quien te consuela a ti —se quejó, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Jackie, soy tu mejor amiga, sé lo mucho que esto te afecta. Desde que tu padre murió de cáncer, le tienes pavor a la enfermedad...

Sonrió, pasando un delicado pañuelo de seda por su rostro, secando con delicadeza sus lágrimas.

—¿Y me culpas? El cáncer es como una condena de muerte en mi familia. Quien lo padece, muere...

Se soltó a llorar otra vez.

—En ese caso, es una suerte que no seamos hermanas de sangre —bromeó,

haciéndola reír—. Jackie, no puedo prometerte que viviré, pero sí que haré todo lo posible por conseguirlo, ¿de acuerdo? Lucharé, no me daré por vencida. Y Jason me ha dado esperanzas, sabes lo bueno que es él. Después de todo, tiene la misma motivación que tú. —Sonrió.

—¿Salvar la fauna? —ahora ella bromeó, haciendo reír a su amiga.

—Tu padre —contestó Amy, abrazándola una vez más—. Él me ayudará, y yo lucharé, Jackie. No me daré por vencida.

—Más te vale, porque no te permitiré hacerlo, ¿me oyes? —la amenazó en broma, y ambas rieron—. No importa lo que pase, Amy, estoy a tu lado y lo estaré todo el tiempo, apoyándote. Te prometo que seré fuerte por las dos, y tú serás la que se apoye en mí. Y entonces no estaré llorando como una regadera...

Amy rio y la abrazó con más fuerza.

—Está bien que llores, Jackie. Sé que solo lloras cuando algo te importa de verdad.

—Saldremos de esta, lo prometo. —Jackie la abrazó otra vez—. Lo prometo...

## Capítulo 15

*Dos meses después...*

Hacía frío, las hojas se habían caído y a pesar de que todavía estaban en octubre, se notaba que pronto la nieve llegaría. Ese año el invierno se había adelantado.

Amy se sentó en su silla favorita junto a la ventana a observar el jardín cubierto de hojas doradas y castañas. Brad, su viejo perro, se acercó a ella y posó su hocico sobre su regazo.

—Hola, mi buen amigo —lo saludó ella, rascándole atrás de las orejas—. Lamento haberte preocupado otra vez, te aseguro que estoy muy bien y esta vez me quedaré muchos días en casa.

Esa última semana de quimio había sido sumamente dura, había tenido una mala reacción a los medicamentos y habían tenido que internarla algunos días. Se sentía agotada, como si la vida misma se le escapase igual que la arena entre los dedos, por más que intentaba aferrarse a ella...

El móvil vibró una vez más en su mano, con la alerta de un nuevo mensaje recibido. En la pantalla reconoció el nombre de su hermana. Con un dedo lo abrió y leyó:

*«Fuerza esta semana, no te des por vencida, pronto estaré en casa e iré a visitarte y más te vale que te encuentres más animada, porque voy decidida a sacar tu culo de la silla, y no aceptaré un no por respuesta esta vez. Besos, K.»*

Amy sonrió, negando con la cabeza. Otra vez su hermana había confundido los días que le tocaba la quimio, pero agradeció que se tomara el tiempo para mandarle un mensaje.

Después de haberle dado la noticia el día de la fiesta de cumpleaños de Felicity, Kimmy se había mostrado tan preocupada con ella, que había sugerido dejar su trabajo para quedarse a cuidarla. Amy rechazó la propuesta, por supuesto. Su hermana tenía una vida y un trabajo al que adoraba, le había costado sudor y lágrimas conseguir llegar al puesto que tenía ahora como presentadora de documentales para una importante cadena de televisión, y no iba a permitir que el cáncer interfiriera con su vida. Por lo que rechazó la idea después de asegurarle que estaría bien. Kimmy se había marchado la semana siguiente, no sin sentirse un poco culpable por dejar a su hermana, sin embargo, había estado en contacto con ella más que nunca en toda su vida, le mandaba mensajes de forma seguida para averiguar sobre su estado de salud y la llamaba cada tanto. Amy solía decirle que estaba bien y se sentía mejor, aunque no fuera siempre así. Lo cierto es que no iba a permitir que la preocupación por ella y su salud obligaran a su hermana a dejar de lado sus sueños. Ahora mismo se encontraba en Mongolia, viajando con los jinetes nómadas sobre sus caballos semisalvajes, por lo que le costaba encontrar señal para el celular. Cada vez que podía le enviaba un mensaje y si tenía más tiempo la llamaba, aunque Amy prefería los mensajes. Era más sencillo mentir a través de ellos, cuando no tenía que fingir alegría en la voz...

—Amy, no te acerques tanto a la ventana, podrías coger frío —le pidió Jackie, entrando en el salón con un chal tejido entre las manos que se apuró a colocarle sobre los hombros—. ¿Cómo te sientes?

—Como si un *dementor* me hubiese dado un beso.

Jackie lanzó un suspiro vago, posando una mano sobre su mejilla.

—Debes descansar, dormir un poco y reponer energías —le dijo, forzándose por sonreír—. Ya preparé tu cama, puse sábanas frescas y las sucias ya están en la lavadora. ¿Tienes hambre? Puedo prepararte algo... No, es mala idea. La

intención es que no vomites, y eso no lo conseguiremos si yo cocino — bromeó, aunque en realidad lo decía en serio.

—La fruta picada y el agua caliente te quedan genial —comentó Amy, con una sonrisa.

—Lo sé, pero necesitas un poco más que fruta y agua. Creo que mejor ordenaré algo para que lo traigan —comento, caminando rumbo a la cocina con el teléfono en la mano.

—Jackie, no te esfuerces tanto, estás embarazada y debes cuidarte.

Hacia poco Jackie se había enterado de que estaba embarazada y la feliz noticia había embargado a todos de alegría.

—Estoy perfectamente bien y también este bebé, no te preocupes por nosotros. ¿Te apetece comida italiana? He tenido antojo de *cannoli* toda la semana —le aseguró, buscando entre varias hojas de restaurantes guardadas en un cajón de la cocina, hasta dar con la deseada.

—Pide muchos de esos, entonces —Amy sugirió, poniéndose de pie para acompañar a su amiga—. Y algo de ensalada de espinacas, son buenas para las embarazadas.

—Suenan deliciosos —convino Jackie—. Sería buena idea que te fueras a la cama y descansaras un poco. En cuanto llegue la comida te la llevaré en una bandeja.

—Por favor, no quiero saber nada de la cama por ahora, y creo que tampoco lo querré dentro de varios años. Estoy harta de estar acostada.

—Pero si te la has pasado trabajando la mayor parte de estos meses, es por eso que Jason dice que estás tan débil. No te estás dando el tiempo para descansar, y sin descanso, es difícil que consigas mejorar... Dame un segundo —le pidió cuando le atendieron la llamada y comenzó a decirle al hombre al otro lado de la línea lo que quería del menú.

Amy notó que su amiga se detenía en la encimera de la cocina donde guardaba las medicinas y comenzaba a revisarlas mientras hablaba con el hombre, sin perder el hilo de la conversación a pesar de que sabía que estaba



revisando las etiquetas y contando las pastillas, para asegurarse de que se había tomado todas las dosis.

Jackie era tan inteligente que era capaz de hacer múltiples cosas a la vez, tenía una memoria prodigiosa y una mente ágil y perspicaz. En la escuela y en la universidad había obtenido siempre las más altas calificaciones y graduado con honores.

Amy siempre la había admirado, quizá incluso envidiado un poco, aunque nunca de mal modo. Estaba orgullosa de su amiga y habría deseado poseer una mente tan prodigiosa como la suya, pues, al contrario de Jackie, Amy no se sentía lista en ningún sentido, ni siquiera para encajar entre las personas o conseguir agradarle a la gente. Todo por culpa del Asperger...

De niña la habían diagnosticado con Asperger, que, si bien es un tipo de autismo funcional, la limitaba para entender el mundo como los demás lo hacían. O eso le había dicho su terapeuta.

Sabía que mucha gente que era asperger, como ella, había conseguido triunfar en la vida. Incluso ahora la incluían a ella en esa lista de «personas exitosas con autismo». No obstante, lo cierto era que no se sentía así. Si había conseguido triunfar había sido en mucho gracias a Jackie, que siempre la había apoyado e impulsado en los inicios de su carrera, cuando ella solo quería abandonar. Estaba segura que de no ser por su amiga, no habría llegado a conseguir nada. Jackie había sido su única amiga en el mundo, la única que la había entendido sus «rarezas», como solía llamar su madre a su forma de ser, cohibida y muy seria. Fue Jackie quien creyó en ella cuando ni siquiera Amy sentía que podría llegar a triunfar en el mundo del espectáculo.

Y era ella también la que ahora se desvivía para ayudarla a vencer al cáncer...

Nunca encontraría las palabras ni la forma para agradecerle por todo lo que hacía por ella.

Una alarma sonó y Amy volvió a la realidad. Era la alarma de su celular, la que usaba para recordar cuándo le tocaba tomar una pastilla o hacer algo

específico, como medirse la temperatura.

Jackie la apagó y continuó pidiendo que le explicaran los ingredientes de la lasaña. Su amiga sabía que a ella le encantaba la lasaña, pero siempre se aseguraba de que comiera saludable, sin químicos, que todo fuera natural, orgánico y fresco.

—Es hora de tomarte la temperatura —le dijo de repente, y Amy vio un termómetro frente a la nariz—. No, no usted, señor Caruso. Le hablo a mi amiga, usted siga diciéndome los ingredientes de la salsa, ¿no usan ningún tipo de caldo artificial? —Jackie hizo un gesto para apurar a su amiga y Amy, obedientemente abrió la boca y Jackie le metió con delicadeza el termómetro, antes de cerrarle la mandíbula, como si ella no fuese capaz—. Excelente, envíe dos raciones grandes. Necesitamos recuperar fuerzas aquí...

Brad gimió y Amy giró la cabeza hacia él, no había notado que había vuelto a colocarse a su lado. Era un excelente perro, siempre lo había sido desde que lo trajo a casa del refugio, pero últimamente no se apartaba de ella, como si temiera que fuera a perderla...

—¿Te estás saboreando los futuros restos de lasaña, no es así, bebé? —le preguntó Amy, acariciando su enorme cabeza.

—¡No hables! —le gritó Jackie, y Amy se apuró en cerrar la boca, con el termómetro—. No, usted puede seguir hablando, señor Caruso. Ahora hábleme de los *cannoli*...

Amy rio y negó con la cabeza, el señor Caruso era un hombre de edad madura sumamente amable, que solía atender a sus clientes con esmero, pero aquello rayaba con el abuso, el pobre anciano debía estar a punto de perder la cordura.

—Bien, ya ha quedado la orden —le comunicó Jackie, colgando la llamada y sacando el termómetro de su boca para examinarlo—. Excelente, no tienes fiebre, pero estás un poco más caliente de lo normal. Será mejor que llame a Leona para que venga a cuidarte esta noche, no vaya a subirte la temperatura mientras duermes.

—Estaré bien, Jackie, no tienes que hacer... —Se calló cuando notó que su amiga no le prestaba atención, porque ya estaba hablando con la enfermera que solía ir a cuidarla—. Creo que la radiación de la quimio me ha dado superpoderes, Brad, soy invisible y ya nadie me oye —le dijo a su perro en son de broma.

Como respuesta, el perro soltó un ladrido y ella se apuró en acariciarlo tras las orejas.

—Es cierto, tú siempre me escuchas.

—Te agradezco, Leona, te esperamos aquí —le dijo Jackie antes de finalizar la llamada—. Todo listo, Amy, la comida y la enfermera vienen en camino.

—Qué bien, entonces quizá ahora podrías sentarte un momento, relajarte un poco y charlar conmigo.

—Podré sentarme cuando llegue la comida, quiero limpiar un poco el baño antes. Había quedado hecho un desastre después de tu ataque de vómito y no me fio de que Winnie lo haya esterilizado como se debe, esa mujer no presta atención a nada de lo que le digo y ya sabes, nada de bacterias cerca de ti — anunció, sacando el cubo con artículos de limpieza de debajo del fregadero.

—Jackie, Winnie hace exactamente lo que le has pedido y, además, viene mañana, ya se encargará ella. Por favor, solo siéntate y habla conmigo, ¿quieres? Actuemos por un momento como si nada malo pasara, ¿de acuerdo?

—Nada malo pasa, Amy —le aseguró Jackie, forzando una sonrisa—. Tú estás bien, pronto estarás recuperada y tendremos todo el tiempo del mundo para hablar. Ahora debo asegurarme de que no enfermes —le dijo antes de marcharse con paso decidido al baño.

Amy la observó con tristeza, Jackie estaba preocupada por ella, demasiado preocupada... Habría deseado no llevar esa carga a su vida, no se perdonaba enturbiar la felicidad de su amiga, no ahora que era cuando más dichosa debía sentirse con la espera de su primer hijo.

Esa noche, después de cenar, Amy se fue a acostar temprano, solo para que

Jackie dejara de insistir en ello.

Desde que su amiga se había enterado de su enfermedad, se había propuesto ayudarla a recuperarse, aun a fuerza de imponerse sobre ella. Esa noche, durante la cena, Jackie prácticamente le había metido la mitad de la porción de la lasaña dentro de la boca, tratándola como si fuese un niño pequeño al que hay que alimentar. Por lo que Amy decidió que lo mejor sería apartarse de su amiga, antes de que terminara perdiendo la paciencia con ella y lanzándole la lasaña por la cabeza.

Brad se acostó a su lado en la cama, como solía hacer todas las noches, y pronto el sueño la venció. El cuerpo tibio y la respiración pausada del animal solían darle una calma especial que la ayudaba a quedarse dormida con mayor facilidad.

Un tiempo después, no supo con exactitud cuánto, oyó que Jackie se asomaba por la puerta y le decía algo, pero apenas la escuchó. Supuso que Leona ya había llegado y ella se despedía para marcharse a casa.

—Descansa Jackie, nos vemos mañana —se despidió de su mejor amiga, demasiado cansada para pedirle que repitiera lo que había dicho.

Debía ser cerca de media noche cuando se levantó con sed y decidió bajar a la cocina en busca de un poco de agua.

Estaba abriendo la alacena para sacar un vaso, cuando notó la silueta de un hombre de pie en el umbral de la cocina, iluminada por la luz de la luna.

Amy pegó un grito enorme y el vaso resbaló de sus manos y se estrelló contra el suelo, rompiéndose en mil pedazos.

Lo siguiente que se escuchó fue el potente ladrido de su perro, que al oírlo gritar bajó corriendo la escalera tan rápido como le permitieron sus viejos huesos, dispuesto a atacar al hombre que había osado meterse en su casa.

—Tranquilo, Brad Pitt, solo soy yo —dijo una fuerte voz masculina que ella reconoció al instante.

Entonces la luz se encendió y Amy parpadeó ante la visión de Jason de pie frente a ella.

—¿Jason...?

—Hola, preciosa —la saludó él, esbozando esa sonrisa que a ella le paralizaba el corazón—. Siento haberte asustado, ¿estás bien?

El perro, de pie al lado del hombre, parecía dudar sobre qué hacer, si morderle una pierna por intruso o pedirle que le acariciara las orejas por ser amigo.

—Tranquilo Brad, estoy bien —le aseguró ella y el perro al fin se relajó.

—Amy no te muevas, podrías cortarte —le pidió Jason al notar que iba descalza, y se apuró en acercarse para recoger los trozos de cristal esparcidos a su alrededor.

—¿Qué estás haciendo...? ¡Ah! ¡Jason, no hagas eso! —gritó cuando él, en lugar de recoger el vidrio, la cargó en brazos como si fuera un bebé y la llevó consigo fuera de la cocina.

Pero al llegar al umbral se toparon con la enorme figura blanca de Brad. Sus ojos, por lo general verdes y apacibles, ahora estaban enrojecidos por la furia, mientras mantenía un gruñido bajo que dejaba a la vista sus poderosos colmillos.

—Tenías que tener a un pitbull de mascota —rezongó Jason, retrocediendo un paso—. No pudiste tener un perrito del tamaño de un ratón.

—Brad, todo está bien —le aseguró Amy, bajando de los brazos de Jason para calmar a su mascota.

—Por favor, Ágatha, llévate a tu can asesino de aquí en lo que limpio el suelo, me pone nervioso.

—No tienes que hacerlo, le pediré a Leona... ¿Dónde está Leona?

—¿Es que no te lo explicó Jackie? No pudo venir, tuvo una emergencia familiar, por eso mi hermana me pidió que viniera a cuidar de ti esta noche.

—¿Tú?

—Ella tenía una cena con Luke, algo de un aniversario de su primera comida mexicana juntos o una cosa similar de esas que a ella le importan tanto —le explicó él, sacando la escoba y el recogedor del armario de limpieza—. Ya la

conoces, iba a quedarse contigo de todas formas, pero se me ocurrió llamarla al terminar mi guardia para preguntar cómo te sentías, y me contó que iba a quedarse aquí, así que me ofrecí a tomar su lugar.

—¿Eso hiciste...? Eres tan amable —Amy susurró, mirándolo con ojos maravillados.

—Sí, ella está embarazada, necesita descansar bien.

—Oh... Sí, es cierto —convino Amy, aunque no pudo evitar sentirse un poco desilusionada por su respuesta.

—Además, no podía esperar otro minuto para verte —añadió, dedicándole una de esas miradas fervorosas que a ella le provocaban sonrojos.

Amy sonrió, agradecida por las palabras que recibió de él.

—Jackie no debería agotarse tanto, pero no consigo que me escuche.

—No te escucha a ti ni a nadie, así es Jackie. Sé que Luke le ha pedido en varias ocasiones que afloje un poco el ritmo, pero ella se niega a aceptar sugerencias sobre su estilo de vida.

—Ojalá todos pudiéramos darnos ese lujo... —susurró Amy, cruzándose de brazos—. Quizá tú deberías hablar con ella, eres su hermano mayor. Jackie necesita tomar un tiempo para relajarse y descansar, el bebé agota muchas de sus fuerzas y el resto las desgasta conmigo, viniéndome a cuidar todos los días. Le he pedido que no lo haga, puedo contratar a una enfermera a tiempo completo, pero ella se niega a escuchar.

—Jackie es tu familia, no va a dejarte sola, eso es un hecho —le aseguró y al ver la preocupación en su rostro, añadió—. Mi hermana es una mujer fuerte, no te preocupes por ella.

—No puedo evitar hacerlo, es mi mejor amiga. Si llegara a sucederle algo a ella o al bebé por mi culpa...

—No te aflijas por algo que no va a suceder. Antes de correr cualquier riesgo, Luke la amarraría a la cama y no la dejaría salir, por más réplicas que ella pusiera. Y te aseguro que tanto Jared como yo lo ayudaríamos —aseveró, sonriendo ligeramente—. Espera, ¿qué estás haciendo? —le preguntó cuando

ella intentó tomar la escoba de su mano.

—Es mi casa, no tienes que limpiar cuando puedo hacerlo yo perfectamente. Tú eres mi invitado, no es tu deber hacer estas cosas.

—No se me van a caer las manos por usar una escoba. Además, tú debes ir de vuelta a la cama.

—Estoy bien.

—Y así debes conservarte. Así que, hazme caso y vuélvete a la cama.

—Tengo sed, fue por eso que vine a la cocina en primer lugar, iba a tomar agua antes de que me dieras un susto de muerte y aún no he podido hacerlo.

—¿No tendrás fiebre? —él le preguntó, cambiando el semblante por uno mucho más serio al tiempo que posaba una mano sobre su frente.

—Estoy bien —Amy se apartó bruscamente, comenzaba a cansarse de que todos la trataran como a una niña que no podía cuidar de sí misma.

—Lo siento, a veces olvido que no te gusta que te toquen...

—No es por eso, Jason, no me importa que tú me toques... Eso ya lo sabes...

—Ella se calló abruptamente, sintiéndose un poco avergonzada.

Jason sonrió, acercándose a ella para rodearla con los brazos y atrayéndola hacia sí.

—¿Qué sucede, Amy? —le preguntó con voz ronca, apoyando el mentón sobre su pelo.

—Estoy cansada de que me traten como si fuese una completa inútil. Yo puedo cuidar de mí misma, y si tengo fiebre, yo veré cómo arreglármelas, ¿de acuerdo? No es necesario que me estén diciendo todo el tiempo lo que tengo que hacer, qué comer, vestir o si tengo permiso de estar de pie en mi propia cocina.

—Amy, estás pasando por mucho y entiendo que las cosas no han sido fáciles para ti, teniendo a mi hermana todo el tiempo rondando a tu alrededor.

—Jackie es maravillosa... Solo desearía que se portara más como mi amiga, y no como una enfermera nazi.

Él soltó una risita y asintió con la cabeza.

—Mi hermana puede ser un poco... intensa —buscó la palabra—, cuando algo le interesa, en este caso, alguien. Solo te quiere cuidar y proteger, porque sabe que estás muy sola y piensa que si ella no lo hace, nadie lo hará. Ni siquiera tú.

—Lo sé, conozco a Jackie prácticamente de toda la vida, no tienes que explicarme su forma de actuar. Es solo que a veces quisiera salir a pasear y comer un helado sin preocuparme de los ingredientes de los que está hecho, ni de si habrá demasiadas bacterias en el aire que me puedan hacer enfermar... Solo quisiera que las cosas fueran como antes.

—Pero la realidad es que no lo son, Amy. Estás enferma, y si quieres recuperarte, debes cuidar tu salud.

—Lo sé, pero no por eso me deben tratar de forma diferente. Ya ni siquiera me siento como yo misma... Incluso tú eres amable conmigo.

—Oh, sí, qué malvado soy.

—Sabes que no me gusta el sarcasmo —replicó ella—. No lo entiendo.

—Lo entiendes, solo que un poco más tarde que los demás.

—Ja, ja —ella imitó una risa despectiva, pero él pudo notar que realmente estaba sonriendo—. Como sea, no me quejo, no en realidad. Sé que Jackie y tú solo quieren ayudarme, y se lo agradezco de corazón. Supongo que tenía mucho guardado y tenía que reventar con alguien, lamento que tuvieras que ser tú.

—No te preocupes, mi segunda alternativa de especialidad hubiera sido psiquiatría. Quizá retome la idea cuando termine de tratarte.

—¿De verdad...?

—No, es una broma —él sonrió, pero ella no lo hizo esta vez.

—Lo siento, nada de sarcasmo en adelante, lo prometo. Al menos, no mientras estés enferma.

—Otra vez me estás tratando diferente por mi enfermedad, ¿lo ves? Antes no me hubieras tenido lástima.

—No es lástima, Amy...



—Me iré a la cama, estoy cansada. Solo iré por un poco de agua —quiso rodearlo, pero él se lo impidió.

—Estás tensa y es natural con todo lo que estás pasando, pero no quiero que te vayas a la cama molesta, ¿por qué no vamos a ver una película al salón?

—¿Una película? —ella preguntó, mirando el reloj colgado en la pared—. Son las cuatro de la mañana.

—¿Te molesta?

—No, está bien. ¿Y qué te gustaría ver?

—Elige tú, ve adelantándote y yo te llevaré el agua y prepararé palomitas, ¿te parece?

—Puedo hacerlo yo.

—No quiero que vayas a pisar un trozo de vidrio —aclaró, señalando el piso—. ¿Es que no tienes pantuflas o algo con lo que cubrirte los pies?

—Oh... Sí —Amy miró a sus pies descalzos—. Iré por ellas... Pero volveré —añadió, casi como amenaza.

—¿Es que Joe Black no puede hacerlo por ti? ¿No sabe hacer trucos, como traerte las pantuflas, como haría un perro normal?

Amy negó con la cabeza.

—No es una caricatura de Disney de los años cincuenta, Jason.

—¡Sarcasmo! Bravo, eso es nuevo para ti, Emily.

—¡Amy! —ella sonrió, negando con la cabeza.

—De acuerdo, de acuerdo, no te alteres, por favor. —Él alzó las manos en señal de paz—. Y lo digo en serio, creo que si sigues hablándome de forma tan molesta, tu perro me arrancará la cabeza.

Amy se giró y vio al viejo Brad enseñando sus colmillos, desgastados, pero todavía bastante afilados, en una clara amenaza.

—Lo siento... —musitó Amy, y se acercó al perro para acariciarlo—. No quise asustarte, bebé. Todo está bien.

—Dios, por un momento me hizo ilusión pensar que me estuvieras hablando a mí.

Amy se giró hacia él y lo abrazó, hundiendo el rostro en su pecho.

—Discúlpame, a veces no soy tan empática con los sentimientos como me gustaría.

—Es una broma, preciosa. No era mi intención que te sintieras mal ni que tuvieras que disculparte conmigo —le dijo él, tomando su rostro entre sus manos y alzándolo para que sus ojos se encontraran—. Nunca te disculpes conmigo por cosas como estas, Amy. El Asperger es parte de tu vida, parte de ti, de ese ser tan especial y adorable que eres, que me roba el aliento y ocupa cada espacio de mis pensamientos.

Amy abrió mucho los ojos, anonadada por sus palabras.

—Jason...

—Te amo, Amy... Nunca te lo había dicho... ni creo que este sea el momento más romántico para decírtelo —esbozó una media sonrisa—, pero necesito que lo sepas. Te amo.

Ella sintió que el corazón le latía a toda velocidad al escucharlo, al tiempo que se le formaba un nudo en la garganta que le imposibilitaba hablar.

—Te he tomado por sorpresa. No te preocupes, no tienes que decir nada, si tú no lo sientes no estás obligada a corresponderme...

—Yo también te amo —le aseguró, aferrándose a su chaleco con ambas manos, impidiéndole alejarse—. Siempre te he amado, Jason. Desde que era una niña y tú eras ese chico adorable que me cuidaba y me trataba como a su hermana pequeña, aunque ni siquiera supieras mi nombre.

Él sonrió, pegando su frente a la de ella y atrayéndola más contra su cuerpo, en un abrazo colmado de ternura. Pero cuando iba a besarla, ella se apartó un poco, y notó preocupación en sus ojos.

—¿Qué sucede?

—Es que... hubiera deseado cepillarme los dientes antes de bajar.

Él soltó una carcajada y la besó.

—Había deseado hacer eso desde el momento en que te vi de pie, iluminada por la luna, en ese atuendo tan sexy...

Ella frunció el ceño, e hizo lo posible por disimular el sonrojo que sentía aparecer en su rostro, echándole una mirada a su grueso pijama con dibujos de gatitos, conformado por un pantalón y un jersey holgados. ¿Él estaría hablando en serio...? Cómo odiaba que se le dificultara tanto el poder distinguir una broma de las palabras reales, otro de los problemas relacionados con el Asperger.

—¿Este atuendo? Es una broma, ¿verdad?

Él soltó una nueva carcajada, inclinándose para besarla de nuevo.

—Eres tan hermosa, que harías lucir bella a una ostra —le aseguró, repitiendo las palabras que le había dicho durante la fiesta de cumpleaños, y que, desde entonces, le repetía cada vez que se quedaban a solas.

Al escucharlo, algo se calentó dentro del pecho de Amy. Un calor que hizo latir su corazón mucho más rápido de lo normal.

Se sentía profundamente agradecida con él, por su alegría, por su paciencia, por la forma tan especial que tenía de entenderla, de hacerla sentir bella incluso en el peor momento, cuando más miserable se sentía, por amarla a pesar de todo...

## Capítulo 16

Cuando volvió al salón, después de ir a buscar sus pantuflas y hacer una parada rápida en el baño, Amy encontró a Jason sentado en uno de los sillones cerca del televisor, él le había dejado libre el sofá, con una almohada y una manta dispuestas sobre él.

Sintió ese calor especial inundar de nuevo su pecho, él era tan detallista y amable que apenas podía concebir la idea de que no lo estuviera imaginando.

—Los tomé del cuarto de invitados —le explicó Jason, antes de señalar una bandeja con fruta—. Pensé que tendrías un poco de hambre, Jackie dijo que apenas probaste tu comida.

—Sí, bueno, el cáncer provoca que te dé poco apetito —le dijo Amy, tomando asiento en el sofá—. O el tratamiento para matar el cáncer, o ambos... En realidad, no estoy segura.

—No pienses en eso, solo come —le pidió él, acercándole un racimo de uvas—. Necesitas estar fuerte si deseas recuperarte.

—Lo deseo, pero si como, vomitaré. Y no quiero vomitar enfrente de ti.

—Un poco de uvas no te hará vomitar —le aseguró, sentándose a su lado—. Anda, abre la boca —le pidió, llevando una uva a sus labios.

El perro gruñó, pero no se movió de su sitio, echado en la alfombra a los pies de Amy.

—De verdad no quiero hacerlo...

—Vamos, Amy, solo una. ¿Por mí?

Ella inspiró hondo y abrió la boca para recibir la uva que Jason le ofrecía.

—Esa es mi chica. —Él sonrió y le ofreció otra uva.

—No quiero, voy a vomitar...

—No pasa nada, ya te he visto vomitar —él insistió y metió otra uva a su boca—. Y seguramente él se lo comerá —señaló al perro a su lado.

—Déjalo en paz, mi pobre bebé está viejo y casi ciego, no voy a permitir que esté comiendo vómitos.

—¿Viejo? ¿Qué edad tiene?

—Unos quince años. Cuando lo adopté tenía doce, más o menos, claro, es lo que calcularon los veterinarios del refugio, la verdad es que nadie lo sabe con exactitud. El pobre vivió la mayor parte de su vida en la calle.

—¿Quieres decir que adoptaste a un perro viejo?

—Sí, nadie lo quería, así que me lo traje a casa para darle una mejor vida durante sus últimos años. Me dijeron que no viviría mucho, estaba muy enfermo en aquel entonces. Pero ha salido adelante, es todo un campeón —ella le explicó, esbozando una sonrisa colmada de orgullo al acariciar la cabeza del animal—. Consiguió engañar a la muerte, ha vivido tres años más de lo que esperaban y estoy segura que vivirá muchos más.

—Es un luchador, como su dueña.

Amy le dedicó una mirada colmada de gratitud. Entonces se giró y apoyó la cabeza contra su hombro, rodeándole el cuello con los brazos.

—Si sigo luchando, es gracias a ti, que peleas a mi lado cada batalla.

—Yo solo te doy las armas, tú haces todo el trabajo.

—Dejémoslo a medias, entonces, ¿de acuerdo? Y mi mitad la divido con Jackie y con Callie, no podría continuar sin ellas.

—¿Callie? ¿Te refieres a la anciana que se suele sentar a tu lado, durante las sesiones de quimio?

—No sé qué haría sin sus pláticas, siempre me hace reír. Me cuenta de su vida y sus experiencias, es una mujer sumamente amena e interesante. Deberían hacer una película de su vida... —un bostezo interrumpió sus

palabras.

—Será mejor que te duermas —sugirió él, intentando apartarse para que ella pudiera recostarse completamente en el sillón, pero Amy no se lo permitió, aferrándose a su cuello en un abrazo.

—No tengo sueño, quédate a mi lado, Jason.

—De acuerdo, pero solo si te duermes.

Jason estiró la manta sobre ella, tomándose el tiempo para cubrirla a detalle, sin dejar ningún hueco.

—Quisiera ver a tele.

—Necesitas descansar, tu cuerpo te lo agradecerá.

—Solo un momento, eso me ayudará a relajarme. Ahora mismo no siento nada de sueño.

—Está bien, veamos una película.

Él se estiró y cogió el control remoto y comenzó a pasar los canales.

—Espera, acabo de recordar que Jackie me prestó unos discos Blu-ray.

—Si es la serie de *Casita en la pradera*, no me interesa.

—No es *Casita en la pradera*. —Ella se levantó y cogió uno de los discos de un estante, repleto de cientos de películas, y se lo entregó.

Jason examinó la carátula con sorpresa.

—¿*The Walking Dead*? —preguntó, mirándola con la boca abierta—. ¿Desde cuándo te gustan a ti los zombis? O a Jackie, a todo esto. Si estuvo llorando una semana entera cuando mataron un caballo de ese programa que tanto le gusta... ¿*My little Pony*!

—*Heartland* —lo corrigió ella, riendo divertida.

—Lo que sea, a lo que voy es que mi hermana es más de unicornios que de zombis, ¿cómo es que ahora es capaz de ver esta clase de...?

—No lo hace —Amy lo interrumpió, sacando los otros discos del estante—, no es de ella, es de Jared. La tomó prestada de su casa cuando se enteró de que me gusta esta serie.

—¿Y por qué te gusta? —él quiso saber, inclinándose sobre el aparato para

colocar el disco—. Había asumido que compartías los mismos gustos de mi hermana y encontrar en ese estante la colección completa de *My Little Pony*.

Amy esbozó una ligera sonrisa.

—Digamos que cuando tu vida amenaza con convertirse en una pesadilla, te sientes más esperanzada cuando ves un verdadero apocalipsis, una realidad que podría ser mucho peor que unas cuantas quimios —explicó en voz baja, encogiéndose un hombro—. Es tonto..., pero me ayuda, supongo.

—No es tonto, tiene lógica.

Él estiró una mano y tomó la suya para estrecharla con delicadeza.

—¿Qué es el cáncer comparado con tener que luchar contra una horda de zombis?

Amy soltó una risita y asintió.

—Exacto.

—Aunque quizá te gustaría más *Guerra mundial Z*, en ella tú estarías a salvo.

—¿Por qué?

—¿Es que no la has visto?

—No.

—Bueno, en ese caso, tendré que conseguirla para que la veamos —él anunció, y miró al perro que los estudiaba atentamente con sus brillantes ojos verdes—. Sale el tocayo de tu perro, Brad Pitt.

—En ese caso, no puedo perdérmela.

—Anda, que ni lo hace tan bien —bufó Jason, terminando de colocar el disco—. Ahora ve a sentarte que la función va a comenzar. Y tú, perro, cierra los ojos. No quiero darte ideas de las formas en que podrías destripar a un cuerpo humano.

—Déjalo en paz, Brad no sería capaz de matar a una mosca.

—Eso dices tú porque lo quieres. Pero yo noto sus negras intenciones cada vez que me ve. Si yo fuera una caricatura, ahora mismo sería una chuleta gigante con patas.

Amy soltó una risita, cubriéndose con la manta una vez más.

—Deja a mi perro en paz y pon la peli de una vez, por favor.

Jason hizo lo que ella le pedía, intentando ocultar la alegría que había sentido al escucharla reír.

Debía levantarse temprano para ir a casa a ducharse e irse al trabajo. Desvelarse no entraba en sus planes. Sin embargo, verla más animada era una recompensa que hacía que cualquier cansancio extra valiera la pena.

\*\*\*

Amy dormía en el sillón, con ese perro que era la copia de Cancerbero, el perro del inframundo, custodiándola fielmente a su lado. Sus ojos verdes brillaban en la oscuridad, como si se tratase de un verdadero demonio, amenazante ante cualquier movimiento que Jason hacía, como si solo buscara una oportunidad para atacarlo.

Ella parecía tranquila con el can a su lado, por ello optó por no apartarlo. Supuso que podía dejarlo pasar por esta vez, a veces los animales ayudaban a subir el ánimo de la gente y esto mejoraba el sistema inmune, y aunque él no era devoto de la idea de tener animales en casa, y mucho menos cerca de un enfermo, realmente parecía ayudarla y decidió no mover al perro por esa noche.

No es que le tuviera miedo, por supuesto. Eso no.

Jason apartó la vista del can y la fijó en la pantalla del televisor encendido sobre la chimenea. El fuego calentaba la estancia, aun así sentía algo de frío y pensó que tal vez Amy podía necesitar otra manta. En su condición, debía mantenerse bien abrigada. Por lo que tomó la manta tejida que descansaba sobre el respaldo del sofá y la extendió sobre ella, cuidando de no tocar al perro, que no perdía detalle de lo que él hacía.

—Si me muerdes, te regreso la mordida —le dijo en voz baja.

El perro pareció dudar, pero finalmente apartó la mirada, como si él no fuera



suficientemente bueno para dedicarle algo de su tiempo.

—Tú tampoco me agradas, colega.

El animal movió las orejas, pero no hizo ningún asomo de moverse. Ni de morderlo, afortunadamente.

Jason se permitió entonces disfrutar de un momento al lado de Amy, observándola dormir plácidamente, de una forma que pocas veces había podido. Extendió una mano y acarició su rostro, apacible y tranquilo. La luz de la luna se colaba por la ventana, iluminándola con su brillo de plata. Su piel lucía sumamente blanca, casi de forma sobrenatural. Y su cabello dorado brillaba en finas hebras, como destellos argentados, moviéndose con cada una de sus caricias.

Entonces sus dedos se enredaron ligeramente en su cabello y al intentar apartar la mano, un mechón enorme se vino con él.

Al verlo, el enorme pitbull comenzó a gruñir, como si hubiese hecho daño a su dueña.

—¿Brad...? —Amy musitó, abriendo los ojos para encontrarse con Jason a su lado, sosteniendo un mechón de su cabello en la mano—. ¿Qué...?

—Lo siento, no ha sido a propósito —él comenzó a disculparse de forma apresurada—. Te estaba colocando una manta para evitar que te enfriaras y...

—Está bien, no te preocupes —Amy se puso colorada y buscó la manta, para cubrirse con ella la cabeza—. He estado siguiendo un tratamiento que mantiene fría la cabellera mientras aplican la quimio, pero últimamente no ha funcionado tan bien. El cabello ha comenzado a caerse y... Bueno, ahí tienes un poco de mí como resultado.

—¿Y si mejor lo cortas? Ya volverá a crecer después.

—Sí, tal vez lo haga... —asintió, poniéndose de pie. Su rostro estaba muy rojo y sus ojos luminosos, como si estuviera a punto de soltarse a llorar—. Será mejor que vaya a mi cama, tenías razón, aquí hace frío...

—Amy, aguarda —le pidió Jason, deteniéndola por el hombro—. Sé que es otro cambio, pero no por ello debes tomarlo como algo malo, ¿de acuerdo? El

cabello crece...

—Sí, lo sé.

—Entonces, ¿por qué estás llorando?

—Porque... porque... No quería que me vieras así —dijo al fin, soltándose a llorar.

—¿Así cómo?

—Con un agujero en la cabeza —confesó, llorando más fuerte.

—Amy... —él la abrazó, pegándola fuertemente contra su pecho.

—Lo siento, no quiero ser una pesada que se suelta a llorar por su cabello —musitó ella, secándose el rostro con el dorso de la mano.

—Está bien, no pasa nada, no eres la primera que lo hace.

—Sí, es cierto, eres oncólogo, debes de ver a muchas mujeres como yo.

—Me refiero a que puedes darte la libertad de llorar de vez en cuando, Amy. No tienes que ser perfecta todo el tiempo. Si quieres llorar por tu cabello, llora por tu cabello.

Ella soltó un largo suspiro y asintió con la cabeza.

—De acuerdo, lo haré... Pero esperaré a mañana, para tener un buen motivo para llorar.

—¿Qué pasará mañana?

—Iré a la peluquería y lo haré, lo cortaré —anunció, en tono decidido—. Y entonces lloraré.

## Capítulo 17

Sentada frente al televisor de su salón, Amy observaba en silencio una nueva repetición de su comunicado de prensa. Se veía a sí misma, bien arreglada y vestida, luciendo confiada de un modo como no se sentía en realidad, hablando acerca de su enfermedad y de cómo estaba segura de que la vencería con la ayuda de los excelentes médicos que la estaban atendiendo y el apoyo de su familia y amigos.

Ahora, vestida con un chándal, el pelo revuelto bajo un gorro de lana, porque de pronto había sentido mucho frío, y abrazada a su perro, que últimamente no se separaba de su lado, no se sentía en absoluto bella, confiada ni segura de nada. Y por supuesto, no contaba con su familia.

Kimmy continuaba perdida por los inmensos campos de las tierras mongolas, y de su madre no sabía nada más que necesitaba dinero y le exigía una transferencia urgente a su cuenta bancaria.

La puerta se abrió en ese momento y por ella entró Jackie, cargando con varias bolsas de compra del mercado.

Brad saltó del sofá y salió a su encuentro, meneando el rabo con alegría.

—Hola, Brady, ¿cómo estás, precioso? —le preguntó Jackie, acariciándole la cabeza con la punta de un dedo, que era todo lo que tenía libre, de tan cargada que iba.

—Jackie, ¿qué estás haciendo? —le preguntó Amy, poniéndose de pie para ir en su ayuda—. Se supone que no debes hacer esfuerzos, podrías hacerle

daño al bebé.

—Estamos bien, no te preocupes. Hemos venido a cuidarte, te trajimos algunas frutas del mercado, pensé que ya que has tenido tanto frío últimamente, podría ser señal de que te vas a resfriar, así que te compré naranjas frescas. ¿No son hermosas? —le preguntó, ofreciéndole una que Amy cogió con una mano, sin hacer la menor intención de comerla.

—Sí, lo son.

—Cómela, no solo la veas. Hay muchas más —comentó, enseñándole unas hermosas naranjas que estaba sacando de la bolsa de tela—. Sé que no tienes apetito y te entiendo completamente, de verdad que el tema de las náuseas es algo que compartimos en este momento las dos. Sin embargo, tanto tú como yo debemos alimentarnos bien, por nuestra salud...

La voz de la televisión las interrumpió. En el programa de comentarios habían vuelto a sacar la foto de Amy al tiempo que una periodista hablaba sobre lo valiente que era ella al enfrentar esa enfermedad, que a veces podía ser tan cruel.

—Es increíble que sigan hablando de eso —comentó Amy—. Ya ha pasado más de un mes desde que di ese comunicado de prensa.

Brad, como si notara la tristeza de su dueña, comenzó a lamerle los dedos, buscando sus caricias. Amy sonrió un poco, cediendo a lo que su perro le pedía. Al menos él podía sacarle una sonrisa de vez en cuando.

—Eso es porque te admiran, y tienes que sentirte orgullosa de que te dediquen tantas palabras lindas, Amy, porque te lo mereces. Eres muy valiente.

—No me merezco nada, Jackie. No he hecho nada, estoy enferma, esto no tiene nada de valentía. Yo no fui a salvar huérfanos de la guerra, como Jason, o a ayudar niños hambrientos en África, como Jared, o a construir casas en las zonas rurales de México, como lo hicieron tú y Luke. Yo no he hecho nada que sea digno de orgullo.

—Amy, eso no es cierto, tú das un gran ejemplo a la gente con tu actitud y tu

fortaleza. Hay muchas formas de ser valiente en esta vida, y tú lo estás demostrando con la entereza con la que te enfrentas a la adversidad. Miles de niñas de todo el mundo que padecen cáncer ahora te siguen de cerca por tus redes sociales, deseosas de saber más de ti, y eso es porque tú las inspiras, les das fuerzas con tu forma de enfrentarte a la enfermedad, imitarte a ti se ha convertido en su modo de mediar con el dolor día a día, igual que lo haces tú. Eres su ejemplo a seguir y por eso deberías sentirte sumamente orgullosa.

Amy sintió deseos de llorar, pero se contuvo, no quería alterar a su amiga.

—Gracias, Jackie... Eso significa mucho para mí.

Jackie, más emotiva que ella, la abrazó y derramó un par de lágrimas, al tiempo que le decía:

—He traído lo que me pediste.

Amy tragó saliva, comprendiendo a lo que se refería.

—¿Estás segura de que no prefieres ir a una peluquería?

—Quiero hacer esto en casa, no deseo ver cientos de fotos mías mañana en los tabloides.

—Bien, si esa es tu elección, la respeto. Pero déjame ayudarte, ¿quieres? Tengo un poco de experiencia en esto.

—Sí así lo quieres... —Amy musitó con desgano y se encogió de hombros, quitándose la gorra de la cabeza.

Al hacerlo, varios mechones de cabello salieron con la lana tejida y su rostro, de por sí triste, pareció oscurecerse más.

Jackie debió hacer acopio de todo su valor para no echarse a llorar allí mismo. Últimamente estaba supersensible y ver a su hermosa amiga así, con agujeros sin pelo en la cabeza y mechones enteros en la mano, de los que Amy se afanaba por quitar del tejido, le partía el corazón.

—Deja eso, yo puedo hacerlo después —le dijo Jackie, quitándole el gorro y cogiéndola de la mano para llevarla con ella al baño.

Amy se sentó sobre el borde de la bañera, mientras Jackie se preparaba. Sacó la maquinilla de afeitar de Luke, la que Amy le había pedido prestada,

además de un aspersionador de pelo, algunos cepillos y un babero de peluquero.

—Has venido muy bien preparada —comentó Amy, sorprendida.

—No es mi primera vez.

—¿Con un humano?

—En cuanto a eso, sí es mi primera vez —admitió ella y Amy rio un poco—. Ahora relájate, esto no te va a doler nada. Brad, cielo, hazte a un lado o tú también terminarás sin pelo —añadió, moviendo al can que se había metido a la fuerza al baño con ellas, en su afán de no alejarse de su dueña.

—Pobrecillo, debe presentir que algo anda mal y se preocupa. Quizá teme que termine en la calle de nuevo, si llega a pasarme algo...

—Yo creo que te quiere y por eso está tan mortificado —le aseguró Jackie, comenzando a rapar la cabeza de su amiga—. ¿Es que nunca has escuchado de Hachikō?, ¿o de esos perros que se quedan a vivir en las tumbas de sus dueños, esperando por ellos sin importarles el clima, el hambre ni nada, con tal de volver a verlos?

—Dios, pobre Brad... —murmuró Amy, sintiendo que las lágrimas se agolpaban en sus ojos—. Por favor, Jackie, prométeme que si muero, no permitirás que Brad termine nuevamente en una perrera, o peor, en las calles.

—¡Tú no vas a morir, Amy!

—Eso no lo sabes, nadie lo sabe... solo promételo, por favor.

—No, no lo haré, porque entonces te estaré dando libertad para irte y no la tienes, ¿me has oído? —le dijo, tomándola por los hombros y mirándola con unos ojos brillantes a causa de las lágrimas—. Tienes que luchar y vencer al cáncer, o tu perro se quedará solo sin ti.

Amy iba a responderle cuando vio el dolor reflejado en los ojos de su amiga. Dolor mezclado con terror...

No quería hacer sufrir a Jackie. Con solo mirarla notaba lo sobrecogida que estaba su amiga. Eso no era bueno ni para ella ni para el bebé.

Así que se guardó sus palabras y Amy la abrazó, y juntas lloraron por unos cuantos minutos, desahogando lo que llevaban dentro. Brad, inseparable como

siempre, comenzó a lamer a Amy en el rostro, buscando animarla a su particular manera.

—Ya, chico, todo está bien. Todo está bien... —le susurró Amy, acariciándole la cabeza.

—Creo que intenta decirte que te ves muy guapa... ¿Te gustaría verte al espejo? —le preguntó Jackie, con un atisbo de miedo en la voz.

Amy asintió, y se puso de pie. Se miró al espejo y el reflejo que vio no lo reconoció. Al menos, no al principio... Pero sí, esos eran sus ojos, esa su nariz y ese, su rostro.

Un apagado y triste rostro...

—Te ves muy guapa —le dijo Jackie, buscando animarla—. Hay personas a las que les quedaría fatal esta apariencia, pero tú te ves hermosa. Tienes una cabeza bonita y...

—Ya para, por favor —le pidió Amy, intentando contener su enojo—. Esto no es un cambio de estilo. No es algo que yo elegí. Si yo hubiese querido raparme la cabeza, entonces sí podrías decirme esas cosas, pero no, esto no es mi elección, así que, por favor, no me digas lo bonita que me veo cuando sé que no es verdad.

—Amy, pero es que en verdad te ves guapa.

—¿Tú te raparías la cabeza para verte guapa? No, por supuesto que no — espetó Amy, volviendo a colocarse la gorra de lana y saliendo del baño.

A su espalda escuchó el motor de la maquinilla y se giró, sin comprender para qué iba a usarla Jackie. Cuando vio que su amiga se la estaba pasando por su cabeza, con movimientos diestros y rápidos.

—¡Jackie! ¿Qué estás haciendo? —exclamó Amy, corriendo a su lado para detenerla.

Pero ya era tarde, porque su amiga ya tenía la mitad de la cabeza sin pelo.

—Te demuestro lo guapa que me veo sin pelo —contestó Jackie con sencillez, continuando con el otro lado de su cabeza.

En pocos minutos estuvo tan calva como Amy.

—Dios santo, Jackie, ¿qué has hecho? —le preguntó Amy, profundamente abatida—. Tu pelo... tu hermoso pelo...

—Deja de pensar en eso, que el pelo vuelve a crecer, mujer. Yo me siento muy bien, fresquita y suavcita —se pasó la mano por la nuca, brillante bajo la luz de los potentes focos del baño.

—¡Parecemos un par de huevos!

—Yo creo que me parezco más a una bola de billar, ¡mira cómo brillo, mujer!

—Jackie, que no es una broma.

—Sí lo es, Amy, deja de tomarte esto tan en serio, que no pasa nada si tienes pelo o no. Estamos vivas y contentas, ¿qué más da tener que usar unos gorritos muy chulos o unas pelucas? Podríamos cogerle el gusto a esto, al menos yo creo que sí... —Jackie no pudo continuar hablando, Amy la abrazó tan fuerte como no recordaba que lo hubiera hecho en mucho tiempo.

—Gracias, Jackie... —sollozó, soltando al fin las lágrimas que se forzaba por retener—. Gracias por ser la mejor amiga del mundo.

—Ese título lo tienes tú, guapa —le dijo Jackie, con la voz un poco quebrada—. Yo solo trato de seguirte el paso.

Se quedaron unos minutos así, hasta que al fin Jackie se soltó, y secándose las lágrimas con el dorso de la mano, le dijo a su amiga:

—¿Qué te parece si nos consentimos un poco esta noche y ordenamos comida de *Lorenzo's*? Pediré ese risotto con champiñones que tanto te gusta, y dos rebanadas enormes de su pastel de chocolate.

—Mejor diles que envíen el pastel completo —convino Amy, sonriendo al fin—. Y mucho helado.

—Pastel y helado de frambuesas a la orden —declaró Jackie con voz cantarina, saliendo del baño para ir en busca de su teléfono y hacer la llamada.

Amy sonrió al verla, sintiéndose profundamente agradecida de poder contar con una amiga tan excepcional como ella. Podía ser que no tuviera a su familia consigo, pero la vida le había dado algo mucho mejor, una hermana del



corazón que estaba con ella por elección y no por obligación.

Brad le lamió los dedos de nuevo y Amy sonrió, sintiendo su cariño también.

Al alzar la vista, volvió a ver su reflejo en el espejo.

No, ya no iba a llorar ni a sentir lástima por sí misma.

Era afortunada por contar con el apoyo de personas maravillosas que la amaban.

Esa noche, mirándose a sí misma a los ojos, se juró que no volvería a dejarse caer en ese agujero oscuro. Prometió que no volvería a quejarse. Si podía ayudar a alguien siendo un ejemplo de entereza, como Jackie le había dicho, lo sería.

Quizá no había sido capaz de viajar a la guerra o a las zonas de extrema pobreza para ayudar a la gente, pero ella podía ayudar a otros que también estaban necesitados de esperanza.

Y si ella podía convertirse en ese granito de arena que ayudara con la recuperación de una sola persona, sin duda, haría todo lo que estuviera en sus manos por conseguirlo.

## Capítulo 18

### *Finales de noviembre*

Jason llegó al refugio de animales con gesto contrito. Jackie lo observó acercarse a la multitud reunida en torno a un improvisado plató al aire libre, donde se filmaba una entrevista de televisión en vivo. Varias cámaras apuntaban a Ellie y a Amy, quienes, sentadas sobre sillas plegables, contestaban las preguntas de una reportera.

—Me alegra que hayas venido —le dijo Jackie, pasando por alto el gesto molesto de su hermano.

—No puedo creer que ella esté aquí —espetó Jason, cruzándose de brazos—. Le dije claramente que no viniera.

—Era una cita importante para ella, se lo había prometido a Ellie, ¿recuerdas? Tú estabas allí.

—Sí, pero eso fue antes...

—Conoces a Amy, ella odia romper una promesa. Además, no está haciendo nada que la ponga en riesgo, te lo aseguro, he estado vigilándola todo el tiempo. Y Ellie tampoco se lo permitiría de todas formas, solo ha hecho acto de presencia para reunir más público, esta gente está haciendo muchas donaciones y el programa está saliendo en vivo, atraerá mucho dinero para el refugio.

—Entonces, ¿no se ha puesto a cargar animales ni a limpiar jaulas?

—Hermano, yo misma la despellejaría viva antes de permitirle acercarse a

los gérmenes.

Los ojos de Jason se ampliaron cuando reconoció la enorme cabeza que yacía sobre el regazo de Amy.

—¿Brad Pitt está aquí?

—¿Brad Pitt? —preguntó una viejita con el pelo azul, observando a Jason con ojos iluminados por la emoción.

—Brad Pitt es el perro, boba. Ya lo dijo Amy durante la entrevista —le contestó una anciana de cabello violeta, de pie al lado de la primera—. De verdad que estás muy sorda.

—¡¿Cómo que estoy gorda?! —exclamó, molesta.

Varias personas se giraron hacia ellas, haciendo señas para que guardaran silencio.

Jason apretó los labios para no reír y volvió a centrar la atención en su hermana.

—Ese pobre perro no se despegaba de Amy, creo que sabe que ella está enferma y teme perderla —le confesó Jackie, preocupándose por reemplazar el nombre por la palabra perro para no volver a crear un alboroto entre las viejitas.

—Es un buen animal, lo admito. Aunque aún no comprendo cómo es que Amy lo eligió, pudiendo tener uno de esos perros de raza pequeña que llevan las actrices en sus bolsos.

—En realidad, yo se lo conseguí.

Los ojos de Jason se entrecerraron al mirar a su hermana con enojo.

—Así que ese pitbull es tu culpa.

—Ella quería un perro que nadie más quisiera, uno que necesitara, más que ningún otro, una oportunidad. A los viejitos nadie los adopta, ninguna persona ni familia desea tener un perro que vaya a vivir solo un par de años, de por sí duele demasiado despedirse de ellos cuando viven una vida completa a tu lado. Te encariñas y los consideras como si de verdad fuesen parte de tu familia. Además, los gastos veterinarios suelen ser mayores, ya que vienen con

problemas de salud, en su mayoría. Así que elegí a Brad para ella, era perfecto, un perro amable y fiel que necesitaba una oportunidad para ser amado, porque nadie más lo quería. Ahora él es feliz al lado de Amy, y ella también al ofrecerle a ese animal los mejores años de su vida, por pocos que sean los que le queden.

Jason inspiró hondo, sintiendo que el respeto y el cariño hacia esa chica crecían más y más. Ahora entendía el motivo por el que se había negado de forma tan vehemente a deshacerse del perro.

—Además, hay otra cosa —añadió Jackie—. Luke siempre me habla de una perra pastor alemán que tuvo siendo niño. Ella los salvó a él y a su madre del ataque de su padre, recibió una bala por él y eso le costó la vida a la perra.

Jason no supo qué decir, no tenía idea de que Luke había vivido un pasado tan tormentoso.

—A Luke todavía le duele recordar la forma en cómo la perdió, los veterinarios no pudieron hacer nada para salvarla. Sin embargo, recuerda con cariño cada momento vivido con ella, y con suma gratitud el que diese su vida para salvarlo a él y a su madre. Así que, pensando en eso, es que también elegí a Brad para Jackie. Ella es una persona famosa y una chica muy guapa, necesita tener un compañero fiel a su lado con la capacidad de defenderla en caso de llegar a necesitarlo. Y Brad Pitt podrá ser viejo, pero daría la vida por ella, te lo aseguro. Es esa clase de perro fiel que llegaría a la muerte con tal de proteger a quien ama... Igual que tú.

Jason esbozó una sonrisa.

—Gracias, siempre ha sido mi meta en la vida ser comparado con un perro viejo —le dijo, sarcástico, aunque su sonrisa era sincera.

—Por favor, guarden silencio, queremos escuchar la entrevista —les pidió una anciana bajita, con el pelo rosado, similar al algodón de azúcar, que llevaba un póster enorme de Amy y varios bolígrafos en la mano, seguramente con la intención de que ella se lo firmara.

Y las otras dos de azul y violeta asintieron con la cabeza, secundándola.

Entonces Jason se calló y prestó atención a la entrevista. Amy reía con las bromas de Ellie, siempre divertida, mientras conversaban sobre sus respectivas mascotas y los planes que se llevarían a cabo con las donaciones para el refugio.

Los ojos de Jason se clavaron en Amy. Llevaba la cabeza calva, sin ningún adorno o sombrero, un símbolo personal de lo orgullosa que se sentía por ser una luchadora contra el cáncer.

Jackie también se había rapado la cabeza en un gesto de compañerismo con su mejor amiga, sin embargo, el pelo ya le había empezado a crecer de nuevo, y ahora lucía como una piña, con pelos parados en todas direcciones. Y a la muy loca le encantaba.

—Oh, mira, Luke y Jared al fin han llegado del hospital —le dijo Jackie, fijándose en el par de hombres que iban acercándose por el camino principal.

Un par de guardias de seguridad los detuvieron y comenzaron a interrogarlos —Iré a recibirlos, creo que olvidé dar su nombre a los de seguridad —murmuró Jackie—. Últimamente se me olvida todo...

—Es culpa de este pequeñín —comentó Jason, palpando con sumo cariño el vientre de su hermana, que ya comenzaba a hincharse—. No te aflijas, quédate aquí y sigue escuchando la entrevista, iré yo a recibirlos.

—No, yo soy parte de la organización y me reconocerán. Además, quiero que Amy te vea cuando termine la entrevista, no falta mucho —le aseguró su hermana, antes de alejarse a paso rápido, sin darle la oportunidad de negarse.

La atención de Jason volvió a centrarse en Amy.

—Amy, la labor que haces es increíble. Eres un gran ejemplo para miles, tal vez millones de niñas y mujeres enfermas de cáncer. También para los hombres con esta enfermedad. Tu mensaje lleno de positividad para enfrentar a la gran C, es invaluable. Incontables mujeres hoy salen a la calle con la cabeza rapada, en solidaridad contigo y todas las chicas enfermas. Y también hombres, aunque, hay que reconocerlo, muchos de ellos se rapan para ocultar la calva —comentó la periodista que le realizaba la entrevista.

La audiencia que escuchaba rio por el comentario y también Amy. Vestida con un sencillo conjunto compuesto por una jardinera de mezclilla y un suéter a rayas multicolores, lucía sumamente dulce... y hermosa.

Sin importar qué llevara puesto, con o sin melena, esa mujer era siempre hermosa.

—Amy, cuéntanos, ¿qué sientes al inspirar a tantas personas en el mundo entero? Que tu voz llegue a todas esas personas que sufren momentos muy duros y que han encontrado en ti una imagen de alegría a quien imitar.

Amy inspiró hondo, observando a la periodista con una sonrisa, aunque su voz estaba colmada de seriedad.

—No me siento en absoluto de esa forma. No soy un ejemplo de vida ni de alegría, como me han llamado tantas veces. Estoy pasando por un momento duro en mi vida, es cierto, pero no tiene nada de diferente o especial en comparación al de otras personas que también están viviendo una lucha contra algún tipo de cáncer, u otra enfermedad. Y no soy inmune al dolor, ¿sabes? Hay ocasiones en que es realmente difícil sobrellevarlo, muchas veces me caigo, me deprimó y lloro... De hecho, lloro mucho —confesó Amy, esbozando una sonrisa que parecía contradecir sus palabras—. Y es entonces cuando necesito más que nunca a mi familia, mis amigos, que son los seres más queridos para mí. Ellos son los que siempre han estado ahí, a mi lado, apoyándome y dándome ánimos, constituyen el pilar para sostenerme, cuando siento que ya no puedo hacerlo por mí misma. Así que, por supuesto, que no soy un ejemplo de fortaleza ni de alegría incondicional. Si hay alguien a quien premiar, es a ellos, sin ninguna duda. Merecen un trofeo a la paciencia por soportarme en mis peores momentos.

Hubo algunas risas.

—Sin embargo, si puedo ayudar a alguien, aunque sea a una sola persona, a albergar esperanza, a sentir que no está solo recorriendo este difícil camino, a identificarse con otro igual en mí, entonces me sentiré satisfecha por haber podido servir de ayuda para alguien, y eso se convertirá en una luz que, en

medio de esta oscuridad, me ayude a sentirme mejor. Porque no soy yo la que los ayuda a mejorar, son ellos, con sus cartas, sus mensajes, sus constantes saludos y muestras de apoyo hacia mí, los que me impulsan a sanar, y soy yo quien está profundamente agradecida con esas maravillosas personas.

Los aplausos no se hicieron esperar, junto con gritos de apoyo y cariño hacia ella.

—Esta es Amy Taylor, siempre tan humilde y sencilla, una persona hermosa por dentro y por fuera, una luchadora valiente con un corazón más grande que la Tierra misma, ¿no les encanta, chicos? —preguntó Ellie al público, abrazando a su amiga, sumamente orgullosa de ella.

La gente continuó aplaudiendo y gritando, muy contenta, dedicándole a Amy palabras de ánimo.

Jason también lo hizo, maravillado y orgulloso de ella.

La periodista dijo algunas palabras más como despedida y pronto la entrevista terminó.

Las personas de seguridad comenzaron a pedirles a las personas de la audiencia que se retiraran.

Jason observó a Amy mientras se despedía de Ellie y de la periodista, visiblemente contenta con los resultados obtenidos. Habían conseguido más donaciones de las esperadas y el refugio estaba a salvo para albergar a los animales por varios años más.

Entonces los grandes ojos grises de Amy se posaron en Jason y esa maravillosa sonrisa se amplió aún más. Y él no pudo evitar devolvérsela. Sus piernas se movieron como por inercia, acercándolo a ella.

—Señor, no puede pasar —le espetó uno de los guardias, deteniéndolo con un gesto brusco.

—Está bien, está conmigo —intervino Amy—. Él es mi novio.

—¿He oído bien? —preguntó Ellie, atenta a sus palabras—. ¿Es este el novio misterioso del que siempre hablas, pero nunca has dejado ver en público?

Amy tomó la mano de Jason, dedicándole a su amiga una sonrisa satisfecha.

—Pues sí, Ellie, él es —contestó—. Y de hecho ya lo conocías, ¿recuerdas a Jason? Te lo presenté hace unos meses, en el plató de tu programa.

—Claro que lo recuerdo —aseguró Ellie, y parecía sincera, aunque Jason no sabía cómo podría recordarlo entre tanta gente que conocía todos los días—. Amy me ha hablado mucho de ti. Dice que eres un médico excelente.

—Amy es demasiado generosa con sus opiniones. No sé si soy excelente, sólo sé que hago todo lo que está en mis manos para realizar bien mi trabajo y salvar vidas —respondió Jason, encogiéndose de hombros.

—Este es bueno, me cae bien —opinó Ellie, dándole una palmada a Jason en el brazo—. Cuida bien de mi chica, por favor. No permitas que decaiga, tenemos que vencer al maldito cáncer.

—Le aseguro que haré todo cuanto esté en mis manos, y todavía más, para que así sea.

Amy le dedicó a Jason una sonrisa agradecida al escuchar sus palabras. Brad, que había estado a su lado todo ese tiempo, lanzó un ladrido, como si también apoyara el argumento.

Ellie y ella hablaron un par de minutos más antes de despedirse, quedando en seguir manteniendo comunicación constante por teléfono y por whatsapp. Y por la expresión de preocupación que Jason vio en los ojos de la mujer, le quedó claro que ella estaría muy pendiente de su amiga.

Cuando al fin se quedaron a solas, Amy se sintió un poco incómoda al notar la intensa mirada de él sobre ella. Sabía que estaría molesto, le había advertido que debía cuidar su salud y no estaba de acuerdo con que acudiera al refugio.

—Jason, qué sorpresa que vinieras —le comentó, pues no se le ocurrió nada mejor que decir.

Él arqueó una ceja, y ella se sintió derrotada con ese simple gesto.

—Jason, no te enojas, ¿quieres?

—¿No te había dicho que debías tener precaución con tus salidas? Tus



últimos análisis no salieron tan bien como queríamos, Amy. Te advertí que nada de gérmenes, y tú te vienes al sitio donde más clases de bichos podrías pillar. Esos animales tienen pulgas, garrapatas y toda clase de bacterias encima. ¿Te parece saludable?

Brad lanzó un gemido, como si temiera que hablaran de él. Amy se apuró en acariciarlo tras las orejas, intentando consolarlo.

—Jason no exageres, la gente de este refugio cuida muy bien a esos animales, están todos saludables y si no lo crees, pregúntale a Jackie. Además, no me he acercado a ninguno de ellos, solo he venido a promocionar el lugar para conseguir más donaciones.

—¿Y qué hay de toda esa gente? —señaló las gradas improvisadas, que continuaban abandonando las personas del público—. Te dije que debías mantenerte resguardada en casa, con el menor contacto posible con los exteriores y las personas.

—Y yo te contesté que no voy a permitir que el cáncer gobierne mi vida —replicó ella.

—Está bien que tengas esa actitud, ¡pero no que arriesgues tu vida tomando decisiones estúpidas y esperando a que me sienta a ver sin hacer nada!

—Es mi vida, Jason. Yo te amo, pero si no puedes aceptar que decida cómo vivirla, quizá lo mejor sería que no fueras mi médico y te centres en ser solo mi novio, porque lo que necesito de ti ahora mismo no son tus reproches, sino tu apoyo.

—No me pidas que actúe como si no supiera las consecuencias que podrían tener las acciones que estás tomando. Las repercusiones, si es que llegaras a enfermar ahora, serían catastróficas.

—*Podrían*, ese es el tema. Es una posibilidad, no un hecho. Y como es posible que enferme, es igual de posible que no lo haga, ¿por qué no solo te apegas a esa idea y eres feliz?

—¡Porque si llego a perderte, nunca podría ser feliz! Y mucho menos si cargo en la conciencia que fue por una estupidez que pude evitar.

—No podrías evitarlo, porque las consecuencias de lo que llegue a suceder, son más y solo más. Es mi vida.

—Yo estoy en tu vida, ¿es que acaso eso no te importa?

—Por supuesto que me importa, a lo que me refiero es que si llega a pasarme algo, es una consecuencia a las decisiones que yo tomé, no a las tuyas. En los actos que yo decido, tú no tienes ninguna carga ni culpa, y si por un momento crees que no es así, lo mejor es que te apartes de mí ahora, porque no voy a permitir que tú te atribuyas una responsabilidad que no te corresponde, Jason. Es mi vida, mi salud, mi cuerpo, y son mis decisiones. No las tuyas —concluyó, alejándose de él, muy molesta, dando por zanjada la conversación.

Brad la siguió de cerca, como siempre, lanzando aullidos molestos contra él.

—¡Amy, espera...!

—Jared y Luke están sirviendo café y donas para recaudar fondos, y nos esperan allá... ¿A dónde va Amy? —preguntó Jackie, llegando en ese momento al lado de Jason.

—No tengo idea —contestó él, marchándose por el camino contrario, tan enojado que parecía echar humo.

## Capítulo 19

Jason salió al jardín, un área vasta de pasto verde, con algunos árboles y arbustos perfectamente recortados, formando un paisaje encantador. Iba cargado con un enorme ramo de peonias, además de varias bolsas de compra con la comida favorita de Amy, una caja con una tartaleta tamaño familiar de chocolate blanco y frambuesas y un bote de helado de pistacho vegano.

El frío colaba ese día y tuvo que admitir que los nervios se le habían puesto de punta cuando la criada, al recibirlo, le dijo que Amy estaba afuera. Sin embargo, se forzó por controlarse y no sacar a relucir su carácter sobreprotector. Había ido a disculparse con ella, no a empeorar la pelea.

Nada más atravesar la puerta que conducía a la terraza, vio a Amy, sentada al borde de una jardinera despejada de hierba y con tierra recién removida, ocupada en hacer trabajo de jardinería. Ataviada con un enorme abrigo azul, gorro de lana y guantes gruesos, seguía las instrucciones de un hombre de mediana edad y piel morena, que le indicaba el modo correcto de plantar algo similar a una papa pequeña, que ella metía en ese momento en un agujero.

El primero que lo vio llegar fue Brad. El can, vestido con un suéter y gorro a cuadros escoceses, alzó las orejas al escuchar sus pasos y corrió a recibirlo, lanzando ladridos de júbilo.

—Hola, colega —Jason lo saludó, rascándole tras las orejas. Al final, el condenado demonio había terminado cayéndole bien. Y el cariño parecía ser mutuo, porque el perro ya no parecía deseoso de asesinarlo cada vez que lo

veía.

Amy se giró sobre su hombro y sus formidables ojos grises se encontraron con los de él. Y a Jason le dolió no ver ese brillo especial, similar a la ilusión, en esta ocasión.

—Hola, Amy...

—Jason, pasa por favor —le dijo ella, en un tono cordial y formal, que en nada se parecía a las conversaciones que habían estado compartiendo los últimos meses.

—Los dejo a solas, señorita. Si necesita algo, estaré limpiando las hojas cerca de la piscina —el hombre habló de forma muy respetuosa, despidiéndose de Amy y de Jason con un gesto de la cabeza.

—Gracias, Rogelio, eres muy amable. —Amy le regaló una amplia sonrisa.

—Perdona que llegue sin avisar, Daniel me dejó entrar y Winnie me dijo dónde encontrarte... —comenzó a decirle Jason, sintiéndose un poco cohibido ante su frialdad—. ¿Qué estás haciendo aquí afuera?

Ella arqueó una ceja, dedicándole una mirada molesta.

—Es solo curiosidad, no voy a darte más órdenes sobre lo que debes hacer, Amy —lanzó un suspiro bajo—. De hecho, es por eso que he venido. Quiero disculparme contigo, tienes razón, no necesitas a otro médico que te esté dando órdenes 24/7. Necesitas a alguien que te entienda, que te apoye y te acompañe en las metas que te impones. Y yo quiero ser esa persona, Amy. Prometo que no volveré a portarme de ese modo, a menos que realmente tenga motivos serios para preocuparme, porque te amo y nunca voy a dejar de preocuparme por ti... —no pudo continuar hablando, ella se puso de pie y sin decir nada, le rodeó el cuello en un abrazo.

—Gracias, Jason... No podría hacer esto sin ti.

Él la rodeó con los brazos, todavía con los paquetes en mano, y la estrechó con fuerza contra su cuerpo.

—No tendrás que hacer nada sin mí, si tú no lo quieres. Aquí estoy y seguiré aquí, contigo, siempre que tú lo quieras.

—Entonces, quédate conmigo por siempre —le pidió ella, apartándose lo suficiente para poder mirarlo a los ojos.

—Eso me encantaría, Arizona.

Ella soltó una carcajada, y su risa le calentó el corazón.

—Me encanta verte reír otra vez. Fui un estúpido por opacar tu risa con mis preocupaciones.

—No digas eso, entiendo que te hayas portado así y realmente valoro que te preocupes por mí, Jason. Quiero pensar que es porque me quieres, y no solo porque eres mi médico.

—Te adoro, preciosa. Ser tu médico no tiene que ver en este asunto, a ninguna de mis otras pacientes les doy un seguimiento diario a donde quiera que vayan. Yo te acompaño porque te amo y quiero estar contigo, saberte a salvo... aunque a veces se me pase la mano.

—A mí me gusta tenerte a mi lado, Jason, de eso no tengas dudas. Y prometo que tendré más cuidado en adelante con tus recomendaciones, ¿de acuerdo?

—Y yo te prometo que respetaré tus decisiones, aunque no siempre esté de acuerdo... y eso te lo haré saber de vez en cuando.

Ella rio, asintiendo con la cabeza.

—No esperaba menos —concluyó, sonriendo cuando él se inclinó y la besó en los labios.

Ambos tuvieron que separarse cuando Brad, curioso como siempre, comenzó a olisquear en las bolsas que Jason cargaba, animado por el olor a comida.

—Hey, colega, dame un segundo, ¿quieres? —le pidió él, abriendo una de las bolsas para sacar un enorme hueso de carnaza. Al verlo, el perro lanzó un ladrido, emocionado, y se sentó sobre sus patas traseras, esperando obedientemente —. Toma, disfrútalo, *Mr. Pitt* —le dijo en tono jocoso, lanzándole el hueso, que el perro atrapó en el aire, y contento, se agachó a morderlo con total alegría.

—¿Le has traído un regalo a mi perro? —le preguntó Amy, mirándolo con ojos anonadados.

—Solo para que tuviera algo entre los colmillos que no fuera yo cuando quisiera hacer esto... —la rodeó una vez más con los brazos y la besó, esta vez con tanta pasión, que Amy tuvo que apartarse en busca de aire.

—Jason, para, no estamos solos... —le dijo, mirando hacia la piscina, donde su jardinero continuaba haciendo su trabajo—. Rogelio puede vernos, mejor entremos a la casa.

Él miró también al hombre, que llevando sendos cascos en las orejas, limpiaba el césped con un soplador de hojas.

—¿No quieres terminar antes lo que estabas haciendo? —le preguntó, señalando con un gesto de la cabeza, la jardinera a espaldas de Amy—. Por cierto, ¿qué estabas haciendo?

—Rogelio me estaba enseñando a plantar tulipanes.

—¿Te gustan los tulipanes? Creía que las peonias eran tus favoritas... —comentó él con cierto dejo de tristeza en la voz, al mirar su ramo de flores.

—Me encantan las peonias —le aseguró Amy, cogiendo el ramo de flores de su mano—. Son hermosas, Jason, gracias.

—No tienes que mentir, si te gustan los tulipanes, en adelante te traeré todos los que quieras.

—Las peonias son mis favoritas, es en serio. Estoy plantando tulipanes porque Callie me regaló los bulbos —le explicó Amy, apartándose para tomar una bolsa que había dejado sobre el césped, para que él pudiera ver su contenido—. Me dijo que tenía que hacerlo ahora, o no florecerán en primavera. Ella cree que son un símbolo de esperanza, son plantas que renacen después de prácticamente morir, son el *fénix* del mundo vegetal. Por lo que Callie cree que cuando las vea florecer, será como verme florecer a mí misma, renaciendo después del cáncer.

—Es una alegoría muy bonita —opinó él, tomando una de aquellos bulbos, similares a una patata pequeña, para observarlo de cerca—. A mí también me gustaría verlos florecer en primavera, ¿puedo ayudarte a plantarlos, o es algo que debes hacer tú sola?

Amy sonrió, contenta con la propuesta.

—Me encantaría que tú me ayudaras.

—Muy bien, entonces llevaré esto a la nevera, para que el helado no sea una sopa cuando quieras comerlo, y volveré en dos segundos a ayudarte.

—¿Me has traído helado?

—Helado de pistacho vegano y tartaleta de chocolate blanco con frambuesas, tu favorita.

Ella se acercó a él y tirando de su corbata, lo besó con una intensidad que a ambos los dejó sin aliento.

—Eres el mejor, ¿lo sabes? Soy la persona más afortunada por tenerte conmigo.

—Solo lo dices por la tartaleta —bromeó él, aunque en sus ojos se notaba lo mucho que sus palabras le habían afectado.

Ella no rio, posando una mano en su mejilla, lo miró con una seriedad abrumadora.

—Múdate aquí conmigo, Jason.

Él agrandó los ojos, sorprendido por la inesperada propuesta.

—Sé que es repentino y que te tomo por sorpresa, pero no quiero que estemos más tiempo separados. Si algo he aprendido de esta enfermedad, es que debo aprovechar cada día, vivirlo con intensidad, como si fuera el último, y hacer todo aquello que me hace feliz. Y tú me haces feliz... —sonrió, acariciando su rostro—. Te amo, Jason, y te quiero aquí conmigo, despertando cada mañana a mi lado y que sea tu rostro el último que vea antes de irme a dormir. No quiero desperdiciar más tiempo estando separados. Un día entero sin estar a tu lado ya fue demasiado.

Él le dedicó una mirada fervorosa, conmovido por sus palabras.

—¿Estás segura de esto, Amy?

—Lo estoy, como nunca estuve más segura de nada en mi vida.

Él dejó caer los paquetes al suelo y la rodeó por la cintura, alzándola en el aire en un abrazo colmado de emoción.

Ella rio con singular alegría y su risa se convirtió en carcajadas cuando él comenzó a dar vueltas con ella.

—¿Es eso un sí? —le preguntó al oído cuando él se detuvo al fin, sin dejar de reír.

Él buscó sus labios y la besó de una forma profunda y suave a la vez, un beso colmado de significado que a Amy se le quedó grabado en el corazón.

—Donde tú quieras que esté, allí estaré, preciosa.

Ella sonrió y volviendo a buscar sus labios, lo besó una vez más, deseosa de no apartarse de él nunca más.

De pronto, una mota fría en la punta de su nariz le hizo alzar la mirada. Jason también lo hizo y ambos sonrieron al ver que los primeros copos de nieve de la temporada comenzaban a caer, convirtiendo ese momento perfecto en uno mágico.



## Capítulo 20

—Jackie, qué bueno que llegas —Amy abrió la puerta para recibir a su mejor amiga—. Estoy muy nerviosa, si no salimos a comprar los alimentos ahora mismo, dudo mucho poder terminar la cena para cuando Jason llegue a casa.

—Lo sé, tengo el horario completo del día que me enviaste, Amy, por eso decidí pasar al supermercado antes de venir aquí. Traigo todos los ingredientes para la cena de bienvenida especial para mi hermano y, como sorpresa, añadí a la lista a una chef profesional.

—¿Una chef...? ¡Jenny! —exclamó Amy, sonriendo encantada al ver aparecer en su puerta a la cuñada de Jackie.

—¡Hola, Amy! —Jenny la saludó, dándole un gran abrazo—. Espero que no te moleste que haya venido a echarle una mano.

—Claro que no, al contrario, gracias por venir —le agradeció Amy, con total sinceridad—. La verdad es que no soy tan buena en la cocina como me gustaría y deseo preparar algo especial para Jason, ya que hoy será nuestra primera noche viviendo juntos.

—¿No es romántico? —preguntó Jackie, dando palmaditas de gusto—. Yo siempre supe que ellos dos terminarían juntos.

—Sí, nunca lo dudaste ni un segundo, lo llevas diciendo desde el estacionamiento del supermercado —le recordó Jenny, riendo divertida.

Amy rio también, negando con la cabeza.

—¿No has traído a las niñas? —le preguntó, al no ver a las pequeñas.

—No, está haciendo mucho frío y han estado un poco resfriadas, así que las dejé en casa, con Jared y Gaia. Por hoy, seremos solo nosotras... y las compras para la cena, por supuesto —dijo Jenny, cargando con dos enormes bolsas de papel, repletas de alimentos.

—¡Noche de chicas! —anunció Jackie con voz vivaracha, alzando otras dos bolsas de compras que habían dejado en el suelo.

—Jackie, déjame ayudarte con eso —Amy se dio prisa en quitarle una de las bolsas—. Por favor, pasen, que hace un frío terrible aquí afuera.

—Es lógico, mujer, ya ha comenzado diciembre y hasta hemos tenido la primera nevada.

—Lo sé, fue maravillosa, ¡me encanta la nieve! —comentó Amy, precediéndolas a la cocina—. Es fabuloso que este año haya llegado tan pronto.

—¿Estabas viendo un partido? —preguntó Jenny, cuando, al pasar junto al salón, vio la tele encendida y a un enorme perro pitbull, ataviado con una especie de quimono negro con estampados de flores, sentado en el sofá observando la televisión.

—Yo no, lo está viendo Brad, mi perro. A él le gusta el béisbol —le explicó Amy—. ¿Quieren una copa de vino...? Oh, lo siento Jackie, tú no puedes beber. ¿Qué tal algo de jugo de uva?

Jenny, que aún veía al perro con la boca abierta, tardó un segundo en reaccionar para responder.

—Que sean dos, yo estoy amamantando a Shirley, así que también tendré que pasar con el vino.

—Entonces serán tres... Ya saben, tengo cáncer. No puedo beber.

—Seremos tres sacrificadas —comentó Jackie, dejando la bolsa con la compra sobre la mesada de la cocina.

—El jugo de uva es delicioso, Amy, y sabrá exquisito acompañado por este hummus de champiñones y pimientos que hice en casa —dijo Jenny, colocando

sobre la mesa de la cocina un plato cubierto en papel aluminio, que destapó enseguida para que Amy pudiera verlo—. Pensé que podrías tenerlo como una opción para picotear esta noche.

—Tía, has pensado en todo. Y se ve realmente bueno —la alabó Jackie.

—Pruébenlo, hice bastante para nosotras y para tu cena de esta noche, Amy —le aseguro Jenny, sacando algunas galletas saladas veganas. Las untó con el hummus y se las ofreció.

—¡Qué rico! —exclamó Amy, dando otra mordida a su galleta—. Es el mejor hummus que he probado en toda mi vida, ¿realmente lo has hecho tú?

Jenny asintió, esbozando una sonrisa, contenta de que les agradara su comida.

—Jenny, eres un genio —la felicitó Jackie—. Nunca decepcionas con tus recetas, Jared es un maldito afortunado por comer todos los días lo que tú le preparas. Tienes que pasarme la receta... No, mejor, no, o lo que prepararé será humus en lugar de hummus.

—¿Qué diferencia hay? —preguntó su cuñada, preparando más galletas para ofrecerles.

—El humus es composta compuesta por popó de lombriz y desechos orgánicos —contestó Amy, tomando una segunda galleta.

—Y este bebé no comerá popó de lombriz —argumentó Jackie, sobándose la barriga, que empezaba a abultarse—, así que Jenny, serás una buena tía y le prepararás a tu sobrina o sobrino una deliciosa bandeja de este hummus cada semana, ¿no es verdad?

—Por supuesto, me encantará poder consentir al bebé, y a su mamá, de paso —contestó Jenny, riendo divertida—. Aunque te aseguro que es una receta muy sencilla, no creo que sea posible arruinarla.

—Mejor no la retes, en una ocasión intoxicó a Luke con frijoles enlatados —le contó Amy—. Ella solo los calentó en una olla y el pobre Luke estuvo en el baño un día entero después de comerlos.

—¿Cómo es posible que se intoxicara con frijoles enlatados?

—Pudo ser el hecho de que ya los había abierto antes, creyendo que eran aceitunas, y los volví a guardar en la despensa.

—¿Quieres decir que no los refrigeraste? —preguntó Jenny, aguantando una risita.

—Nop... Y no tengo idea de cuántos días, semanas o meses pudieron estar ahí antes de ponerlos en esa olla. Ya sabes, cerebro de embarazada...— contestó Jackie, encogiendo un hombro.

—Gracias al cielo que a ella no le gustan los frijoles, o pudo haberle hecho daño al bebé de haberlos probado —comentó Amy, en tono serio—. Luke terminó en urgencias.

—Es cierto, después de pasar todo el día en el baño, terminó en el hospital por deshidratación e intoxicación —afirmó Jackie, fingiendo un puchero.

—¡Dios mío, pobre Luke! —exclamó Jenny—. ¿Cómo no me enteré de nada de esto? Habría ido a visitarlo al hospital.

—No se quedó ni la noche completa en urgencias, y si les avisáramos cada vez que Luke se intoxica con algo que he cocinado, pasarían más tiempo de visita en el hospital que en su propia casa —bromeó Jackie—. Bueno, bueno, ya basta de hablar de mis dotes culinarias, o la falta absoluta de ellas. Estamos aquí para que Jenny nos enseñe a preparar una cena fabulosa para Jason, o mejor dicho, que te enseñe a ti Amy, mientras yo observo. Mi hermano pronto llegará, así que pongámonos manos a la obra.

—Es cierto, será mejor que nos demos prisa —convino Jenny—. Amy, te hemos traído varias cosas del supermercado considerando algunas recetas veganas, ¿qué te gustaría preparar?

—No lo sé. Había pensado en un plato sencillo, una pasta con salsa y quizá algún postre.

—Muy bien... —Jenny asintió, sacando rápidamente algunos vegetales de las bolsas—, se me ocurre que podríamos preparar una pasta Alfredo con coliflor y nuez, acompañada de unas calabacitas rellenas de verduras y salsa de tomate. De entrante unas alcachofas con aliño de limón y aceite de oliva, y

como postre un mousse vegano de chocolate, ¿te parece bien?

—Es increíble que pensaras en todo eso —comentó Amy, mirando a Jenny con ojos anonadados—. ¿Es que acaso eres vegana también?

—No, pero Felicity lleva una dieta muy estricta y he tenido que aprender a cocinar con ingredientes poco tradicionales —le contó Jenny—. Por cierto, también he traído unas chuletas, por si a Jason le apetezca comer carne. Las prepararé yo si no quieres tocar la carne.

—No te preocupes, él me dijo que no tenía problema en comer una cena vegana esta noche.

—De todas formas te las dejamos, Amy —le dijo Jackie—. Jason ahora vivirá aquí y él come más carne que un cavernícola.

—Tienes razón, no lo había pensado bien. Entonces, Jenny, ¿puedes enseñarme a prepararlas?

—Por supuesto —contestó ella, colocándose un delantal y situándose entre ambas mujeres—. Ahora vamos a empezar, y tú también ayudarás, Jackie. Cocinar es sencillo si prestas la debida atención. Además, ahora esperas un bebé y una mamá debe saber preparar una buena comida para sus hijos... sin mandarlos al hospital.

—Supongo que tienes razón, tendré que hacerlo alguna vez, cuando no esté Luke en casa para cocinar.

Las tres rieron, divertidas, y comenzaron con los preparativos para la cena especial de esa noche, que Amy esperaba que fuese la primera de muchas en el que ahora sería el hogar de ambos.

## Capítulo 21

—**A**my, el doctor Zivon está aquí —anunció Daniel desde el intercomunicador de la caseta de entrada.

—Gracias, Daniel. Y ya te he dicho que no debes anunciarme cuando él llegue, ahora vive aquí. ¡Ah! Y llámalo Jason, a él no le molesta.

—De acuerdo, Amy, así lo haré. Buenas noches.

—Buenas noches, Daniel —contestó Amy, secándose las manos en el delantal, nerviosa.

Aquella sería la primera cena que compartirían Jason y ella juntos como una pareja viviendo en el mismo hogar, y quería que fuera algo especial. Había puesto a hervir la pasta y la salsa ya estaba lista. Jason le había dicho que no le incomodaba la comida vegana, sin embargo, había preparado algunas chuletas para él siguiendo todos los pasos que Jenny le había indicado, por si acaso se le antojaba comer carne.

Se apuró en sacarlas del sartén y las colocó en un plato, para enseguida decorarlas con una ramita de perejil.

—Esto ya está —comentó, emocionada.

Brad, sentado en un mullido cojín, una de sus muchas camas distribuidas por toda la casa, la observaba atentamente, sin perder detalle de lo que ella hacía.

—Esto no es para ti, cariño, así que no te hagas falsas esperanzas —le advirtió al perro, guardando las chuletas en alto, no fuese a ser que Brad se viera tentado a alcanzarlas.

Debido a su avanzada edad, su perro tenía varios problemas de salud, por lo que Amy era muy estricta con respecto a su dieta. Solo podía comer el alimento de perro especial de fácil digestión, alto en proteínas y bajo en sales, que Jackie le había recomendado.

La llave en la puerta principal le hizo saber que Jason ya estaba en la entrada. A toda prisa, Amy se quitó el delantal y se miró al espejo, todavía nerviosa. Lucía horrible, el día anterior había recibido una dosis de quimio, y siempre el día siguiente se sentía terrible y su cuerpo se lo dejaba saber.

Lazó un suspiro y cerró los ojos, antes de lanzar el delantal, que todavía llevaba en la mano, sobre el espejo.

—¡Que te den! —le gritó, cubriendo su reflejo.

—¿Amy? —Jason la llamó desde el vestíbulo.

Ella ya corría a darle alcance, sonriendo de oreja a oreja al verlo entrar con varias cajas, que iba dejando sobre el piso de mármol del recibidor.

—¿Necesitas ayuda?

—No, ya es lo último —contestó él, inclinándose sobre su rostro para besarla—. Luces preciosa esta noche.

Amy sintió que el rubor cubría sus mejillas y lo miró encantada. Sabía que no era cierto, pero cuando él se lo decía de esa forma tan fervorosa, realmente se sentía hermosa.

—¿Te gustaría comer italiano o chino esta noche? —le preguntó él, dejando la caja que llevaba cargando sobre la pila que había depositado en el vestíbulo—. Estoy muerto de hambre.

—Me alegra oír eso porque te tengo una sorpresa preparada.

—¿Una sorpresa?

—Quiero que esta noche, nuestra primera noche viviendo juntos, sea especial —le dijo, tomando su mano y llevándolo con ella hasta el comedor, decorado elegantemente con flores de colores y velas.

—Amy, esto es maravilloso... —Jason se acercó a la mesa, sobre la cual una gran variedad de platillos se encontraban servidos, y todos lucían

magníficos—. ¿Tú preparaste todo esto?

—En realidad, Jenny y Jackie vinieron a ayudarme esta tarde. Quería que todo fuera perfecto —le contó ella, visiblemente emocionada—. Y estos son solo los entrantes, el plato principal pronto estará listo. Ve a lavarte mientras voy a la cocina a servirlo.

—Amy, espera. —Él la sujetó por la cintura, antes de que pudiera alejarse, y la atrajo en un abrazo—. Esto es increíble, te lo agradezco... Pero no tenías que tomarte tantas molestias por mí, sabes que con una simple sopa de microondas me hubiese conformado.

—No es una molestia cuando se hace con amor —le dijo ella con voz suave, rodeándole el cuello con los brazos—. Solo quiero que sepas lo mucho que te amo, y lo feliz que me hace que estés aquí conmigo.

—Eres maravillosa, Amy Taylor, y si me amas la mitad de lo que yo te amo, entonces puedo considerarme el hombre más afortunado del mundo, porque yo, mujer, te adoro con locura.

Ella rio, y su risa se fundió con la suya cuando él se inclinó sobre su rostro y la besó con pasión, incapaz de permanecer más tiempo apartado de ella.

Cenaron tranquilamente, disfrutando del momento y de la comida, que estaba fabulosa. Brad se coló en el comedor, en busca de sobras, pero Amy no cedió, por lo que, aburrido, terminó por marcharse a ver el partido al cuarto de televisión.

—Amy, para no comer carne, preparas unas chuletas fabulosas —la felicitó Jason, buscándole el último residuo de carne al hueso.

—Jenny me dio la receta, ella es increíble en la cocina. Te aseguro que, de no ser por ella, no sé si habría conseguido preparar una cena decente para esta noche. Tengo que ir a comprarle un regalo como agradecimiento, te juro que estas alcachofas son las mejores que he probado en toda mi vida —comentó ella, repasando una hojita con los dientes—. Y aún falta el postre, mousse de chocolate. Ahora mismo lo traigo.

—Podemos esperar para el postre —Jason la detuvo cuando ella se ponía de



pie para recoger los platos sucios—. ¿Te gustaría bailar?

—¿Bailar? Pero si no hay música... ¿Quieres que vayamos al salón? El equipo de sonido se encuentra allá.

—No es necesario, aguarda un segundo —le pidió él, sacando su móvil del bolsillo.

Eligió una canción de su selección y enseguida una hermosa tonada de *Killing me softly*, de Frank Sinatra, comenzó a oírse.

—Me encanta Frank Sinatra —comentó Amy, cerrando los ojos al escuchar la melodía.

—Como a toda mi familia —aseguró él, cogiéndola por las muñecas y llevando sus brazos por encima de sus hombros, para que ella lo abrazara.

Ella sonrió, encantada, notando el calor de sus manos al sujetarla por la espalda y la cintura, atrayéndola contra su cuerpo mientras comenzaban a moverse al son de la música.

Amy apoyó la cabeza contra su hombro, disfrutando de ese baile lento como nunca antes había disfrutado de ningún otro, deseando en silencio que la melodía nunca terminase.

Jason agachó la cabeza y apoyó los labios sobre su frente, infundiéndole un calor desconocido en todo su cuerpo con ese sencillo toque. Ella alzó la vista y sus ojos se encontraron, él la miraba tan intensamente que Amy sintió que, de alguna forma, él desnudaba su alma. Jason tenía la capacidad de verla tal cual ella era, sin máscaras ni armaduras, sencillamente a ella.

Lentamente él se inclinó más sobre su rostro, hasta que sus labios tocaron los de ella en un beso tan suave como tierno.

Amy lo besó de vuelta, sintiéndose tan cálida y segura entre sus brazos, como si ese y solo ese fuese el sitio correcto donde debía estar.

Notó las manos de él bajando lentamente las cintas de su vestido, el tacto de su piel cálida sobre la suya la hizo estremecer, pero no de frío, todo lo contrario; donde él la acariciaba, sentía que ardía bajo su toque. Sus labios se posaron sobre su hombro y fueron bajando lentamente por el hueso de su

clavícula, dejando marcas húmedas a su paso, hasta posarse justo en el centro de su pecho, que subía y bajaba con rapidez, agitado por la multitud de sensaciones que él despertaba en ella.

Jason alzó la cabeza y buscó sus labios con los suyos para besarla una vez más, tan intensamente como nunca lo había hecho.

Pero entonces, tan rápido como había iniciado, se apartó, mirándola con ojos ensombrecidos por la pasión.

—Vamos por ese postre —le dijo con voz ronca, respirando agitadamente.

Amy se sintió confundida por su repentino cambio de actitud, y él debió notarlo, porque enseguida añadió.

—Si no me detengo ahora, no creo poder conseguir hacerlo después, Amy —le explicó, ahuecando las manos sobre sus mejillas—. Sé que en este momento, para ti, puede ser difícil... No quiero que te sientas obligada a nada. Cuando te sientas mejor, tal vez...

—Jason, te dije que el cáncer no va a dominar mi vida —le aseguró ella, dando un paso atrás.

Y para su sorpresa, ella dejó caer el vestido a sus pies, quedando solo con su ropa interior ante él.

—Yo no quiero que te detengas.

Él prácticamente la devoró con la mirada, deleitándose con la belleza de su cuerpo y con la maravillosa expresión de sus ojos, brillantes y decididos, al verlo.

—Eres preciosa —le aseguró, hablando con vivo sentimiento en la voz.

Amy sintió que su cuerpo se encendía bajo su mirada y no pudo evitar el rubor que le subió por el cuello a toda su cara.

Él sonrió, le encantaban los sonrojos de ella, y acercándose lentamente, la rodeó por la espalda y las piernas, y la cargó en brazos.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó ella con una risita divertida, rodeándole el cuello en un abrazo.

—Te llevo a la cama, por supuesto —contestó él con una sonrisa ladeada,

dirigiéndose a su habitación.

Con cuidado la llevó escaleras arriba, hasta su habitación, y la depositó sobre su cama, para enseguida dejarse caer a su lado, temeroso de no lastimarla. Pero Amy no le permitió alejarse, sujetándolo por la corbata, lo atrajo hacia ella, buscando sus labios. Él no la hizo esperar, la besó de forma intensa, dejándose llevar con libertad esta vez por la pasión que ella despertaba en él.

Sus manos trazaron su cuerpo, deteniéndose a explorar cada curva, cada rincón, cada parte de ella, hasta memorizarla con su tacto. Amy gemía suavemente, perdida por sus caricias, deleitándose con sus besos, con la cercanía de sus cuerpos. Lentamente se desvistieron, sin prisas, aprovechando el momento al máximo. Los ágiles dedos de él desabrocharon su sujetador, liberando a sus pechos de su prisión. Él la miró con ojos nublados por el deseo, antes de inclinarse sobre su cuello y chupar con fuerza, al tiempo que sus manos se posaban sobre las cimas de sus senos, tocando y masajeando, hasta hacerla vibrar bajo su toque. Tomándose su tiempo, fue bajando lentamente por su cuello, besándola a su antojo y jugueteando con la lengua, trazando las curvas de su piel, provocándola más y más, hasta sentirla temblar bajo su cuerpo.

Amy deseó hacer lo mismo con él, con decisión lo empujó hasta dejarlo de espaldas sobre la cama y entonces pudo deleitarse con su cuerpo, saboreando su piel con lentas lamidas, al principio tímidas, luego mucho más atrevidas. Jason respiraba con dificultad, intentando controlarse cuando ella se sentó a horcajadas sobre él, permitiéndole hacer libremente hasta que sencillamente ya no pudo más. Tomándola por la cintura, la giró sobre sí misma, de forma que ahora ella quedó de espalda contra las sábanas y él encima de ella.

Cuando finalmente Amy quedó envuelta bajo su peso y pudo notar el calor de la piel de su cuerpo sobre el suyo, se sintió transportada directo a la gloria. Su aroma la invadió, deleitándola con esa familiar esencia varonil, que ya tan bien conocía, esa mezcla de su colonia y olor a él, una fragancia tan particular,

que podría distinguir en cualquier parte. Él era delicado y cuidadoso, como si temiera lastimarla, pero ella le dejaba saber que no era así, impulsándolo a continuar, a ir más lejos, sin miedo. Ella se estremeció cuando sus dedos subieron por su muslo, abriéndose camino hasta su zona más íntima, provocándola hasta que gritó de placer. Solo entonces notó que él se colocó un preservativo, antes de volver a situarse entre sus piernas. Lentamente la penetró, sus ojos buscaron los de ella antes de inclinarse sobre sus labios y besarla con pasión, su lengua jugueteando con la suya en una sensual danza que a ella le calentó la sangre.

Él se movía en su interior, tan lenta y exquisitamente, que Amy sentía que iba a perder la razón. Sus caderas chocaban contra su pelvis, buscándolo, permitiéndole ir más hondo dentro de ella, hasta que toda barrera y cuidado quedaron atrás y ambos se entregaron de lleno al placer, en un baile de roces y caricias que culminó en el máximo clímax que ninguno de los dos había experimentado antes.

Respirando de forma agitada, él tardó en salir de ella, buscando sus ojos en todo momento.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó con voz tímida, trazando con un dedo la curva de su nariz.

Ella sonrió, antes de atrapar ese dedo entre sus dientes y darle un beso.

—Feliz. ¿Y tú?

—Creo que nunca he sido tan feliz en toda mi vida, como en este preciso momento.

—Si lo dices solo para convencerme de hacerlo otra vez, no es necesario, estoy completamente de acuerdo —bromeó ella, haciéndolo reír.

—No, mi amor, lo digo con total sinceridad. Aunque pongas en duda mi palabra, Antonia.

—¡Amy! —gritó ella, riendo a carcajadas cuando él hundió la cabeza en su cuello, haciéndole cosquillas con sus besos, dejándole claro que estaba más que dispuesto a comenzar de nuevo.

## Capítulo 22

A la mañana siguiente, Amy despertó en su cama. Era temprano, por las ventanas apenas se alcanzaban a vislumbrar los primeros rayos de sol.

Se sentía algo entumecida por la noche anterior, y al recordar la apasionada velada vivida con Jason, una sonrisa apareció en sus labios. Extendió un brazo, buscándolo a su lado, pero en su lugar, fue a Brad al que encontró en la cama, profundamente dormido y roncando a todo pulmón, y babeando un poco sobre la almohada.

Amy se sentó, extrañada de no ver a Jason, fue entonces que notó que la mantilla tejida que solía tener a los pies de la cama, estaba tendida sobre ella, protegiéndola del frío.

—Buenos días —la saludó Jason, entrando en la habitación con una bandeja con el desayuno—. Espero que no te moleste, pero como no tengo idea de platillos veganos, te he tostado pan y saqué un frasco de mermelada de frambuesas de la despensa para que puedas untarle, y aquí puse algo del hummus que sobró de anoche. Eso, además de una taza de té y un poco de fruta, serán tu desayuno, es hora de tu medicina y no debes tomarlas sin algo en el estómago.

Una enorme sonrisa se dibujó en los labios de Amy al verlo.

—¿Qué ocurre, preciosa? —le preguntó él, al notar la turbación que había en su mirada antes de que él entrara—. No habrás pensado que te ibas a librar de mí tan fácilmente, ¿o sí?

—Me preocupó no verte en la cama, lo admito —contestó, haciéndose a un lado para dejarle sitio—. Pero pensé que tal vez te habías ido a trabajar... O que Brad te había echado de la cama.

Él soltó una carcajada, colocando con cuidado la bandeja sobre su regazo.

—*Mr. Pitt* y yo tenemos un trato de cordialidad mutua que no pienso romper, e incluye el que acepta el hecho de que ahora estamos juntos y tu cama es también la mía —le explicó, entregándole un plato con fruta picada—. Anda, come algo que ya casi es hora de tu medicina.

—Gracias, Jason... ¿Qué hora es? —preguntó, girándose a la mesita de noche, donde faltaba su reloj—. ¿Dónde está mi reloj alarma?

—Quise dejarte dormir —le explicó él, sacando el aparato escondido tras una silla y volviéndolo a colocar sobre la mesa—. Anoche nos quedamos despiertos hasta tarde y es importante que recargues tus fuerzas con un buen sueñito.

Amy se sonrojó al recordar lo que habían estado haciendo anoche. Después de hacer el amor en la cama, habían vuelto al comedor a probar el postre, y lo habían saboreado de todas las formas que Jason había ideado, usándola a ella como plato y cuchara...

—Me la pasé muy bien anoche —comentó, ocultando el rostro tras la taza de té que él le entregaba en ese momento.

—Yo también me divertí mucho. En especial al final de la velada... —añadió con intención, arqueando las cejas de forma pícara.

Ella se sonrojó visiblemente, y él supo que de haber tenido cabello, habría intentado ocultar el rostro con él.

—No quiero importunarte, Amy. Si no quieres hablar de lo que sucedió, no hay problema. Pero quiero que sepas algo... —le dijo, tomando su mano—, lo que pasó anoche fue especial, muy especial. Significó mucho para mí.

Ella lo miró con ojos anonadados, agradecida por sus palabras.

—Entonces, ¿me estás diciendo que no tratas así a todas tus pacientes? —le preguntó ella, en son de broma.

Él soltó una carcajada que despertó a Brad, que, relamiéndose los hilos de baba, alzó la nariz para olisquear el desayuno.

—No Amy, es un trato exclusivo para ti. Aunque, hablando estrictamente, no eres mi paciente, sino de Marta.

Ella sonrió y lo abrazó, cuidando de no derramar el contenido de la bandeja.

—No tienes idea de lo mucho que me encanta que seas exclusivo para mí.

—Nunca dudes de eso, preciosa —le dijo él al oído, estrechándola con más fuerza contra su pecho.

—Pero Jason, hay algo que tengo que decirte... Y tengo miedo de que te molestes.

Él frunció el ceño, comenzando a preocuparse por el rumbo que podía tomar esa conversación.

—¿Qué ocurre?

—Voy a tener que enseñarte a preparar un buen té. Esto sabe a pasto remojado.

Él soltó una carcajada, aliviado.

—Puedes enseñarme lo que quieras, Adelaida, pero no vuelvas a asustarme así. Por un segundo estuve seguro de que saldrías una vez más con el argumento de que te da miedo que lo nuestro termine y Jackie no vuelva a quererte como amiga.

Ella apoyó una mano en su mejilla, acariciando su rostro con suma ternura.

—Te amo, Jason. Y es verdad que me da miedo que no terminemos bien, lo admito, pero he decidido dejar los miedos a un lado y empezar a vivir mi vida.

—Ese es un plan excelente.

—Además, si me muero antes de que terminemos, Jackie no tendrá oportunidad de enojarse conmigo.

—Quedémonos con la idea de que empiezas a vivir tu vida, ¿de acuerdo? —le pidió, dirigiéndole una mirada recriminadora—. Y que ese comienzo se alargue por muchos años, hasta muy bien entrada la vejez.

—De acuerdo, si no muero, que así sea.

—No morirás. No por ahora, al menos. No bajo mi guardia —replicó él, frunciendo el ceño—. Vas a vivir y llegar a vieja, punto final. Y estaré allí, a tu lado, en todo momento.

Ella rio, enternecida por el sentimiento que emanaban sus palabras.

—*Pinky promise*. —Ella alzó el meñique.

Jason arqueó una ceja, mirándola confundido.

—¿Me estás insultando de alguna forma? Porque ese no es el dedo...

—No te hagas el bobo, solo sella la promesa —le pidió Amy, riendo e inclinándose para tomar su mano y juntar su meñique con el de ella—. Listo, ahora ha quedado pactado.

—A ese pacto le falta algo.

—¿Qué cosa...?

—Un beso —contestó él, alzando su barbilla con su otra mano para darle un beso profundo y colmado de amor, que a ella le estremeció el alma.

Amy se sintió perder en ese beso. Rodeó el cuello de Jason con los brazos, al tiempo que él le pasaba las manos por la espalda, atrayéndola contra su cuerpo, en un intento de intensificar más el contacto.

Brad lanzó un aullido, sobresaltándolos, y ambos rieron al descubrir al perro junto a sus cabezas, un espectador demasiado cercano como incómodo.

En cuanto terminaron con el desayuno, Amy se metió a la ducha y Jason no tardó en alcanzarla. Entre risas, besos y caricias, hicieron el amor bajo el chorro del agua, disfrutando de los momentos que podían compartir juntos.

De pronto, el celular de Amy comenzó a sonar, rompiendo con la magia del momento.

—Es mi teléfono personal, debo atender esa llamada —le explicó a Jason con tono de disculpa.

—No te preocupes, termina con calma, iré a buscar el teléfono para ti.

Ella no tuvo tiempo de contestar cuando él ya salía de la habitación,



envolviéndose de camino con una toalla. Regresó enseguida con su celular en la mano y se lo tendió.

—¿Podrías contestar por mí, por favor? —le pidió ella, pues todavía tenía jabón por todo el cuerpo.

—Seguro, tú tranquila —Jason le dijo y enseguida contestó la llamada.

Amy terminó de enjuagarse y cerró la llave del agua. Fue entonces cuando escuchó que Jason discutía con alguien y se alarmó.

—...está en la ducha... No, ella no le ha estado ocultando a su novio... — Jason le decía en ese momento a la persona al otro lado de la línea—. Señora Taylor, no tengo intención de darle detalles de mi vida amorosa...

Amy no necesitó oír más, se abalanzó sobre Jason y le arrebató el teléfono.

—¡Mamá! —prácticamente chilló, adivinando de quién se trataba, musitando una disculpa solo con los labios para Jason—. Qué sorpresa que me llames y tan temprano...

—¡Llevo toda la noche intentando comunicarme contigo! —la interrumpió su madre, al otro lado de la línea—. ¿Es que ahora también estás sorda? ¿O sencillamente has decidido ignorar mis llamadas?

Amy notó la calidez de las manos de Jason cuando él la cubrió con su albornoz, preocupado de que fuera a enfriarse. Ella le dio una sonrisa de agradecimiento, aunque en ese momento, lo último que deseaba era sonreír.

—No, mamá, por las noches mantengo apagado el celular...

—¡Eres demasiado inconsciente! —Su madre volvió a dejarla con la palabra en la boca—. ¿Qué tal si me pasa algo? ¿Es que no te preocupa que pueda sufrir una emergencia y no tenga forma de comunicarme contigo?

—Lo siento, mamá —Amy inspiró hondo, intentando no perder la paciencia—. Pero tienes el teléfono de casa, ¿por qué no llamaste ahí?

—Soy tu madre, tú eres quien debería llamarme y estar al pendiente de mí, como una buena hija. ¿Sabes lo preocupada que estoy desde que me dijiste que tienes cáncer? Me pongo mala solo de pensarlo...

—No lo sabía, mamá, lo siento...

—¿Si de verdad lo sintieras, me llamarías! O al menos dejarías tu celular encendido, ¿por qué tienes que apagarlo?

—Porque provoca cáncer si lo dejas encendido en la mesita de noche, mamá...

—Bueno, ya es tarde para eso, ¿no te parece? —la cortó.

—Sí, ya es tarde para eso... —Amy contestó con voz apagada y dolida.

Las manos de Jason se cerraron en puños. Había escuchado cientos de veces a Jackie quejarse de lo muy arpía que podía ser la madre de Amy, pero esto llegaba al extremo.

—¿Y qué es lo que necesitabas, mamá?

—El dinero de mi cuenta se ha agotado, hazme una transferencia. Y que sea esta misma mañana, mira que he pasado una vergüenza atroz anoche mientras cenaba en el *Cornelio* con mis amigas, y al momento de querer invitar la cena a todas, me han dicho que la tarjeta no pasaba porque mi cuenta estaba sin fondos, ¿sabes lo humillante que fue eso?!

Amy volvió a inspirar hondo, pellizcándose el puente de la nariz para evitar la jaqueca que amenazaba con empezar.

—Lo siento, mamá. Te haré una transferencia esta tarde...

—¡Hazla ahora mismo! Llevo toda la noche sin dormir por el enojo, ¡mis nervios no dan para más! Con las preocupaciones que me haces pasar con tu enfermedad, una merece buscar distracciones y divertirse, pero ni siquiera eso puedo permitirme, ¡todo lo tengo negado! —se quejó entre gritos—. Te aseguro que por culpa de los malos ratos que tengo que pasar, me voy a ir directa a la tumba. ¡Yo creo que este mismo año me muero...!

—No digas eso, mamá —Amy suspiró, cansada—. Duerme un poco y relájate, esta tarde te hago la transferencia ¿vale?

—¿Si no se trata solo de dinero! Tu hermana me está volviendo loca, viaja cuando se le da la gana y por el tiempo que le place, y me deja sola en esta casa sin pensar en mí ni en mi salud, ¡no soy capaz ni de llamarla hija!

—Mamá, el trabajo de Kimmy consiste en viajar por el mundo...

—¡Siempre estás de su lado!

—No, mamá...

—Quiero que le digas que se largue de mi casa, ¡no la quiero más aquí! Que se vaya a vivir contigo o réntale una casa también a ella, o lo que sea, ¡pero no la quiero más aquí!

—Sí, mamá. Hablaré con ella... —Amy comenzó a sentirse mareada, muy mareada...

De pronto, la fuerte mano de Jason se cerró sobre su cintura y la atrajo con fuerza a la seguridad de su cuerpo. Con la mano libre le arrebató el teléfono y se lo puso al oído.

—Señora Taylor, me temo que Amy no está en condiciones de continuar con esta conversación. Que tenga una buena semana —cortó, antes de soltarle todo lo que estaba pensando de ella en ese momento.

Amy se tambaleó ligeramente y Jason la cargó en brazos y la llevó en volandas hasta la cama.

—Respira hondo y recuéstate, ¿de acuerdo? —le pidió, cubriéndola con la mantilla tejida—. Te traeré un poco de jugo.

—Estoy bien, no es necesario...

—Cuida de ella, peludo —Jason le ordenó al perro al pasar por su lado, sin hacer caso de las palabras de Amy.

Brad se acercó a su dueña y depositó su enorme cabeza en su regazo, mirándola con ojos tristes.

—No te preocupes, bebé, solo fue un pequeño mareo —le dijo Amy, acariciándole la punta de la nariz.

—Estuviste a dos segundos de desmayarte —replicó Jason, volviendo con un vaso con jugo de naranja en la mano —. Es la primera vez que veo a una madre poner más enferma a su hija de lo que ya estaba.

—Es el don de mi madre —dijo Amy, con una sonrisa amarga.

Notó la furia en sus ojos, una furia que él intentaba dominar para no alterarla más.

—Jason, no te molestes. Así es ella, con el tiempo te acostumbras...

—Bebe el jugo, Amy, necesitas azúcar en el cuerpo —le pidió Jason, colocando un par de cojines a su espalda, para ayudarla a acomodarse.

Ella pudo notar que seguía muy molesto, y prefirió dejar el tema. Jason siempre había sido muy serio, y su seriedad se agravó todavía más desde que su padre murió. Sabía que se preocupaba por ella y habría deseado quitarle esa carga de encima. Ya de por sí había vivido demasiados años preocupado por el bienestar de sus hermanos y su madre.

—¿Te gustaría que esta tarde saliéramos a almorzar a algún lugar? —le preguntó ella, intentando animarlo—. Hay varios restaurantes nuevos que me gustaría visitar...

Él pareció dudar, mirándola tan fijamente a los ojos que ella se sintió cohibida y apartó la mirada.

—Tal vez más tarde, preciosa. Ahora descansa un poco, ¿de acuerdo? —le pidió, inclinándose para besarla en los labios—. Debes recuperar fuerzas.

Amy no replicó, la verdad es que se sentía muy débil de pronto y dudaba que pudiera mantenerse en pie si no dormía un poco antes. Era el efecto de las quimios, le robaban la fuerza. Aunque en este caso, dudaba que pudiera culpar al medicamento...

—De niñas, la llamábamos *dementor*...

—¿Qué cosa?

—A mi madre —se explicó, intentando sonreír—. Kimmy y yo solíamos llamarla *dementor*, y que su beso nos chupaba el alma. Ya sabes, como esos monstruos de los libros de *Harry Potter*.

—Es una buena alegoría, aunque yo la llamaría de muchas otras formas —comentó Jason, frunciendo el ceño.

Amy se hizo a un lado y tiró de él, para que se acostara a su lado, en la cama.

—Tú eres como mi *Patronus*, mi hermoso y poderoso ciervo.

—Espero que no por cornudo...

—No digas tonterías —ella rio, y él la atrajo en un abrazo.

Amy sonrió, apoyando la cabeza contra su pecho, encantada con el sonido de su corazón bajo su oído.

—Sabes a lo que me refiero, ¿no es verdad? Tú eres ese ser de luz que me protege, que incluso pelea las peores batallas por mí, que me defiende de los *dementores*...

—¿Seguimos hablando de *Harry Potter*?

—¿Nunca leíste los libros?

—No, ni tampoco vi las películas. Pero creo que entiendo la idea, y te agradezco que me veas de esa forma.

—¿No te gusta la magia y la fantasía?

—Toda la magia y fantasía que necesito en mi vida, la tengo a tu lado, Amy —le dijo él, mirándola con ojos fervorosos, llenos de amor—. Tú eres como un hada, hermosa, lista, dulce, graciosa y con una voz que parece producto de la magia. Y si ha habido algún hechizo, es en el que yo he caído al enamorarme de ti como un loco sin remedio ni vuelta atrás.

Ella sonrió, ahuecando una mano en su mejilla.

—Gracias, Jason... Gracias por ver más allá de las apariencias, del autismo, del cáncer, de todo lo demás... —Sus ojos estaban mojados por las lágrimas al hablar—. Gracias por verme a mí, a la persona que soy en verdad.

Él, conmovido, la abrazó con más fuerza, atrayendo sus labios a los suyos para besarla.

—No tienes que darme las gracias por eso. No es el tesoro invaluable oculto en un cofre, el que le agradece al que tropieza con él por encontrarlo y convertirlo en el ser más afortunado. Es todo lo contrario, y soy yo el tonto afortunado que te da las gracias por elegirlo entre todos los hombres de esta tierra para estar con él.

Amy lo miró con ojos anonadados, sintiendo que las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Te amo, Jason —fue todo lo que consiguió decir, sintiendo que un nudo se

había apoderado de su garganta, impidiéndole hablar.

—Y yo a ti, Amy, te amo como nunca podré llegar a expresar. Y quiero que sepas que mataría a todos los chupacabras por ti.

—*Dementores.*

—Tú me entiendes, Ariadna —le dijo, haciéndola reír.

—¡Amy!

—Una vez más, tú me entiendes —rio con ella, inclinándose sobre sus labios para volver a besarla.

## Capítulo 23

Jason terminaba de dar una ronda por las habitaciones de sus pacientes, cuando decidió ir a ver a Amy. Sabía que a esa hora estaría tomando su quimio, así que se dirigió a la cafetería por algunos aperitivos, era hora de almorzar y le encantaba compartir ese tiempo con ella. No es que la pobre chica comiera mucho, pero realmente parecía disfrutar el momento tanto como él, y de paso se aseguraba de que probara bocado.

Al entrar a la sala de quimio la vio enseguida, sentada en uno de los sillones al fondo de la estancia, junto a la ventana. A ella siempre le gustaba sentarse junto a la ventana.

En ese momento, Amy reía, luciendo un gorro multicolor en la cabeza que Callie, esa amable anciana que se había hecho tan cercana a ella, le acomodaba sobre la cabeza.

—Buenas tardes, encantadoras damas —las saludó, acercando un banquillo para sentarse frente a ambas—. ¿Cómo les va hoy?

—¡Jason! Mira lo que me ha hecho Callie, ¿no es hermoso? —le preguntó Amy, señalando el gorro de colores—. Me lo ha dado como obsequio de Navidad.

—Es precioso, ya quisiera tener uno igual.

—Lo hubieras dicho antes, doctor, me pondré a hacerte un gorro idéntico enseguida, así ambos estarán iguales. Serán como esas parejas que usan atuendos sincronizados —comentó la anciana, sonriendo encantada mientras

sacaba su armamento de palillos y estambres de colores de su bolso—. Y podría hacerle uno también a ese Brad Pitt del que tanto me hablas, linda... — La anciana guardó silencio cuando el celular de Amy comenzó a vibrar.

Ella se dio prisa en apagarlo, sin siquiera mirar la pantalla para ver de quién se trataba.

—Deberías bloquearla —el rostro de Callie se ensombreció al hablar—. Mi nieta me descargó un programa que evita recibir las llamadas indeseables. Si quieres, puedo pedirle que te lo instale en tu teléfono.

—Está bien, no te preocupes —contestó Amy—. Ella es así, no pasa nada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jason, mirando con curiosidad a ambas.

—Que no puedo creer la clase de persona que tiene por madre esta pobre niña —le explicó la anciana, mirándolo con gesto de preocupación—. Esa mujer no la ha dejado de llamar desde que Amy llegó a esta sala, y no cesa de pedirle dinero y exigirle que vuelva al trabajo, ¿puedes creerlo? ¡Una madre que llama a su hija durante su quimioterapia para pedirle dinero! No te ofendas, linda, pero tu madre es una mujer horrible.

Jason frunció el ceño y miró a Amy, quien agachó la vista, apenada.

—Jason conoce a mi madre, Callie. Él sabe que es imposible ponerle un alto.

—De hecho, existe una forma. Dame tu teléfono —exigió él, extendiendo una mano.

—¿Qué?

—Es orden de tu médico, dáselo linda —le pidió Callie, sonriendo cómplice con él.

Amy se lo entregó y entonces Jason se lo guardó en el bolsillo de su bata.

—Listo, ya no recibirás más llamadas molestas que puedan alterarte durante tu tratamiento.

—Bien hecho, doctor —lo felicitó la anciana, riendo complacida.

—No tienes nada que agradecer, Callie. Espero que tengas hambre, al igual que Amy, porque les he traído algo especial de la zona gourmet de nuestra



cafetería.

La anciana sonrió, gustosa, tomando un vaso con uvas que Jason le ofrecía.

—Me encantan las uvas, gracias doctorcito —le agradeció Callie, probando un par.

—¿Y qué hay de ti, Amy? —le preguntó Jason, al notar que ella no comía.

—Gracias, pero no tengo hambre.

—Vamos, pequeña, come algo. No desprecies el regalo que tan amablemente te hizo el buen doctor.

Amy no replicó y probó las uvas que Jason le ofrecía.

—Buena chica. Así me gusta, y cómetelas todas, pequeña. Estás en los huesos.

Amy obedeció, comiendo lentamente otra uva.

—Tendré que pedirle que esté por aquí todos los días, Callie, no recuerdo cuándo fue la última vez que la vi comer sin rechistar.

—No quiero ser maleducada con Callie, le tengo demasiado cariño —replicó Amy.

—Mi niña, eres tan dulce, que te adoptaría —la anciana le aseguró, hablando con esa voz ronca y dulce, tan propia de ella, al tiempo que le palmeaba una mano en un gesto de cariño—. Y no lo digo solo de dientes para afuera, aunque bien podría ser tu abuela. Te aseguro que de haberte tenido como mi hija, te habría mimado y protegido tanto como lo hice con mis bebés, Silvia y Soraya. Ellas puede que no hayan salido de mi vientre, pero desde el primer instante en que las vi, las amé más que a mi propia vida.

—¿Tus hijas son adoptadas? —le preguntó Amy, sorprendida.

Había visto a las hijas de Callie en varias ocasiones, también a sus nietos, y nunca había sospechado que no compartieran lazos de sangre.

—Sí, y puede que no compartan mi sangre, pero son mis hijas, nacieron de mi corazón, y son el mejor regalo que me pudo dar la vida. Y te aseguro, linda, que cualquier mujer que se digne a llamarse madre, piensa exactamente eso de sus hijos. Sin excusa —añadió al notar la duda en el rostro de Amy.

Amy asintió, sabiendo a qué se refería. En más de una ocasión le había contado a Callie del rechazo que había vivido por parte de su madre a causa de su autismo, justificando el motivo por el que Nadya solía ser tan fría con ella.

—No tenía idea de que tus hijas eran adoptadas —comentó Jason, tan sorprendido por esa revelación como Amy.

—Sí, adoptar fue algo que siempre quise hacer. Hay tantos niños en el mundo sin un hogar, sin amor, y yo tenía ambas cosas que dar. Así que ese viejo apestoso de allá —señaló a su exmarido, profundamente dormido en su sillón—, y yo, tomamos un avión a México y realizamos los trámites de adopción. Primero encontramos a Silvia y dos años después, fue a Soraya a quien trajimos a casa. Y desde el primer momento en que las vi, supe aquí —señaló su corazón—, que eran mis hijas. Y lo seguirán siendo por mucho tiempo después de que este viejo cuerpo descansa al fin bajo la tierra.

Los ojos de Amy se habían humedecido al escuchar esas palabras, que le habían llegado muy hondo en el corazón. Jason, conmovido, se colocó a su lado y la abrazó, buscando confortarla.

—Eres una persona maravillosa, Callie —le dijo Amy con un hilo de voz—. Silvia y Soraya tuvieron mucha suerte por tenerte como su madre.

—Esa fue mi meta en la vida. —Ella le palmeó la mano, ese gesto tan suyo, dedicándole una sonrisa amable—. Yo sabía que no podría morir tranquila si no dejaba una huella importante en este mundo antes de partir. Lo hice, salvé dos vidas, y ahora puedo irme en paz. Mi misión en este mundo está hecha. Pero no llores, mi cielo —le pidió, acercándose para abrazarla—. No te he contado todo esto para hacerte llorar.

—Lo siento, es solo que me emociona mucho escucharte... Ojalá yo llegue a ser como tú algún día.

—Lo serás, cariño. Vas a curarte y a salir de este lugar para no volver a mirar atrás —le aseguró la anciana—. Dime, linda ¿sembraste los tulipanes?

Amy se desconcertó un poco por el cambio de tema, pero no dudó en

contestar.

—Sí. Pero no sé si lleguen a florecer, las nevadas llegaron muy pronto este año.

—Lo harán, ten fe. Los tulipanes son fuertes, al igual que tú. Son las aves fénix del mundo de las flores, ¿recuerdas? —Le guiñó un ojo—. Y cuando florezcan esta primavera, piensa en ti. Tú eres esa semilla, que fue capaz de crecer en el duro suelo congelado para convertirse en la más bella flor de los campos. Cuando veas esos tulipanes, intenta encontrarte a ti misma en ellos como si de tu reflejo se tratase, porque tú compartes esa misma fortaleza, Amy, esa especie de magia que hace que una nueva planta, hermosa y llena de vida, renazca de un bulbo seco y en apariencia muerto. Y así como las raíces consiguieron forjar su lugar en la tierra y el tallo abrirse camino a pesar de la adversidad, tú muy pronto también te verás floreciendo, con tu salud recuperada, viva y fuerte, para siempre. Porque vas a sanar, mi cielo. Ya lo verás.

Amy alargó una mano para estrechar la de ella, profundamente conmovida por sus palabras.

—Estoy seguro de que así será —convino Jason, besando a Amy en la frente.

—¡Mamá! Ya estamos aquí para recogerte.

Soraya, la hija de Callie, llegó en ese momento, acompañada por sus hijos, un niño de unos diez años y una niña de siete, que corrieron encantados a saludar a su abuela.

—Pero qué sorpresa, mis pequeños terremotos, ¿han venido a sacarme de aquí? —preguntó la anciana al ver a sus nietos, soltando una carcajada ronca, típica de ella, que era capaz de invadir el lugar con su alegría.

—Hemos venido a buscarte —contestó Magdalena, la pequeña niña—. Y también al abuelo.

—Yo empujaré la silla de ruedas del abuelo esta vez —anunció Adolfo, su nieto—. Mamá ha dicho que ya tengo edad para hacerlo.

—Y yo te daré la mano a ti —anunció Magdalena—. Igual como lo hacen las

enfermeras.

—Pero qué afortunados somos por tener a estos dos pequeños tan atentos — comentó Callie, riendo encantada, sintiéndose sumamente alegre, como siempre que sus nietos iban a verla al hospital.

Los niños y Soraya se quedaron unos minutos a hablar, como era habitual. Ellos admiraban mucho a Amy y les encantaba poder conversar con ella cada vez que iban a buscar a Callie a las quimios, cuando no era el turno de Silvia, con quien Soraya compartía la responsabilidad.

—Me marchó, pequeña, nos vemos en la próxima sesión — anunció Callie, después de que Margaret, la enfermera, fuera a retirarle el tubo del tratamiento.

—Descansa, Callie, y gracias por todo.

—No agradezcas, es un placer, linda, ¡y feliz Navidad para ambos!

—Feliz navidad — contestaron al unísono Jason y Amy, observándola con cariño marcharse en compañía de esa bulliciosa y alegre familia, y el gruñón de su exmarido, que no dejaba de quejarse mientras Adolfo lo empujaba fuera de la sala.

—Veo que has hecho una buena amiga — comentó Jason, una vez que se quedaron a solas.

—Callie es encantadora, conoce a todos por aquí y nos hace sentir cómodos en esta situación tan...

—¿Incómoda? ¿Desagradable? ¿Dolorosa?

—Iba a decir tremendamente horrorosa, pero sí, como digas.

Él rio, negando con la cabeza.

—¿Y qué ha pasado con Jackie? Me sorprende no encontrarla pegada a tu silla, como siempre.

—Ha venido, pero le he pedido que se marche a casa a descansar un poco. A la pobre el embarazo le está cobrando factura, entre las náuseas y el cansancio, apenas consigue mantenerse despierta en la clínica veterinaria, y luego la pobre pretende acompañarme aquí.

—Hablaré con mi hermana, debe tomarse las cosas con calma por el bienestar de mi sobrino y de ella misma.

—Te agradecería mucho que lo hicieras, tal vez a ti sí te escuche, porque a mí no me hace caso...

Amy guardó silencio al notar que unos enfermeros se le quedaban mirando.

—¿Qué sucede?

—¿Crees que me han reconocido?

Se suponía que su estancia en ese hospital era un secreto, de lo contrario encontrarían paparazzis por todas partes, y la paz y la tranquilidad que el hospital requería como tal, se iría al desagüe.

Jason se giró a mirarlos y los enfermeros de inmediato volvieron a sus labores, aparentando que no habían notado nada fuera de lo habitual.

—Sí, saben quién eres, pero no temas, no dirán nada, está penado por ley.

—Pero no puedes asegurar que no se filtrará la noticia.

—Es un riesgo que debemos correr —contestó él bebiendo de su café—. Ahora deja de preocuparte por cosas que no son y come tu fruta.

Amy no replicó esta vez y comió con lentitud, luchando contra las náuseas.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó Jason, al notar que ella fruncía el ceño, manteniendo la mirada fija en la nada.

—He decidido que voy a adoptar un bebé cuando me cure.

Jason tosió cuando el café se fue por el sitio equivocado.

—¿Estás bien?

—Sí... Es solo que me tomaste por sorpresa —contestó, secándose los restos de café de la bata—. Es una decisión importante para tomar de un momento a otro.

—En realidad, llevo mucho tiempo pensándolo, pero ahora, después de escuchar a Callie, me he decidido. Yo también quiero cambiar la vida de alguien, salvarla, como ella dijo. Y pretendo ser una madre estupenda... Al menos, mucho mejor de lo que fue la mía... —aseguró, hablando con vivo sentimiento en la voz—. Ten por seguro que no llamaré a mi futuro hijo o hija

para pedirle dinero mientras está enfermo en el hospital. Yo estaré a su lado, y nada me separará de allí hasta verlo curado, aunque él o ella terminen hasta las narices de mí.

Jason soltó una carcajada.

—Ya lo creo que serás una buena madre, Amy. De eso no tengo ninguna duda.

—¿Y qué piensas de la adopción? ¿No te molestará que lleve a un niño a casa?

—Será nuestro hijo, así que no, no me molestará.

—Entonces... ¿estás dispuesto a hacer esto conmigo?

—Por supuesto, no pretenderás que sea solo hijo tuyo, ¿no es verdad?

—No... Pero como no estamos casados y... Bueno, tú nunca has hablado de lo que quieres, la mayoría de la gente desea tener hijos biológicos algún día.

—Un hijo es un hijo, comparte tu sangre o no. Ya ves a Jared, ama a sus hijas con toda su alma, aunque no compartan sus genes.

—¿Y tú piensas igual?

Él tomó su mano.

—Mientras tú seas la madre de mis hijos, la genética me tiene sin cuidado. Aunque el otro tema me resulta inquietante.

—¿Cuál otro tema?

—Matrimonio. Creo que deberíamos casarnos.

Amy tragó saliva.

—¿Eso es acaso una propuesta?

—No, es una intención. El día que te proponga matrimonio, no te va a quedar ninguna duda, porque será una propuesta digna de ti, Amy Taylor.

Ella abrió mucho los ojos, sorprendida por sus palabras.

—Ahora come tus uvas, preciosa y quita esa expresión de desconcierto. Sabes que contigo siempre he ido en serio.

## Capítulo 24

*24 de diciembre*

Amy terminó de colocarle a Brad el típico sombrero rojo de Santa Claus, que además tenía la cualidad de poseer un cascabel pegado a la borla blanca de la punta.

—Ahora ya estás listo, mi pequeño Santa —le dijo ella, riendo cuando el perro movió la cabeza, haciendo sonar el cascabel—. Luces igual que el verdadero Santa Claus.

—Con panza y todo —añadió Jason, entrando en ese momento con una bolsa repleta de regalos sobre el hombro—. Te dije que ese abrigo no le iba a cerrar, ese perro está demasiado gordo.

—No le llames gordo, el pobre es muy sensible con su peso.

—Es un perro, Amy, le importa un pepino su peso.

Brad ladró un par de veces, como si contradijera a Jason en sus palabras.

—¿Lo ves? Te dije que no lo molestaras.

—Bien, bien, lo siento, Brad, eres todo un galán de telenovelas perrunas.

El perro se giró, dándole la espalda, dejándole clara cuál era su contestación.

Riendo, Amy le puso la correa a Brad y se acercó a Jason para darle un beso, que él aceptó gustoso.

—¿Nos vamos ya? —le preguntó ella, colocándose el gorro de colores que Callie le había tejido.

—Sí, solo termino de cargar los juguetes en la camioneta y ya estamos listos. Y abrígate bien, no debes enfriarte —le dijo Jason, tirando de su gorro hacia abajo hasta cubrirle los ojos.

Ella soltó una carcajada, volviendo a alzar el tejido para poder ver.

—Muero de ganas por hacer esto, espero que todo salga perfecto. Aún me siento mal por no haber podido acudir el Día de Acción de Gracias.

—Estabas resfriada y tenías que guardar cama. Primero es tu salud, lo sabes —afirmó y le pellizcó la punta de la nariz—. Ya te lo he repetido varias veces, si no te cuidas, un simple resfriado puede convertirse en neumonía, y con tu sistema inmune comprometido, eso podría tener un desenlace fatal.

—Lo sé, lo sé... —ella asintió, emitiendo un suspiro bajo—. Es solo que aún no puedo perdonarme el haberlos dejado plantados.

—Bueno, preciosa, para eso está la Navidad. No hay mejor momento para el perdón, incluso el perdón a uno mismo, y es el momento perfecto para compartir con los demás, ¿no es verdad? —le dijo él, ofreciéndole galantemente el brazo—. ¿Nos vamos?

—Tienes razón —asintió Amy, esbozando una radiante sonrisa al tiempo que sujetaba de él—. Vámonos de una vez, no quiero hacerlos esperar ni un minuto.

Media hora más tarde, Amy entraba en la sala de convivencia del hospital infantil, que había sido decorada con toda clase de hermosos adornos navideños para los niños. Guirnaldas de colores verde, rojo, plateado y dorado colgaban de las ventanas, de las paredes y del techo, acompañadas por algunas esferas navideñas de papel, que habían sido pintadas por los niños.

Un hermoso árbol de navidad de piso a techo había sido colocado en una esquina, decorado de forma maravillosa, centelleaba con sus luces multicolores, transmitiendo la alegría típica de la fecha.

Los pequeños aguardaban impacientes, algunos jugando entre las mesas de bocadillos dispuestas para la celebración y servidas con toda clase de



delicias típicas de la época, como galletas de jengibre decoradas con motivos navideños, jugo de frutas y chocolate caliente. Otros niños, aquellos con menos energía, permanecían sentados en sus sillas de ruedas y en los sillones y las sillas colocadas especialmente para el momento, acompañados por sus familias que habían acudido al hospital para acompañar a sus hijos en ese día especial.

Cuando Amy entró, fue recibida por un enorme coro de aplausos y gritos de alegría. Los niños corrieron a saludarla, los que podían andar, los otros, empujados por sus padres o las enfermeras, o moviendo sus propias sillas de ruedas, se dieron prisa en llegar hasta ella, todos deseosos de conocer a la famosa cantante que había prometido pasar ese día con ellos.

Ellie, ataviada con un sencillo conjunto de pantalón de mezclilla y un suéter rojo de cuello de tortuga con un reno estampado en el frente, se acercó también a saludar, llevando con ella a dos pequeños perros sin raza, muy peludos y vestidos como duendes de Santa Claus, con gorros y chalequitos verde y morado, a juego.

—¡Me alegra tanto verte aquí! —la saludó su amiga, abrazando con fuerza a Amy cuando al fin consiguió llegar hasta ella, después de que todos los niños la saludaran—. Te ves estupenda, el look navideño te queda. Y veo que llevan gorros a juego —añadió, al ver a Jason ataviado con un idéntico gorro de colores.

Él sonrió, aunque no era particularmente afecto a los festejos y a los atuendos multicolores, no se iba a negar a usar el regalo que Callie le había hecho para que hiciera conjunto con el de Amy.

—Gracias, Ellie. Hacemos todo lo posible para alegrar a los niños en estas fechas —le dijo él, con una sonrisa auténtica en los labios—. Hablando de eso, ¿dónde quieres que deje los juguetes? —preguntó, alzando una de las dos enormes bolsas repletas de regalos, que habían llevado con ellos para dar a los pequeños.

—Esos van por aquí —anunció una voz familiar, y la sonrisa en el rostro de

Jason se hizo aún más grande cuando vio a Jared, de pie junto a un enorme cajón improvisado, donde había varios obsequios envueltos en papel de regalo navideño.

A su lado, Luke se esforzaba por mantener a los niños lejos de los regalos, distrayéndolos con juegos y los aperitivos que en ese momento Jackie y Jenny les ofrecían a todos los invitados de la fiesta.

—¿Es que han venido todos? —preguntó Amy, sorprendida y encantada de verlos.

—¡Sorpresa! —exclamó Jackie, corriendo a abrazar a su amiga.

—¿Tú sabías de esto? —Amy le preguntó a Jason.

Él sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Cuando les conté el motivo por el que no asistiríamos esta noche a la cena de navidad, todos se ofrecieron para participar. Y no solo eso, se organizaron para ayudar y que este día fuese perfecto, Jenny se encargó de la comida, Jackie de ponerse en contacto con la asociación de animales de terapia, para que pudieran visitarnos este día, y Jared y Luke estuvieron organizando una campaña las últimas semanas para reunir obsequios para los niños.

—Todos ustedes son maravillosos, no tengo palabras para agradecerles lo que han hecho —sollozó Amy, sintiendo que lágrimas de alegría brotaban por sus ojos.

—No tienes nada que agradecer, somos nosotros los que te agradecemos a ti por ayudarnos a ser mejores personas —le dijo Jackie, abrazándola otra vez.

—¿Y a mí no me vas a abrazar, cuñada? —le preguntó Luke, hablando con la boca llena, después de darle una mordida a una galleta de chocolate—. También estoy aquí.

—No te comas toda la comida, Luke, deja también para los niños —lo reprendió Jackie, quitándole la galleta de la mano para darle una mordida.

—Por supuesto, Luke —le dijo Amy entre risas, abrazándolo—. Gracias por estar aquí. A todos, gracias por venir a acompañarnos.

—Es un deleite, cuñadita hermosa —Jared la abrazó con fuerza—. Nos

encantan los niños, y te estamos muy agradecidos por darnos la oportunidad de poder ofrecerles un poco de alegría.

—No quisiéramos estar en ningún otro lado, te lo aseguro —le dijo Jenny, acercándose para darle un abrazo también—. Hemos traído bocadillos navideños veganos, para que comas con tranquilidad.

—No tenías que tomarte tantas molestias por mí, ya has hecho demasiado.

—Es un gusto, no te preocupes.

—¿Y dónde están Felicity y Shirley? —preguntó Amy, buscando a las pequeñas con la vista.

—Las niñas son aún muy pequeñas, por lo que han tenido que quedarse en casa con mamá y con Gaia —le contó Jared, tomando una de las bolsas que Jason todavía cargaba, para ayudarle—. Iremos con ellas a festejar la Nochebuena en cuanto salgamos de la fiesta.

—¿Estás seguro de esto? —le preguntó Jason, sorprendido de que su hermano, que adoraba a sus hijas, se separase de ellas durante las fiestas—. Es tu familia, y entendería que prefirieras marcharte ahora con Jenny.

—Mañana es Navidad y festejaremos todo el día. Y te aseguro que las dos pequeñas se la están pasando a lo grande con mamá, ya sabes lo que dicen de las abuelas, son muy estrictas con los hijos, pero a los nietos los consienten en todo, y nuestra madre es la más fiel seguidora de esa regla. Además, esto es importante también y tanto Jenny como yo queremos estar aquí, te lo aseguro, ¿no es así, amor?

—Por supuesto —convino ella, sonriendo cuando él se inclinó para besarla en los labios—. Ahora, si me disculpan, iré a servir los bocadillos. La fiesta comienza ahora que han llegado y los pequeños deben tener apetito.

—Yo te ayudo, Jenny —le dijo Jackie, cargando con charolas dispuestas con una gran variedad de bocadillos, como galletas navideñas, *cupcakes* con decoraciones en verde y rojo, sándwiches de pavo y jamón ahumado, palomitas dulces, entre muchos otros.

—Mientras tanto, Luke y yo comenzaremos a ordenar los regalos para los

niños —anunció Jared, entregándole una de las bolsas de regalos a Luke.

—Hemos organizado que venga un Santa Claus más tarde a repartir los obsequios —comentó Luke, hablando en un tono más bajo, para evitar que los niños pudieran escucharlos—. Nos han dicho que es el mejor en el oficio, los niños estarán fascinados.

—Eso es estupendo —comentó Jason, sorprendido. Eso no había estado en los planes.

—Amy, ve con Ellie, ella ha estado esperándote para cantar con los niños. Nosotros terminaremos a preparar todo por aquí —le dijo Jared, alejándose con Luke, ambos cargando con las bolsas repletas.

Jason miró a su hermano con agradecimiento. Se sentía profundamente conmovido de que todos hubiesen acudido a ayudarles y en que estuvieran compartiendo ese momento allí con ellos.

Siguió a Amy al sitio donde Ellie montaba un escenario improvisado. Él se dio prisa en ayudar a montar los cables y darles a los niños guitarras de juguete. Pronto Amy se situó en el centro, rodeada de un círculo de niños y, con guitarra en mano, comenzó a tararear canciones que los niños repetían, atentos a la letra que ella les enseñaba.

Jason la observaba detenidamente, notando que el orgullo que sentía por ella cada vez se acrecentaba más y más. Amy había deseado dedicar ese día a los niños del hospital, pues sabía en carne propia lo que esos pequeños estaban sufriendo, así como entendía que debía ser muy duro para ellos tener que pasar las fiestas allí, lejos de su hogar y todo lo que ellos amaban en esas fechas.

—Jason, aquí tienes el maquillaje —le dijo Jared, interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Perdona? —Jason arqueó una ceja, asumiendo que bromeaba.

—Aquí tienes, hermano.

Jared le entregó una caja con pinturas de colores. Jason, frunciendo el ceño, tomó un bote de pintura blanca y la examinó de cerca, todavía confundido.

—No entiendo qué pretendes que haga con esto.

—Es que vas a disfrazarte de Geisha, ¿no te lo dijo Jackie?

—¿Qué?!

Jared soltó una carcajada.

—Es broma, hombre. Te ha tocado la labor de pintarle la cara a los niños. Ya sabes, máscaras de mariposas, *Spiderman*... Cosas como esas —intentó explicarle.

—Jared, no tengo ni idea de pintar máscaras para niños.

—No te preocupes si te sale mal, últimamente todos los niños quieren ser zombis. Si te equivocas, solo le agregas el «zombi» a lo que te hayan pedido; una mariposa zombi, un *Spiderman* zombi... ¿me captas?

—¿No podría hacer otra cosa? Quizá organizar los juegos...

—Jackie ya se las apaña con eso. —Jared hizo un gesto con la cabeza, señalando a su hermana, que en ese momento competía con varios pequeños, para ver quién era el más rápido en llegar a la meta rebotando sobre una pelota saltarina—. Creo que nuestra hermana está más feliz aquí de lo que lo estaría en cualquier otra fiesta para adultos.

Jason soltó una carcajada que se hizo más sonora cuando vio a Luke correteando tras su esposa, pidiéndole que se bajara de esa pelota de una buena vez antes de que pudiera hacerse daño.

En ese momento la voz de Amy se hizo oír a través de la habitación acompañada de varias voces infantiles, gracias a los micrófonos que Ellie había repartido entre los participantes, y ambos se giraron para verla cantar, rodeada de un círculo de niños que cantaban con ellas, cada uno con un micrófono, imitándola en todo. La voz de Ellie era la que más se hacía notar, desafinando todas las notas, y haciendo reír a todos con su canto.

Brad, muy serio, permanecía sentado en un rincón de la habitación, rodeado de varios pequeños que lo acariciaban con regocijo, además de los dos perros de Ellie, que parecían haberlo adoptado como una especie de hermano mayor, y no se apartaban de él.

—¿Chocolate caliente? —preguntó Jenny, llegando en ese momento con un

par de tazas.

—Gracias, amor —Jared se inclinó para besarla—. Siempre haces el mejor chocolate caliente.

—En realidad, está más tibio que caliente. No quería que los niños pudieran quemarse —dijo ella, recibiendo otro beso de su marido.

—¡Jenny, estas son las mejores galletas navideñas que he probado! —exclamó Jackie, llegando en ese momento con un plato con galletas en las manos.

—Me alegra verte comer al fin, Pelos de piña —le dijo Jason, tomando una de las galletas de su plato—. ¿Ya han remitido las náuseas?

—Sí, al fin lo han hecho, después de solo cinco meses de embarazo —replicó, sarcástica.

—No te aflijas, yo las tuve durante todos los nueve meses que duró el embarazo de Felicity —comentó Jenny—. Ahora podrás relajarte al fin y disfrutar de la dulce espera, como la llaman.

—¡Jackie, Jared, vengan a ayudarme! —gritó Luke desde el suelo, donde varios niños lo mantenían sujeto con cuerdas y se lanzaban sobre él, como si fuese un colchón inflable.

—¿Pero cómo has terminado así? —preguntó Jackie, riendo a carcajadas.

—Los niños han creado una mezcla del juego del bandido y el policía, con lucha libre, ¡auxilio!

Jared y Jackie, todavía riendo, se acercaron para ayudarlo, mientras Jenny y Jason se desternillaban a carcajadas.

Ese fue un día fabuloso, uno que nunca olvidaría ninguno de ellos. Y cuando finalmente la hora de visita terminó y todos tuvieron que marcharse, lo hicieron con sendas sonrisas en el rostro, sintiendo un calor especial en el pecho, la especie de calor que te da el saber que has hecho algo bueno por alguien.

Aunque, en su caso, eran esos niños los que les habían dado más de lo que habían recibido. Esas risas infantiles quedarían grabadas para siempre en sus

corazones, así como la dicha de saber que habían llevado alegría a unos niños en el día de Navidad.

## Capítulo 25

*Enero*

—No lo sé, Amy, eso suena como mucho trabajo.

—Te digo que es en serio, Jason, quiero entrenar perros para terapia cuando me recupere del cáncer —afirmó Amy, acariciando la cabeza de Brad, que caminaba tranquilamente a su lado.

Era una mañana hermosa de invierno, por lo que ambos habían decidido dar un paseo por la cuadra, acompañados por el inseparable pitbull, que, a pesar de su edad, necesitaba salir a dar una buena caminata para descargar energía.

Y no podía ser un día más hermoso, el sol había hecho aparición al fin, iluminando los árboles sin hojas, que brillaban bajo la capa de nieve y escarcha que los cubría, como si estuvieran bañados en purpurina. El perro correteaba de un montículo de nieve a otro, olisqueando todo cuanto podía, feliz de traspasar al fin los terrenos de su hogar, ya que, debido a su enfermedad, Amy casi no había salido de casa, y su fiel can se negaba a hacerlo sin su ama.

—No estoy diciendo que sea una mala idea, solo que no es el momento más oportuno para embarcarte en la planificación de una empresa.

—No planeo hacerlo como una empresa, sino más bien como una organización sin fines de lucro, cuyo único objetivo sea rescatar animales de refugios y adiestrarlos para que sirvan como perros de terapia. Estaremos ayudando tanto a los animales rescatados como a las personas que los



necesitan... —Amy guardó silencio cuando, de pronto, notó algo extraño en el pecho, una especie de taquicardia y que el suelo bajo sus pies se movía.

—¿Qué sucede? —le preguntó Jason, percatándose enseguida de que algo pasaba.

—Nada... Creo que hay hielo en el pavimento y debí resbalar un poco.

Él frunció el ceño, observándola con detenimiento.

—Se te escucha agitada, será mejor que regresemos a casa.

—No, podemos continuar, hace meses que no salimos a dar un paseo y realmente quiero hacerlo... —No pudo terminar la frase, últimamente había empezado a quedarse sin aire, pero suponía que era otro efecto secundario de los medicamentos.

—Saldremos otro día, ahora volvamos a casa —le dijo él, sin dar tregua.

Amy iba a replicar, pero la verdad es que no se estaba sintiendo muy bien. Había notado que desde hacía un tiempo estaba más cansada de lo habitual, lo cual ya era decir mucho. Le costaba caminar sin sentir mareos o incluso esas extrañas taquicardias, pero como formaban parte de los efectos secundarios del tratamiento contra el cáncer, no le había dado importancia.

—Está bien, volvamos a casa —aceptó al fin, tomando el brazo que Jason le tendía.

Brad, inquieto, se había acercado a Amy y la olfateaba con esmero, como si intentara averiguar qué iba mal con ella.

A los pocos minutos se encontraron de vuelta en su hogar, Jason sugirió que ella se recostara en el sofá delante de la chimenea para que entrara en calor, mientras él iba a la cocina a prepararle una taza de té. Había notado que se veía muy pálida.

Ella intentó negarse, pero prefirió hacer caso de su sugerencia. Lo cierto era que no se sentía bien, solo había subido unos cuantos escalones desde la entrada, y sentía como si acabara de correr un maratón completo.

Mientras ella intentaba recuperar el aliento, escuchaba a Jason moviéndose en la cocina. Por un momento dudó si aquello sería normal, quizá debería

preguntarle, pero decidió descartar esa idea. Lo más seguro es que se tratase de efectos secundarios de la quimio y Jason ya se preocupaba demasiado por ella, para encima meterle más peso con sus inquietudes.

—Aquí está tu té —anunció él, entrando en el salón con una taza humeante en la mano.

—Gracias, Jason.

—No agradezcas y bébelo todo, para que termines de entrar en calor. No debiste salir, aún es muy pronto...

—Me gustó salir, además, no te di alternativa para negarte, solo te avisé que saldría a caminar con Brad y que podías venir conmigo o no.

—Es cierto. Recuérdame la próxima vez esconder la correa del perro.

Ella soltó una carcajada.

—Absolutamente no. Estoy cansada de estar encerrada, apenas he salido un par de veces de casa desde el día de año nuevo.

—Es por tu salud, Amy, ya lo sabes, debemos evitar el riesgo de contagio que existe en lugares concurridos. Este clima es perfecto para la propagación de las gripes.

—Una caminata no va a matarme. He salido muchas veces antes, Jason, además de haber estado en el refugio de animales y el hospital de niños, y no me ha pasado nada.

—Ahí tienes, esas salidas deberían bastarte por un tiempo.

—Sabes que no es así. Ahora tengo una meta, quiero ayudar a la gente, me interesa tanto el tema de los animales de terapia que no me lo puedo quitar de la cabeza, ni tampoco las caritas sonrientes de esos pequeños al ver a Brad, a los cachorros de Ellie y a los perros y gatos que llevó Jackie al hospital, ¡todos estaban tan felices!

—Y me parece una idea estupenda, Amy, en serio. Solo que no olvides la parte de «cuando me recupere», ahora sigues en tratamiento y debes cuidar bien de ti, antes de proponerte asistir a un refugio con animales transportadores de enfermedades que podrían menguar tu salud.

—Lo sé, lo sé... Esperaré a recuperarme, o al menos a que mi sistema inmune esté más fuerte, lo prometo —asintió, emitiendo un suspiro bajo—. Pero en cuanto tenga el visto bueno de mi hematóloga, iré a recorrer todos los refugios para encontrar los perros y gatos perfectos que puedan servir para zooterapia. Bárbara ya me ha dado una lista de algunos entrenadores que estarían dispuestos a trabajar con ellos y prepararlos para ser animales de terapia.

—¿Y mi madre qué sabe de esto?

—Bárbara lo sabe todo y está muy interesada en este plan, tanto ella como Jackie están ayudándome para convertir este sueño en realidad —le explicó—. Ahora mismo, ambas están adelantándose para resolver todos los detalles para que podamos abrir el centro cuanto antes. Esta misma tarde Bárbara traerá varias opciones de terrenos que le ha dado un corredor, para que podamos seleccionar entre todas el mejor lugar donde instalar el centro.

—Había olvidado que hoy es miércoles, y toca visita de mi madre.

—No lo digas en ese tono, me encanta que tu madre me visite. La pasamos muy bien juntas, y hoy también se pasará Jackie, así que será un momento excelente.

—Entonces, ¿entre las tres van a planear el mejor lugar para el centro?

—Por supuesto, necesito la opinión de Jackie, ella es la veterinaria, y tu madre sabe de todo y conoce a todo el mundo. No podría hacer nada sin ellas.

—Vaya, no me esperaba que las visitas de mi madre y de mi hermana fueran tan productivas.

—¿Por qué? ¿Qué creías que hacíamos?

—Hablar de chismes, más que otra cosa.

Amy soltó una carcajada.

—Tu mamá es muy divertida, siempre intenta animarme trayéndome películas interesantes, juego de mesas y sí, algunos chismes. Pero desde que le conté sobre esta idea que me surgió después de ver la alegría de los niños del hospital al tratar con Brad y los otros animales de terapia, se ilusionó mucho

con formar parte del proyecto y no ha dejado de ayudarme.

—Creo que hasta de una madre a la que se cree conocer a la perfección, uno puede sorprenderse a veces. Y respecto a tu idea, me parece que es un plan excelente, Amy, y ten por seguro que yo estaré ahí para ayudarte —le dijo él, inclinándose sobre su rostro para besarla.

Brad ladró y se colocó entre ellos, separándolos e interrumpiendo su beso.

—Creo que alguien se ha vuelto a poner celoso —comentó Jason, apartándose al fin, después de que el perro le llenara la cara de babas.

—Brady, creía que ya teníamos controlada esa parte —le dijo Amy a su perro, acariciando su enorme cabeza.

El teléfono de Jason sonó en ese momento y él se apuró en contestar.

—Es del hospital —le explicó a Amy, antes de centrarse en la conversación—. Hola, Marta. Sí, entiendo... Voy para allá.

—¿Qué pasa? —le preguntó Amy, cuando él colgó.

—Era mi jefa, le pidieron que me avisara que los directivos se están reuniendo para una junta de emergencia del hospital, necesitan que Jared y yo estemos presentes para la toma de decisiones.

Amy asintió, la familia de Jason era fundadora y propietaria del hospital donde trabajaba, y las últimas semanas había estado hasta el cuello de trabajo y juntas con los directivos. A causa de esto, durante los últimos días, había sido poco lo que había podido estar en casa, incluso había tenido que pasar algunas noches en el hospital, por lo que casi no se habían visto, y aunque Amy entendía que él tenía una enorme responsabilidad sobre sus hombros con la que debía cumplir, habría deseado que ese día se quedase con ella.

—Le diré a Jared que se haga cargo, te prometí que pasaríamos juntos este día.

—No tienes que hacerlo, ve a la junta. Podrás quedarte conmigo mañana.

—¿Estás segura?

—Por supuesto, es el hospital de tu familia, lo entiendo, Jason. Además, no estarás tranquilo si no vas, Jared lleva poco tiempo ocupándose de los asuntos

de la directiva y desde el retiro de tu madre, el peso de guiar las reuniones recae sobre ti. Anda, ve y ocúpate de tus deberes, yo me quedaré a ver una película con Brad.

—Llamaré a Leona para que venga a cuidarte.

—No hace falta, me encuentro perfectamente bien. Solo ve, no te preocupes por mí.

—Amy, no quiero dejarte sola. Hace un momento estuviste cerca de desmayarte.

—No es así, te dije que había hielo y resbalé.

—No sé a quién quieres engañar, porque a mí no.

—Jason, si me sintiera mal, te lo diría. Ahora ve, te necesitan en el hospital, no te preocupes por mí.

—Al menos déjame llamar a Jackie para que venga a hacerte compañía.

—No es necesario, ya te dije que ella quedó de pasar a verme esta tarde. Seguramente no ha de tardar.

Jason le echó un vistazo a su reloj, la junta comenzaba en quince minutos.

—De acuerdo, me voy, pero le mandaré un mensaje a Jackie para que llegue antes. Y si por cualquier motivo llegaras a sentirte mal, llámame enseguida, ¿de acuerdo?

—Prometido. Ahora dame un beso y lárgate de aquí —contestó Amy, tirando de él con una sonrisa en los labios.

Jason se inclinó y la besó largamente. Pero antes de que pudiera irse, Brad le encajó los dientes en su pantalón, impidiéndole alejarse.

—¿Ahora qué le pasa?

—Creo que no quiere que te marches a trabajar —contestó Amy, entre risas.

—Lo siento, peludo, tengo que partir. Y tú ya tuviste un paseo lo suficientemente largo como para aguantar estar encerrado hasta la noche, así que pórtate bien y ve a ver tu partido.

El perro, lejos de calmarse, empezó a ladrar, solo que esta vez en dirección a Amy.

—¿Crees que intenta decirnos algo?

—Seguramente que tiene hambre —contestó Jason, sacando su celular del bolsillo para ver un nuevo mensaje que acababa de recibir—. Me tengo que ir, ya han llegado los directivos y están esperándome.

—De acuerdo, ve con cuidado... —contestó ella, todavía preocupada por el extraño comportamiento de Brad.

—Te veo en la noche, preciosa —él se despidió y se inclinó para besar a Amy fugazmente en los labios antes de marcharse.

Apenas hubo cerrado la puerta, Brad se recostó en el piso y la miró desde abajo con gesto derrotado.

—Calma, campeón, todo está bien —le dijo Amy, acariciándolo tras las orejas.

Sin dejar de gemir bajito, su mascota se recostó en la alfombra, con los ojos fijos en ella, decidido a permanecer a su lado.

\*\*\*

Jackie estaba abriendo la puerta de entrada, cuando Brad corrió a recibirla en medio de ladridos y aullidos angustiados.

—¿Brady? ¿Qué está pasando? —preguntó ella, notando que el can tiraba de su abrigo.

Sus ojos revolotearon por el lugar, notando la televisión encendida en el salón, el fuego en la chimenea y la manta tirada en el suelo, junto al sofá, justo al lado de una taza de té derramada.

—¿Amy...? ¡¿Amy, dónde estás?! —gritó con voz ahogada, comenzando a preocuparse en serio mientras sus veloces pies, a pesar del embarazo, recorrían el lugar, intentando hallar a su amiga.

Brad, una vez más, aferró los dientes en la punta de su abrigo, y tiró de ella con fuerza, aunque con delicadeza para no lastimarla, y al fin Jackie comprendió lo que él intentaba hacer.

—¡Vamos, Brady, dime dónde está ella!

Como si entendiera cada palabra, el can ladró y corrió por un pasillo, con Jackie siguiéndole los talones.

Fue entonces cuando la vio, inconsciente sobre la baldosa junto a un charco de vómito y sangre.

Amy.

—¡Dios mío, Amy! —exclamó Jackie, angustiada, corriendo a su lado.

A su lado había tirada una pequeña mesa decorativa donde solía haber un jarrón con flores, ahora hecho añicos y sus pedazos esparcidos por todo el lugar.

Con sumo cuidado, Jackie la giró de espaldas y buscó sus signos vitales. Ella respiraba, pero apenas, y su corazón latía muy rápido.

—Tranquila, Amy, vas a estar bien, vas a estar bien... —repitió, aunque no sabía si las palabras eran más para su amiga o para sí misma, al tiempo que con manos temblorosas intentaba marcar el número de emergencias de su celular. Nunca en su vida había sido tan difícil hacer una simple llamada, con los dedos trémulos y los ojos llenos de lágrimas. Finalmente una operadora se comunicó al otro lado de la línea, y después de recibir los datos de Jackie acerca de la ubicación de la paciente para enviar la ambulancia, permaneció en la línea, intentando calmar a la mujer y asimismo, ofrecerle instrucciones sobre lo que debía hacer hasta que llegaran los paramédicos.

Brad, que lucía tan angustiado como ella, se había echado al lado de su ama con el hocico sobre su palma. Hasta ese momento notó que el perro sangraba, tenía un corte en la parte baja de la mandíbula y otro en la pierna.

—Pequeño, ¿pero qué es lo que te ha pasado?

Los paramédicos llegaron en ese momento, precedidos por Daniel, el guardia, quien suponiendo la gravedad del asunto, les había permitido entrar y los guiaba por el interior de la casa.

—¡Jackie! ¡Amy! —gritó el hombre con un vozarrón que hizo vibrar las paredes.

—Estamos aquí, por el lavabo de visitas junto al salón de televisión — contestó Jackie a todo pulmón, colgando al fin la comunicación con la operadora, que también le anunciaba la llegada de la ambulancia.

Los paramédicos llegaron corriendo y Jackie hizo un esfuerzo para ponerse de pie y hacerles sitio, sin embargo, de pronto las fuerzas le flaqueaban y Daniel tuvo que echarle una mano para que pudiera levantarse.

Brad, por otro lado, no parecía dispuesto a separarse del lado de su ama.

—Ese perro va a mordernos, traigan a alguien que lo aparte... —pidió uno de los paramédicos, visiblemente intimidado por Brad.

—No diga tonterías, ese perro no mata ni a una mosca. Vamos, hermoso, no tengas miedo y ven aquí, permite que ellos ayuden a Amy —Jackie lo llamó a su lado.

El perro finalmente obedeció, permitiendo a los paramédicos acercarse.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó uno de ellos, mientras su compañero se apuraba en buscar los vitales de Amy.

—No lo sé, cuando llegué la encontré así. Amy tiene cáncer, leucemia específicamente, y está en tratamiento. Mi hermano vive aquí con ella, tuvo que marcharse al trabajo y me pidió que viniera antes para cuidarla, pero no mencionó nada acerca de que se encontrara mal. No tengo idea de qué pudo pasar, pero desde que él se marchó y llegué yo, no debieron pasar más de treinta minutos... —contestó Jackie, hablando con la voz cortada y gruesas lágrimas rodando por sus mejillas.

Los hombres, tras examinar a Amy, le pusieron una mascarilla de oxígeno y la ataron a una camilla.

—Debemos marcharnos al hospital enseguida. Usted puede acompañarnos, pero por favor, tranquilícese señora, en su estado no puede permitirse angustiarse tanto —le pidió uno de los hombres—. Haremos todo lo posible para ayudar a su amiga.

—Tiene doscientas pulsaciones por minuto —anunció el otro paramédico—. Es demasiado, tenemos que llevárnosla ya. ¿Usted va a venir con ella?



—Por supuesto.

—En ese caso, vámonos. Si tiene que llamar a alguna otra persona para que la alcance en el hospital, le recomiendo que lo haga cuanto antes.

Con ojos llorosos, Jackie asintió y buscó en los contactos de su teléfono el número de su hermano Jason.

—Jackie, ¿está todo bien? —contestó él al primer timbrazo.

—No, Jason, no lo está —ella soltó, controlando el deseo de llorar—. Amy se ha puesto mal y vamos en ambulancia al hospital.

—¡Voy para allá!

—No, no tiene caso. Estamos saliendo, te veremos allá. —Colgó el celular, dándose prisa para subir a la ambulancia cuando uno de los paramédicos le tendió una mano, dispuesto a ayudarla.

Brad intentó subir también, pero Daniel lo detuvo por el collar.

—No se preocupe, Jackie, yo me encargaré del perro —le dijo el guardia, notablemente preocupado también—. Y, por favor, cuide de la señorita Amy. Es una gran mujer, no permita que... De haber sabido que ella estaba... —se interrumpió, y Jackie notó que estaba llorando—. Solo dígame que estaré orando por ella.

—Tenlo por seguro, Daniel, gracias. Y no tengas esos pensamientos, no había forma de que supieras lo que había sucedido y Amy no querría que te angustiaras —contestó Jackie, con total sinceridad—. Por favor, cuida bien a Brad. Sabes lo mucho que ella lo quiere. En cuanto tenga noticias, te las haré saber.

El hombre asintió y ayudó a los paramédicos a cerrar las puertas de la ambulancia, para observarlos partir con vivo dolor en la mirada.

El estado de Amy se iba deteriorando en el camino y los paramédicos luchaban por mantenerla viva. Jackie, profundamente angustiada, hacía lo posible por conservarse firme y no estorbarles en su trabajo.

Por fin llegaron al hospital. Jason ya estaba allí, aguardando a que bajaran a

Amy de la ambulancia.

—Vas a ponerte bien, ¿me oyes? —le decía Jackie a su amiga, apretando su mano—. ¡Eres mi hermana, no puedes dejarme ahora! ¡No te doy permiso!

Jared y Luke estaban también allí esperando. Jason los había llamado después de colgar con Jackie.

Luke corrió a abrazar a Jackie, quien, desconsolada, se soltó a llorar en sus brazos.

Jason agradeció su presencia, ya que él no podía quedarse a su lado, como siempre había hecho. Su corazón y su mente estaban al lado de Amy.

Se situó a un lado de la camilla y entró junto con los paramédicos a la sala de urgencia, dando órdenes a voz en grito a todos sobre lo que debían hacer.

—Ve con él, Jared —le pidió Jackie a su hermano—. Jason te necesita en este momento.

Jared pareció dudar, pero al ver la seguridad en los ojos de Luke de que cuidaría de su hermana, corrió hacia las puertas, dispuesto a ser ahora el apoyo que Jason siempre había sido para él y para Jackie.

## Capítulo 26

*Muchos años atrás...*

—Papá, tengo miedo —musitó Amy, aferrando con fuerza la mano de su padre al tiempo que observaba con ojos llorosos la entrada del colegio—. No quiero ir... Por favor, no me obligues.

El hombre la miró a través de sus grandes gafas de color ámbar, una rareza que a ella le encantaba tanto como su madre lo odiaba.

—Nadie quiere ir al colegio, pero tú tienes que hacerlo, al igual que todos los niños —intervino su madre, apartándola de su padre—. Ahora déjate de lloriqueos y entra de una vez, ¡y no te atrevas a hacer una escena! Nos ha costado mucho que te aceptaran en este colegio, a pesar de tus limitaciones por el autismo —añadió la mujer, arrugando la nariz, como si aquella palabra le ocasionara asco.

—Nadya, es suficiente —siseó su padre, siendo ahora él quien la apartaba de su madre.

La mujer le dirigió una mirada de odio a su marido, pero no dijo nada, temerosa de causar un escándalo en la entrada de ese colegio de prestigio. Se había asegurado de que fuera uno de los mejores, no por su sistema académico, sino para poder presumir cuando hablara con sus amigas acerca de a qué colegio privado enviaba a su hija.

—La consientes demasiado, Steven. Ella tiene que entender que es su deber asistir al colegio, por más difícil que le resulte comprender las cosas.

—No hables así frente a la niña, ¿que no ves que te está escuchando?

—Por favor, como si pudiera entenderme. Es tonta, ¿o ya se te olvidó? — bufó la mujer, apartando un mechón de su perfecta melena negra del rostro, recortada al estilo Cleopatra, como estaba a la moda, conforme le aseguró su estilista.

—Nadya, sólo hazte un lado y cállate, ¿quieres? —espetó su padre, llevándose a Amy unos pasos lejos.

Cuidando de esbozar una sonrisa despreocupada, él se agachó para quedar a la altura de la niña, y después de tomar el pañuelo de tela que siempre guardaba en su bolsillo, limpió con él las lágrimas que manchaban el rostro de su hija.

—Amy, no tienes nada que temer, el jardín de niños es el momento más alegre de toda la vida, ¡ya quisiera yo poder regresar!

—¿Lo dices en serio? —preguntó la pequeña, abriendo mucho los ojos por la sorpresa.

Siempre había visto a su padre como a un hombre increíblemente fuerte y poderoso, ni siquiera *Superman* podía igualarlo. ¿Y él quería regresar al jardín de niños?

—¡Te aseguro que sí!

—¡Entonces ven conmigo! —le pidió ella, tomándolo de la mano—. Si vamos juntos, no tendré miedo.

—¡No seas ridícula! Tu padre no puede entrar al jardín de niños... —chilló su madre, que a pesar de todo, había estado atenta de escuchar cada palabra.

—Shhh... —Steven la hizo callar con un ademán.

Ella alzó la nariz, irritada.

—No te atrevas a callarme... —ella empezó a decirle y Amy se tapó los oídos, parecía que iban a comenzar con una de sus interminables discusiones. Pero cuando Nadya notó que todo el mundo se volvió a verlos, guardó silencio. Aunque por la mirada que le dirigía a su marido, era claro que estaba dispuesta a continuar después con ese tema—. Kimmy y yo te esperaremos en

el auto, Steven —anunció, empujando el cochecito para alejarse de allí, no sin antes dedicarle a su padre una mirada colmada de odio que dejaba claro que él la tendría difícil una vez que estuvieran a solas.

—Creo que te va a gritar cuando lleguen a casa —musitó Amy, con voz preocupada—. Lo siento, papá.

—No es nada que no haga todos los días —contestó su padre, sonriendo de manera despreocupada—. Ahora, sobre las clases...

—¿Puedes quedarte conmigo?

—No, pequeña. Me encantaría, en serio, pero tengo un trabajo y tengo que acudir para que me paguen. Necesitamos tener dinero para poder comprar comida, pagar la luz y comprar el helado que te estará esperando en casa cuando vuelvas del colegio, ¿qué te parece?

Amy hizo un esfuerzo por sonreír, pero lo cierto es que ni todo el helado del mundo habría conseguido hacerla sentir mejor.

Tomó la mano de su padre y permitió que la acompañara hasta el patio de la escuela.

Amy miró a su alrededor, los niños jugaban por todas partes, conversaban entre ellos y hablaban con sus madres, muchos de ellos también lloraban al despedirse.

—...Peter, me tengo que ir —le decía en ese momento una mujer a su hijo, un niño pelirrojo y pecoso que lloraba amargamente, aferrado a su fino abrigo de lana—. Basta, por favor, mi taxi me está esperando...

—¿Es usted taxista? —le preguntó Amy.

—¿Yo? —la mujer se extrañó—. ¡Claro que no!

—¿Y por qué ha dicho que tiene un taxi?

—¿Qué...? —La mujer frunció el ceño, confundida.

—Discúlpela, suele ser un poco literal con los comentarios. Usted ha mencionado que su taxi la estaba esperando... Es que tiene Asperger —explicó su padre, un tanto nervioso, como siempre se ponía cada vez que debía dar ese discurso a la gente que se molestaba con Amy por sus comentarios.

—¿¿Qué cosa?! —exclamó la mujer, apartando a su hijo, como si Amy tuviera la plaga.

—Es un tipo de autismo de alto funcionamiento...

—¿Autismo...? —La expresión de la mujer se transformó en una mezcla de enfado y aborrecimiento—. ¿Y eso qué es?

—¿No tenía algo así el tipo de *Rain Man*? —comentó otra mujer, que había estado atenta a su conversación.

—Olvídelo —gruñó su padre, llevándose a Amy lejos de esa mujer.

—¿Es que le permiten a esa clase de niños asistir a colegios con los alumnos normales? —la mujer comenzó a preguntarle a otras madres, que también se habían quedado mirando.

—No les hagas caso, ¿de acuerdo? —le pidió su padre, agachándose para mirar a Amy a los ojos—. Eres tan buena como cualquiera de estos niños.

Amy esquivó su mirada, como era su costumbre cuando se ponía nerviosa.

—Anda, tú puedes verme a los ojos —le susurró su padre.

Amy cerró los ojos y se forzó por volver a abrirlos y mirarlo de frente.

—Esa es mi niña buena —la felicitó, orgulloso y la abrazó muy fuerte.

El timbre sonó, anunciando el inicio de las clases. Los padres comenzaron a retirarse del patio y Amy se puso nerviosa, sabiendo que también sería el turno de su padre para hacerlo.

—Me tengo que ir, pequeña. Ahora dame un beso y un abrazo fuerte, fuerte, que te dure todo el día hasta que nos veamos de vuelta en casa.

Amy así lo hizo, forzándose por no llorar. Él la besó en la frente y musitó un último adiós antes de ponerse de pie para marcharse.

Mientras lo veía alejarse y perderse entre la multitud camino a la puerta de salida, Amy se sintió más sola que nunca. Deseó poder marcharse con él, pero sabía que no se lo permitiría.

Podía notar que la miraban, pero intentó no darle importancia y se dirigió hacia una de las esquinas más alejadas del patio, cuando, de pronto, un par de chicos le salieron al paso.

—Oye, niña rara, ¿cómo te llamas? —preguntó el pelirrojo que hacía un momento había estado con su madre.

—Amy —contestó ella, esquivando sus miradas.

—¿Por qué estás aquí? Mi mamá dice que deberías estar en una clase especial para retrasados mentales —le dijo el otro, uno moreno muy alto, con mucho pelo rizado.

Ella agachó la cabeza e intentó rodearlos, pero el pelirrojo le puso la zancadilla y Amy terminó de bruces en el piso.

Los niños empezaron a reírse, pero ella no les prestó atención. Su zapatilla se le había salido del pie, así que intentó colocarla de nuevo, pero con los nervios, no conseguía hacerla entrar.

—Mira qué tonta es, ni siquiera sabe ponerse los zapatos —anunció uno de los niños que se había acercado al escuchar el alboroto, riendo a carcajadas y haciendo reír más a los otros con sus puyas.

—¡Más tonto eres tú, además de bruto! —gritó una niña larguirucha, de largo cabello negro peinado en dos coletas—. Y a ti, bruto número dos, ¿es que no te enseñó tu madre a no pegar a las niñas?

—No le pegué —replicó el niño pelirrojo.

—Es cierto, fue ella quien tropezó con su pie —añadió el moreno, respaldando a su amigo.

—Pues si no se disculpan con ella, haré que mi puño tropiece con sus narices —amenazó la chica, alzando sus dos puños.

—¡No le tenemos miedo a las niñas! —bramó el moreno, plantándose delante de ella en toda su estatura con toda la intención de darle un empujón. Pero antes de que pudiera tocarla, la pequeña le estampó el puño en la nariz.

El niño se llevó ambas manos al rostro, y cuando las vio llenarse de sangre, soltó un alarido y empezó a llorar a todo pulmón.

—¡Vas a pagar por eso! —gritó el pelirrojo, abalanzándose contra la niña. Pero antes de que pudiera hacerlo, un chico mayor lo detuvo por el cuello de la camisa.

—¿Qué intentas hacerle a mi hermanita? —preguntó el muchacho, obligando al niño a volverse hacia él.

Los ojos del niño se abrieron de forma desorbitada ante la visión del chico mayor, que fácilmente podría ganarle en una pelea, y sabiéndose perdedor, se soltó a llorar con un largo: «¡mamááá!», llamando a su madre para que fuera a salvarlo.

La chica de cabello negro en coletas aprovechó la oportunidad para ayudar a Amy. Se acercó a ella con una amplia sonrisa, llevando con ella su lonchera. Amy ni siquiera había notado que la había tirado.

—Todo está bien, nadie va a molestarte, ni mis hermanos ni yo los vamos a permitir —le aseguró la chica de coletas.

Amy miró su mano sin atreverse a mover un músculo. Entonces notó que no había uno, sino dos chicos, reprendiendo a los niños que habían estado molestándola, y ahora llamaban a sus madres en medio del llanto.

—¿Ellos son tus hermanos? —preguntó Amy, sorprendida.

Ambos chicos eran mayores que ella, de cabello tan negro como la niña que tenía enfrente.

—Sí; son Jason, el mayor; y Jared, el otro que acaba de llegar. Ellos cuidan de mí, se lo han prometido a papá. Y ahora también cuidarán de ti.

Amy la miró con grandes ojos llenos de sorpresa, nunca nadie había sido tan amable con ella.

Entonces, los hermanos de la niña, llevaron ante Amy a los dos niños que se habían burlado de ella e iniciado todo el conflicto, y les exigieron que se disculparan.

—Lo siento —dijeron ambos niños a coro, antes de alejarse corriendo.

Amy los siguió con la mirada y entonces sus ojos se toparon con los del chico mayor, de un color azul muy oscuro, que se mezclaba de forma extraña con el verde.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él, dirigiéndose a ella con preocupación en la voz, como si fuese su hermana también—. ¿Te has hecho



daño?

—Estoy bien —contestó Amy, apartando la mirada.

—Vamos, ponte de pie, ya está todo bien —le aseguró la niña de coletas, ayudándola a levantarse.

—Tenemos que irnos, niñas, las clases están a punto de empezar —comentó Jason, observando su reloj de pulsera—. Si llegan a tener algún problema, vayan a buscarnos.

—O díganle a su profesora, ella debe ayudarlas cuando estén en clases —añadió Jared.

—Así lo haremos —contestó la chica de coletas.

—Gracias por ayudarme... —musitó Amy, tan bajito que ellos no la escucharon.

Amy, manteniendo la cabeza gacha para ocultar sus lágrimas, se agachó una vez más para intentar ponerse la zapatilla. Pero por los nervios solo conseguía forzarla contra el pie, sin lograr su objetivo.

—No podrás ponértela a menos que desates los cordones —le explicó la niña, hablando con voz amable.

Amy asintió y lo hizo con rapidez. Entonces llevó el calzado de vuelta a su pie y lo intentó meter de nuevo.

—Así no vas a poder. Debes sacar la lengua... —La niña de coletas se interrumpió al ver a Amy sacar la lengua de su boca al tiempo que seguía forzando el pie a entrar en la zapatilla.

Soltó una sonora carcajada y se inclinó para enseñarle cómo debía hacerlo.

—Me refiero a lengua de la zapatilla, no a la tuya —le aclaró, al tiempo que sacaba la lengua del tenis y ataba los cordones.

—Gracias —le dijo Amy, mirándola a la cara por primera vez.

—No es nada. ¿Sabes? Eres una niña muy divertida, deberíamos ser amigas —sugirió, alzando una mano—. Soy Jackie... Bueno, en realidad me llamo Jackeline, pero todo el mundo me dice Jackie.

Amy miró su mano con timidez.

—Debes estrecharla y decirme tu nombre, tal como yo lo hice —le explicó Jackie—. Así seremos amigas.

—Soy Amy. En realidad, me llamo Amanda, pero todos me dicen Amy. Jackie sonrió de oreja a oreja.

—Ahora seremos amigas para siempre, Amy.

## Capítulo 27

Jason se removió en su asiento, meciéndose el cabello con las manos, en un gesto nervioso. Hacía horas que habían llevado a Amy al quirófano, después de estabilizarla. Al parecer se había caído o desmayado, nadie estaba seguro, pero al hacerlo, su cabeza debió haber golpeado contra el borde de la mesa que encontraron tirada a su lado, lo que le provocó una contusión severa. Ahora un neurocirujano la estaba operando para quitar el coágulo que se había formado a causa del golpe e impedir así que pudiera ocasionar daños colaterales.

—Tranquilo, hombre —le dijo Jared, posando una mano sobre su hombro—. El doctor Coleman se mostraba bastante optimista. Él es uno de los veteranos en su campo y un excelente médico, Amy no podría estar en mejores manos.

—Lo sé... Pero quisiera estar ahí dentro, con ella.

—No puedes, ella es tu familia —replicó Jackie, quien se paseaba nerviosamente de un lado a otro, incapaz de quedarse quieta—. No nos queda más que esperar aquí por noticias.

—No debí dejarla sola... Todo esto es mi culpa.

—Eso no es verdad, y lo sabes —gruñó Jackie, mirándolo con ojos brillantes, a causa de las lágrimas contenidas—. Si alguien debe culparse, soy yo. Debí llegar antes, de haberlo hecho, nada de esto habría pasado.

—No sirve de nada que se culpen, además de que no es culpa de nadie, los accidentes pasan, nos guste o no —intervino Jared—. Amy estará bien, ya lo

verán, es una mujer muy fuerte y a pesar de todo, el médico dijo que estaba estable y tenía muy buen pronóstico, de otro modo no la habrían metido a cirugía ahora.

—Lo sé, lo sé... Es solo que cuando estás del otro lado, sin poder hacer nada para ayudarla, te sientes impotente —musitó Jason, pasándose una mano por el cabello.

—Ya he traído los cafés y a alguien especial que me encontré de camino —anunció Luke, llegando en ese momento por el pasillo, cargando con una bandeja de cartón con vasos humeantes y acompañado por Bárbara caminando muy agitada, a su lado.

—¿Cómo está ella?

—¿Mamá? —preguntó Jackie, extrañada de verla.

—¿Cómo está Amy? —Bárbara repitió la pregunta, retorciendo sus manos, notablemente nerviosa—. Vine lo más rápido que pude, en cuanto Daniel me contó lo que había sucedido.

—Lamento no haberte avisado antes, mamá —se disculpó Jason, notando lo trémula que estaba su madre—. Todo fue tan rápido que no tuve oportunidad ni cabeza... Ahora mismo está en cirugía, estamos esperando noticias.

—Lo entiendo, hijo, no te preocupes —Bárbara se sentó a su lado y tomó la mano de Jason entre las suyas—. Vamos a rezar una oración por ella, ¿te parece? Sé que no eres muy religioso, pero no perdemos nada y tranquilizas a tu madre. Tengo toda la fe en Dios que ayudará a nuestra dulce Amy a salir adelante.

Jason asintió, dedicándole a su madre una sonrisa agradecida. Cada miércoles sin falta, ella acudía a ver a Amy a su casa, debido a que la chica no podía salir mucho a riesgo de contagiarse. Bárbara se preocupaba de llevarle algún entretenimiento, como una película nueva de cine independiente que podría ser del agrado de Amy, un juego de mesa, dulces de una pastelería vegana que estuviera de moda o sencillamente pasar una tarde con ella haciéndole compañía. El día del festejo de navidad en el hospital había

participado a su particular manera, cuidando de las hijas de Jared y Jenny, para que estos pudieran ayudar con los niños.

—Yo quiero rezar con ustedes —dijo Jackie, tomándolos por sorpresa.

Bárbara sonrió, palmeando el lugar libre a su lado.

—Es una buena idea, Jackie, y mientras lo haces, puedes beber el té de tila que te he traído, para que te ayude a relajarte —Luke le tendió un vaso humeante—. Bébelo, por favor, te hará bien y también al niño.

—Gracias, amor, pero no quiero...

—Amy se enojaría mucho de saberte tan agobiada en tu estado —intervino su madre—. Anda, bébelo y relájate un momento, que estresándote tú y a la criatura no harás que los minutos pasen más rápido.

—De acuerdo, lo beberé —Jackie compartió una mirada cómplice con Luke, era la primera vez que su madre parecía ponerse de su lado.

Jason se puso de pie de repente y enseguida todos se percataron del motivo. El cirujano de Amy se acercaba a ellos, y en un santiamén la familia entera estuvo formando un semicírculo a su alrededor, aguardando impacientes por lo que iba a decirles.

—Ella está bien, todo ha salido estupendamente —anunció el hombre, sonriendo aliviado por tener buenas noticias para esas personas, que prácticamente lo acorralaban.

—¡Gracias a Dios! —anunció Bárbara, elevando las manos al cielo.

—No ha habido inflamación del cerebro y hemos retirado todos los restos del coágulo, por lo que esperamos que no haya secuelas. Sin embargo, debemos dar tiempo a que despierte para estar seguros. Ha corrido con mucha suerte, ese golpe en la cabeza pudo ser fatal si llegaba a complicarse, parece un milagro, de algún modo evitó pegarse contra el piso y eso le salvó la vida.

—¿A qué se refiere? —preguntó Jason, entrecerrando los ojos al comprender que estaba dando un detalle crítico.

—Un segundo golpe en el cerebro pudo haber sido fatal —explicó el médico.

Jason sintió que la sangre se le iba al piso y por un momento tuvo que cerrar los ojos para evitar perder la concentración o la estabilidad. Jared, notándolo, posó una mano sobre su espalda, intentando infundirle fuerzas en un gesto mudo, para no llamar la atención.

Él sabía que Jason era bueno para apoyar a los demás, pero nunca para ser el que recibía ayuda, como si aquello lo hiciera parecer débil.

—¿Dónde está ella ahora? —preguntó Jackie, ansiosa por más noticias.

—Se encuentra en terapia intensiva, debemos esperar a que despierte. En algunos casos como este, los pacientes tardan en hacerlo, por lo que deben tener paciencia. Vayan a casa a descansar, ha sido un día largo, en cuanto tengamos noticias se las haremos saber.

—Gracias, doctor Coleman. Estaremos al pendiente —contestó Jared, posando una mano en el hombro de su madre, que no paraba de llorar, aliviada.

—El doctor Coleman tiene razón, ha sido un día largo y deben descansar, en especial tú, Jackie. Váyanse a casa, yo me quedaré en el hospital a esperar noticias de Amy —anunció Jason, una vez que volvieron a quedarse a solas, volviendo a adoptar su papel de hermano mayor.

—No vamos a dejarte solo en estos momentos, Jason —aseveró Jared, en tono decidido.

—Es cierto, además, Amy es mi mejor amiga y lo era antes de ser tu novia, yo debo estar aquí cuando despierte.

—Nos quedaremos un tiempo y luego nos marcharemos a casa, ¿de acuerdo? De nada sirve que te desgastes aquí, mientras ella está dormida. Piensa en tu bebé, no en ti. Mañana podrás regresar —Bárbara le dijo a su hija, intentando hacerla razonar.

—De eso nada, no pienso moverme de aquí —replicó Jackie.

—Piensa en tu hijo, Jackie —le pidió Bárbara—. Si se te adelanta el parto por culpa del estrés, podría desencadenarse una tragedia. Tu bebé es aún muy pequeño para nacer.

Aquellas palabras parecieron pegarle hondo a Jackie, porque no replicó.

—Jackie, entiendo que desees quedarte, pero no hace falta que todos estemos aquí. Con uno que se quede es más que suficiente. En cuanto haya novedades, me comunicaré enseguida con todos, lo prometo —le aseguró Jason, conciliador, hablándole a su hermana en un tono más dulce—. Tú y Luke vayan a casa, necesitas relajarte. Y ustedes también, mamá, estás nerviosa y te hace falta un respiro, y Jared, tienes una familia que te espera en casa, por favor, vete. Háganme caso y váyanse todos a descansar.

—No quiero dejarla aquí sola... —musitó Jackie, odiando que las lágrimas comenzaran a brotar. Últimamente, con las hormonas del embarazo, le era imposible retenerlas.

—No estará sola, yo me quedaré con ella —le aseguró Jason—. No iré a ningún lado sin Amy.

—Y yo me quedaré con él —afirmó Jared, posando una mano en el hombro de su hermano—. Ustedes no se preocupen, no lo dejaré solo ni tampoco a Amy.

—¿Y qué hay de Jenny y las niñas? —preguntó Jason—. Son tu familia, debes estar con ellas. Estarán preocupadas por ti.

—Ellas comprenderán, mi sitio está aquí, a tu lado, hermano. Tú también eres mi familia y no voy a dejarte pasar solo por este momento.

\*\*\*

Amy abrió los ojos, sintiéndose profundamente asustada y confundida al encontrarse en un sitio que no reconocía, con un pitido constante y familiar sonando cerca de ella y un tubo metido en la garganta que le impedía hablar. Debía estar en un hospital... De nuevo.

—Al fin despiertas, pequeña. Nos has tenido muy preocupados a todos.

Amy se giró para ver a Callie, quien sentada en una silla junto a su cama, tejía animadamente lo que debía ser una bufanda.

—No, no intentes hablar, hermosa —le dijo la anciana, cuando Amy intentó contestar y le fue imposible—. Tienes un tubo en la garganta. No te preocupes, en poco tiempo vendrá un médico a quitártelo. Dime, ¿te sientes mejor?

Amy no supo qué contestar, se sentía exhausta, adolorida y el despertar y encontrarse en el hospital no le ayudaba mucho a mantener un buen estado de ánimo.

—Anda, linda, sé fuerte. Recuerda a los tulipanes, pasan por momentos duros, la nieve y el hielo amenazan todo el tiempo con impedirles desarrollarse y crecer, incluso con matarlos, sin embargo cada primavera ellos renacen. Igual que tú conseguirás superar esto y renacer como la más hermosa flor, mi dulce niña preciosa. No lo olvides...

Desde afuera se escucharon pasos acercándose junto con una voz masculina que Amy reconoció enseguida como la de Jason. Él parecía molesto mientras discutía con una mujer, Marta, su jefa y también la médica encargada de llevar su caso.

—Jason, ve a casa y descansa un poco. Llevas días sin dormir.

—No, debo estar aquí para permanecer atento a su evolución.

—Es precisamente por esto que no debes tomar un caso familiar —lo reprendió la jefa del hospital, pero no le impidió quedarse.

Jason entró en la habitación y al verla con los ojos abiertos corrió a su lado. Amy sintió que el dolor se agolpaba en su pecho, Jason lucía sumamente cansado, con el pelo revuelto, la barba crecida y marcas oscuras bajo los ojos.

—Amy, estás despierta —susurró, acariciando su rostro—. Aprieta mi mano si me entiendes —le pidió, tomando su mano.

Amy hizo lo que él le pedía.

—Excelente... Has vuelto, hermosa —le dijo, sonriendo aliviado. Pero entonces él notó la aprensión en su mirada—. Te pondrás bien, no tengas miedo. Espera un momento, voy a quitarte el tubo.

Con cuidado, despegó las cintas, entonces le pidió que respirara hondo y quitó el tubo de su garganta. Amy inspiró hondo, sintiéndose mucho mejor



ahora, al poder respirar por sí misma.

—¿Qué pasó? —preguntó Amy con voz ronca.

—¿No recuerdas nada?

Ella negó con la cabeza, sintiéndose todavía muy débil para hablar.

—No lo sabemos con certeza, pero creemos que sufriste un desmayo y te golpeaste la cabeza con una mesa. Jackie te encontró inconsciente en el suelo, con Brad a tu lado.

—Brad... Él me ayudó —dijo, recordando lo que había sucedido—. Necesitaba vomitar y corrí al baño, de pronto me sentí muy mareada y todo se puso negro, caí sobre la mesa... Recuerdo que él estaba ahí e intentó sostenerme para que no me golpeará contra el suelo.

—Recuérdame hacerle una estatua más grande que la de Hachikō a ese perro. Al caer te golpeaste contra el borde de la mesa, lo que te provocó una contusión cerebral que habría sido fatal si llegas a pegar la cabeza contra el suelo.

Amy sonrió, emocionada.

—Es el mejor perro del mundo... ¿Él está bien?

—Sí, no te preocupes, Daniel lo está cuidando y Jackie envió a un colega de la veterinaria para que le revisara las heridas. Debieron ponerle un par de puntadas, pero está bien, esperando a que vuelvas pronto a casa, como todos.

—¿Y Jackie?

Jason sonrió, esa mujer se preocupaba por todos cuando ella era la que había estado días inconsciente en el hospital.

—Ella también está bien. No se ha querido apartar de tu lado. Luke ha tenido que llevarla casi a rastras a casa para que tome una ducha y duerma un poco, estará aquí mañana temprano.

—No permitas que haga eso, Jason, está embarazada y debe cuidarse.

—Lo mismo pienso, pero tanto ella como tú son bastante tercas respecto a las opiniones ajenas acerca de su salud.

—Lo siento, sé que a veces puedo ser un poco cabezota... Ay, me duele —

musitó, tocándose la sien. Y al hacerlo, notó una sutura.

—Tuviste una cirugía cerebral de emergencia —le explicó Jason—. La contusión provocó un pequeño hematoma y el cirujano debió abrir para extraer el coágulo. Pero no te preocupes, casi no te quedará cicatriz, y la que quede la cubrirá tu cabello cuando lo recuperes.

—Suerte que no tuvieron que raparme la cabeza, ¿eh? —bromeó ella.

—Muy graciosa, Alba.

Ella rio bajito, demasiado agotada para hacerlo con más fuerza.

—Ahora descansa, preciosa. Si sigues mejorando, pronto te pasarán a piso y podrás recibir visitas. Me quedaré contigo hasta que te duermas, sé que odias sentirte sola cuando estás interna en el hospital.

—Pero si no estoy sola, Callie me está haciendo compañía... —comentó Amy, señalando la silla a su lado. Pero al hacerlo, notó que estaba vacía.

—¿Callie...? —preguntó Jason, poniéndose sumamente serio.

—¿Me he quedado dormida y se ha ido sin que lo notara?

—Amy, Callie nunca ha estado aquí. Estás en terapia intensiva y...

—No lo entiendo, ella estaba aquí —Amy lo interrumpió, buscando a la anciana con la mirada—. Te lo juro, Jason.

—Quizá lo soñaste, Amy. Luego hablaremos de eso, ¿de acuerdo? Ahora duerme un poco, me quedaré a tu lado.

Amy quiso replicar, pero la verdad era que estaba exhausta y bien pudo imaginarlo todo. Decidió dejarlo pasar y pensar en eso más tarde.

## Capítulo 28

Cuando Amy se quedó dormida, Jason salió al pasillo, cuidando de cerrar la puerta tras él.

—¿Se ha despertado al fin? —le preguntó Jared, acercándose a él con una sonrisa esperanzada en los labios y dos vasos con café en las manos—. Te he visto hablar con ella por la ventana.

—Sí, gracias al cielo que ha conseguido salir del coma —contestó Jason, visiblemente aliviado—. Con suerte mañana la pasarán a piso y todo estará bien.

—Me alegra mucho oírlo, hermano. Toma, lo necesitarás para esta noche —Jared le alargó el vaso con el café humeante.

—Gracias, me hace mucha falta —Jason lo aceptó y bebió un buen sorbo, de pronto se sentía muy cansado.

—¿Por qué no vas a la sala de residentes y tomas una ducha y descansas un poco? Yo me quedaré aquí en caso de que algo suceda.

—No, no quiero apartarme de su lado. Nunca debí dejarla sola en primer lugar...

—Debes dejar de culparte por lo que pasó, Jason.

—Soy médico, debí notar que no estaba bien.

—Eres médico, pero humano y con mil cosas en mente, no tenías forma de saber que esto iba a pasar. Mejor da gracias porque no pasó a mayores... Porque no pasó a mayores, ¿no es verdad? O si no, ¿por qué tienes esa

expresión de angustia?

Jason inspiró hondo, apretándose el puente de la nariz.

—Está la cuestión, Jared, de que nadie se desmaya solo porque sí...

—¿Crees que pasa algo más?

—Marta es la que está llevando su caso y no ha querido decirme nada todavía. Pero ahora que Amy ha despertado, tendrá que hacerlo...

—¿Qué ocurre? Te conozco, Jason, hay algo más, ¿no es verdad?

Jason asintió, observando la habitación de Amy con gesto grave.

—Estoy preocupado, Jared. Amy asegura haber hablado con Callie, una anciana amiga suya que conoció en las sesiones de quimio. Lo cual, obviamente, es imposible...

—Sí, la recuerdo... ¿Crees que el cáncer pudo hacer metástasis en el cerebro? —Jared preguntó lo que su hermano no era capaz de pronunciar.

—No lo sé, Jared... Tendremos que comenzar a realizar pruebas de inmediato. Si Amy se desmayó, tiene que haber una razón.

—Bien pudo ser a causa del desgaste físico que ocasionan los quimios, no seas tan pesimista. Incluso una persona saludable se desmaya en ocasiones, o bien pudo tropezar y tener la mala suerte de golpear contra la mesa. Ánimo, no te entregues a la catástrofe, podría no tratarse de nada grave —le dijo Jared, apoyando una mano sobre su hombro.

—Intentaré ser positivo como tú, hermano. Al menos puedo dar gracias por ese bendito perro que tiene, si no hubiera sido por él y por su intento de detener la caída de Amy con su cuerpo, ella se habría pegado dos veces en la cabeza, lo que habría provocado que la hemorragia se intensificara y el cerebro se inflamara. Ese animal le salvó la vida.

—¿Cómo lo sabes?

—Amy me lo ha contado. Recordó lo sucedido mientras hablábamos.

—Eso es increíble... No puedo esperar para contárselo a Jenny, se emociona hasta las lágrimas con esa clase de historias de animales que han salvado la vida de personas.

—Debes extrañarla muchísimo y también a las niñas, has estado aquí conmigo todas estas noches, Jared. Ve a casa con tu familia, ahora que ha despertado Amy no hay necesidad de que sigas aquí.

—Nada de eso, mi lugar está a tu lado, hermano. Y Jenny lo entiende perfectamente.

Jason sonrió, conmovido por la emotividad de las palabras de su hermano.

—Gracias, Jared.

—No tienes que darlas. Ahora vayamos a buscar algo de comer, ¿te parece? Muero de hambre y tú también debes alimentarte para recuperar fuerzas. Aún nos quedan muchas horas en este hospital.

—Antes de dar un paso, saca tu teléfono y comencemos a hacer las llamadas prometidas, ni Jackie ni mamá nos perdonarán si no les avisamos que al fin Amy ha salido del coma.

—No olvides a Jenny, es un encanto de mujer, pero me dejará durmiendo en el sofá una semana si se entera de que no le he dado la noticia.

\*\*\*

Amy respiró profundo y alzó la vista, los techos de los hospitales solían ser tan aburridos, con paneles blancos y bombillas fluorescentes. Notó unas manchas oscuras, seguramente no habían pasado bien la pintura por ese lugar, y un panel estaba algo removido en una esquina, como si a alguien se le hubiese pasado colocarlo de forma correcta.

Con fuerza cerró los ojos y apartó la mirada, sabía que fijarse en cada detalle del lugar era parte del Asperger. Como sabía que en ese momento debía concentrarse en la resonancia magnética que iban a hacerle, y no en las manchas del techo.

Aunque ese sitio sería mucho más cálido si tuviera pinturas al estilo de la Capilla Sixtina que admirar en el techo. Algo que mirar y en lo que distraerse cuando las cosas difíciles ocurrieran.

Y Dios sabe que dentro de un hospital suceden cosas difíciles...

—¿Lista, preciosa? —le preguntó Jason, entrando en la habitación con paso seguro.

Él siempre caminaba con seguridad. Amy lo admiraba por eso, ojalá ella se sintiera siempre tan segura. En especial cuando tenía que pararse en un escenario frente a miles de personas. Habían pasado años, y aún le costaba respirar cada vez que tenía que enfrentarse a ello.

—Odio a esa máquina.

—Es una simple resonancia, ya lo has hecho antes.

—Es por eso que estoy tan segura de odiar a esa máquina.

Él rio, negando con la cabeza.

—Vamos, mi chica valiente, esto no es nada. Ahora sube a la plancha y terminemos con esto —le pidió, tendiéndole una mano para ayudarla a levantarse de la silla de ruedas donde había estado esperando.

—De acuerdo, pero hazme un favor y no me veas el trasero. Por más tiempo que lleve en este lugar, nunca aprenderé a cerrar esta bata de hospital —le dijo ella, sujetándose la parte de atrás de la tela.

Jason rio por la broma y se acercó para ayudarla a subir a la delgada superficie donde tendría que recostarse.

—Tienes las manos frías —comentó él, notando por primera vez lo nerviosa que ella estaba. Con cuidado, frotó sus manos entre las suyas, infundiéndole calor—. Amy, no tienes nada que temer. Es un procedimiento de rutina, ya te lo expliqué. Solo queremos descartar que el cáncer haya migrado a otro sitio.

Ella sintió que el calor se expandía por su cuerpo al contacto con sus cálidas manos, igual que una manta eléctrica era capaz de calentarla incluso cuando más frío sentía.

—Lo sé, y lo entiendo, te lo aseguro. Es solo que... no me gustan los espacios estrechos —le informó ella, haciendo una mueca—. Y digamos que no me hace mucha gracia tener que estar dentro de un tubo.

—Respira hondo y trata de no pensar en eso. Imagina que estás en otro lugar,

algún sitio que te guste, quizá una playa, una montaña, un bosque...

—Quizá un bosque hecho con conos de helado... —ella comentó, y adoptó una expresión infantil que hizo sonreír a Jason—. Dios, amo el helado.

—Si te portas bien, te prometo comprarte un cono enorme cuando terminemos aquí.

—Gracias... Bien, comencemos esto de una vez.

—De acuerdo..., pero antes ¿podrías devolverme mi mano? —le preguntó Jason, y hasta ese momento ella notó que no lo había soltado. Sus dedos continuaban aferrados a los suyos, como si no fuese capaz de dejarlo alejarse, incluso de forma inconsciente.

—Lo siento.

—No hay problema, de poder hacerlo, entraría contigo en ese tubo, Amy, si con ello consiguiera ayudarte de alguna forma.

Su corazón se aceleró aún más, calentando al fin su frío cuerpo.

—Sin embargo, por ahora, la única forma en que ahora te puedo ayudar está del otro lado de ese cristal. —Él señaló las computadoras, donde aguardaba una mujer con aspecto aburrido.

Incapaz de decir nada más, Amy asintió. Él la ayudó a recostarse y después de asegurarla, salió de la habitación.

Amy lo observó marcharse por la puerta y entrar en la habitación detrás el cristal con las computadoras. Entonces oyó una voz por los parlantes, la mujer al otro lado del cristal dándole instrucciones:

—Ahora, Amy, no te muevas, vamos a comenzar la prueba —le informó, antes de que la mesa comenzara a moverse con ella, metiéndola en ese tubo blanco.

Amy cerró con fuerza los ojos e intentó pensar en otro lugar en el que le gustaría estar. Pero en ese momento, el único sitio que le vino a la mente fue ese estrecho tubo similar a una cañería.

\*\*\*

—¿Estás seguro de que podrás con esto? —le preguntó Marta, hablándole a Jason con voz adusta, pero con empatía en los ojos—. No quiero problemas con el código de ética de este hospital.

—Marta, ya te he dicho que sí. Esas normas se basan en la idea de no poder mantener una objetividad profesional, pero te aseguro que no es el caso. Puedo tratar con total lucidez a mi paciente.

—Te creo, Jason, y confío en ti. Como confío en que, si en algún momento eso llegase a cambiar, me darás aviso de inmediato.

—Te aseguro que así será.

La mujer asintió y le entregó un expediente a Jason, al tiempo que la expresión dura de su rostro mudaba a una de abatimiento.

Él lo abrió y comenzó a estudiarlo, comprendiendo la reticencia que ella había presentado a compartirle el caso.

—Siento no tener buenas noticias.

—Eso depende de si ves el vaso medio lleno o medio vacío. Yo creo que aún está bastante lleno. Esta batalla recién está comenzando, y estoy listo para sacar el armamento.

—Por eso eres tan bueno en tu trabajo, nunca te rindes. Avísame cuando estés listo para planear la siguiente estrategia, general —le pidió, esbozando una sonrisa apenas visible, antes de alejarse por el pasillo.

—¿Qué ha ocurrido? —Jared y Luke, que habían estado aguardando a unos metros, se acercaron cuando él se quedó a solas en el pasillo, con el expediente en la mano.

Jason se giró hacia su hermano y lo miró, como si recién notara su presencia. Su cabeza había estado muy lejos, divagando con posibles estrategias.

—Marta quería asegurarse de que era capaz de mantener la profesionalidad médica, tratándose de un caso cercano a mí.

—¿Y puedes hacerlo? —preguntó Luke.

—¿Tú qué crees? —espetó Jason, fulminando a Luke con la mirada.

Aun no se acostumbraba a ver al mejor amigo de Jared como el novio de



Jackie, el mismo Luke que le había roto el corazón años atrás. Necesitaría un tiempo para que el sentimiento de proteger a su hermana y el deseo de colocarle una soga al cuello a ese pelmazo por lo que le hizo a su hermana, se disiparan. Después de todo, al final no había sido su culpa.

—Jason, ¿podemos hacer algo para ayudarte? —le preguntó Jared, notando la aflicción en el rostro del su hermano al leer los resultados de las analíticas de Amy.

—Sí, necesito que ambos sostengan a Jackie en este momento. Lo que viene, no será fácil, y si Jackie se cae, Amy se caerá con ella. Y eso es algo que no podemos permitirnos en este momento, por el bien de todos.

—Por supuesto.

Jason alzó la mirada del expediente, sus ojos azules se habían tornado duros e inexpresivos, y Jared reconoció en ellos al hermano mayor que recordaba, aquel que había tenido que tragarse las lágrimas para convertirse en el pilar de fortaleza de su familia para que esta no se derrumbara tras la muerte de su padre.

—Jason, si necesitas hablar, estoy aquí —le dijo Jared, posando una mano en el hombro de su hermano—. Todos estamos aquí para ti. No tienes que atravesar por esto solo.

—Hablaremos después, Jared. Ahora tengo que ir a planear con Marta la estrategia que llevaremos a cabo para curar a Amy.

—¿Podemos unirnos? —preguntó Luke—. No somos especialistas, pero tal vez podamos ayudar en algo, aunque sea llevarles café.

Jason sonrió, agradecido con su cuñado por su intención de ayudar.

—Por supuesto, un par de cerebros frescos nos vendrían muy bien.

—Suenas como un maldito zombi, pero gracias por el halago, supongo —le dijo él, haciéndolo reír—. Ahora vámonos, tenemos que ponernos a currar.

## Capítulo 29

—Jackie, ese vestido es fabuloso —opinó Amy, forzándose para mantener los ojos abiertos y atender al programa de televisión, que trataba de vestidos de novias. El favorito de ambas desde que toda la faena del cáncer había comenzado y debían pasar algunas temporadas aburridas en el hospital.

—No lo sé, creo que es un poco sencillo.

—Es que tú quieres uno estilo princesa, pero no por ello vas a negar que ese es divino.

—En mi opinión, parece que trae un plumero por falda. No sé nada de moda, pero te aseguro que no quiero lucir como un sacudidor de mano el día de mi boda... —Se calló cuando la puerta se abrió y por ella entró Jason.

—Jackie, ¿podrías dejarnos unos minutos a solas, por favor?

Ella palideció al notar la seriedad de su tono de voz. Lentamente se puso de pie y a paso tembloroso se dirigió a la puerta.

—Te veré dentro de un minuto, princesa. Aprovecharé a buscarte un jugo, que te ves un poco deshidratada —le dijo a Amy antes de cerrar la puerta, tras ella.

Jason inspiró hondo, habría querido abrazar a su hermana al verla tan vulnerable, pero ahora debía enfocarse en Amy. Y si lo hacía, solo estaría acentuando que algo no iba bien. Luke y Jared estaban esperando a Jackie afuera de la habitación, ellos se encargarían de consolarla por él.

—¿Qué ocurre, Jason? —preguntó Amy, apagando el televisor con el control

remoto—. Los análisis no han salido bien, ¿es eso?

Él sonrió, esa chica podía ser muy franca.

—Me temo que el tratamiento ha dejado de funcionar, Amy —le dijo con voz grave, adoptando un semblante sumamente serio—. El conteo de glóbulos blancos está por las nubes mientras que las células sanas, en específico los glóbulos rojos, que son los encargados de transportar el oxígeno en la sangre, son prácticamente inexistentes en ti, es por eso que continuamente te falta el aliento, casi no hay oxígeno en tu sangre. Esto ha provocado que tu corazón lata mucho más rápido de lo normal, es la forma en que tu cuerpo está intentando compensar la falta de aire. Y por eso también la taquicardia, los mareos...

—Entiendo... Eso quiere decir que el cáncer ha empeorado.

—Sí, Amy. Lo siento mucho... —Estiró una mano y tomó la de ella—. Pero no todo son malas noticias. La situación podría ser mucho peor, el cáncer pudo hacer metástasis o migrar a la sangre, pero no ha sido así. Al inicio del tratamiento, te dije que teníamos la suerte de haber encontrado a tiempo la leucemia, la enfermedad estaba concentrada en tu médula y todavía continúa así, no se ha diseminado por el resto del cuerpo, eso es una gran ventaja para nosotros.

—¿Lo es?

—Por supuesto. Cambiaremos de medicación y atacaremos de forma más agresiva. Tendremos que destruir completamente la médula y con ella al cáncer, y te haremos un trasplante.

—¿Un trasplante? —Su ceño se frunció—. ¿Y eso es delicado? ¿Es como un trasplante a corazón abierto?

—No, no, nada de eso, es un procedimiento mucho más sencillo, las células madre pasarán a tu cuerpo igual como lo harían en una transfusión de sangre.

—De acuerdo —ella asintió, intentando mantener ese rostro impassible.

Jason la observó detenidamente, sabía que ella estaba alterada, asustada y quién sabe cuántas cosas más, pero como siempre, intentaba mantener una

máscara para hacerse la fuerte.

—Amy, necesito que me digas cómo te sientes acerca de estas noticias. Aún no es todo, y no quiero soltarte la información de golpe, viéndote que te la tomas bien, pero en el fondo, sabiendo que te estás angustiando por todo esto. Podemos afrontarlo juntos, puedo explicarte al detalle cada paso, encarando los temores, las dudas..., siempre podemos buscar otras alternativas, si algo no te parece, pero necesito que me digas la verdad. Quítate esa máscara de «no pasa nada», no la necesitas para fingirte valiente, porque ya lo eres, la mujer más valiente que he conocido. Ahora quiero que me muestres tus verdaderos sentimientos.

—Lo intentaré, Jason, lo prometo —le aseguró, inspirando hondo—. Dime, ¿qué más está ocurriendo?

Él parecía nervioso, buscando las palabras para hablar sin alterarla.

—Existen riesgos con el procedimiento que llevaremos a cabo y, claro, con el trasplante. Tu sistema inmune, lo que queda de él, será destruido también, por lo que serás más vulnerable que nunca a las infecciones. Una sola podría matarte, porque no habrá nada que te defienda de ella. Es por eso que tendrás que ser aislada dentro de una habitación especial por un tiempo, no podrás salir de ella hasta haber terminado todo el proceso. Además, está el riesgo de que tu cuerpo rechace el trasplante.

Amy cerró los ojos, tratando de asimilar las noticias.

—¿Y cuánto durará este encierro?

—Necesitamos encontrar un donante de médula, es el mayor inconveniente. En cuanto hallemos uno compatible contigo, empezaremos la quimio para destruir tu médula y entonces te realizaremos el trasplante. Todo este proceso durará un par de meses, dependiendo de tu evolución, y por supuesto, que no haya un rechazo.

—De acuerdo... ¿Y qué debo hacer para que no rechace la médula?

—Encontraremos una que sea lo más compatible contigo, de preferencia la de un familiar. De todas formas siempre habrá un riesgo de rechazo, pero la

compatibilidad disminuye mucho la posibilidad de que ocurra.

—¿Tiene que ser un familiar cercano, como mi hermana? Porque ahora mismo no tengo idea de dónde puede estar, seguramente en un páramo escondido del mundo en Mongolia. Y ni pienses en mi madre, ella nunca aceptaría.

—Tu madre es muy mayor para donar, está descartada. En cuanto a Kimmy, haremos lo posible por contactarla. Y en caso de no conseguirlo, no te preocupes, que existe una amplia red de donantes de médula a nivel mundial, buscaremos en ella una compatible contigo, y mientras tanto continuaremos intentando encontrar a Kimmy, ¿de acuerdo? Pero, por favor, no te angusties por eso ahora.

—No lo haré.

—Ahora mismo te haremos una transfusión, eso va a ayudarte a sentirte mejor. Perdona si te tengo que soltar tantos datos juntos, debes entender cuáles son todas las posibles opciones y consecuencias, Amy.

—Gracias, Jason, lo entiendo —le aseguró, esbozando una sonrisa.

Jason la observó con gesto preocupado. Amy debía de sentirse muy conmocionada, el largo y tan duro tratamiento que había estado llevando hasta ese momento, había fallado, y ahora su vida peligraba. Debía de sentirse furiosa, temerosa, angustiada y de mil otras formas, pero, como siempre, no lo hacía notar. Esa maldita necesidad de guardarse todo...

—Amy, dime lo que sientes —le pidió, casi le rogó, tomando sus manos entre las suyas—. Las noticias no son buenas, puedes expresar tus emociones, no te las guardes.

—Estoy bien, Jason... Supongo que tengo que procesarlo todo un poco. —Cerró los ojos y respiró profundo—. Callie me dijo que tenía que ser fuerte, igual que los tulipanes, y eso haré. Seré fuerte.

El rostro de Jason mudó, adoptando un gesto extraño que ella no supo interpretar.

—¿Qué sucede?

—Nada...

—Jason, dime qué sucede —insistió.

—No quiero abrumarte con más malas noticias, ahora mismo estás pasando por un momento muy duro.

—¿Qué malas noticias? Por favor, solo dime qué sucede, me estás asustando.

—Amy... Callie falleció.

Amy sintió que todo el aire escapaba de repente de sus pulmones.

—¿Qué...?

—Sufrió un resfriado que se complicó, debió ser hospitalizada con neumonía... Ella luchó, como siempre, pero esta vez su cuerpo no fue capaz de ganar la batalla. Murió hace cinco días.

—Eso no es posible, yo la vi, ¿recuerdas?

—Amy, eso no fue real. Tu mente debió jugarte...

—No, Jason, yo sé lo que vi... ¿O no...? —Ella no pudo terminar la frase, sintiendo que de pronto sus pulmones habían olvidado que poseían la capacidad de respirar.

—Tranquila, Amy, no te angusties, por favor —le pidió Jason, abrazándola contra su pecho—. Callie era una gran mujer, una excelente amiga, vivió a lo grande, ella siempre lo dijo. Se ha ido en paz, después de dar una gran batalla. Ahora descansa para siempre.

Ella asintió lentamente, asimilando la información que él le acababa de dar.

—No puedo creer que ella ya no esté, Callie era tan fuerte, tan positiva y llena de vida. Si alguien parecía que iba a vencer al cáncer, era ella... —sollozó—. Ni siquiera pude despedirme.

—Amy, no tenías forma de saberlo, y de todas formas no habrías podido acercarte, a riesgo de contagiarte a causa de tu sistema inmune debilitado.

—No importa, me habría gustado verla, estar con ella en sus últimos momentos...

—Fue muy rápido, Amy. Y su familia estuvo todo el tiempo a su lado, todos ellos, incluido su exmarido, que, por primera vez, parecía algo más amable

con sus nietos ahora que era él su único abuelo.

—Llamaré a mi asistente para que envíe algunas flores... No puedo creerlo. Ella no... —gimió, cubriéndose el rostro con las manos para evitar que él la viera llorar, aunque sabía que era ridículo, le afectaba que lo hiciera.

—Amy, esas cosas pasan a veces... No todos consiguen ganar la batalla; por más fuertes que parecieran, sus cuerpos ya no eran capaces de luchar más.

—Es cierto... Oh, Dios, es tan cierto... Si ella murió, yo también lo haré. Deberé estar preparada para cuando me suceda.

—¡Basta! No digas esas cosas, Amy, no comiences a hablar de ese modo — Jason la detuvo, tomando su rostro entre sus manos y obligándola a verlo a la cara—. Tú eres joven y todavía tienes muchas posibilidades de salir adelante. Lo que le pasó a otra persona, por mucho que la quisieras, no quiere decir que también te vaya a pasar a ti.

—Callie estaba llena de vida, lucía mucho más saludable que yo, ¡y ahora está muerta! —exclamó ella, sin dejar de llorar—. Yo también podría morir mañana. Una infección y me iría tan rápido como el agua por el drenaje. Debo prepararlo todo, tendré que pedirle a Jackie que cuide a Brad. Él no se puede quedar solo...

—¡Amy, deja de pensar de ese modo! —exclamó Jason, aferrándola con fuerza contra su pecho—. No vas a ir a ninguna parte, ¿me has oído? Vas a curarte, te lo aseguro. Y no te hablo como tu médico, te estoy hablando como el hombre que te ama con toda su alma, el hombre con quien compartes tu vida y con el que vas a casarte muy pronto. Tú vas a curarte y a vivir muchos, muchísimos años y punto.

Ella lo miró con ojos nublados a causa de las lágrimas, incapaz de hablar a causa del llanto.

—Comenzaremos el tratamiento enseguida, y Amy, recuerda, tienes que mantenerte positiva. Esto es solo un bache, la contienda aún sigue, así que no empieces a pensar en lanzar la toalla, ¿entendido?

—Estoy cansada, Jason... A veces solo quisiera que esto terminara. Dejar de

luchar, de aparentar ser fuerte cuando no lo soy. Solo quiero dejar de sentir dolor...

Él acarició su rostro, demostrándole con ese solo gesto todo el dolor y el amor que sentía.

—Recuerda la promesa que me hiciste, Amy. Vamos a luchar hasta el final, y este no es el final. Apenas vamos a medio camino. Tú eres mucho más fuerte de lo que crees, no puedes darte por vencida ahora. La batalla no está vencida, todavía había mucho que hacer. Hay muchas personas pendientes de ti, que te aman y te necesitan. Niñas de todo el mundo que te siguen, de las que eres su heroína. Y Jackie, ella te nombró la madrina de su hijo, ¿es que le vas a fallar y no estar aquí para él cuando nazca? Y también estoy yo, Amy. Nuestra historia juntos apenas comienza y nunca podremos descubrir lo maravillosa que puede llegar a ser, si decides irte ahora. Porque sí, Amy, mucho depende de tu decisión. Me gustaría decirte como médico que solo la ciencia importa, pero a lo largo de todos estos años he descubierto que nunca es así. Si el paciente no tiene deseos de luchar o ha perdido la esperanza, la muerte lo alcanza mucho más rápido y fácil. Son los que se han empeñado en vivir los que han conseguido ganar la batalla. No siempre, por supuesto, como sucedió con Callie, pero en muchos casos así es. Y contigo será así también si te decides a ser fuerte y luchar.

Ella se soltó a llorar y él la abrazó con fuerza, permitiéndole desahogarse sobre su hombro.

Cuando se separaron, los dos tenían los ojos húmedos a causa de las lágrimas.

—Está bien, lucharé —dijo después de un largo rato, ya un poco más calmada—. Lo haré por ti, por Jackie, por Brad y por todos los demás, pero también por mí, porque no quiero morir, no todavía. No he salvado la vida de nadie aún, no me he casado y no he cumplido mi sueño de ser madre, y no pienso irme de este planeta hasta haber hecho todo eso.

Él sonrió, y alzó su mano para besarla en los nudillos.



—Así es como se habla, mi valiente princesa guerrera. Vamos a patearle el trasero al cáncer y a cumplir todas esas metas juntos. Porque ya me he apuntado en todas ellas, te lo advierto.

Ella soltó una risita.

—Tú has estado considerado en todas ellas desde el inicio, Jason. Después de todo, tú has sido mi primer sueño hecho realidad. Mi primer amor de toda la vida.

Los ojos de él se iluminaron al escucharla, y un par de lágrimas se escaparon de ellos y rodaron por sus mejillas.

—Y tú eres el sueño más hermoso que me pudo dar la vida, Amy —le aseguró, antes de inclinarse y besarla en los labios, sellando con ese gesto la promesa que se habían hecho esa noche mutuamente.

## Capítulo 30

Amy se giró en la cama al escuchar el familiar sonido del canturreo de su mejor amiga mientras se distraía pasando las páginas de una revista del espectáculo. Se forzó en abrir los ojos, estaba tan agotada que era difícil incluso mantenerse despierta.

—Jackie, ¿qué estás haciendo aquí? —le preguntó con voz apagada y una sonrisa en los labios.

Jackie bajó la revista al escuchar la voz de Amy. Con cuidado se puso de pie del sofá donde había estado sentada, intentando balancear el peso de su ya voluminoso vientre.

—Creía que estabas dormida —susurró Jackie con voz suave y dulce, acercándose a su lado—. ¿Cómo te sientes?

—Mejor... —mintió. La verdad es que no se sentía nada bien—. Pero no has contestado mi pregunta, Jackie, ¿qué estás haciendo aquí? No me digas que pasaste la noche en ese sillón, en tu estado...

—Shhh... —Jackie posó un par de dedos sobre sus labios—. Eres mi mejor amiga, obviamente voy a estar a tu lado, panzona o no. Ese no es tema de discusión.

—Jackie... —Amy negó con la cabeza—. Has estado conmigo cada día que he pasado en el hospital. No hace falta que te desgastes tanto, y mucho menos en tu estado. Al bebé no le hará bien que te agotes o los gérmenes...

—Comienzas a hablar como Jason —Jackie bufó, molesta—. Me temo que

has estado pasando demasiado tiempo con mi hermano, y no por los motivos correctos.

—Con el cáncer no hay nada correcto.

—Tienes razón... —Los ojos de Jackie se tiñeron de dolor y enojo al hablar—. Nunca entenderé el motivo de que el medicamento sea peor que la enfermedad en sí —farfulló, intentando dominar el mal genio. Algo que debía ser sumamente difícil para ella, ya que últimamente sufría de súbitos cambios de humor, debido a las hormonas del embarazo—. De todos modos, en ti nada pasa factura. Sigues luciendo tan hermosa como siempre.

—Por favor, no me mientas. Sé que me veo horrible.

—Nada de eso, ya sabes que yo nunca miento. Solo mírate —Jackie tomó la revista que había dejado de lado y la colocó ante el rostro de Amy. En la portada, una hermosa mujer de larga melena rubia y hermosos ojos grises, sonreía a un cachorro que cargaba en brazos, rodeada de una gran cantidad de perros, sin notar la cámara que le tomó la foto.

—¿Esa foto es del día en que fui a ayudarte en el refugio para perros abandonados? —le preguntó Amy, sorprendida—. De eso ya hará un año...

—Sí, eso me temo —Jackie asintió—. Desde que hiciste la declaración de tu enfermedad a la prensa, no han dejado de circular fotos tuyas por todas partes. Incluso esta, que ya tiene tiempo, la han publicado.

—Cuando se cansen de la noticia se olvidarán de mí —musitó Amy con cierta amargura, recordando las palabras de su madre.

Nadya se había enterado de que ella había vuelto al hospital en estado grave y la había llamado por teléfono, pero en lugar de la llamada de ánimo que habría esperado Amy, su madre le había vuelto a reclamar su ausencia en el mundo público, asegurándole que ya nadie se acordaría de ella en unos pocos meses. Eso además de pedirle dinero, otra vez.

—Eso es imposible, eres inolvidable —aseveró su amiga, estrechando su mano—. Además de adorable y la cantante más hermosa del espectáculo. Solo mírate, incluso rodeada de caca de perro y tierra, pareces una estrella de cine.

—Nada de eso, mira mi rostro, estoy tan pálida como un muerto —Amy frunció el ceño. Poco después de ese evento comenzó todo... Seguramente el cáncer ya había comenzado a menguar su salud para aquel entonces.

—Pues yo creo que te ves preciosa —replicó Jackie, obligándola a regresar al presente—. Y yo siempre tengo la razón, no puedes discutirme. Solo mira tu nariz, ha sido seleccionada como la nariz más perfecta sin cirugía plástica —leyó su amiga—. Y la más solicitada para copiar entre las mujeres, declarado por cirujanos plásticos.

—Eso es bobo.

—Tienes una nariz bonita —admitió Jackie—. Respingada y muy fina, esa curva de la punta es imposible de imitar.

—Sí, y perfecta para que se te vean los mocos.

Jackie soltó una carcajada y Amy rio con ella, agradecida por las palabras de ánimo de su amiga. A veces todavía le costaba creer que una persona tan excepcional como ella fuese su amiga. Había contado con ella toda su vida y en ese momento, el más duro de su vida, ella no la decepcionó. A pesar de estar embarazada y reiniciando una relación con Luke, el amor de su vida, no se había apartado de su lado desde que todo había empezado. La había acompañado en cada hospitalización, en cada quimio, todos los días se preocupaba de ir a verla a su casa o a donde fuera que estuviera.

Jackie era su verdadera familia, y lo había demostrado cuando ni siquiera sus parientes habían aparecido para ir a saludarla.

Y Jason... Él también había sido extraordinario en esa etapa con ella. Nunca lo habría creído posible, pero cada día amaba más a ese hombre tierno y carismático, y absolutamente apuesto, del que se había enamorado cuando era una niña.

—Por cierto, aquí dice que pronto serás una estrella de cine —añadió Jackie, abriendo la revista en la página donde había estado leyendo—, ¿es verdad que te han ofrecido un papel principal en una película?

—Sí, pero no me interesa. Soy cantante, no actriz.

—No tiene nada de malo expandir tus horizontes.

—Por ahora mi único plan en el horizonte es mantenerme viva —replicó Amy, extendiendo una mano para tomar un vaso de agua que aguardaba en su mesita de noche. Pero al hacerlo, sintió un dolor punzante que le cambió el semblante.

—¿Qué sucede? ¿Te sientes mal? Voy a llamar a Jason...

—No, espera, no es necesario —Amy la detuvo antes de que pudiera terminar la llamada. Últimamente Jackie se había vuelto tan rápida como un samurái al momento de marcar a su hermano mayor—. No molestes a Jason por nada, ya estuvo aquí toda la noche. Solo ha sido una punzada, estoy bien. A veces las articulaciones duelen a causa del tratamiento, es normal.

—Ojalá esa vía hiciera efecto más rápido —musitó Jackie, mirando con el ceño fruncido a la bolsa con suero que colgaba del tubo metálico, a un lado de la cama.

—Estás mirando al suero como si desearas lanzarlo contra la pared, y eso no creo que me ayude en absoluto a sentirme mejor.

—En realidad, estaba deseando hacer algo más parecido a estrangularlo —admitió Jackie—. Pero sé que eso tampoco servirá de nada, no me calmará, y sin duda, no te curará —Su voz se quebró un poco cuando se estiró para ofrecerle el agua a su amiga.

Amy tomó la mano de Jackie y la estrechó, en un intento de consolarla.

—Estaré bien —le dijo con un amago de sonrisa—. Ya lo verás.

—Más te vale, porque tienes que conocer a tu ahijado y velar por él hasta que sea mayor, independiente y capaz de cuidarse solo. Y basándonos en la realidad de que un hijo nunca llega a ser realmente independiente, deberás cuidar de él por el resto de su vida.

—¿Y cuál será tu trabajo, entonces? —le preguntó, riendo divertida.

—Le prepararé *cupcakes* chamuscados, le enseñaré a trepar a los árboles y a querer a los animales, planearemos acampadas en el lago y *pijamadas* con películas de terror. Ya me conoces, haré mi mejor intento, pero para realmente

hacerlo bien, te necesito a ti. Tú serás la tía buena que traiga los *cupcakes* comibles, la que me reprenda por ponerle películas de terror al crío y me recuerde todos los motivos por los que no es bueno enseñar a un niño a subir a un potencialmente mortal árbol.

—Me parece un buen plan. Supongo que a Luke le tocará la parte de los castigos y las aburridas lecciones escolares.

—Por supuesto, y no olvides el tener que asistir a las juntas de padres de familia —gruñó, arrugando la nariz—. No soporto a los padres de familia.

—¿Y tú cómo sabes cómo son los padres de familia?

—Con ver a Jenny volviéndose loca con ellos, tengo y me sobra.

—Tu cuñada es un ángel, no sé cómo hace para soportar a algunas de las madres del colegio de Felicity. En su lugar, yo me habría marchado hace mucho para no volver jamás.

—Eso es porque eres demasiado buena, amiga mía. Yo en el lugar de mi cuñada, creo que ya habría asesinado a alguien. Es por eso que nada de juntas de padres para mí, mi hijo no puede crecer con una madre encerrada entre rejas.

—¿Volviste a quedarte encerrada en la jaula de los loros?

—¡Jason! —Jackie se giró para encarar a su hermano mayor, que entraba en ese momento en la habitación—. Ya te dije que no me quedé encerrada en la jaula... Olvidé la combinación de la cerradura, que es diferente.

—Por supuesto —Jason esbozó una flamante sonrisa, que hizo brillar sus hermosos ojos azules.

La respiración de Amy se agitó al verlo, Jason siempre había sido sumamente apuesto, incluso desaliñado por haber pasado una noche sin dormir y vestido con una bata blanca, seguía siendo tan guapo como siempre, si no es que más...

—Supongo que tú eres el culpable de la pérdida de memoria de tu mamá, pequeño Tres —añadió él, palpando con dulzura la panza de su hermana—. Procura no encerrarla en la jaula de los tigres, la próxima vez.

—Ya te dije que no lo llames Tres —replicó Jackie.

—¿Cómo está hoy mi paciente favorita? —Jason le preguntó a Amy, ignorando a su hermana—. Espero que tengas apetito, te he traído tu batido de frutas favorito.

—Estoy mejor, gracias Jason —le agradeció, tomando el vaso que él le tendía—. Dime, ¿por qué has llamado Tres al bebé?

—Porque es su sobrino número tres —contestó Jackie por él, rodando los ojos con fastidio.

—Y porque esta loca pelos-de-piña que tengo por hermana, ha elegido el peor nombre para ponerle a mi sobrino o sobrina.

—¿Un nombre peor que Tres? —preguntó Amy, divertida—. ¿Es eso posible?

—¿Es que tu mejor amiga no te ha dicho cómo llamará a su hijo? —le preguntó él, extrañado de que Amy no conociera la noticia.

—No, no sabía que ya habían elegido nombre.

—No te lo he contado porque aún no lo hemos elegido oficialmente —le explicó Jackie—. Sabes que hemos decidido no averiguar el sexo del bebé y que sea una sorpresa para cuando nazca. Por lo que hemos planeado nombres para niño y niña. Luke quiere llamar al bebé igual que él, si es niño, o como yo, si es niña. En cambio yo...

—Aquí viene —musitó Jason, negando con la cabeza, al tiempo que ponía el termómetro en la boca de Amy.

—Quiero llamarlo Helios si es niño...

—¡Helio! Como un globo —masculló Jason.

—Como el dios griego del sol —replicó Jackie.

—¿Y si es niña? —preguntó Amy, intentando no reír por la pelea entre hermanos.

—Si es niña, quiero que se llame Lluvia de luna.

—¡No eres *Cherokee*! —gruñó Jason.

—¡Ya te dije que no es un nombre nativo americano, Jason! Es solo que me

gusta como suena.

—Pues suena como un nombre precedente de un huracán o una inundación.

—Siempre tan negativo...

—Jackie, te aseguro que es un nombre muy malo para una niña, no dejarán de molestarla en el colegio. Mejor ponle Toro Sentado o Pocahontas, son más conocidos.

—No busco nombres conocidos, sino con significado. Si alguien se burla de él o de ella, tendrá que defenderse. Y yo seré su maestra —contestó Jackie, alzando los puños—. Lo hice muy bien cuando iba al colegio.

Jason rodó los ojos y negó con la cabeza, visiblemente exasperado.

—Lidia tú con ella, ¿quieres? —le pidió a Amy, retirando el termómetro de su boca.

—No prometo conseguir nada —contestó ella, ocultando una sonrisa.

—Una enfermera vino a tomar los signos vitales de Amy hace una hora — Jackie recordó en ese momento—. No tienes que hacerlo.

—Me gusta hacerlo —admitió él, terminando de anotar los datos en una tableta electrónica.

Amy sonrió encantada, estirando una mano para tomar la de él.

Habían pasado ya un par de semanas sin noticias de una médula compatible con la suya. Sabía que Jason estaba preocupado, aunque intentaba aparentar que todo estaba bien cuando se encontraba cerca de ella. Pero Amy notaba las ojeras bajo sus ojos y sus cabellos revueltos, tal como si hubiese estado meciéndolos mucho rato, como lo había visto hacer durante cientos de ocasiones, cuando se concentraba en casa, intentando encontrar una solución a un problema.

—Todo va a estar bien, preciosa —afirmó él, adivinando lo que ella debía estar pensando, y estrechando la mano con la que ella sostenía la suya—. Solo descansa y no te preocupes por nada, ¿de acuerdo?

—Tú también deberías seguir tu propio consejo, ¿desde cuándo no duermes?

—Dormir no es mi prioridad en este momento... —confesó, echando un



vistazo a su reloj, que pitaba con una alarma programada.

—¿Es hora? —preguntó Jackie, alzando las cejas, visiblemente emocionada.

Jason asintió con la cabeza y Jackie se puso de pie de un saltito y corrió a coger el control remoto para encender el televisor.

—¿Qué ocurre? ¿Para qué es hora? —preguntó Amy, curiosa.

—Ya lo verás —contestó Jason, sentándose a su lado, en la cama.

Ellie estaba en pantalla, contenta y sonriente, como siempre que aparecía en su programa. Pero entonces, su sonrisa mudó un poco para adoptar una expresión de preocupación, y para sorpresa de Amy, su amiga le empezó a hablar a través de la pantalla.

—Amy, en este mismo momento debes estar viendo la televisión —le decía—. Este programa es dedicado para ti, cariño. No vamos a grabarte, porque sabemos que este es un momento difícil para ti, pero queremos que sepas que estamos contigo, mandándote fuerza y toda la buena energía de nuestros corazones.

Los ojos de Amy se humedecieron y Jason, al verla, la abrazó, de forma que ella pudiera apoyar su cabeza sobre su hombro.

Una enorme imagen de la joven apareció en la gigantesca pantalla ubicada atrás de Ellie, y fue cambiando a otra de Amy, ahora sin cabello, en una procesión de fotos que mostraban diversas etapas de su vida.

—Como supongo que todos ustedes saben —Ellie comenzó a hablar de nuevo, esta vez dirigiéndose al público—, Amy está luchando contra la leucemia. Ahora necesita un trasplante de médula, sin embargo, las cosas se han vuelto complicadas, pues hasta ahora no han encontrado un donante compatible para ella. Es por eso que hoy queremos hacer un llamado al mundo entero, pidiendo a todos los que deseen ayudar y salvar una vida, que se conviertan en donantes de médula.

—No puedo creerlo —comentó Amy, profundamente conmovida por lo que estaba viendo.

—Ellie ha movilizado a un montón de gente para que acuda a donar su

médula —le explicó Jackie, muy emocionada—. Ha enviado mensajes a través de todas sus redes sociales, invitando a artistas y al público en general a unirse. Lleva días hablando a los medios y con otros artistas, que también han decidido unirse a la campaña.

Como si la televisión estuviera escuchando lo que ella decía, la imagen cambió y apareció una actriz de una serie de televisión muy conocida, acudiendo a un hospital de la mano de su marido. Dio una breve entrevista a la cámara y, luego de invitar al público a convertirse en donante, entró en el lugar junto a su esposo, ambos decididos a ayudar.

A ella le siguieron varios otros artistas, entre actores, estrellas del espectáculo, cantantes, *youtubers* famosos y otras *celebrities*.

Luego apareció una imagen con una gran cantidad de gente que había decidido unirse a la campaña, acudiendo al llamado de sus ídolos por las redes sociales, que deseaban darle una sorpresa a Amy. Formaban fila afuera de los hospitales, esperando hacerse la prueba para ver si eran candidatos para donación.

—¡Estamos aquí por ti, Amy! —gritó una chica de unos veinte años, cuando una reportera se acercó a entrevistarla—. ¡Cúrate pronto, guapa, que se te extraña!

—Te queremos de vuelta en los escenarios, Amy Taylor —dijo una mujer de unos cuarenta años—. Rezamos por ti y tu pronta recuperación.

—¡Te amamos, Amy! —vociferaron un grupo de chicos, que aguardaban en la cola con pancartas con el nombre de Amy y palabras de ánimo escritas en ellos—. ¡Dale una patada en el culo al cáncer!

Los ojos de Amy se humedecieron al escuchar más palabras de aliento de artistas y el público en general, que habían acudido ante las llamadas de las redes para hacerse la prueba de donación, en un gesto de apoyo hacia ella y todas las personas con leucemia, o con otras enfermedades que pudiesen necesitar un trasplante de médula.

La imagen volvió al estudio de televisión y en ella se vio a Ellie sentada en

el set, junto a una mujer que ella reconoció enseguida, era Marta, su doctora y jefa del hospital.

—Entonces, doctora, podría explicarnos un poco del procedimiento que una persona debe realizar para convertirse en donante de médula —le preguntaba Ellie en ese momento.

—Por supuesto, Ellie. La mayoría de las personas suelen tener la idea errónea de que el procedimiento para donar médula es engorroso y doloroso, pero ya las cosas no son así. La medicina avanza todos los días y este también es el caso. Lo primero que tendrán que hacer es una prueba sencilla de sangre para descartar posibles enfermedades y estudiar sus características de histocompatibilidad. Esto es si son compatibles con un paciente que pueda recibir su médula. Sus datos serán almacenados y si en una ocasión llega a haber un paciente que pueda ser receptor de su médula, se les contactará, se harán pruebas médicas y si todo marcha bien, se extraerán las células madres de su cuerpo, y esto se hace en la mayoría de los casos a través de un procedimiento bastante sencillo que es muy similar al que se lleva a cabo durante una donación de sangre.

—Es decir, que si has donado sangre alguna vez no tienes que preocuparte, porque será algo bastante parecido —comentó Ellie.

—Así es, no es nada complicado. Si deseas convertirte en posible donante, todo lo que tienes que hacer es dar una muestra de tu sangre. Ya si luego eres seleccionado como donante, después de superadas todas las pruebas rutinarias de salud, se te administrarán durante cinco días unas inyecciones para ayudar a que las células madres salgan de la médula ósea a la sangre. Al quinto día se realiza la extracción a través de un proceso llamado citaféresis, en el que una máquina se encarga de extraer y separar las células de la sangre. En una bolsa se almacenan las células madre, y luego, la sangre vuelve al cuerpo del donante. Esto dura un par de horas, es indoloro y ambulatorio, es decir que no necesitan ingresarse en un hospital y al terminar, se marcharán a casa. Así que no deben tener miedo de convertirse en donantes, como ven, es un

procedimiento sencillo, que no supone riesgos a su salud, muy similar a donar sangre. Además, de que se quedarán con la satisfacción de saber que con su donación salvarán la vida de una persona.

—Eso es muy importante, Amy ha sido nuestra iniciativa, pero esta es una campaña general para ayudar a todas las personas que necesitan o necesitarán un trasplante. Una campaña para donar vida —argumentó Ellie—. Mantengan en mente que si tienen la fortuna de convertirse en donantes, estarán salvando la vida de una persona.

—Así es, Ellie. Serán héroes anónimos.

—¿Algo más que quieras añadir para informar a la gente y que no tenga miedo y acuda a donar?

—Me gustaría recordarles que la médula ósea no es lo mismo que la médula espinal, muchas personas se asustan al suponer que se trata de lo mismo. Y de todos modos, si tienen alguna duda, contacten con su centro de donación más cercano por internet o a los teléfonos que hemos dejado en pantalla, atenderemos a todas sus dudas.

Los teléfonos del hospital aparecieron en pantalla.

—Muy buena información, a veces los que no somos médicos nos confundimos y es bueno estar enterado —afirmó Ellie, hablando a la cámara—. Entonces, ya lo saben chicos, acudan a donar y a salvar vidas.

Amy sonrió, pletórica, observando a Jason y a Jackie, quienes parecían sumamente entusiasmados.

—Ustedes han hecho esto, ¿no es verdad?

—Jackie tuvo la genial idea de contactar a Ellie para pedirle ayuda y a ella se le ocurrió hacer una llamada masiva con la intención de encontrar un donante compatible contigo —contestó Jason.

—Y Jason supuso que sería buena idea dar información sobre el procedimiento, para que la gente no tuviera miedo de donar —añadió Jackie—. Ahora estamos seguros de que muy pronto encontraremos un donante compatible para ti. No importa si no conseguimos contactar a tu hermana, te

haremos ese trasplante y te curarás al fin, Amy. Ya lo verás.

—Gracias... No tengo palabras, a los dos, gracias... —les agradeció Amy con lágrimas en los ojos, abrazándolos con profundo cariño.

La puerta se abrió de repente, y ante la sorpresa de todos, Kimmy entró por ella, avanzando con la misma delicadeza de un huracán.

—¡Amy! —exclamó, dejando caer la bolsa de viaje y corriendo a abrazar a su hermana, sin importarle pasar por encima de Jason.

Amy, demasiado sorprendida como para decir nada, la abrazó también, sumamente contenta de ver al fin a su hermana.

—Perdóname por no haber llegado antes, Amy —Kimmy empezó a hablar atropelladamente—. En cuanto recibí el mensaje de Jackie contándome lo que había sucedido, hice todo lo posible para volver enseguida al país. Pero cuando debes dejar una zona sin autobuses ni aviones, es realmente difícil moverte con rapidez. Temía tanto no alcanzar a llegar a tiempo... —Su voz se quebró y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No llores, Kimmy, voy a estar bien —le aseguró Amy, envolviéndola en un abrazo protector—. Me da tanto gusto tenerte al fin aquí.

—Así es, Kimmy, qué alegría que estés aquí —le dijo Jackie, feliz e impaciente—. ¿Te harás la prueba para ver si eres compatible? Porque vas a ser su donante, ¿no es verdad? —le preguntó, yendo directo al grano.

—Por supuesto, a eso he venido —aseguró la chica, girándose hacia Jason, sobre el cual estaba prácticamente sentada—. Jackie me comentó que no han conseguido encontrar un donante compatible en la red, y que yo como su hermana, tengo mayor posibilidad de serlo.

—Así es —afirmó Jason—. Te haremos las pruebas enseguida, Kimmy. Ven conmigo, no hay tiempo que perder.

—Está bien... Aguanta, Amy, pronto vas a estar como nueva y de vuelta en casa —aseveró la chica, abrazándola una última vez antes de marcharse con Jason.

## Capítulo 31

El día al fin había llegado. El trasplante se realizaría muy pronto, un procedimiento tan sencillo como que le hicieran una transfusión de sangre, según le había explicado Marta, su oncóloga. Pero antes, debían dar el primer paso en el tratamiento y ese era colocarla en un sitio aislado, para evitar infecciones, y allí recibiría las quimios que matarían por completo al cáncer y también a sus células. Y, con suerte, sería el primer paso para librarse al fin de la leucemia.

—¿Estás lista? —le preguntó Jason, y por primera vez, ella lo notó nervioso.

—No te preocupes, todo va a salir bien —le aseguró Amy, tomando su mano.

—¿No se supone que soy yo quien debería decirte eso?

—De vez en cuando viene bien escucharlo de alguien más, ¿no te parece?

Él sonrió y se acercó para besarla en los labios.

—Ya lo creo que sí, mi chica fuerte y valiente. Anda, sube a la silla de ruedas, seré el que tenga el honor de escoltarte a tu nueva habitación.

—Jason, ¿crees que todo esto dará resultado?

—Por supuesto que sí, ten fe. Nosotros la tenemos en ti, afuera todos te esperan para saludarte y darte ánimos. Será difícil verte durante una temporada, sin embargo, estamos seguros de que eres lo bastante fuerte como para superar esto y que vencerás la enfermedad, Amy.

—Jason, gracias... —musitó, sintiendo un nudo en la garganta que se hizo más grande cuando, al salir de la que había sido su habitación, encontró a una

gran cantidad de personas aguardando por ella.

Jackie y Luke, acompañados por su adorado Brad, quien ataviado con un chaleco de perro de terapia, aguardaba impaciente para saludarla, también Jared, Jenny, Bárbara y, por supuesto, Kimmy, quien desde que había vuelto de su viaje, no se había apartado de su lado.

Brad corrió hacia ella y subió sus patas a su regazo, buscando su contacto de forma casi desesperada.

—¡Mi dulce bebé! —exclamó Amy, abriendo los brazos para recibir al perro, que se moría por llegar a ella—. Te he echado tanto de menos.

—Y él a ti —le aseguró Jackie, entre risas, aunque con los ojos luminosos por las lágrimas—. Prácticamente he tenido que desinfectarlo para que Jason me permitiera traerlo aquí.

Amy rio, mirando a Jason que se encogió de hombros, dejando en claro que no se arrepentía.

—Gracias, Jackie. Por favor, cuida bien de él. Y si... si llega a pasarme algo...

—Ni lo menciones —la interrumpió ella, agachándose para abrazarla, a pesar de lo mucho que le estorbaba su voluminoso vientre—. Vas a recuperarte, a salir de aquí y a volver a tu vida, ¿de acuerdo? Recuerda que este sobrino tuyo está ansioso por conocerte. Eres su madrina, tendrás que estar a su lado toda su vida, tal como lo pactamos, así que ni siquiera pienses en fallarnos.

—Eso jamás —dijo Amy, sintiendo un profundo nudo en la garganta.

Jackie se apartó al fin, llorando a lágrima viva, manteniendo a su lado a Brad, quien parecía tan triste como ella.

—Suerte, Amy, estamos al pendiente de ti en todo momento, no lo olvides —le aseguró Luke, abrazando a Jackie para consolarla después de inclinarse a darle un rápido achuchón como despedida.

—Todo irá de maravilla, no te preocupes por nada y trata de relajarte, ¿de acuerdo? —le pidió Jared, después de abrazarla—. Jenny y yo te estaremos

visitando todo el tiempo.

—Es cierto, terminarás aburriéndote de nosotros —le aseguró Jenny, entregándole un dibujo infantil—. Es de parte de Felicity, Shirley también participó con las arrugas de la esquina, ¿lo ves? Y Gaia manda decir que está orando por ti y que vendrá a visitarte con sus famosas magdalenas de semillas de sésamo que tanto te gustan.

Amy rio, apretando el dibujo contra su pecho, sumamente conmovida por el gesto.

—Gracias a ambos y por favor, mándenle mis saludos a Gaia y a las pequeñas.

—Así lo haremos —le aseguró Jared—, aunque todas están ansiosas de poder saludarte en persona, así que tenlo presente y cúrate pronto, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —afirmó Amy, asintiendo con la cabeza.

—Mi dulce pequeña... —Bárbara se inclinó y le dio un largo abrazo. Amy pudo notar la humedad de sus lágrimas en sus mejillas y se contuvo para no llorar también—. Sabes que te quiero como a una hija, ¿no es verdad?

Amy asintió, incapaz de hablar.

—Vas a estar bien y muy pronto compartiremos una vez más una plática colmada de chismes.

Amy le agradeció, sintiéndose sumamente conmovida por contar con su cariño. Gracias a ella es que podía conocer el verdadero amor de una madre.

Kimmy se acercó a ella y tomó su mano, parecía estar intentando no llorar y por ello mantenía la vista fija en sus dedos entrelazados.

—Te quiero, hermana. Te vas a curar, es mi médula supercampeona la que te van a meter, después de todo, así que no lo dudes ¿eh? —le dijo Kimmy, haciéndola reír—. Nos vemos en cuanto te permitan recibir alguna visita en ese lugar al que van a llevarte. Aunque todos te estaremos espiando desde las ventanas, Jason dijo que podremos verte desde ahí todo lo que queramos, igual que en un zoológico —bromeó, haciéndola reír.



—Por supuesto, ahí estaremos todos los días —aseguró Jackie, abrazando a Kimmy, que de pronto parecía muy frágil.

—¿Amy?

Todos se giraron al ver a un hombre acercarse a ellos con paso vacilante. Mantenía la mirada baja, y por sus movimientos dejaba claro que no se sentía muy cómodo allí.

—¿Eres tú, Amy?

Amy entrecerró los ojos, intentando recordar de dónde conocía ese hombre cuyo rostro le parecía tan familiar.

—Te vi en el noticiario y me enteré que necesitabas un trasplante. Acudí enseguida pero me dijeron que era muy mayor, así que pensé que si tal vez venía en persona, harían una excepción conmigo... Después de todo, soy tu padre, y si puedo salvarte la vida, estoy dispuesto a donarte lo que sea.

Los ojos de ella se abrieron de forma desmesurada, reconociéndolo al fin.

—¿Papá...? —preguntó con un hilo de voz.

El hombre asintió y con paso tímido, se acercó a ella.

—Ha sido un largo tiempo, hijita...

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Kimmy, interponiéndose entre ambos—. Han pasado muchos años, demasiados, sin tener noticias tuyas. Tú ya no eres nuestro padre, nos abandonaste, y no vas a aparecer ahora de la nada para buscar cinco minutos de fama a costa de mi hermana.

—Kimmy, no estoy buscando nada, he venido a ayudar —contestó él, sin perder la calma a pesar de la impetuosidad de su hija—. Si me alejé, fue porque su madre me ordenó hacerlo, o amenazó con enviarme a la cárcel si intentaba ponerme en contacto con ustedes. No quiero fama, se lo aseguro. Como acabo de explicar, intenté donar mi médula de forma anónima, pero me lo impidieron. Y han dicho en las noticias que Amy necesita urgentemente un trasplante.

—Ella ya no lo necesita, yo fui su donante —replicó Kimmy.

—¿Qué quieres decir con que mamá te obligó a marcharte? —intervino Amy,

deseosa de conocer la respuesta.

—No sé si sea el momento y el lugar... —él dudó, mirando con timidez en derredor, a todas las personas que atendían su conversación—. Quizá después, en un sitio más privado y con calma, podamos hablar...

—Amy se va ahora mismo a iniciar su tratamiento, y solo te permitiremos verla de nuevo si contestas a nuestras preguntas —le informó Kimmy, cruzándose de brazos.

Él, sabiendo que no tendría otra oportunidad para hablar con sus hijas, asintió.

—Es una historia larga que, supongo, será mejor entendida si la cuento desde un inicio. Su madre y yo aguantamos muchos años sin llevarnos bien. Una noche yo... Yo perdí el control y la golpeé —confesó, notablemente avergonzado por sus actos—. No tengo justificación, es algo que nunca debí hacer, pero no pude contenerme ante sus provocaciones. Ella llevaba años sobajándose, insultándome, tratándome en menos... Esa noche fue peor que nunca. Estaba enojada por no poder llevar la misma vida de lujos que sus amigas, me dijo que era poco hombre por no poder mantener a su familia como se merecía, además de toda clase de ofensas sobre mi forma de ser, mi virilidad, mi situación como marido y padre... Y como si aquello no fuera suficiente, empezó a lanzarme objetos y darme de empujones hasta que no aguanté más y le solté una bofetada. Habían sido años de aguantar sus malos tratos y al final exploté.

Amy lo miró a través de un velo de lágrimas, recordaba esos momentos, y escuchar sus palabras fue como revivir cada una de esas peleas...

—Fue una sola vez e inmediatamente me disculpé con ella —su padre continuó hablando—, sin embargo, Nadya hizo que aquel único evento pareciera como el final de una gran serie de maltratos de mi parte hacia ella. No dudó en acudir con su abogado y estaba dispuesta a convertir el incidente en todo lo grande que pudiera, si yo no cedía a sus reclamos. Quería dinero, mucho, la casa y todo cuanto poseíamos en el matrimonio, y amenazó con

enviarme a la cárcel si no cedía —contó con vivo enojo en la voz—. No contenta con quedarse con todo lo que tenía, buscó la manera de lastimarme donde más me dolía, con aquello que más amaba en el mundo, ustedes dos. —Las miró a ambas, reflejando la impotencia que debió experimentar en aquel entonces en la expresión de sus ojos—. Me exigió marcharme y nunca volverlas a contactar, o entonces le diría a todo el mundo que abusaba de ustedes también, y ya no solo no podría verlas, porque estaría en la cárcel, sino que también añadiría la vergüenza con la que tendrían que cargar para siempre con un padre abusivo y encerrado en prisión.

—¿Mi madre hizo todo eso para alejarte de nosotras? —le preguntó Amy, con un hilo de voz.

—Sé que puede ser difícil de creer para ustedes, ella es su madre y es quien las ha criado y estado a su lado todos esos años, en cambio yo soy el padre que se marchó. Pero es cierto, ese fue el verdadero motivo por el que me fui —aseguró—. Y debo confesar que, al irme, pensé que hacía lo mejor para ustedes. Nadya me había convencido de que era un mal hombre, la peor calaña de ser humano... Me llevó años entender que eso no era verdad, que siempre hay otro lado de la historia y que Nadya también tuvo culpa de lo que sucedió entre nosotros. Sin embargo, no tuve el valor de volver a buscarlas, temía que ella cumpliera con sus amenazas y eso les arruinaría la vida a ambas al crecer creyendo que tenían un padre abusivo.

—Yo te creo, papá —afirmó Amy, tomando su mano—. Sé cómo es nuestra madre y recuerdo cómo eras tú. Te creo.

—Pero eso no quita que te marcharas sin mirar atrás, dejando tantas responsabilidades —le dijo Kimmy—. Nuestra madre tuvo la casa, pero debió buscar la manera de sobrevivir con nosotras. Crecimos con muchas carencias, hasta que Amy se volvió profesional y comenzó a pagar las cuentas.

—¿Carencias? —el hombre repitió, frunciendo el ceño al escuchar esa palabra—. Pero si nunca he dejado de pasarle la manutención a su madre. Desde el día en que me marché, le he dado puntualmente la cantidad que fijó el

juez, incluso después de que ustedes fueron mayores. No deseaba que pasaran problemas económicos, por eso no me importó seguir haciéndolo.

—¿Quieres decir que...? ¿Tú le dabas dinero? —preguntó Kimmy, reemplazando la mirada de odio por una de sorpresa—. Pero ella siempre dijo que te fuiste sin mirar atrás, que nos abandonaste de la forma más egoísta y que fue ella sola quien nos tuvo que sacar adelante.

—Lo siento, hija, pero eso no es verdad.

—Entonces todo lo que dijo, lo que hizo durante años... Nunca tuvo justificación —musitó Kimmy, con los ojos llenos de lágrimas—. Ella... ¡ella explotó a Amy durante años para sacarle dinero! La culpó por tu partida, le decía todo el tiempo que había sido a causa de su autismo, y por consiguiente que también era su culpa que no tuviéramos dinero —Kimmy le dirigió una mirada llena de dolor a su hermana—. La ha manipulado desde entonces para que ella le entregara el control de sus finanzas. Y yo la dejé hacerlo... Estaba tan celosa porque Amy tenía talento y yo no, porque la gente la amaba y era reconocida en todas partes..., porque nuestra madre de pronto la prefirió a ella, en lugar de a mí, como había hecho siempre, que no quise verlo. Pero es cierto, nuestra madre siempre ha sido la más egoísta, mentirosa y manipuladora, y yo no hice nada para evitar que te tratara de ese modo, Amy, y lo siento tanto... Si estás enferma ahora debe ser por todas esas cargas que has tenido que soportar por tantos años. Por favor, perdóname...

—Kimmy, no digas eso, no es tu culpa. —Amy la atrajo en un abrazo, permitiéndole desahogarse—. Eras muy joven para entender y es natural que te sintieras de esa forma, después de todo, siempre fuiste su favorita y de repente yo tenía toda su atención.

—De todos modos, debí darme cuenta antes de cómo era, evitar que te tratara así...

—Siempre he sabido como es nuestra madre, tú no tienes la culpa de nada, ella te manipuló como a todos, incluida yo. Como has dicho, crecí convencida de que papá se había ido de casa por causa de mi autismo, y esa fue la carta

que mamá siempre jugó para hacerme sentir culpable.

—Oh, Amy, cariño, tú nunca tuviste la culpa de nada —le aseguró su padre, arrodillándose delante de su silla de ruedas para posar una mano sobre su mejilla—, ni tampoco tú, Kimmy —añadió, estirando una mano para posarla en el rostro de su hija menor—. Ambas son el mayor amor de mi vida, nunca las habría dejado de haber sabido que su madre se comportaría así. En ese momento, después de lo que hice, supuse que Nadya tenía razón, que yo era la peor persona, el peor ejemplo de ser humano que podrían tener a su lado. No merecían crecer en una casa llena de gritos y amenazas, con un padre tan malo como yo.

—No te preocupes, papá, sabemos que mamá es experta en manipular a la gente a su ventaja —le aseguró Amy—. Todo eso quedó atrás, ella ya no controla nuestras vidas. Lo intenta, es cierto, pero no permitimos que siga haciéndolo —le contó, compartiendo una mirada cómplice con Jason.

Y así era. Desde la última llamada que había recibido de su madre, cuando estaba en su peor momento, cuando más necesitaba de su apoyo, lo que Nadya había hecho fue insultarla por mantenerse alejada del mundo público y exigirle más dinero, en lugar de portarse como una verdadera madre preocupada por la vida de su hija. Amy había decidido cortar toda comunicación con ella.

Aquel fue el último desplante que le aguantaría.

Al día siguiente le pidió a su asistente que contactara con su abogado, y a este le dio la orden de entregarle a Nadya una suma mensual fija, con la estricta condición de que no volviera a ponerse en contacto con ella a través de ningún medio, o esa cantidad, por muy escasa que fuera (pues Amy estaba segura de que, a pesar de tratarse de un importe más que suficiente para llevar una vida holgada, le parecería una miseria a Nadya), se cancelaría al instante.

Eso fue más que suficiente para no volver a tener noticias de su madre, a quien siempre le había interesado más el dinero que recibía de Amy que su propia hija.

—No quisiera interrumpir —dijo Jason con voz afectada—, pero esperan a

Amy para dar inicio a todo el protocolo antes del tratamiento. Ya tendrán mucho tiempo para hablar y ponerse al día, eso si es que ella está de acuerdo.

—Por supuesto que sí —contestó Amy, tirando de la mano de su padre para darle un último abrazo—. No tienes idea de lo mucho que me alegra volver a verte al fin, papá.

—Y yo a ti, mi dulce pequeñita —le dijo él, hablando con un hilo de voz y mirándola a través de un velo de lágrimas—. Te he echado tanto de menos, Amy. A ti y a tu hermana —añadió, dirigiéndose a Kimmy—. He seguido sus vidas desde lejos; a ti, Amy, con tu carrera de cantante, y a ti, Kimmy, con tu programa de vida salvaje. Ambas son maravillosas y me siento profundamente orgulloso de lo que han conseguido hacer de sus vidas.

Los tres se abrazaron por un largo rato, antes de tener que volver a interrumpir el momento. Era hora de que Amy iniciara su tratamiento, pero su padre prometió quedarse cerca. Y a ella le alivió el tener la certeza de que esta vez él no se marcharía, sino que estaría esperando por ella hasta el momento en que pudiera recibir visitas. Entonces podrían hablar hasta el cansancio, para ponerse al día.

Y así, más decidida que nunca, Amy se marchó a luchar contra el cáncer, porque deseaba ese reencuentro, sintiéndose sumamente feliz por tener a su padre de vuelta.

Pero antes, debía ocuparse de recuperar su vida.

## Capítulo 32

*Abril*

—¡Al fin en casa! —anunció Jackie, abriendo la puerta principal—. Adelante, señorita, sea bienvenida a su hogar.

Amy inspiró hondo, impregnando hasta la última célula de su cuerpo con el aroma familiar del lugar que tanto había extrañado durante esos meses. Brad, a su lado, parecía tan contento como ella y lanzaba ladridos, emocionado por tener a su dueña de vuelta.

Ese día de abril, Amy se sentía exultante. Al fin había podido volver a casa, después de una estancia en el hospital que pareció una eternidad.

Aunque debía admitir que no había sido tan mala, sus amigos no habían dejado de ir a visitarla, incluso su hermana había cancelado su agenda para quedarse más tiempo con ella, y, por supuesto, su padre, con quien al fin había podido hablar y compartir una gran cantidad de momentos que atesoraría por siempre en su memoria. Ahora eran sumamente cercanos, se llamaban todos los días que él no iba a verla, pues se había instalado en un piso cercano, justo al lado del departamento de Kimmy, quien había decidido abandonar la casa de su madre definitivamente. «Prefiero pagar un piso al que llegue a dormir una noche al mes, que seguir viviendo al lado de esa mujer», le había dicho, después de darle la noticia del nuevo apartamento que había rentado.

—¿Dónde quieres las maletas, Amy? —le preguntó Daniel, quien no dejaba de sonreír, contento de tener a su jefa de regreso.

—¿Podrías llevarlas arriba, por favor, Daniel? —le pidió Amy, agradecida con él. Desde que la había visto llegar en el automóvil, el, en apariencia, duro guardia de seguridad, se había acercado para darle un fuerte abrazo de bienvenida y había insistido en acompañarla hasta la entrada para ayudarla a cargar con el equipaje.

Durante los meses que estuvo internada, Amy había acumulado una gran variedad de cosas que, tanto sus amigos y familia, como cientos de fans, le hacían llegar todos los días al hospital. Y aunque había decidido donar la mayoría al hospital, hubo cosas de las que sencillamente no se pudo desprender, pues se terminaron ganando un valor sentimental. Tal era el caso de unas extrañas estatuillas de caballo, recuerdos que Kimmy le trajo de su último viaje; varios álbumes de fotos de su niñez, que su padre le llevó un día, contándole que él los había atesorado todos esos años; los dibujos de Felicity, que Jared y Jenny se preocupaban de enviarle cada día; el juego de cartas con el que Bárbara y ella habían pasado horas entretenidas; o las revistas de novias y de bebés que Jackie no dejaba de llevar al hospital, pues su mejor amiga había decidido retrasar su boda hasta que Amy pudiera asistir a ella como su dama de honor, y como no podía aplazar el nacimiento de su hijo, deseaba que participara en la elección de cada artículo de bebé que compraba, haciéndola sentir de ese modo partícipe de todo; los cientos de cartas de ánimo de sus fans que le habían llegado a montones al hospital; y, por supuesto, el enorme perro blanco que Jason le había obsequiado para que ella pudiera abrazar durante las noches y no extrañara tanto a Brad, fabricado con material hipoalérgico y mil otras cosas con nombres extraños, pero que garantizaban salud, para que pudiera pasar las normas del hospital.

—Por supuesto, Amy, ahora mismo las llevo —le dijo Daniel, apurándose en alcanzar las escaleras.

—Espera, Daniel, iré contigo, así podremos poner un poco de orden arriba, abrir las ventanas para que se ventile este lugar y sacudir un poco —anunció Bárbara, entrando tras él con una caja en las manos repleta de tarjetas, cartas,



regalos, entre otras cosas.

—Mamá, ya hemos limpiado el lugar a fondo, ¿lo olvidaste? —le recordó Jackie.

—Lo sé, cariño, pero nunca es demasiado cuando se trata de limpieza. Todo por mantener a esta adorable niña saludable —canturreó, subiendo alegremente las escaleras.

—Ella es tan amable, me alegra que haya podido acompañarnos este día —le dijo Amy, todavía sonriendo. En realidad, desde que había salido del hospital no había podido dejar de hacerlo. Sencillamente estaba pletórica de contenta.

—Siento que Jason no haya podido venir con nosotras, esa junta se le atravesó a última hora —comenzó a decirle Jackie, quien todavía estaba molesta porque su hermano no pudo acompañarlas a causa del trabajo—. Espero que no te enfades con él, realmente se sentía mal de no poder venir contigo a casa en este momento tan importante, pero era una reunión que no podía esperar. Incluso Jared y Luke tuvieron que asistir.

—Lo sé y lo entiendo perfectamente, y no me preocupa. Tendré tiempo de instalarme y darme un baño antes de la cena.

Esa noche Kimmy y su padre irían a visitarla. Debido a que aún debía tomarse las cosas con calma, no podía estar en reuniones con demasiadas personas presentes. De lo contrario, habría hecho una gran fiesta, con todos sus amigos y familia juntos, para celebrar que al fin estaba de vuelta en casa.

Sin embargo, el cáncer todavía no estaba en el pasado. Aún hacía falta el seguimiento de rutina para asegurarse de que la enfermedad no regresara. No obstante, hasta ahora todo marchaba de maravilla y los médicos se mostraban optimistas. Y Amy no dejaba de sonreír, porque ahora, ese día, en ese mismo instante, podía decir con total certeza, que estaba libre de cáncer.

Y así viviría en adelante, agradeciendo el momento de despertar cada día y con la firme idea de vivirlo al máximo posible, ya fuera haciendo labores extraordinarias, o sencillamente disfrutando el estar recostada en el sofá junto

a su novio y a su perro, con la chimenea encendida y viendo una película.

Algún día volvería a los escenarios, porque amaba cantar, eso sin duda, pero cuando lo hiciera, sería porque era algo que le encantara, y no por una obligación, como había sido hasta entonces.

La cosa era disfrutar la vida.

—Cómo me gustaría haber podido ofrecerte un festejo enorme por tu salida del hospital —le dijo Jackie—. Esas reglas de los médicos acerca de nada de reuniones con muchas personas ni salidas a sitios públicos me parecen sensatas, pero son de lo más aburridas.

—¿Aún estás molesta porque no pude asistir en persona a tu *baby shower*? —le preguntó Amy, posando una mano en su barriga, ya muy abultada. El pequeño llegaría en cualquier momento—. Te aseguro que observándolo todo a través de la pantalla del iPad, fue como estar allí mismo. Incluso con los bocadillos que Jenny me llevó esa mañana, no me sentí en absoluto excluida.

—No es por *Skype* como quiero verte todos los días, te quería conmigo, a mi lado... Estoy asustada, Amy. Mi hijo o hija nacerá en cualquier momento, y tú no podrás estar ahí, a mi lado, como siempre has estado conmigo. Y no hablo solo en el nacimiento, me refiero a todos los días... Yo... yo no sé si seré una buena madre —tartamudeó—, soy infantil, loca y atolondrada, nunca he cuidado de una criatura que no tenga cuatro patas y cola, ¿y si lo hago todo mal? ¿Si me equivoco?

—Serás su madre, vas a amar a ese bebé, por eso no vas a equivocarte.

—Soy yo de quien estamos hablando, Amy. Amo a Luke y aun así el otro día le serví un plato con croquetas para perro con leche como desayuno, y le di el cereal de trigo bajo en grasas a Brad. ¡Esa clase de errores son los que yo cometo! Tengo tanto miedo... —sollozó, realmente abrumada por todo lo que se venía dentro de poco.

Amy la abrazó, permitiéndole llorar sobre su hombro, aunque por el tamaño de la barriga, resultaba algo un poco difícil.

—Jackie, serás una madre fabulosa —le aseguró—. Siempre estás cuidando

de todos los que amas, de mí, de Feliciy y Shirley, y ninguna de nosotras tenemos cuatro patas y cola.

Jackie soltó una risita.

—El que seas infantil, loca y atolondrada es lo que te hace especial. Te aseguro que tu niño o niña amará eso. Tendrá una madre que lo comprenderá, que juegue con él, que no tema enfrentarse a los mismos retos, a escalar un árbol o a vestirse como un hada para tomar el té. Serás la madre perfecta, la que todo niño desea tener, y ni siquiera te has dado cuenta. Si hay algo que he aprendido de toda esta experiencia es a agradecer —le afirmó, limpiando sus lágrimas con el cariño de una hermana—. Agradece por tu hijo, al que pronto tendrás entre tus brazos. Es un obsequio maravilloso de la vida que no es otorgado a todas las mujeres.

Los ojos de Jackie se agrandaron, con horror.

—Oh, Amy, qué tonta soy, lo siento tanto. No quería hacerte pensar en eso...

—Tranquila, tranquila, no me siento mal por algo que ya he aceptado. Algún día seré madre también, te lo aseguro, pero será de otra forma, porque pienso adoptar.

Una sonrisa se formó en los labios de Jackie al escucharla.

—¿Lo dices en serio? ¿Seré tía muy pronto?

—Aún falta para eso, primero debo estar segura de que el cáncer se ha ido, quiero estar presente para mi futuro hijo o hija.

Jackie asintió y volvió a abrazarla.

—Serás una madre maravillosa, Amy. Y cuando eso suceda, yo estaré a tu lado para apoyarte, seré para ese pequeño la tía loca que todos aman.

Amy soltó una carcajada.

—Estoy segura de que así será —afirmó Amy, entre risas.

—Bueno, bueno, creo que está todo listo —Bárbara bajó en ese momento, canturreando muy contenta.

Amy se preguntó por qué le daría tanta alegría abrir unas ventanas, y cuando ella le guiñó un ojo a Jackie, comenzó a sospechar que algo ocurría. Pero su

amiga no le dio tiempo de preguntar, como un huracán tomó sus cosas y comenzó a caminar hacia la salida, dando pasos de pato, a causa de su avanzado embarazo.

—Es verdad, se suponía que solo teníamos que ayudarte a instalarte, y yo aquí, poniéndome como Magdalena. No me hagas caso, Amy, descansa y nos vemos mañana.

—Pero... ¿estás bien?

—Sí, mucho, gracias de nuevo por la plática, hermosa. ¡Lo digo en serio! Me quedaría para continuarla, pero tenemos cita con la ginecóloga dentro de media hora.

—Sí, y yo quedé de acompañarla. A la pobre le cuesta moverse sola —añadió Bárbara.

—¿Realmente se van tan pronto? —preguntó Amy, incapaz de creer que estuvieran hablando en serio, parecía que estaban actuando en una muy mala representación de comedia.

—Tenemos que hacerlo, linda, debemos llegar a la cita de Jackie —aseveró Bárbara.

—Jenny te preparó algo de comida, está en la nevera, por si te da hambre —le comentó Jackie desde la puerta—. Y me pidió que te avisara que te pasaría a saludar mañana temprano con las niñas y Gaia, y aprovecharía de traerte algunas más de sus delicias, así que no dudes en terminarte todo lo que te ha dejado hoy.

—De acuerdo... Gracias —le dijo a Jackie, abrazándola fugazmente.

—Nos vemos mañana, linda, disfruta de estar de vuelta en casa. —Bárbara la abrazó también y se dirigió a la puerta, casi empujando a Daniel con ella, quien, por algún motivo, también estaba muy sonriente.

—Bueno, eso sí ha sido muy extraño... —comentó Amy, cuando la puerta se cerró tras ellos, dejándola a solas con su perro en el vestíbulo.

Brad, sentado a su lado, ladró, como si estuviera de acuerdo con ella.

De pronto, todas las luces se apagaron y hasta ese momento Amy se percató

de lo oscura que estaba la casa, con todas las persianas abajo.

—¿Pero qué...? —se preguntó, sin entender nada.

Una luz se encendió ante ella, dejando al descubierto una pantalla que se prendió enseguida.

Jason apareció en ella, guapo y contento, como siempre. Vestido con un pantalón de mezclilla y una cazadora de cuero negra, caminaba de forma despreocupada por un hermoso campo vasto y verde, que parecía no tener fin. Brad y Hotch, el perro de Felicity, corrían alegremente, ladrando y gozando de la libertad del lugar. Jackie y Jared caminaban justo delante de la cámara, escuchando lo que les decía Bárbara, quién parecía estar muy concentrada en el tema que exponía, aunque Amy no pudo prestar atención a una sola palabra, impresionada por ver a la mujer luciendo el primer par de zapatillas deportivas que le había visto usar en toda su vida.

Más allá la cámara enfocó a Jenny, riendo a carcajadas con sus hijas por las caras divertidas que les hacía Luke. Gaia, acomodada en una silla plegable con Shirley sentada en su regazo, reía también, compartiendo sus chanzas.

Amy sonrió con ellas, la risa de esas pequeñas era contagiosa, sin duda ellas debían ser quienes más gozaban de ese paseo por el campo.

—Amy, amor mío —comenzó a decir Jason, enfocando la cámara sobre su rostro—. Sé cuánto deseas construir ese centro para animales de terapia. Es por eso que hoy, después de dar muchas vueltas por toda clase de lugares...

—En realidad toda clase —añadió Jackie, abrazando a su hermano por el cuello—. No tienes idea de la cantidad de sitios que visitamos hasta dar con el indicado.

—Es cierto, creo que hemos visto cada sitio disponible en Massachusetts —añadió Jared.

—Era necesario para dar con el lugar perfecto —intervino Bárbara, metiéndose en la imagen—. Nunca hay que conformarse con nada menos que la perfección.

—Ejem... —Jason se movió un poco para volver a enfocar la cámara sobre

su rostro—. Como estaba diciendo, estamos hoy aquí para finalizar el trato de compra del sitio perfecto para que tu deseo se haga realidad. ¡Amy, te presentamos tu nuevo futuro centro!

Los presentes gritaron y aplaudieron, y en medio del júbilo, Brad saltó por el costado de Jason, metiéndose en la imagen de la cámara, haciendo reír a todos.

—Sí, sí, tú también participaste, colega —le dijo Jason, acariciando el cuello del perro.

—Y aquí tienes a tu primer alumno. —La cámara se enfocó en Jenny, quien llamaba a Hotch a su lado—. Como sabes, a este amiguito lo rescató Jackie para Felicity. Ahora ya tiene la edad para ser entrenado como perro de terapia.

—Se convertirá en el primer perro de asistencia para niños con autismo —añadió Jared, abrazando a su mujer—. Es una idea que se le ocurrió a Jackie implementar en este centro, y nosotros encantados con colaborar.

—En realidad la idea fue de Amy —aseguró Jackie, metiéndose en la imagen—. Tú no dejabas de hablar acerca de esos perros que evitaban que los niños con autismo huyeran, y de cómo podían salvar muchas vidas. Pues me he contactado con algunas asociaciones que se encargan de entrenarlos y les he pedido que colaboren con nosotros, ¡y han aceptado! —aplaudió, contenta—. Y he aquí al primer candidato a entrenamiento...

—¡La niña, Jenny! —avisó Gaia, levantándose de su asiento e interrumpiendo a Jackie con su grito.

—¡Felicity, ven aquí! —ordenó Jenny, intentando salir corriendo tras su hija, quien en ese momento había decidido salir corriendo a toda velocidad.

Pero la niña, lejos de detenerse, corrió más rápido, riendo a carcajadas como si aquello fuese lo mejor del mundo.

—¡No te preocupes, amor, yo voy a buscarla! —exclamó Jared, riendo tan divertido como la pequeña.

—Retomando el tema, Hotch evitará que precisamente eso pase —Jackie continuó hablando a la cámara—. Mientras tanto, tenemos al padre muy bien

entrenado.

—¡Buen chico, Jared! —le gritó Luke.

Su amigo levantó el dedo de en medio como respuesta, sin dejar de carcajearse con su hija en brazos, que para sorpresa de todos, imitó a su padre y también alzó el dedo.

—¡Jared, mira lo que le has enseñado a la niña! —gritó Bárbara, horrorizada.

Todos comenzaron a reír a carcajadas, excepto Bárbara que no cesaba de reprender a Jared por su comportamiento.

—En fin, como iba diciendo —Jason le quitó la cámara a su hermana—. Después de una larga, muy larga búsqueda, hemos hallado el sitio perfecto para tu centro. Espero que te guste, preciosa.

La imagen se amplió, recorriendo la inmensidad del lugar, un sitio hermoso rebosante de pastos verdes y rodeado de árboles.

—Todos quisimos contribuir para comprarlo —Bárbara se acercó a la cámara en ese momento—, pero Jason se negó. Dijo que este sería su regalo especial para ti.

Amy abrió mucho los ojos, sorprendida por esa revelación.

—Lo importante, hermosa amada mía, es que, como te ha dicho mi madre, este lugar ahora es todo tuyo, para que hagas con él lo que desees —le dijo, mirando a la cámara con esa sonrisa tan encantadora que ella amaba—. Cumple tus sueños, preciosa, que nosotros estaremos ahí, justo a tu lado, para ayudarte a hacerlos realidad.

—Oh, y hablando de eso, Ellie ha enviado una carta esta mañana —añadió Jackie, sacando una hoja de papel que extendió ante ella—. Va a donar todas las jaulas para los recintos, y ha prometido que estará aquí el día de la inauguración.

Amy sonrió, incluso su querida amiga Ellie estaba involucrada.

—Como ves, cuentas con el apoyo de todos, Amy —afirmó Bárbara.

—Te amamos, Amy —Jason volvió a tomar la cámara—. Nunca lo olvides.

—¡Te amamos, Amy! —gritaron todos los otros al unísono, despidiéndose de ella a través de la pantalla.

La imagen se movió y volvió a aparecer el rostro de Jason ante ella.

—Ahora te veré en un momento, preciosa. La sorpresa apenas comienza...

La pantalla se apagó y tan rápido como se fue la iluminación, una serie de bombillas se encendieron de una en una desde el techo, hasta formar un sendero de luz.

Brad, tomándola por sorpresa, aferró su manga entre sus dientes y, tirando de ella, la llevó por el camino hasta la puerta que conducía al jardín. El perro se alzó en dos patas y la abrió, asombrando a Amy de que supiera cómo hacerlo.

Y entonces, al alzar la vista, la recibió una senda iluminada por cientos de velas blancas, que bañaban con su resplandor el camino hasta el árbol de cerezos, y ahí, de pie bajo sus hermosas flores rosadas, la esperaba Jason.

Lucía sumamente apuesto, engalanado con un fino traje negro, camisa blanca y corbata, como si estuviera a punto de ir a visitar a la reina de Inglaterra. Cuando sus ojos se encontraron, él sonrió, y ella pudo notar que parecía algo nervioso mientras alzaba una mano hacia ella, pidiéndole con ese gesto mudo, que se acercara.

«*He oído que ella cantó una buena canción, escuché que tenía estilo...*», la suave melodía de *Killing me softly* se escuchaba de trasfondo, provocando que el corazón de Amy vibrara ante la voz de Frank Sinatra, transportándola al momento que ambos habían compartido juntos esa primera noche que hicieron el amor. «*...y allí estaba esta joven, una extraña para mis ojos...*».

—Hola, preciosa —la saludó él, estrechando su mano y acercándola a su cuerpo, en un abrazo cálido y colmado de amor.

—Jason, ¿qué está ocurriendo? —le preguntó ella, esbozando una sonrisa tímida en los labios.

—Este es un día portentoso, Amy. No solo has vencido a la enfermedad, sino que has salido del hospital y vuelto a casa, a nuestro hogar, de donde no quiero que jamás vuelvas a marcharte. Y por ello, deseo conmemorar este día con



otro evento importante...—le dijo, buscando algo en su bolsillo.

Amy abrió mucho los ojos, sintiendo que su corazón iba a toda velocidad al suponer que él sacaría un anillo... Por lo que se sorprendió bastante al ver que se trataba de una simple galleta para perro.

—¿Por qué tienes eso guardado en tu bolsillo? —le preguntó, divertida, aunque un poco decepcionada.

—Por esto... —él bajó la mano, todavía con la galleta sostenida entre los dedos, y Brad se apuró a ir por ella. Pero en lugar de tomar el premio, alzó el hocico, buscando la mano de Amy y dejó algo baboso en su palma.

—¿Qué es esto...? —Amy no pudo terminar la pregunta. Lo que supuso en un principio que era una pelota de perro, se trataba en realidad de una fina caja de terciopelo.

Jason, sonriendo de forma triunfal, le dio la galleta a Brad, y entonces se arrodilló ante ella.

Ante su mirada expectante, tomó la caja de su mano y la abrió, para dejar al descubierto un flamante anillo de compromiso con un hermoso zafiro como piedra central, decorada con tres diamantes a cada lado.

—Amy Taylor, ¿te casarías conmigo?

Amy abrió mucho los ojos y se llevó ambas manos a la boca, para reprimir un grito.

—¿Eso fue un sí? Porque no te entendí, Aura.

—¡Amy! —ella soltó una carcajada y se inclinó para abrazarlo—. ¡Y sí! Claro que sí, ¡me casaré contigo!

Jason le colocó el anillo en el dedo y entonces la alzó en sus brazos, dando una vuelta con ella, balanceándola en el aire sumamente contento y haciéndola reír de alegría, tan feliz como lo estaba él.

—Jason, este es el mejor día de mi vida. Gracias por todo, esta maravillosa sorpresa, por el centro, es precioso el lugar que han encontrado... —le decía Amy cuando de pronto su rostro mudó, adoptando una expresión de sorpresa.

—¿Qué ocurre, Amy?

—Jason, mira... —Ella señaló la jardinera donde, varios meses atrás, había estado trabajando—. Los tulipanes han florecido.

Y así era, en el sitio que hacía poco no había habido más que tierra congelada y nieve, ahora crecían hermosas flores de tonos blancos, amarillos, rosados, violetas y rojos.

—Dios mío, es increíble... —musitó ella, acercándose para ver de cerca las plantas—. Son tan bellos, no puedo creerlo, realmente florecieron, como dijo Callie.

—Tan maravillosos como ella aseguró que serían —añadió Jason, con una voz extraña.

Ella se giró a verlo y notó que sus ojos estaban brillantes a causa de las lágrimas.

—Jason, ¿estás llorando?

Él la abrazó, estrechándola con fuerza contra su pecho.

—El invierno ha terminado y han florecido, al igual que tú, mi amor —susurró sobre su oído—. Al igual que tú...

Amy se alzó sobre las puntas de los pies y le rodeó el cuello con los brazos, uniendo sus labios a los de él con todo el fervor que le impulsaba ese momento colmado de alegría. Jason la atrajo contra su cuerpo, respondiendo al beso con soltura y pasión, dejándose llevar por ese instante que, sin duda, y a pesar de todo su escepticismo, habría calificado como mágico.

Una brisa sopló con suavidad y se vieron rodeados por cientos de pétalos de flor de cerezo cayendo con suavidad sobre sus cabezas. Igual que una esfera de nieve, ambos parecían envueltos en una burbuja, donde el mal no existía, ni nada ni nadie podría volver a dañarlos.

Solo existían ellos dos y su amor, disfrutando de ese soplo fugaz de vida, que viviría eternamente grabado en sus corazones.

## Epílogo

*Tres años después...*

Jason, apoyado de pie contra el marco de la puerta, observaba con ojos embelesados a los dos amores más grandes de su vida. Amy, con su pequeña niña en brazos, bailaba suavemente ante el enorme ventanal de su habitación, arrullando a la pequeña niña mientras tarareaba la letra de *Killing me softly*, aquella melodía que él había puesto la primera noche que hicieron el amor y que habían elegido para su baile de novios, el día de su boda, y que desde entonces se había convertido en la canción especial para la pareja, la más querida.

Ahora ella se la dedicaba a la hija de ambos, su hermosa voz colmada de amor mientras danzaba suavemente ante la ventana, permitiendo que la luz de la luna entrara a raudales en la habitación.

En sus brazos, el bulto que cargaba se movió, dejando al descubierto su diminuta cabecita morena. Amanda, su hija, aquella maravillosa niña que había llegado hacía tan poco a su hogar y que, sin embargo, ya amaba más que a su propia vida. La sangre nada importaba, esa pequeña era su hija, y por la forma en que Amy la arrullaba, atesorándola contra su pecho como el ser máspreciado que pudiera existir, sabía que ella sentía lo mismo.

Por un momento el antiguo recuerdo de esa noche, tantos años atrás, en que la había visto cantando bajo la luz de la luna, llegó a su memoria. Había sido durante la primera Navidad después de la muerte de su padre. Esas vacaciones

unos amigos de la facultad decidieron marcharse a pasar las fiestas refugiados en el calor de las playas de México, donde el alcohol costaba centavos y podían divertirse a lo grande con poco dinero. Lo habían invitado a acompañarlos, sin embargo, a pesar de la tentación que le provocaba alejarse de todo y perderse durante días de la realidad, él ni siquiera lo había considerado. Desde la muerte de su padre, su madre y hermanos lo necesitaban más que nunca. Sabía que ahora todos se apoyaban en él, y no podía dejar de lado el papel que le correspondía como hermano mayor marchándose de fiesta, mucho menos en una fecha tan importante.

Así que había rechazado las invitaciones de sus amigos y acudió a casa, como era su deber.

Y aquellas navidades fueron las más deprimentes que jamás recordaría en toda su vida.

Su madre no cesó de llorar durante toda la velada, Jared se encerró en su habitación nada más terminar la cena y no aceptó volver a salir en toda la noche, y Jackie se marchó a la fiesta de una vecina, decidida a despejarse la cabeza.

Algo que a él también le habría gustado hacer.

Cerca de la una de la madrugada, su madre, preocupada por Jackie, le pidió que fuera a buscarla a casa de su vecina, y Jason, como siempre, no dudó en ir. Quizá pudiera él también divertirse un poco para variar, beber una cerveza y olvidarse por un momento de sus problemas.

Últimamente bebía mucho para olvidarse de sus problemas...

Solía debatirse entre ser un buen hijo o dejarse llevar por la furia que parecía consumirlo todo el tiempo. Por suerte ni su madre ni el resto de su familia tenían ni idea de los problemas en los que se había metido durante los últimos meses. Peleas callejeras y en bares, apuestas clandestinas, carreras de autos... Y alcohol, mucho alcohol.

Como la casa no estaba lejos, solo a unas cuadras de la suya, prefirió caminar en lugar de coger el coche. El frío aire nocturno le ayudaría a

despejarse la cabeza, además de que demoraría más, y en ese momento, lo menos que se le antojaba era volver a su deprimente hogar.

Decidió cortar camino por un sendero del bosque que atravesaba por el lago atrás de su casa, donde solía ir a nadar con sus hermanos en el verano e ir a pescar con su padre... De hecho, fue ahí donde aprendió a nadar, donde su padre le dio las primeras lecciones de hombre...

Sintió deseos de llorar al recordarlo, pero una vez más, se tragó las lágrimas. Era un hombre y los hombres no lloraban... Por más destrozados que se sintieran por dentro. Desde que él había muerto, era como si un pedazo de él hubiera muerto también junto con su padre.

Tal vez su parte de ser humano decente.

Una brisa fría lo hizo estremecer, trayendo consigo un montón de hojas secas que lo obligaron a detenerse, y algo más, una tonada, una melodía sumamente hermosa... y familiar.

A paso lento, para conseguir guiarse por el sonido, caminó sobre la nieve entre los árboles desnudos y las ramas rotas, hasta alcanzar la orilla del lago, y ahí fue donde la vio.

Amy.

Sentada sobre un tronco a la orilla del agua congelada, rodeada de nieve y con copos cayendo sobre su alborotado cabello rubio, esa hermosa chica de mejillas con hoyuelos y enormes gafas sobre su nariz respingada, cantaba una melodía sumamente triste y dulce, rasgando notas al compás con la guitarra que sostenía sobre su regazo.

Jason no podía dar crédito a lo que veían sus ojos, si no fuera porque la conocía, habría jurado que los cuentos de hadas eran reales y esa chica era una especie de hada de los bosques, capaz de hechizar con su canto mágico a los despistados que pasaran por allí.

—Qué tontería... —bufó en voz baja, molesto consigo mismo. No creía en la magia, era un hombre de ciencia, escéptico ante todo lo sobrenatural, y ahí estaba, pensando en hadas como un bobo. Y todo por una chica que apenas

conocía, la mejor amiga de su hermanita.

Aunque quizá ya no era justo llamar a Jackeline hermanita. Ahora ella era una mujer, y también Amy.

Amy... Nunca le había prestado especial atención hasta el momento en que lo hizo llorar al escuchar su hermosa voz, el día que entonó la canción favorita de su padre, durante su funeral.

Y esa noche nuevamente lo estaba consiguiendo.

Ella cantaba una letra sumamente triste que nunca antes había escuchado, pero que de alguna manera, conseguía llegarle directo al alma, pegando hondo en su corazón con cada rasgueo de las cuerdas de su guitarra. Una melodía melancólica, llena de sentimiento, capaz de remover algo en su interior sin que siquiera le hubiera permitido hacerlo, liberando su oscura desesperación y sacando lágrimas de sus ojos con su tonada.

Esa noche nunca la olvidaría, la luna iluminaba el lago congelado y bañaba sus rizos convirtiéndolos del color de la plata. Y esa chica, esa joven extraña, resultaba tan hermosa como la canción que entonaba.

Ni siquiera recordaba con claridad cómo era el sonido de su voz al hablar, ¿cómo podía ser que cantara de esa forma tan sublime? Esa chica debía estar en un escenario, en un teatro o donde fuera que iban las personas con un talento especial.

—Canta como un ángel, ¿no es verdad? —escuchó que su hermana le preguntaba.

Se giró a verla, sorprendido de encontrarla allí y se dio prisa para secarse los ojos. Pero ella no le prestaba atención o pretendía no hacerlo, no estaba seguro. Solo pudo notar que observaba con la misma fascinación a Amy, cantando bajo la luz de la luna.

—Creía que estabas en una fiesta alocada organizada por los chicos del barrio —le dijo, cuidando de que su voz sonara firme y grave, aunque hablando bajo para no interrumpir el canto de Amy.

—No tenía mucho ánimo de fiesta —contestó ella, sin desviar la vista de su

amiga—. Además, no iba a dejarla sola aquí afuera.

—¿Qué está haciendo allá sola? —le preguntó Jason en un susurro.

—Amy se estresa cuando hay muchas personas, como suele suceder en las fiestas. Prefiere la soledad y la calma. Si ha asistido esta noche al festejo, ha sido para acompañarme, pero ha sido abrumador para ella. La pobre necesitaba un tiempo a solas para respirar un poco, relajarse... Ya sabes, por el Asperger —añadió al notar el ceño fruncido de Jason.

—¿Y cantar la calma?

—Ama la música más que a nada en el mundo, y es estupenda cantando —asintió Jackie—. He intentado convencerla de que participe en algún concurso, o de que se presente en la obra de la escuela, pero es demasiado tímida como para intentarlo.

—Es una lástima, cuando cantó en la iglesia el día del funeral de nuestro padre, dejó a todo el mundo embobado con su voz.

—Lo sé —ella asintió, sonriendo orgullosa—. Quizá algún día alguien note lo mismo que nosotros y consiga hacerla salir del anonimato. Por ahora, escuchar su voz es un privilegio del que gozamos unos pocos.

Jason no pudo estar más de acuerdo. Esa noche había quedado atrás hacía muchos años, y en el pasado se había quedado también la chica tímida de aspecto apocado que solía molestar cuando se la topaba por su casa. Amy había madurado, se había vuelto una mujer fuerte, segura de sí misma, exitosa y despampanante en todos los sentidos, aunque para sus ojos, ella siempre había sido la más hermosa. Algo que le hacía sentirse orgulloso, casi posesivo, cuando se trataba de su dulce esposa. Por más famosa que fuera, él la había visto antes, la había visto esa noche, bajo la luna, con esos rizos rebeldes, esas enormes gafas y esa sonrisa dulce en sus mejillas regordetas. Y desde entonces se había quedado colada en su corazón.

Y ahora tenía la suerte de llamarla su esposa.

Esa dulce joven, ahora convertida en mujer, cantaba suavemente mientras se balanceaba en la mecedora, con la mejilla de su hija acurrucada contra su

rostro, en una escena tan conmovedora que le calentó el alma.

Ella se giró en ese momento y una suave sonrisa se formó en sus labios. Sus rizos rubios, que habían vuelto a crecer, tan hermosos como antes, le rodeaban el rostro, ya más luminoso y sonrosado, con esas mejillas con hoyuelos que él adoraba.

El verla así era un deleite para sus ojos, otra certeza de que ella había dejado atrás los duros días de enfermedad.

—No me había dado cuenta de que habían vuelto ya —le dijo Amy, hablando en voz baja para no despertar a la bebé—. ¿Cómo se portó?

Jason le echó una mirada a Brad, sentado a su lado. Ese perro podía ser viejo, pero era más fuerte que un roble, y sí, le había ganado cariño con los años. Incluso le gustaba sacarlo a dar los rutinarios paseos por la cuadra, y también los que se salían de la rutina, como el que acababan de hacer a media noche.

—Como un demonio, como siempre —contestó Jason, rascándole las orejas al perro.

Ella rio, sabía que él bromeaba. Últimamente ya no le costaba trabajo distinguir sus chanzas de las palabras serias.

Brad, se adentró en la habitación caminando con paso cansado, se dejó caer sobre la alfombra y se quedó dormido. Últimamente dormía ahí, sin permitir que nadie lo separase de la pequeña niña, como si se hubiera autonombrado su guardián de día o de noche.

—Creo que este soldado ya ha caído hasta mañana —comentó Jason, acercándose a su mujer con una sonrisa en los labios.

—Y este angelito también se ha quedado dormida al fin —anunció ella, con voz orgullosa—. Por un momento creí que nunca lo conseguiríamos.

—Preciosa, tienes la voz de un hada. No hay niño que no caiga dormido bajo tu mágico canto.

Ella sonrió, mirándolo con esos grandes ojos grises, que no habían cambiado ni un poco a lo largo de los años. Y él, incapaz de mantener distancia, se



inclinó y la besó, reflejando en ese solo beso toda la pasión que ella despertaba en él.

—Jason, estamos en la habitación de la niña... —murmuró ella.

—Muy bien, vamos a la nuestra. Tengo deseos de quitarte ese sexy camisón de dormir salpicado con leche y vómito de bebé.

Ella se sonrojó, algo que no había dejado de hacer y que a él le encantaba.

—Quizá después, ahora debemos acostar a esta pequeña y dormir un poco. Mañana debemos levantarnos temprano, ¿recuerdas?

—Está bien... Por ahora —le dijo él, mirándola de una forma que a ella le aceleró el corazón—. No prometo nada cuando estés de vuelta en la cama, al alcance de mis brazos.

—¡Jason!

—No me culpes por amarte demasiado, mujer. Eres tú la única culpable por haberme hechizado con tu canto.

Ella soltó una risita, negando con la cabeza. La pequeña soltó un gorgorito y ella guardó silencio, temiendo haberla despertado.

—¿Quieres cargarla un rato? —le preguntó ella, pasando una mano por la cabecita de su hija.

—Eso ni se pregunta —contestó él con una sonrisa, tendiéndole los brazos.

Con sumo cuidado, Amy le entregó a la niña y él la acurrucó contra su pecho. La criatura, reconociéndolo enseguida, se acomodó contra él. Le encantaba que Jason la arrullara.

Él comenzó a pasearse por la habitación, gozando de ese momento compartido con su hija.

—Si quieres ve a la cama, mi amor —le dijo él en voz baja, sin dejar de pasearse por la habitación—. Descansa un poco, yo te alcanzaré cuando esta pequeña termine de dormirse.

—No, está bien, solo alcánzame mis gafas, por favor. Están sobre el cambiador.

Jason se las entregó enseguida, sin dejar de arrullar a la niña con la otra

mano.

—¿No usas los contactos?

—No, tengo los ojos secos por causa de los desvelos y me cuesta usar las lentillas. No me queda más que ponerme estas cosas horribles, por más feas que sean.

—Te quedan divinas, amor.

—Estás bromeando, ¿no es verdad? Son horrorosas, y me hacen lucir como una empollona.

—Siempre me pareciste encantadora con ellas —contestó él y ella supo que no bromeaba.

—Bueno, pues gracias —le dijo con total sinceridad, dedicándole una mirada colmada de fervor.

—Si tienes los ojos secos, ciérralos un rato, eso podría ayudarte. Mañana te conseguiremos unas gotas.

—Si cierro los ojos me voy a quedar dormida —dijo ella en un murmullo, balanceándose en la mecedora—. Estoy exhausta.

La mirada de Jason se intensificó al instante.

—¿Qué tan exhausta...? ¿Te duele algo? —le preguntó inmediatamente, preocupado por ella.

—Jason, solo estoy cansada. A toda nueva madre primeriza le pasa —contestó, dirigiéndole una mirada colmada de afecto—. Deja de preocuparte, por favor. Esa etapa ha quedado atrás.

Él se acercó a ella y se sentó a su lado, en el reposabrazos de la mecedora, cuidando de mantener bien acurrucada a su hija para no despertarla.

—Nunca podré dejar de preocuparme por ti, eres el amor de mi vida.

Ella lo miró con ojos anonadados, rodeándole el cuello con los brazos.

—Y tú el mío, Jason. Te amo como nunca he amado a nadie más, y como sé que nunca llegaré a amar a nadie en toda mi vida... Excepto, claro, a este pequeño angelito —añadió, pasando un dedo por la mejilla de la pequeña, que dormía plácidamente.

—Eso espero, sinceramente, porque te tengo una propuesta... —confesó en voz baja, arqueando una ceja de forma pícaro.

—¿Ah sí? —preguntó ella, observándolo llevar a la pequeña de vuelta a su cuna—. ¿Y qué propuesta es esa?

Él se acercó, después de dejar a la niña bien segura y dormida sobre el colchón, y la alzó por una mano, rodeándola por la cintura para atraerla contra su cuerpo.

—Creo sinceramente en el beneficio de tener hermanos al crecer, son compañeros de juego y los mejores amigos para toda la vida.

—¿Entonces, me estás diciendo que quieres otro hijo?

—No uno, al menos un par más... Claro, cuando esta pequeña crezca un poco —sonrió—. Hay muchos niños que necesitan un hogar, y nosotros tenemos mucho amor que dar.

—Me parece una idea estupenda —convino ella—. Siempre he querido pertenecer a una familia grande, colmada de amor, como en la que tú y Jackie crecieron... Y hablando de Jackie, será mejor que nos vayamos a dormir, mañana es el cumpleaños de Adam, ¿recuerdas?

Aquel era un evento que ambas habían estado planeado durante semanas y que a Amy le emocionaba mucho. Sería el primer evento familiar en el que participaría Amanda —así habían llamado a su hija—, y toda la familia estaría presente, además de Kimmy y su padre, que también habían sido invitados al festejo.

—No puedo creer que ese diablillo ya cumpla tres años —comentó.

Adam, a quien Jackie había bautizado en honor de su padre, desechando su idea inicial de llamarlo Helios, era un pequeño encantador con mucho cabello negro y grandes ojos azules, idénticos a los de Jackie. Y como su madre, era un completo revoltoso que sacaba sonrisas a todos con sus travesuras y era el consentido de la familia. En especial de Felicity y Shirley, quienes se portaban más como sus hermanas mayores sobreprotectoras, que como sus primas, solapando todo lo que el pequeño hacía.

—Espera un segundo, la fiesta de cumpleaños no empieza hasta las tres, ¿no es verdad? —preguntó Jason—. ¿Por qué debemos levantarnos temprano? Podríamos desvelarnos un rato más... —añadió con voz sugerente, inclinándose para besar el cuello de su esposa.

Ella inspiró hondo, derritiéndose bajo sus besos, como siempre le ocurría, no importaba los años que pasaran.

—Jackie quiere que esté temprano para ayudarle con la comida para la fiesta, y evitar que Jenny se esté moviendo demasiado —le explicó—. La pobre mujer apenas puede mantenerse de pie ahora, con lo avanzado de su embarazo, pero ya la conoces, no aceptará permanecer sentada sin ayudar en algo en la fiesta de su sobrino, así que mientras menos cosas tenga que hacer, será mejor.

Jason asintió, sonriendo encantado con la idea de que muy pronto Jared se convertiría en padre por tercera vez. Su hermano menor era un gran hombre, y merecía toda la felicidad que su familia le daba.

—Jenny es una santa, nunca deja de ayudar, aunque apenas sea capaz de moverse. Muy bien, llegaremos temprano para ayudar con los preparativos del festejo de Adam —convino él—. Después de todo, somos sus padrinos y tenemos que dar la cara.

Ella asintió, complacida con su respuesta.

—Además, ahora que Luke intenta restablecer la relación con su madre, Jackie se siente un poco nerviosa. Aún no le ha perdonado del todo lo que hizo en el pasado para separarlos, y teme reaccionar mal ante su presencia y que aquello termine por romper la relación entre su marido y su suegra. Ya han sido muchos años separados, y Jackie desea que todo salga perfecto, pues sabe lo mucho que Luke quiere a su madre, a pesar de todo...

—Entiendo que se sienta de ese modo —Jason frunció el ceño, recordando lo que su hermana había sufrido a causa de su suegra—. Aunque Luke nunca haría nada que la hiciera sentir incómoda. Si algo le reconozco a mi cuñado, es que ama a Jackie y ha sabido tratar a mi hermana como a una reina.

Amy miró embelesada a su marido, que parecía que al fin había enterrado el hacha de guerra con Luke.

—Me alegra que pienses de ese modo, porque tú vas a participar con él en el show del mago mañana.

—Muero de ganas de... ¿Qué?

Ella soltó una carcajada.

—Le prometí a Jackie que ambos ayudaríamos también con el show para los niños.

—Espero que no estés planeando hacer de nuevo de asistente de mago vestida en un bikini dorado —gruñó él.

—Por supuesto que no, ese show lo reservo para nosotros en privado —confesó en voz baja, rozando sensualmente un dedo por su mejilla.

—En ese caso, vayamos de una vez a nuestra habitación y que comience el espectáculo —murmuró contra su oído, apretándola más fuerte contra su cuerpo, de modo que Amy pudo sentir su virilidad contra ella, dejando en claro lo mucho que la deseaba.

Salieron de la habitación entre risas y caricias, besos apasionados y palabras de amor. Se desnudaron con rapidez, ansiosos de compartir ese momento juntos. Ni siquiera habían alcanzado la cama todavía cuando Jason ya la cargaba en brazos, ansioso de estar dentro de ella y llevarla al cielo junto con él. Amy se aferró a él con piernas y brazos, mordiéndose los labios para no gritar cuando él se hundió en su interior. Ambos cayeron sobre las sábanas desechas, buscándose mutuamente, gozando de las caricias y besos compartidos. Él se movía en su interior, provocando que Amy se retorciera de placer bajo su cuerpo, gimiendo contra su boca, perdiéndose en cada embestida de él, que la alzaba más y más cerca del cielo. Sus caderas lo acompañaban con frenesí, los cuidados de antes habían quedado atrás, ahora podían desatar sus pasiones sin los miedos ni las ataduras que conllevaba la enfermedad, ahora se pertenecían por completo el uno al otro, libres para amarse con total libertad.

—Te amo —le susurró Jason al oído, enterrándose en ella con una profunda embestida y derramándose en su interior, llevándola al clímax junto con él.

Todavía con la respiración pesada, sus pechos subiendo y bajando, sus cuerpos uno contra el otro, ambos se perdieron en los ojos del otro, encandilados en el brillo que reflejaba el fervor de la mirada de la persona que más amaban en el mundo.

Lentamente Jason salió de ella y se acomodó a su lado, atrayéndola contra su pecho, en un abrazo.

—Nunca me voy a cansar de hacer esto —comentó ella en voz baja.

Él soltó una carcajada y la besó en el pelo.

—Me alegra escucharlo, preciosa, porque no tenía planeado detenerme alguna vez.

Ella sonrió, jugueteando con los dedos por el vello de su pecho.

—Amanda todavía no se despierta...

Él rio, girándose hasta volver a encontrarse sobre ella.

—No tienes más que pedirlo, amor mío, yo estoy más que dispuesto.

—En ese caso, hazme el amor, Jason —susurró contra sus labios, fundiéndose con él en un nuevo abrazo de amor.

Un amor que, sabía, duraría toda la vida, renacido cada día en cada beso, cada caricia, cada mirada compartida, un amor capaz de sobrellevar las adversidades y sobrevivir a los más duros contratiempos del destino.

Un amor puro y sincero. Un amor de verdad.

*Para todos aquellos, luchadores valientes,  
que han tenido que enfrentarse al gran demonio, al maldito cáncer,  
en carne propia o acompañando a aquellos que aman.  
Por aquellos que consiguieron derrotarlo, y hoy viven una segunda  
oportunidad.  
Y para aquellos que no pudieron y hoy deseáramos que continuaran en  
nuestras vidas.  
Ojalá para todos hubiera siempre un final feliz...*

## Agradecimientos

Gracias a Dios, la fuente de todas las historias. Gracias a mi familia, en especial a mis maravillosas hijas, por todo su apoyo y cariño. Ustedes son el tesoro más hermoso que me pudo dar la vida. Las amo con toda mi alma. Gracias a mi madre, mi gran apoyo en los momentos más difíciles, y la sonrisa a mi lado en los momentos más alegres. Te amo, mamá. Gracias a mi padre, cuyo amor me ha acompañado y me sigue acompañando, a pesar de todo. La muerte no es nada, tú sigues aquí. Te amo, papá.

Gracias, querida Lola, porque has sido un pilar fundamental para que esta novela fuese escrita. Sin ti habría abandonado hace mucho. Gracias de todo corazón.

Y gracias a todos los grandiosos lectores, aquellos que se han tomado un tiempo para leer mis palabras, y en especial a los que siempre han estado ahí para apoyarme. Ustedes saben quiénes son. De corazón, muchas gracias. En especial, gracias querida Rebecca Villa, mi maravillosa lectora cero. Te quiero, amiga.

Gracias, siempre gracias.



## Nota de autora

En cada uno de mis libros integro un personaje con autismo o alguna otra capacidad diferente, con la finalidad de dar a conocer y presentar en cierta forma al mundo entero a las personas que sufren este trastorno y buscar de este modo el conocimiento y la aceptación para adultos, jóvenes y niños como mi hija, por cuyo bienestar lucho cada día.

El autismo o Trastorno del Espectro Autista (TEA) es un trastorno neurobiológico del desarrollo que perdura a lo largo de la vida, presentándose en todas las etnias y grupos sociales sin distinción.

Cada día, un gran número de niños son diagnosticados dentro del espectro autista. A pesar de ello, el autismo es un trastorno pocamente conocido, en especial en países del tercer mundo, y lo que se sabe de él aún es muy básico. Hacen falta investigaciones, recursos y ayuda, mucha ayuda, para integrar a estos niños a la sociedad, así como educación para la gente.

Es necesario que todos sepan que una persona con autismo es diferente, pero no menos que nadie. Son seres humanos que merecen respeto, aceptación y cariño.

Lucha por un mundo sin diferencias ni crueldad. Apoya la causa del autismo.

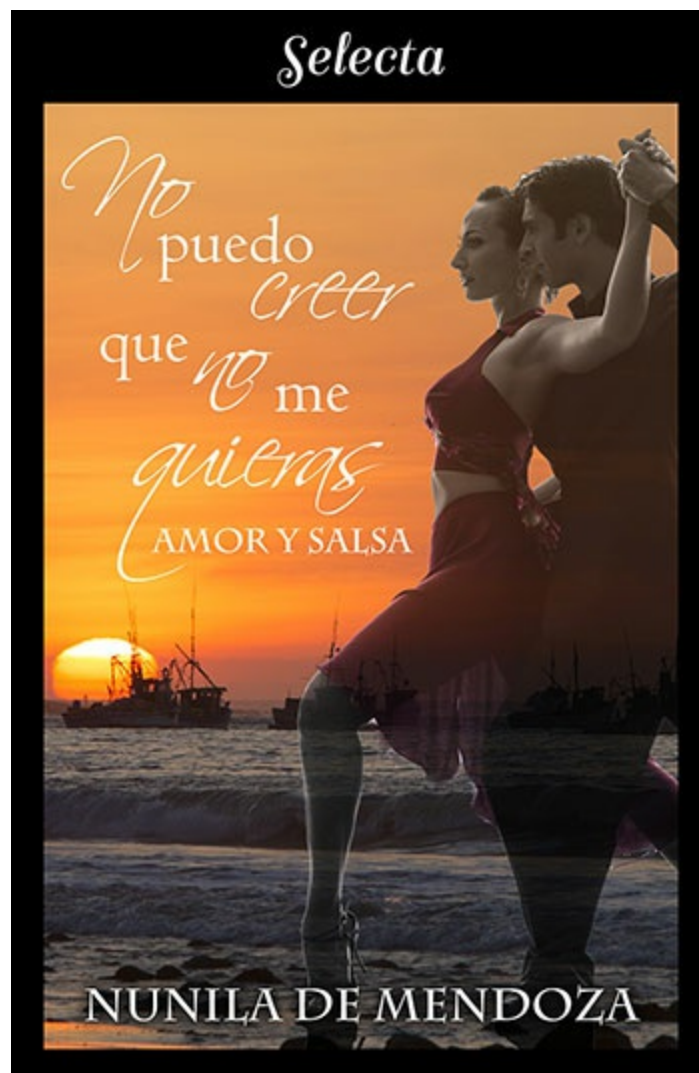
Si te ha gustado

*Por siempre a tu lado*

te recomendamos comenzar a leer

*No puedo creer que no me quieras*

de *Nunila de Mendoza*



## El amor solo espera a quien sabe buscar

*Algunos años atrás...*

—¡Vieja bruja! ¿Viste cómo nos miró? —Marita hablaba susurrando al oído de un rollizo bebé que llevaba en brazos, mientras subía las escaleras hacia el cuarto de su amiga—. ¡Ah! Que le haces caso. ¿Hemos venido por ella? Estamos aquí por Vir. Me muero por verla. ¿Te parece romántico casarse solo por civil? —Le arrugó la nariz, y su hijito sonrió, se detuvo delante de la puerta del cuarto y tocó con fuerza—. Nunca imaginé que se casaría con otro que no fuera... —No terminó la frase porque, en ese instante, una hermosa muchacha vestida de blanco abrió la puerta.

—¿Qué tal? —preguntó, sonriendo, la joven e hizo un movimiento muy gracioso para lucir el vestido.

—¡Ah! —gritó Marita, y el gordito se asustó—. ¡Vir, estás preciosa! No te besamos porque vayamos a despeinarte. ¡Dios mío!, pareces un ángel.

—Gracias, gracias. Lo sé. Pero gracias. Entren. —Vir tomó la mano de su ahijado y le dio un beso—. ¿Por qué no caminas?, así me llevarías la cola. —Después de una pausa y muchos besos al bebé, preguntó—: ¿Y? ¿Qué sabes de la gente del barrio? ¿Irán?

—Bueno, Vir —respondió Marita apenada—, la verdad, no todos, les apantalló un poco el lugar en San Isidro, el hotel y toda la vaina. Pero las chicas de la Promo, casi todas.

—¡Qué bueno! —exclamó Vir—. ¿Y? ¿Viste al novio en la despedida?, ¿te pareció guapo?

—Está guapo, no tanto como... —no terminó la frase porque, aunque no tenía sentido, él bebé le dio un manazo en la cara y no dejó que terminara de decir tamaña estupidez...

—Hablé con Marielena —dijo Virna disimulando el incidente—. Me esperará en el aeropuerto mañana.

—¿Cómo está la Loca? —Desvió la conversación a un tema más seguro y, mientras su buena amiga la ayudaba en darle los últimos retoques, le contaba de su amiga Marielena y lo feliz que estaba de recibirla en EE. UU., sus planes de continuar sus estudios superiores en esa ciudad y cómo Iván, su novio, se había encargado de todos los papeleos.

—Viviremos en la misma ciudad de la loca —decía Vir—, nos vamos esta misma noche, nos quedamos en la fiesta hasta las dos y de ahí directo al aeropuerto. Mira, ahí están mis maletas.

—¿Y tu luna de miel? —preguntó Marita dando suspiros dramáticos tan comunes en ella

—Será para después —respondió Vir mientras jugaba a comerse la mano de su ahijado—. Es que Iván tiene que presentarse en la universidad el lunes en la mañana. Así que...

—¿Pero es seguro, Vir? ¿Sí seguirás tu carrera? No vaya a ser que te engañe y termines de ama de casa, o de camarera en restaurantes gringos...

—Iván se encargará de todos los trámites —la interrumpió Vir, sonriendo por la preocupación de su amiga—. Es seguro, continuaré mis estudios allá. Como lo hizo él.

—Van a ser millonarios —dijo con una sonrisa sincera—. Dicen que los dentistas ganan muy bien en los EE. UU. Tu mamá debe de estar feliz.

Como nombrada por un conjuro, en ese mismo instante, apareció la mamá de Vir. Entró a la habitación muy agitada, nerviosa, y dio una mirada a su hija de pies a cabeza revisando si todo estaba bien, porque, para ella, todo tenía que estar más que bien, todo tenía que ser perfecto.

—Bien, llegó la hora —anunció la señora Olga mientras le acomodaba el tocado a su hija—. Esperamos a tu papá y nos vamos. Ustedes vayan por delante —agregó levantando la barbilla y dirigiéndose a Marita solo con el rabillo del ojo, quien, entendiendo el mensaje, se despidió con un ligero e

inaudible murmullo y desapareció rapidísimo.

—¿Puedes ser un poco más gentil?, es mi amiga —preguntó Vir cuando su amiga salió del cuarto.

—¡Por favor! —dijo la señora mientras miraba el escote del vestido de su hija—. Súbelo un poco. No me hagas hablar. ¿Cómo pudiste hacer esto? Tu tía Rita llamó diciendo que todo Abtao está en la puerta de la municipalidad haciendo escándalo y en qué fachas. ¿Qué dirá la familia de Iván? ¿Pensarán que son de nuestra familia? —La madre hablaba viéndose en el espejo detrás de su hija a la vez que retocaba su peinado e intentaba subir el escote de Vir.

—Me importa un cuerno lo que piensen —respondió Vir quitándole las manos de su busto—. Son mis amigos. ¿Cómo no los iba a invitar?

—Tanto que nos costó salir de ese barrio horroroso y tú los metes el día más importante de nuestras vidas. Una cosa era invitar a las amigas del colegio. ¿Pero los otros? ¡Qué horror! ¡Hasta el que vende picarones en la esquina! ¿Qué pensará la familia de...?

—Mamá... —la interrumpió Vir—. Aunque no lo creas, también es mi matrimonio. Tengo el derecho de invitar a quien yo quiera.

—Todo el sacrificio que hemos hecho por casarte de esta manera, tanto gasto, buscando que todo, hasta el mínimo detalle, fuera lo más caro, lo más elegante. Los salones, la orquesta, todo. Ya sabes que nos hemos endeudado por casi dos años, y tú no lo valoras y te atreves a invitar a esa gente.

—¡Basta, mamá! —exclamó Vir dándose la vuelta para mirarse en el espejo—. Y te lo repito una vez más. Yo no quería tanta payasada. Te lo dije, algo sencillo entre los más cercanos. A ti es a quien se le ocurrió hacer todo este show: hotel, orquesta, limosina, etc. Todo por impresionar a los padres de Iván.

—¿Y que querías? ¿Que pensarán que eres una pobretona, que tus padres no te pueden costear un matrimonio decente?

—Entonces no me lo saques en cara a cada rato.

—¡Ah! —gruñó la doña que, cuando estaba molesta, dirigía las baterías al

esposo—. ¿Dónde está tu papá? Ese es otro, le he tenido que sacar del saco ese licor asqueroso con el que quería invitar a la familia de Iván. Ustedes dos nunca ponen de su parte para que las cosas salgan bien, siempre debo ser yo la que esté pendiente de todo, la que... —En esa parte, Vir ya no la escuchaba, por la ventana de su habitación miraba hacia la calle dando un suspiro de cansancio.

Vir, o, mejor dicho, Virna Zavala Duarte, se casaba ese día con un muchacho que había sido su novio por dos años. En realidad, seis meses viéndose y un año y siete meses por correspondencia. Lo conoció cuando ella recién había ingresado a la Facultad de Odontología de una reconocida universidad limeña. El muchacho ya había terminado la carrera e iba a la facultad por papeles que necesitaba para convalidar la profesión en los Estados Unidos, donde vivían sus padres, residentes americanos desde hacía muchos años. En una de esas idas, conoció a Vir y quedó tan enamorado, como si le hubieran hecho un amarre, cosa que, ciertamente, creía la madre de él. Al poco tiempo se hicieron pareja. Un año después, le propuso matrimonio e hicieron los planes de que ella terminara la carrera allá y vivieran felices para siempre en gringolandia.

Así que el día de la boda había llegado. Una novia muy serena bajó del auto y entró al municipio del brazo de su padre. Su madre, detrás, veía en ese momento la culminación de su más anhelado sueño: estaba casando a su única hija con el príncipe azul: profesional, apuesto, rico, de *buena familia*, casi extranjero. Que si ella, después de luchar constantemente, por más de veinte años para poder salir de un barrio inmundo, su hija a los veinte años se iba casar con alguien que la iba de sacar de ese país inmundo.

En cuanto a los invitados que esperaban la boda, los del lado de ella pensaban que era demasiado buena para él. No solo era que Vir era muy bonita. Aparte de sus rasgos muy finos y de tener unos ojos pardos preciosos, había en ella una expresión de vivacidad e inteligencia que sacaban chispas y

opacaba por completo al muchacho blanquiñoso, alto y de mirada sosa que la esperaba en la puerta del municipio. Los del lado del novio, por su parte, pensaban que él era demasiado para ella. Como decía la madre: «Vivir toda la vida en la mejor zona de la Molina y conseguirse una muchachita de Jesús María, cuyos padres tienen un negocio de ópticas de medio pelo. Y que ella tiene que trabajar para pagarse sus estudios». Eso que la señora no sabía que en Jesús María solo estaban viviendo hacía tres años. Toda la vida y, con mucho orgullo, Vir había vivido en el populoso y nada residencial barrio de Abtao de la urbanización Colonial, de la Provincia Constitucional del Callao. Ese barrio de calles estrechas e intrincadas, de casas modestas, donde siempre había bulla, fiesta y, a veces, corría bala, donde había jugado carnavales con barro, pintura y, alguna vez, hasta con sopa. Donde había recibido su primer beso, arrinconada a una pared de frontón, media ebria y después de un campeonato de fulbito. Donde había ido a las primeras fiestas de quince años saltándose el muro de su casa, hasta caer en los brazos del enamorado. Donde se había quedado su primer amor...

A pesar de la preocupación de doña Olga, la madre de Vir, no estaban retrasados. Llegaron todos a tiempo y sin ningún sobresalto. Los invitados hablaban fuera del local esperando el momento en el que las autoridades dieran la orden para entrar. El novio miraba a lo lejos a la novia que sonreía muy hermosa, rodeada de sus amigas, pensando en lo afortunado que era y que sería muy feliz con esa encantadora mujer. Ella le hizo una señal de que entraría a los salones porque tenía mucho calor y él se quedó parado en la puerta conversando con algún invitado. Una vez que ella entró al recinto municipal, se le acercó al novio, muy discretamente, un muchacho con un terno arrugado, sin corbata, y de un aspecto totalmente descuidado; sobrio, definitivamente, no estaba. El desconocido lo tomó del hombro y, con amabilidad, le pidió un cigarrillo. Iván se lo ofreció, también de la misma manera, a ese desconocido, pensando en qué clase de amigos tenía la pobre Vir y en qué bueno que al día siguiente se iban del país. De repente el joven se

apoyó más en el hombro de Iván hasta rodearlo por completo con su largo brazo y comenzó a hablar muy bajito a su oído, a medida que empezaban a caminar, primero pasos pequeños, luego pasos más largos, hasta que cinco minutos después estaban casi en la esquina del municipio. El joven del terno arrugado le dio una palmada en el hombro y se alejó caminando muy despacio hasta desaparecer en una calle angosta. Después, ante la sorpresa de todos los invitados que seguían la escena, el novio gritó: «¡Taxi!», se subió y se fue.

—No es posible. —Vir daba vueltas por la habitación del hostel mientras buscaba debajo de la cama, en los veladores, en cada rincón del cuarto. Hasta salió hacia la puerta para verificar si era el mismo cuarto en el que había estado el día anterior con Antonio. «Sí, esta es. Maldito», se dijo así misma mientras se quitaba los zapatos de novia para treparse a la cama y ver en la sucia lámpara colgante, para encontrar lo que estaba buscando. «Nada». De repente, escuchó que tocaban la puerta.

—Lárguese —gritó Virna fuera de sí al escuchar la voz que se identificó como el encargado del hostel.

—Abra, señorita —repitió una voz juvenil—. Es urgente.

Cuando Vir abrió la puerta, vio a un jovencito que la miraba muy asustado, pero pronto, de un empujón, lo mandaron hacia delante, en el mismo instante en que Antonio ponía un pie en el marco para que ella no la cerrara.

—¡Lárgate! —vociferó ella, apoyándose con todo su cuerpo sobre la puerta.

—Abre, Vir —dijo Antonio con voz amenazante.

—Lárgate, hijo de puta.

Antonio, el muchacho del terno arrugado, empujó la puerta con tal fuerza que hizo que ella rodara por el piso. Entró y luego la cerró rápidamente. Desde el piso, ella lo miraba con cólera y pavor.

—Te dije que no te ibas a casar —habló él con los ojos enmarcados en rojo y señalando con un dedo acusador.

—Eres el más infeliz de los hombres —Vir murmuraba con rabia mientras se



levantaba con dificultad—. Maldito, ¿qué le dijiste a Iván?

—¿Tú qué crees? En realidad, fue algo que le enseñé. Siempre fuiste muy descuidada, Vir. Cada vez que íbamos a un hostel, algo dejabas de recuerdo, de ahí nuestro juego: yo lo dejaba escondido. Después de semanas, regresábamos a la misma habitación y siempre estaba en el lugar en el que lo habíamos dejado.

—¿Por qué has hecho esto, Antonio? No te entiendo —Virna hablaba presionando las palmas de las manos a los lados de su frente—. ¿Por qué?

—¿Qué creías? —Él la miraba fijamente mientras daba pasos para rodearla—. ¿Que no haría nada?, ¿que te ibas a dar el lujo de casarte de blanco con tu pituquito de mierda? ¿Invitar a toda nuestra gente para que me pasaran el parte debajo de la nariz y yo me iba a quedar tan tranquilo?

—¿Crees que me iba a casar solo para molestarte? ¿Quién te has creído que eres? ¿Eh? Durante dos años te desapareciste de mi vida...

—¿Dos años? Acuérdate, Vir. Solo ayer dormimos en esa cama.

—No te apareciste en la fiesta de casualidad, sabías que estaría ahí. Lo planeaste.

—Quería hablar contigo. Fuiste tú quien, al verme, se me aventó a los brazos y terminamos aquí. Supongo que querías tu despedida de soltera conmigo. Además, yo no me fui de tu vida, tú fuiste quién decidió que era muy poca cosa para ti.

—¡Eso es mentira!

—¿Ah, sí? ¿Con quién te ibas a casar, Vir? ¿Con el novio que escogió tu mamá? ¿Qué hizo? Publicó un aviso: «Busco el novio perfecto para novia con yaya».

—Eres un miserable. —Vir se le abalanzó para arañarlo. Él la detuvo por los brazos y la arrinconó contra la pared.

—Te lo advertí. Te pedí que no te casaras, te hubieses ahorrado toda esta humillación si me hubieses escuchado, si te hubieses dignado en bajar de tu pedestal de virgencita.

—Eres un... —Vir no podía hablar, sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas y las palabras no salían, estaba tan agotada. Él la soltó con fuerza, luego se sentó en un sillón, se tapó los ojos con las manos y, al destaparlos, se la quedó mirando con una mirada difícil de definir: rabiosa, extraña, ausente. Se levantó de un salto, puso llave a la puerta y se dirigió donde estaba el teléfono para arrancarlo de un tirón. De ahí, se fue al baño a lavarse el rostro. Estaba de boquete, toda la noche, había estado tomando. Vir se quedó en el centro de la habitación, mirando totalmente desorientada. Podía gritar, pero no tenía fuerzas. Vio una ventana y se acercó a ella, podía salir por ahí pero...

—Malograrias tu vestido —dijo Antonio, que se había apoyado en el umbral del baño y la miraba, pero ya no estaba serio, sino sonriente—. Estás muy bonita, Vir.

—Gracias —respondió Vir con una sonrisa cínica—. Me alegra que te guste.

—Como siempre. —Antonio se acercó a ella de dos zancadas y la abrazó con fuerza—. Como un angelito. Qué suerte iba a tener el novio. ¿De verdad le dijiste que eras virgen?

—¡Vete a la mierda!

—Vamos, Vir. Se le ve cara de imbécil. Pero de ahí a tragarse que tu no...

—Nunca le dije que era virgen... —lo interrumpió Vir sacudiéndose entre sus brazos sin éxito—. Lo único que le dije era que quería esperar a estar casados para hacerlo.

—Entonces sigo siendo el único en tu vida.

—No por mucho tiempo. Hoy me tiro al primero que se cruce en mi camino.

—Ah, ¿sí? —Antonio comenzó a besarla en el cuello.

—¿Qué es lo que quieres, mierda? —Lo rechazó con fuerza hasta soltarse del abrazo—. Ya arruinaste mi matrimonio, mi viaje, mi futuro. ¿Algo más?

Antonio tomó su rostro entre las manos e hizo que ella lo mirara directamente a los ojos antes de decirle:

—¿En serio te ibas a casar con alguien que no amas? Te conozco, Vir. Apuesto a que ese encuentro de ayer no fue casual, tú también fuiste a ese

lugar con la idea de encontrarme y venir aquí. Y dejar aquel recuerdo fue para que yo te rescatara de cometer esta estupidez.

—¡Qué arrogante eres! —respondió Vir, pero sin poder sostenerle la mirada. Y había empezado a temblar tanto que sintió vergüenza de que él se diera cuenta.

—No tiembles, pequeña. Estás conmigo, y no mientas tampoco.

—Bien. ¿Terminaste? Se fue el novio, me humillaste delante de todos. ¿Ya me puedo ir?

—No, Virna. Yo te salvé<sup>4</sup> de cometer el más grande error de tu vida.

—Tú eres el gran error de mi vida. Ahora, termina esta payasada y déjame ir.

—Bien, pero primero.... —Antonio la volvió a abrazar con fuerza y comenzó a besarla. Vir apretó sus labios, lo que hizo que él soltara una carcajada sonora justo en su boca.

—Como cuando éramos niños. —La siguió besando hasta que ella comenzó a temblar con más violencia y sus labios desobedientes se abrieron lentamente. Hasta que ella no resistió más y empezó a llorar—. No llores, amor. —La había echado en la cama y estaba encima de ella—. No llores... —le decía mientras acomodaba sus cabellos y besaba tiernamente su frente.

—Es que... —balbuceaba Vir.

—¿Qué pasa, amor?

—Es que pensé... pensé... que nunca más te volvería a ver. Pensé que nunca más...

—Nunca más ibas a sentir esto...

—Pensé que nunca más estaríamos juntos.

—¿Por qué crees que hice todo esto? —dijo Antonio sonriendo—. ¿Creías que me iba perder tu noche de bodas?

Vir comenzó a reírse, pasó sus brazos alrededor de su cuello y entonces fue ella la que lo besó a él con emoción, con ternura, con pasión.

Mientras, los familiares, amigos y hasta el mismo Iván, que, arrepentido,

regresó por su futura esposa, buscaban a Virna por toda Lima, imaginando que de la humillación estaría en un puente a punto de saltar, desesperados pensando solo lo peor. Si en ese momento hubiesen podido apagar todos los sonidos de la ciudad, la habrían encontrado siguiendo los alaridos apasionados de la mujer que celebraba su reencuentro con el amor.

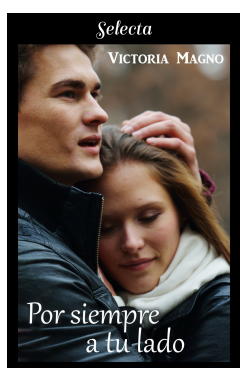
\*\*\*

Karry recorrió esas calles sintiendo tanto miedo. Nunca había recorrido sitios así, ni sola o acompañada. Cuando su prima le dijo que ahí había visto a su esposo por ese lugar, fue muy grande su sorpresa, era difícil confundir a una persona como él. ¿Qué estaba haciendo el gordo en ese sitio? ¿Había dejado su lindo y elegante departamento en La Punta por un lugar así? Y, lo más importante, ¿con quién estaba viviendo? Si era lo que ella sospechaba, la razón por la que su esposo no regresaba a casa y estaba en ese sitio, dónde todo era tierra, arena casi. Ella, ridícula, caminaba con sus tacos altísimos, con su pelo rubio cortado a la moda y lentes oscuros. Como salida de una revista de *Vanidades*, regia, recorría un arenal, con un sol insoportable, buscando a su marido. Karry sabía que el gordo quería volver a su casa, y la raíz de sus desdichas estaban en ese lugar. Rogó tanto por una solución, rezó tanto por una respuesta, y esta llegó de casualidad. ¡Ay, las casualidades! Cuando te toca saber, no hay poder en cielo que lo impida. Fue como lo que le pasó a su tía Mariquita. Su adorable tía cumplía veinticinco años de casada y lo celebró a lo grande, era una de sus tías millonarias. Entonces comenzaron a ocurrir las casualidades. La primera, su hijo mayor llevó a su nueva enamorada a la fiesta, a tan solo días de estar con ella. Luego vino la segunda, la enamorada, días después de esa fiesta, salió temprano del trabajo por una huelga de micros. Con dificultad encontró uno para regresar a casa y, este, tercera casualidad, se desvió de su ruta habitual por una marcha de protesta en el centro, tomó calles intrincadas, en una zona populosa del distrito de Breña,

cuando, en una de esas intrincadas calles, ella ve entrar al padre de su enamorado, muy presuroso, a una quinta. Algo le pareció extraño y se le contó a él. La duda quedó por días hasta que este le dijo que la acompañase a ese sitio. Lo llevó y dieron una vuelta, era una quinta muy modesta, algo peligrosa. Había una sastrería en la entrada, quizás era el sitio donde su padre se hacía sus elegantes ternos. Ya por marcharse, de repente (la última casualidad), una niña cruzó corriendo y se tropezó con él, la pequeña levantó la cara y él la vio conocida, le sonrió nervioso y observó en qué puerta entraba la niña. Unos segundos después, tocó en aquel lugar y quién salió a abrirle era ese rostro conocido, una mujer que había sido empleada en su casa varios años atrás, unos cuantos años, como la edad de esa niña. La mujer se lo quedó mirando sorprendida y asustada, porque salieron otros dos niños más a verlo, aparte de la niña con la que se había tropezado, niños pequeños, con la cara exacta de su padre. Tía Mariquita, cuando se enteró de la traición de su esposo, de pena, se murió al año siguiente de un cáncer agresivo. Y el padre, un año después de un derrame cerebral de culpa. Entonces Karry era su tía Mariquita, la prima se había perdido buscando una dirección donde hacían arreglos de una muy rara máquina de coser, por la ciudad satélite, y vio a Renzo entrando a esa casa, hasta se había tomado la molestia de anotar la dirección y dársela. Él no tenía familia ni amigos por ahí. «Ay, gordo», pensaba Karry mientras limpiaba sus zapatos parada en la puerta de esa rústica casa y tomaba valor para tocar la puerta, «como compruebe lo que pienso, por la “Sarita”, como dices tú, “por la Sarita”, que te mato».

**Jamás, en toda su vida, había oído una voz más hermosa, o con más sentimiento.**

**Las lágrimas acudieron a sus ojos al escuchar la canción favorita de su padre dedicada con tal maestría por esa chica, de la que hacía un par de horas no podía ni recordar ni el nombre.**



Jason Zivon ha pasado la mayor parte de su existencia preocupándose por su familia. La muerte de su padre marcó un antes y un después, pasando de ser un joven despreocupado a enfocar toda su fuerza y conocimiento en curar el cáncer. Su vida amorosa le tenía sin cuidado hasta que vuelve a encontrarse con Amy, la mejor amiga de su hermana menor, aquella chica tímida de rizos rebeldes y grandes gafas, que hacía tantos años se había conseguido colar en su corazón después de escucharla cantar.

Amy Taylor es considerada como una de las mejores y más exitosas cantantes del mundo. Superar el Asperger que ha marcado su vida ha sido duro, en especial cuando su carrera conlleva la fama y el tener que presentarse ante cientos de personas cada día. No obstante, a pesar de los obstáculos, Amy ha triunfado, consiguiendo brillar gracias a su voz, considerada incomparable, siendo reconocida a nivel mundial por su talento, así como por su belleza, lo que le ha hecho ganar cientos de admiradores. Sin embargo, su corazón siempre ha pertenecido a un solo hombre, Jason, de quien ha estado enamorada desde que era una niña. Él, en cambio, apenas era capaz de recordar su nombre.

Es por eso que Amy no podía concebir la idea de que él estuviera interesado

en ella. Después de todo, Jason nunca había mostrado señales de que ella le importara más que para sacarla de quicio con las bromas que se gastaban mutuamente cada vez que se encontraban.

La prueba definitiva de sus sentimientos llegó junto con la noticia de su enfermedad. Ahora él debía demostrar no solo que haría todo lo que estuviera en sus manos para salvarla, sino que estaría a su lado de forma incondicional, sacando a relucir el gran ser humano que era y la sinceridad del amor que sentía por ella.

**Victoria Magno** nació en Santiago de Chile. A los nueve años se mudó junto con su familia a México, donde reside con su esposo e hijas. Desde pequeña sintió el impulso por leer, dibujar y escribir, esto último es su más grande pasión. Como madre de una niña con autismo, una de sus más importantes metas es difundir información sobre este trastorno. Con el fin de crear conciencia e integrar a las personas con “capacidades extraordinarias”, la autora incorpora en cada una de sus historias un personaje especial. Su idea es que esto ayude a la lucha contra la discriminación y la ignorancia con la que deben enfrentarse su familia todos los días, así como otras familias de niños especiales. También escribe bajo el nombre de Estrella Rubilar.



Edición en formato digital: febrero de 2019

© 2019, Victoria Magno

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-18-3

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Por siempre a tu lado

Nota editorial

Prefacio

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28  
Capítulo 29  
Capítulo 30  
Capítulo 31  
Capítulo 32  
Epílogo  
Agradecimientos  
Nota de autora

Si te ha gustado esta novela  
Sobre este libro  
Sobre Victoria Magno  
Créditos